



BRIAN FREEMAN
MARATON

arroba**books**®

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[SÁBADO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[DOMINGO](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[LUNES](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[MARTES](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[MIÉRCOLES](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[EPÍLOGO](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

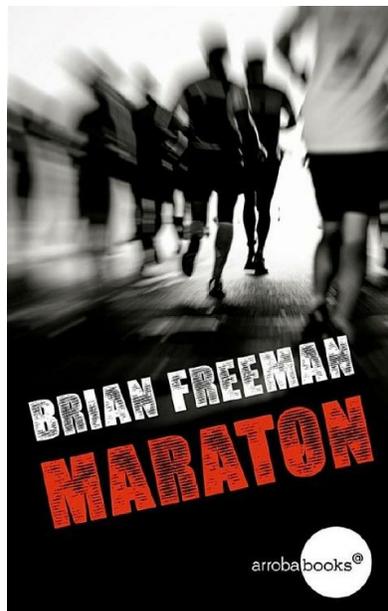
SINOPSIS

Una bomba estalla en pleno maratón en la ciudad de Duluth. El detective Jonahtan Stride se suma a la frenética búsqueda del autor. Alguien asegura haber visto a un joven musulmán con una mochila, y pronto se desata la caza al hombre. Pero las cosas son más complejas de lo que parecen...

BRIAN FREEMAN

MARATÓN

Traducción de Begoña Prat Rojo



Para Marcia

Las épocas de heroísmo suelen ser
épocas de terror.

MARCEL PROUST

La mochila está fabricada con orgullo en Estados Unidos.

Es de lona rígida azul marino, para enfrentarse al hielo y la nieve de Minnesota. Es el tipo de bolsa que puedes llevar a cualquier parte: a la universidad, a la oficina o de excursión. En una ciudad como Duluth, donde se ama la vida al aire libre, cientos de personas llevan la misma mochila.

Por fuera, esta mochila es igual que todas las demás.

Por fuera, no se pueden ver los dos kilos y medio de metal, metralla y pólvora negra que hay en su interior.

Por fuera, no se puede ver el odio, pero eso es lo que contiene realmente la mochila.

A las 12.32 del tercer sábado de junio –el día de la maratón–, el contenido de la mochila azul marino recibirá la señal para despertarse. La señal llegará a través de ondas de radio y se transmitirá a un móvil pegado con cinta adhesiva a la olla a presión de seis litros que hay dentro.

Todo lo que ocurra después durará apenas un milisegundo. Una vez comience, el proceso ya no puede detenerse. Es física elemental.

El teléfono móvil manda un impulso eléctrico al detonador.

El detonador, unido con alambre a través de la tapa de la olla a presión con la carga de pólvora negra, desencadena una reacción explosiva.

Los gases de la explosión se expanden hasta que su fuerza expansiva supera la integridad estructural de la olla a presión.

La olla a presión estalla.

Miles de rodamientos de bolas y clavos salen disparados a la velocidad y con la fuerza de una bala desde un arma. Mutilarán o matarán a cualquiera que encuentren en su camino. En ese milisegundo, cambiarán vidas.

No se puede detener la física.

Solo se puede detener el odio.

SÁBADO

1

Jonathan Stride vio decenas de corredores aparecer por el paso elevado de Lake Avenue y cubrir la última curva antes de la línea de meta en Canal Park. En el horizonte se avistaba una dulce victoria.

La lluvia, que había caído con tenacidad durante toda la mañana, no detenía a los deportistas. Los rigores de recorrer cuarenta y dos kilómetros en tan solo unas horas tampoco los detenían. Llegaban uno detrás de otro, vestidos con colores fluorescentes, y pasaban por debajo de los arcos hechos con globos con los colores del arcoíris y que decoraban los últimos trescientos metros. Stride sabía que el corto tramo final de calzada podía parecer tan largo como las decenas de kilómetros que habían quedado atrás. Algunos corredores sonreían. Otros lloraban. Algunos tenían la cara roja como un tomate y contraída en un gesto de dolor. A otros se les veía como perdidos, con los ojos muy abiertos, como si apenas pudieran creer lo que aquel logro físico significaba para ellos. Fuera cual fuese su estado, completar la maratón sería un momento que recordarían toda su vida.

Habían pasado más de dos horas desde que los líderes, un grupo de portentosos atletas keniatas, habían cruzado al esprint la línea de meta, como si apenas hubieran corrido cien metros. Debido a la climatología, aquel día nadie había establecido ningún récord, pero Stride admiraba a cualquiera que recorriera la distancia que separaba la pequeña ciudad de Two Harbors de la de Duluth, con la orilla del lago Superior siempre a la vista.

A su lado, Cat Mateo consultó su móvil.

–Según la aplicación de seguimiento, Serena llegará en cualquier momento. ¡Es increíble! ¡Lo ha conseguido!

Cat se llevó dos dedos a la boca y soltó un silbido estridente. Levantó por encima de la cabeza un cencerro rojo y lo hizo sonar para los corredores. Lo mismo hicieron cientos de espectadores que se amontonaban a su alrededor, protegidos por impermeables y paraguas. La lluvia tampoco detenía a los animadores. Cuando llegaba el día de la maratón, no importaba el tiempo que hiciese: los ciudadanos de Duluth salían en manada a las calles para mostrar su amor por los corredores. No importaba si alguien llegaba el primero o el cincomilésimo, o si cruzaba la meta arrastrándose seis horas

después de haber empezado. Se los trataba a todos como ganadores.

Stride se alegró de ver una expresión de regocijo en la cara de Cat mientras esta miraba la carrera. La chica de diecisiete años había luchado contra la melancolía desde que la conocía. Quince meses atrás, Serena y él habían rescatado a Cat de las calles; en esa época estaba embarazada y desnutrida, y desde entonces había vivido con ellos. Había sido un camino lleno de obstáculos para todos. Hoy, sin embargo, nada de todo eso importaba. Hoy era una joven feliz. Stride le pasó un brazo por encima del hombro y ella apoyó la cabeza en el suyo.

Cerca de ellos, dos adolescentes miraron a la hermosa chica y murmuraron:

—¡Toma ya!

Stride tuvo que contener el impulso de cogerles las cabezas y golpearlas entre sí. Se sentía como un padre para Cat, una responsabilidad que no esperaba al cumplir los cincuenta.

Mientras la multitud miraba a los corredores, Stride observaba los rostros de la multitud. Los espectadores empujaban contra las vallas metálicas que bloqueaban la calle. Desde un cielo color carbón, la lluvia fina caía sobre sus capuchas y sombreros. Era una mañana fría para los que no participaban en la maratón, pero eran de Duluth y la mayoría llevaba pantalones cortos pese a la temperatura. Había jóvenes y ancianos; reían, ovacionaban, bebían café caliente y bailaban canciones de los Eagles y Steely Dan que sonaban a todo volumen por los altavoces.

Aquel había sido siempre uno de los mejores días en Duluth. Desde que se había celebrado la primera carrera décadas atrás, la maratón había pasado de ser un acontecimiento local para un puñado de corredores empedernidos a convertirse en toda una institución en Minnesota que atraía a decenas de miles de atletas y visitantes de más de cuarenta países. La autopista North Shore, que bordeaba Great Lake y atravesaba kilómetros de naturaleza, era probablemente el recorrido más bonito del país para una maratón.

Cada año, Stride disfrutaba del entusiasmo del acontecimiento, pero como teniente de la policía de Duluth, sentía una leve punzada de desasosiego al ver a tanta gente congregada en un área tan pequeña. Las multitudes eran vulnerables, y después del atentado en la maratón de Boston, habían aprendido que la amenaza de la violencia planeaba allí donde la gente se reunía. Por eso tenían una furgoneta negra de operaciones aparcada en la entrada de Canal Park, además de perros detectores de bombas y agentes

armados que patrullaban las calles. Por eso su equipo y él observaban los rostros uno a uno, buscando en los ojos de alguien algo que no debería estar allí.

Odio. Conjetura. Maldad.

Stride no pensaba arriesgarse ese día. Esa primavera, Duluth había estado muy agitada. Una activista llamada Dawn Basch se había afincado en la ciudad con el fin de prepararse para una supuesta convención en pro de la libertad de expresión. Basch lo consideraba una defensa de los derechos de la Primera Enmienda; sus opositores lo consideraban un ataque apenas disimulado a los musulmanes. Las protestas resultantes habían sembrado la división en las tierras del norte, y las redes sociales se habían incendiado con comentarios llenos de rencor y acusaciones mutuas. Todo el mundo estaba alterado, y la ira tenía la capacidad de escalar hasta quedar fuera de control. A Stride no le gustaba que la maratón se celebrara en el momento de más agitación en años.

Se sacudió la lluvia de la cabeza pasándose la mano por el pelo ondulado entrecano, que ahora llevaba más corto que cuando era joven. Era un hombre alto, de casi metro ochenta y cinco de estatura, con un rostro curtido e intensos ojos negros. Hacía tan solo unos meses que había superado la barrera del medio siglo. Su amigo y médico, Steve Garske, le había dicho que no tardaría en notar la diferencia entre estar en la cuarentena y la cincuentena, y tenía razón. Cada vez que Stride se levantaba de la cama por la mañana, se notaba el cuerpo entumecido, y necesitaba una ducha caliente y un café cargado antes de sentirse preparado para enfrentarse al nuevo día. Ya no era joven, pero en su opinión, la juventud estaba sobrevalorada. Había conocido la pérdida y se había recuperado. Había cometido errores y había aprendido a vivir con ellos. La imperfección lo había convertido en lo que era. Le había costado la mayor parte de sus cincuenta años aprender esa lección y, por primera vez en mucho tiempo, no estaba dispuesto a cambiar el presente por el pasado.

A tres metros de distancia, en medio del gentío, Stride distinguió a un chico de veintitantos con los brazos cruzados con fuerza sobre una chaqueta de camuflaje. Su boca era un tajo estrecho y encolerizado, y llevaba una gorra con el *hashtag* #sinexcepciones bordado en una amplia franja blanca. Los recientes problemas en Duluth tenían un nombre, y el nombre era #sinexcepciones. Era el *hashtag* que Dawn Basch usaba siempre que colgaba un tuit. Su intención era dejar claro que la libertad de expresión era libertad

de expresión. Sin condiciones, añadidos o peros. Sin excepciones.

El joven no parecía una amenaza, pero Stride se acomodó la cazadora de cuero de manera que la placa que llevaba en el cinturón quedara a la vista. La mayoría de los que lucían ese lema eran inofensivos, pero algunos buscaban pelea, y él no pensaba permitir que nadie alterara la maratón. El alcalde lo había dejado meridianamente claro en una conferencia de prensa el día anterior: no se toleraría ninguna protesta que pusiera en peligro a los corredores o a la multitud.

El auricular en su oído cobró vida.

–Buenas, jefe, estoy en el puesto de Guppo –anunció su compañera Maggie Bei–. Esto es una fiesta.

Stride sonrió y dio unos golpecitos al micrófono.

–¿Qué hay en el menú este año?

–Buñuelos de macarrones y queso. Están de muerte.

–¿Y alguno de los corredores ha conseguido acercarse a ellos?

–Sí, Gina se está asegurando de que Max no se los coma todos.

Stride soltó una carcajada. Con el tiempo, el «puesto de Guppo» se había hecho célebre entre los corredores de la maratón. Max Guppo era uno de sus detectives, con la constitución de un muñeco de nieve, un torso en forma de calabaza y una cabeza totalmente redonda. Por lo general, el día de la maratón todos los agentes debían estar disponibles, pero durante las dos últimas décadas a Guppo se lo había dispensado para que organizara un elaborado «puesto de avituallamiento» para los corredores. Al principio era pequeño, tan solo Guppo, su mujer y su hija mayor, Gina, ofreciendo limonada y galletitas saladas. Aquel día, en el puesto de Guppo estaban Max, su mujer, sus cinco hijas y una docena de voluntarios, y había música en directo y montañas de provisiones de tentempiés caseros y bien cargados de hidratos de carbono. Se habían ubicado en una zona cercana a la marca de los treinta y cinco kilómetros, justo después de la leve pendiente de Lemon Drop Hill que aun así se erguía como el Kilimanjaro frente a los cansados corredores. En el puesto de Guppo, podían recibir un espaldarazo de ánimos y energía para los kilómetros finales que llevaban al corazón de la ciudad.

–¿Max ha visto a Serena? –preguntó Stride.

–Sí, dice que parece estar bien –contestó Maggie–. ¿Ya ha llegado a donde estáis vosotros?

–No, pero según Cat llegará pronto.

–Bien por ella. Está loca, pero bien por ella.

–Oye, recuerda que te dijo que corrieras con ella, Mags –se burló Stride con una sonrisa.

–Ya, pues no, gracias. Si voy a recorrer cuarenta y dos kilómetros, será en mi furgoneta.

–Si conduces tú, es más seguro ir corriendo.

–Ja, ja –repuso Maggie.

–He visto a un manifestante aquí en Canal Park –explicó Stride–. ¿Algún problema por ahí?

–No, por ahora vamos bien. Guppo ha visto a un par de personas con camisetas de #sinexcepciones, pero no ha habido ningún altercado grave con los corredores musulmanes. Un insulto de algún capullo, pero la multitud lo ha acallado a gritos.

–Bien. Mantenme informado.

Maggie supervisaba el dispositivo de seguridad de la maratón. Llevaba todo el día recorriendo arriba y abajo con su Chevy Avalanche amarillo el trazado de la carrera para comprobar todos los detalles, desde los puestos de primeros auxilios y emergencias médicas hasta el aparcamiento y el tráfico.

Ese año, la alerta era máxima.

–¿Algún rastro de Dawn Basch? –preguntó Maggie a Stride.

–Hasta ahora no.

–¿Crees que se mantendrá alejada?

–No es propio de ella mantenerse alejada de los focos, pero esperemos que lo haga –contestó él.

Stride cortó la comunicación y cerró el micrófono.

Dawn Basch vivía para la polémica, sin importarle las consecuencias. Desafiaba a los extremistas islámicos: «Si queréis que me calle, tendréis que matarme». En su última convención, en Portland, sus deseos casi se habían hecho realidad. Un radical musulmán había irrumpido en el hotel con un fusil de asalto y la policía lo había abatido en el vestíbulo. El incidente había desatado titulares a nivel nacional y eso había incrementado la fama de Basch. O su infamia. El odio la acompañaba allí a donde iba.

Ahora había llegado el día de la maratón y Basch se encontraba en su ciudad. Stride estaba nervioso.

–¡Mira! ¡Ahí está Serena! –gritó Cat al tiempo que agarraba a Stride por la manga de la chaqueta.

Stride vislumbró de inmediato a Serena entre los corredores que tomaban la curva hacia Canal Park. Corría elegantemente con sus largas

piernas, sin ningún signo evidente de fatiga, aunque sin duda debía de sentirla. Llevaba todo un año entrenando y en su esbelto cuerpo se apreciaban los resultados. Vestía mallas cortas de licra negra, zapatillas verde flúor y un top de un verde y amarillo muy vivos. Su pelo negro, recogido en una coleta, se balanceaba a su espalda. Su expresión era intensa. Tenía la piel húmeda del sudor y la lluvia. Delante de ella, el puente levadizo de la ciudad se cernía sobre el canal que estaba justo detrás de la meta. Estaba a unos pasos de su objetivo.

Cat se puso a gritar a un volumen ensordecedor de esos que solo puede producir una adolescente:

–¡Eh! ¡Serena Stride!

Gritó tan fuerte que algunos espectadores se rieron por lo bajo. Serena no pudo evitar oírla. Volvió la cara hacia ellos y sus labios se curvaron en una sonrisa. Les guiñó un ojo a Cat y Stride, y luego desapareció, arrastrada hacia Canal Park Drive, inmersa en el grupo de corredores que recorrían los últimos pasos de los cuarenta y dos kilómetros.

Serena Stride, antes llamada Serena Dial.

Su mujer.

Todavía le resultaba raro pensar en ella de ese modo. Después de vivir juntos varios años, se habían prometido el verano anterior y se habían casado en enero en una pequeña iglesia de Park Point, a cinco manzanas de la casita donde vivían. Había sido una ceremonia íntima y podían contar con los dedos de dos manos la gente a la que habían invitado a compartir ese momento con ellos. No les había resultado sencillo dar ese paso. Durante años, él no había estado seguro de poder despedirse de su primera esposa, Cindy, y volver a poner en peligro su corazón tras la muerte de ella. Serena, por su parte, no estaba segura de poder cerrar la puerta a los abusos infantiles que había sufrido y que habían hecho que se mostrara reticente a confiar en alguien que afirmaba amarla. A lo largo de su relación se habían enfrentado e incluso se habían separado durante un tiempo, pero al final descubrieron que no temían al futuro. No *necesitaban* estar juntos, pero querían estarlo.

El día después de que él le pidiera matrimonio –el día después de que ella dijera que sí–, Serena le había confiado sus planes de correr la maratón al año siguiente. Stride pensó que era su forma de consolidar la vida que había creado en Duluth. Una maratón era el epítome de cualquier compromiso. Físico. Emocional. Espiritual. Ese mismo día, Serena había empezado a entrenar.

–¿Puedo ir a esperarla cerca de la meta? –preguntó Cat.

–Claro, ve.

Stride contempló cómo Cat desaparecía corriendo entre la multitud y en ese momento volvió a oír la voz de Maggie por el auricular, que había adquirido un tono sombrío.

–¿Jefe? Es posible que tengamos un problema.

–¿Qué pasa, Mags?

–Nos han informado de que hay una mochila abandonada –explicó Maggie.

Eran las 12.09.

2

La tobillera que llevaba Michael Malville hacía que le resultara incómodo permanecer de pie durante mucho rato. Su hijo Evan y él se habían apostado en Superior Street tres horas antes, y ahora se encontraba con que tenía que apoyarse tan solo en su pierna buena. De haber sido por él se hubiera ido ya a casa, pero Evan estaba extasiado con la maratón. Desde donde se encontraban habían visto pasar a los corredores con sillas de ruedas bajas, tan lisas y aerodinámicas como un Corvette. Habían visto a los corredores en cabeza a un ritmo inimaginable en el kilómetro treinta y ocho. Ahora, el grueso del pelotón pasaba por delante de ellos en grupos de doce.

–¡Las chicas van con bikini! –gritó Evan con el asombro de un niño de doce años incapaz de decidir si ver a una mujer con sujetador deportivo y mini short era interesante o vulgar.

–En realidad no son bikinis –le explicó Michael a su hijo–. Pero la verdad es que los corredores se ponen cosas muy raras.

Era cierto. Habían visto tutús, pieles de leopardo, disfraces de superhéroe. Incluso un traje de boda. Si estabas dispuesto a correr cuarenta y dos kilómetros bajo la lluvia, podías llevar lo que quisieras.

Michael y Evan contemplaban la maratón desde la acera, frente a la tienda de música Electric Fetus. A Michael le fastidiaba tener que ver la carrera desde la barrera. Tras haber practicado natación durante muchos años, el día de su cuarenta cumpleaños había decidido empezar a entrenar para la maratón de Duluth, y cuando a Michael Malville se le metía algo entre ceja y ceja, hacía cuanto estuviera en sus manos para conseguirlo. Su plan era bajar de las cuatro horas, e iba bien encaminado para conseguir su propósito. Había corrido una media maratón en abril, en Milwaukee, en una hora y cuarenta y ocho minutos, y confiaba en poder igualar o superar ese ritmo en Duluth.

Hasta que, la semana anterior, su mujer Alison le había pedido que bajara el cesto de la ropa sucia al sótano de su casa en Cloquet. Michael había dado un mal paso en el último escalón y se había roto dos huesos metatarsianos. Ahí acabaron sus sueños de correr la maratón ese año y, en función de cómo se recuperaran los huesos, posiblemente para siempre. Estaba enfadado desde entonces.

Michael era un hombre grande y corpulento de metro ochenta y dos de estatura. Durante la mayor parte de su vida había tenido el pelo rubio y rizado, pero cuando a mediados de la treintena comenzó a ralearle se rapó la cabeza, y desde entonces la había mantenido así. Llevaba unas gafas de Prada rectangulares y estrechas, e iba bien vestido: pantalones de algodón con pinzas, polo de golf color burdeos y un mocasín marrón tostado en el pie sano, además de una gabardina de sirsaca larga y abierta para protegerse de la lluvia. A simple vista, era evidente que tenía dinero, aunque su vida nunca había girado en torno a la riqueza. Michael era un adicto a la adrenalina y, en aquel momento, el hecho de ser un espectador y no uno de los participantes de la maratón lo sacaba de quicio.

Su teléfono móvil sonó. Era Alison.

–¿Cómo va por ahí? –preguntó su mujer.

–A Evan le encanta –le contó Michael–. Uno de los corredores iba disfrazado de zombi. Es el que más le ha gustado.

–Papá, era un personaje de *The Walking Dead* –le explicó Evan con impaciencia.

El niño se señaló la camiseta, en la que se veía a un actor con una ballesta y dos palabras, «KILLIN’ IT», en letras rojas. Michael no tenía ni idea de qué significaba el eslogan, pero por lo visto la camiseta tenía algo que ver con la serie con la que Evan estaba obsesionado.

–¿Vendréis a comer a casa? –quiso saber Alison.

–No; ya nos hemos agenciado unos perritos calientes en Coney Island.

–¿Qué tal el pie?

–De pena –contestó Michael.

–Bueno, no te fustigues, ¿vale?

–Nos quedaremos solo un rato más –repuso él, y colgó.

Una riada de corredores pasó por delante de ellos, mientras los espectadores seguían animando sin descanso; parecía que no les importaba cuánto tiempo o cuánta gente había pasado ya. Sentada en una silla plegable de lona, una mujer gritaba una y otra vez:

–¡Ya casi lo habéis logrado! ¡Tres kilómetros y listo!

Michael sabía que lo hacía con buena intención, pero le entraron ganas de decirle que los corredores detestaban que les recordaran cuánto les quedaba para terminar. Todos lo sabían, y la mayor parte del tiempo no querían pensar en ello.

–¡Eh! –gritó un corredor desde la calle. Era corpulento, como Michael,

pero por lo menos unos quince años más joven; llevaba el pelo largo y castaño mojado, y una barba poblada—. Eh, tío, ¡sin excepciones! ¡Sin excepciones!

Michael tardó un momento en darse cuenta de que el corredor hablaba con él. El joven llevaba un pañuelo con el lema #sinexcepciones alrededor de la cabeza y había visto la chapa grande y roja que Michael llevaba prendida en la gabardina y en la que se leía lo mismo.

—¡Sin excepciones! —gritó Michael, y levantó los pulgares.

Le gustaba encontrarse con otros conservadores; no había demasiados espíritus afines en la «República Popular de Duluth».

—¿Qué quiere decir eso, papá? —preguntó Evan levantando la vista hacia él—. Lo de sin excepciones...

Michael se agachó para mirar al chaval a los ojos.

—Significa que vivimos en América y nadie puede decirnos lo que tenemos que decir o pensar. Así está escrito en la Declaración de Derechos, en la Primera Enmienda a la Constitución.

—Ah.

—Debemos sentirnos orgullosos de eso —añadió Michael—. No lo olvides nunca.

—Vale.

Michael se irguió con dificultad; el pie le molestaba. Justo en ese momento, alguien que se abría camino por la acera y avanzaba con rapidez chocó con fuerza contra su hombro. Michael perdió el equilibrio mientras el dolor le atravesaba la pierna como si fuera un relámpago. Se apoyó en Evan, y su hijo trastabilló hasta la calzada, donde un grupo de corredores tuvo que sortearlo. Michael le cogió de la muñeca y tiró del chico hasta que estuvo de nuevo a salvo en la acera.

Furioso, vio al hombre que le había golpeado el hombro alejándose como si nada.

—¡Qué narices! —le gritó Michael—. ¡Mira por dónde vas!

El hombre no aminoró el paso, aunque volvió la cabeza y miró a Michael. Sus miradas se cruzaron durante una milésima de segundo, no más. A Michael le pareció que era más joven que él y de una altura y corpulencia similares. En ese momento vio una espesa ceja y un ojo gélido y hostil en una cara de piel aceitunada. Una ráfaga de olor a colonia almizclada alcanzó a Michael en la nariz, y supo que era el hombre de la acera el que lo desprendía. Vestía tejanos negros y una camisa holgada por fuera.

De uno de sus hombros colgaba una mochila azul marino que le llegaba casi a la cintura, como si transportara algo muy pesado. Michael percibió su hostilidad desde la distancia. Estaba seguro de que el tipo había chocado con él adrede. Se enfadó por un momento, pero enseguida se le pasó. La multitud engulló al individuo de la mochila mientras este se dirigía al paso elevado de Lake Avenue que llevaba a Canal Park. Michael trató de fijar en la memoria los rasgos de su rostro, pero la imagen ya empezaba a difuminarse, como una foto que has tardado demasiado en tomar. El hombre era tan solo otro inmigrante en una bulliciosa calle de la ciudad.

Michael se aseguró de que Evan estaba bien.

Eran las 12.17 del mediodía.

A Khan le ponían nervioso las aglomeraciones. No le gustaban. No importaba que en este caso la gente estuviera contenta. Al salir por la puerta de la tienda de la Duluth Outdoor Company, sus sentidos se rebelaron ante el volumen de la música, las risas, los aplausos, el repicar de campanas y los gritos de ánimo. Le asaltaron deseos incontrolables de taparse las orejas para mitigar el ruido. La cercanía de tantos cuerpos en movimiento hacía que le costara respirar, y además olían a lluvia, sudor, perfume y tabaco. Le abrumaba, como si volviera a tener catorce años y estuviera de nuevo en las calles de Lahore. La inquietud le hizo temblar; sentía deseos de salir corriendo, de regresar al callejón vacío que había tras la tienda, pero tenía trabajo que hacer.

Desde detrás de la montura plateada de sus gafas, sus ojos escaneaban las caras de la gente. Resultaba difícil encontrar a un hombre en concreto entre los cientos de personas que se apretujaban a lo largo del sendero empedrado. Era una ubicación privilegiada, donde todo el mundo quería estar: la línea de meta. Un lugar tan estadounidense: avasallador, lleno de confianza, sueños, ambición. Todas las tiendas estaban abiertas, esperando a recibir su porción del negocio. La calle estaba flanqueada por carteles de bancos, concesionarios de coches, gasolineras y compañías de telefonía móvil. Los corredores, con las caras sonrojadas, se reunían con sus amigos, las medallas por haber participado colgadas orgullosamente del cuello. Allí era donde se hallaba el corazón de la maratón.

«Si Malik ha venido, seguro que está aquí», pensó.

En ese momento le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo de los tejanos negros, cubierto por una camisa batik floreada, y vio que era Ahdia. El mero

hecho de ver su nombre le hizo sonreír. Su mujer, su hermosa mujer, que le había dado un hermoso hijo. Ellos dos eran toda su vida.

–¿Has encontrado a Malik? –le preguntó Ahdia.

–No.

–Entonces es que a lo mejor no está ahí.

–Espero que así sea, pero no he podido hablar con él. No responde al teléfono.

–¿Hay más gente buscándolo?

–Sí, pero nadie lo ha visto.

–¿Cómo estás? –quiso saber ella.

–Ya sabes cómo me sientan las multitudes.

–Lo sé. Ven a casa, Khan, no puedes hacer nada más. Pak te echa de menos; y yo también.

Él bajó la voz para no llamar la atención. Era tan delgado como el poste de una señal de tráfico, pero también era alto y guapo, con una mata de pelo azabache y una barba bien cuidada. Su tez morena de rasgos árabes bastaba para despertar sospechas en la calle, sobre todo ese día. En realidad, no podía culparlos. La evolución había programado el corazón humano para temer lo diferente. Khan se dio cuenta de que un hombre fornido y con tatuajes lo estaba mirando y se dio la vuelta para ocultar el rostro.

–Si Malik está aquí –susurró–, tengo que encontrarlo.

–Entonces ve con cuidado.

–Lo haré.

Khan no quería contarle a Ahdia que si finalmente encontraba a Malik, era posible que ninguno de los dos volviera a casa con vida.

Malik era uno de sus mejores amigos, pero había tomado el camino equivocado. El de la violencia. En las cafeterías del barrio de Cedar-Riverside en Minneapolis había conocido a reclutadores *online* y a radicales coléricos que le habían comido la cabeza con la yihad. Resultaba tan estúpido... no tenía ningún sentido. Un entretenimiento mortal, y los jugadores eran cuatro chavales estúpidos. Khan no podía soportarlo, porque si perdía a Malik, sería como perder de nuevo a su hermano. Otro hermano que moría en medio de una multitud, por nada.

Sintió deseos de gritar: «¿Dónde estás?».

Porque no tenía ninguna duda de que Malik andaba por ahí. En alguna parte. Debía encontrarlo antes de que lo hiciera la policía. Encontrarlo y detenerle antes de que echara a perder su vida, junto con las vidas de otros.

Khan dejó atrás a los espectadores que se apretujaban frente a la tienda de Duluth Outdoor Company y se dirigió a paso rápido hacia el otro extremo de Canal Park.

Eran las 12.26.

–Lo siento muchísimo –se disculpó Guppo con Stride y Maggie.

Su blanca cara redonda estaba aún más pálida de lo habitual, y tenía el bigote caído. A su lado, su hija menor, Gloria, de ocho años, agarraba su mochila de Barbie contra el pecho. Con sus grandes ojos y el abrigo blanco de plumón, parecía un búho cubierto de nieve.

–Bueno, creo que podemos desactivar el equipo de intervención rápida –dijo Stride, esforzándose por no reír.

Sabía que tanto Guppo como su hija se sentían mal. Al menos una docena de agentes había rodeado la mochila antes de que la niña se metiera entre ellos y la recogiera despreocupadamente del suelo.

–En serio, jefe, no tenía ni idea de que Gloria se la había dejado –continuó Guppo–. Y cuando llegó el aviso... No me di cuenta...

–Olvídalo, Max. –Stride se agachó hasta quedar a la altura de Gloria y sonrió–. ¿Todo bien, Glo?

La niña asintió sin decir nada.

–Me alegro. Será mejor que no vuelvas a dejar la mochila por ahí, ¿vale? No querrás que alguien se la lleve, ¿no?

Ella negó con la cabeza en silencio.

–Genial. –Stride le pellizcó las rechonchas mejillas, se irguió y le dio unos golpecitos en la espalda a Max–. Anda, Max, vuelve a tus buñuelos de macarrones y queso. Aún quedan muchos corredores hambrientos.

–Gracias, jefe.

Guppo cogió a Gloria de la mano y se alejó con ella. Stride y Maggie los contemplaron y, una vez estuvieron lo bastante lejos, una sonrisa se dibujó en sus rostros y dejaron escapar las risas que habían estado conteniendo. Los demás policías también se rieron. Stride meneó la cabeza.

–Una mochila de Barbie. Será una buena anécdota en los archivos.

–Por supuesto, la mujer que llamó a Emergencias no mencionó ese detalle –le explicó Maggie–. Bueno, si le decimos a la gente que si ve algo nos lo comunique, es normal que lo haga.

Se subió la cremallera de la chaqueta roja para protegerse de la lluvia. Tenía el pelo, negro y cortado a tazón, empapado. Señaló hacia su Avalanche

amarillo, con las puertas y los guardabarros llenos de abolladuras. Era una pésima conductora.

–¿Quieres que te lleve otra vez a Canal Park, jefe?

–No soy tan valiente, Maggie.

–Eh, me han vuelto a instalar los *airbags* –replicó ella.

–Aun así, no, gracias.

–Vale, tú mismo. –Se rio otra vez por lo bajo, con las manos metidas en los bolsillos–. Supongo que esa es toda la emoción que tendremos en la maratón de este año.

Eran las 12.29.

Wade Ralston comprobó el monitor de actividad que llevaba en la muñeca. A pesar de la lluvia y de que tenía la piel cubierta de sudor, funcionaba correctamente. Aun así, estaba molesto consigo mismo, porque iba retrasado respecto al ritmo que se había marcado. En el kilómetro veinticinco le había dado un tirón en el gemelo derecho y a partir de ese momento había tenido que andar de vez en cuando para aliviar el dolor. Lo que debería haber sido un trayecto de media hora que le llevaría a la meta a las 11.15, un nuevo récord para él, se había convertido ahora en un trote que le llevaría cuatro horas y cuarenta y cinco minutos. Nunca había quedado tan atrás en una maratón, y había corrido doce en diez años.

Otros corredores lo iban superando debido a la cojera que arrastraba. La línea de meta se encontraba a apenas cien metros, pero parecía que quedarán quince kilómetros. En el cronómetro que colgaba encima de Canal Park Drive los segundos corrían, recordándole su fracaso.

–¡Estás sangrando! –le gritó alguien.

Wade se miró la camiseta blanca sin mangas, en la que había impreso un anuncio de su negocio: EXTERMINIOS RALSTON: LOS CAZABICHOS. Allí donde unas hormigas y unas cucarachas dibujadas marchaban por encima de su pecho hacia dos hombres con sendos aparatos insecticidas, sus pezones habían empezado a sangrar debido a la fricción con la camiseta. Daba la sensación de que los bichos se dirigían a una piscina carmesí para darse un baño.

Uno de los médicos voluntarios le ofreció ayuda, pero él la rechazó con un gesto de la mano. Qué más daba un poco de sangre. Cuando corrió la maratón de Chicago cuatro años antes, le había salido una ampolla y al llegar a la meta su zapatilla izquierda había adquirido un color rojo cereza.

Dio un paso y luego otro. Al fin y al cabo se trataba de eso: un paso tras otro, de uno en uno, hasta completar los 42,195 kilómetros.

Gracias al entrenamiento, Wade no tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo. Era como un paquete compacto de apenas metro sesenta y cinco de altura, y cincuenta y cinco kilos de roca dura. De niño, en la escuela, su complexión había jugado en su contra. Las chicas se burlaban de él y los chicos mayores le acosaban sin piedad, pero de adulto, no había cejado en su empeño de correr más rápido, trabajar más, ser más listo y ganar más dinero que nadie. No cabía duda de que se había reído el último. Si estabas dispuesto a hacer cosas que nadie más tenía agallas de hacer, podías conseguir lo que quisieras. No había mucha gente dispuesta a lidiar con bichos y roedores.

Empezaba a sentir mareos, pero tenía que continuar avanzando. No importaba nada más. Tan solo seguir adelante.

La línea de meta se encontraba a cincuenta metros.

Buscó al grupo que había ido a animarlo. Le habían prometido que estarían allí, pero llegaba tan tarde que se preguntó si habrían renunciado y se habrían largado a tomar unas cervezas. El hecho de que no pudiera verlos no significaba nada. Escrutó la multitud que bordeaba la calle... y ahí estaban, justo delante de la Duluth Outdoor Company, donde le habían prometido estar, para ver cómo daba el último paso para cruzar la línea de meta.

Vio a Travis Baker, con su constitución fornida, delante de un árbol. Llevaban cinco años trabajando juntos en el negocio de exterminio, desde que la hermana de Travis, Shelly, los había presentado. Wade y Travis se metían allí donde nadie entraría, y sacaban cucarachas a paletadas de los sótanos de los edificios. Travis fue el primero en verlo y lo animó como un loco, igual que si Wade fuera un jugador de fútbol americano que hubiera marcado el *touchdown* ganador.

—¡Wade! ¡Wade! ¡Wade!

Shelly, que estaba al lado de Travis, también se puso a animar.

Lo mismo hizo Joni. La mujer de Wade. Exanimadora. Joni siempre había sido la prueba definitiva de lo que podía ofrecerle la vida a un chico bajo, flacucho y estudiante mediocre que sabía cómo romperse los cuernos y darlo todo. Joni lo saludó con la mano y silbó, y al tiempo que su melena rubia se balanceaba, el resto del mundo empezó a hacer lo mismo. Wade no podía apartar la vista de ella.

—¡Wade! ¡Wade! ¡Wade!

—¡Cruza la meta! ¡Cruza la meta!

Era lo único que tenía que hacer, pero Wade no se movía. Se había quedado quieto. Sus piernas se convirtieron en mantequilla. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en los muslos. Con la boca abierta, jadeando, contempló la línea de meta. Luego miró a Joni, Travis y Shelly, que hacían gestos desesperados para que continuara. Decenas de personas se unieron a los gritos de ánimo:

–¡Cruza la meta! ¡Cruza la meta!

Pero Wade era incapaz de moverse. El corazón le latía desbocado. Intentó aspirar aire, pero la presión de las costillas se lo impedía, ahogándolo. Se tambaleó y apoyó una rodilla en el suelo. Se agarró la muñeca. El mundo daba vueltas a su alrededor.

La línea de meta se mofaba de él, con el cronómetro en el que los segundos iban pasando uno tras otro. Estaba tan cerca...

–¡No puedes renunciar ahora! –dijo alguien, y Wade se dio cuenta de que era su propia voz.

Había llegado demasiado lejos para rendirse. Se puso en pie, tambaleante, y dio otro paso hacia la meta.

Casi había llegado.

Casi.

Eran las 12.32.

@runnerbae81 tuiteó:

Oh, mierda.

@edbrown_cpa tuiteó:

Lo he visto en el puesto de avituallamiento de la meta. ¡Dios mío!

@mrrdevlin tuiteó:

Hace unos segundos ha pasado algo en la maratón de Duluth.
¿Alguien sabe algo?

@talkischeap_mn tuiteó:

Tengo este pantallazo de antes de que el puesto se derrumbara.
Pinta mal.

126 personas retuitearon @talkischeap_mn

@sallybrl tuiteó:

Bomba.

@luvicecaves tuiteó:

Mi hermana vive allí. Dice que es una bomba.

@duluthnative55 tuiteó:

Se oyen un montón de sirenas.

#maratón

@shirleyctate tuiteó:

¿Todavía no ha salido nada en las noticias? ¿Qué coño pasa?

#maratón

@mndude_msp retuiteó The Associated Press:

Un artefacto explosivo ha detonado cerca de la línea de meta de la maratón de Duluth. Hay numerosos heridos. Seguiremos informando.

@kimberlyandjohn_fl tuiteó:

Recemos.

#maratón

@asweetsole tuiteó:

¿Hay algún muerto? Recemos.

#maratón

@duluthcity tuiteó:

Se pide a todos los residentes y visitantes que se queden en sus casas y no se acerquen a Canal Park, para permitir el acceso de los equipos de Urgencias.

@zenithcityguy tuiteó:

Una amiga mía que ha corrido la maratón estaba recogiendo su bolsa de deporte cuando ha estallado. Cree que han muerto varias personas.

#maratón

@marythechurchlady tuiteó:

Señor, ¿cuándo acabará esta locura?

#maratón

#oraciones

@peteclay_noex tuiteó:

Ahora tendremos que escuchar durante una semana: «No saquéis conclusiones precipitadas». Sí, ya.

#maratón

#elislamata

84 personas marcaron como favorito a @peteclay_noex

@dawnbasch tuiteó:

Cuando hay una tragedia no es momento para la corrección política. Todos sabemos qué es y quién lo ha hecho.

#maratón

#terrorismo

#elislamata

#sinexcepciones

1.604 personas retuitearon a @dawnbasch

3

Stride echó a correr Lake Avenue abajo, enfrentándose a una oleada de cientos de personas que empujaban en sentido opuesto. Mientras se dirigía hacia el reloj de la torre que había en la entrada de Canal Park, el humo se expandió como una araña gigante contra el cielo oscuro. En el aire flotaba un olor a azufre. Por la radio empezaron a sonar mensajes de Emergencias. Stride oyó en la meta a alguien que pedía a gritos médicos de Urgencias y unidades de trauma.

Había muchas víctimas.

—¡Todos fuera! ¡Todo el mundo fuera! ¡Despejen la zona!

Los padres llevaban a sus hijos sobre sus espaldas. Los corredores empujaban a gente mayor en silla de ruedas. Parte de la multitud se dirigió al este, hacia la orilla del lago, otra en dirección al centro de congresos del oeste y algunos fueron hacia las calles del centro. Algunos mirones se quedaron por ahí, tomando fotos y grabando vídeos. Stride echó una mano a los agentes que tenía más cerca para desalojar a los rezagados. Allí donde había una bomba, podía haber dos. O más.

Los cristales crujieron bajo sus zapatos mientras recorría a la carrera la última manzana, igual que habían hecho miles de corredores aquel día. Toda la calle era un campo de cristales. Delante de él, la gente tiraba de las vallas que bordeaban las calles y las amontonaba para dejar espacio para las víctimas. Los globos de los arcos caídos cubrían la calzada como serpientes multicolores. Toda la alegría del día había estallado como los globos y se había transformado en miedo.

Stride se detuvo en el lugar de los hechos. El epicentro de la explosión. Se hallaba frente a la tienda de la Duluth Outdoor Company, a unos metros de la meta. Bajó la vista. Los adoquines jaspeados estaban cubiertos de sangre, que la leve llovizna no podía limpiar. Los ladrillos habían saltado por los aires, destrozados. Vio extremidades amputadas y cuerpos destrozados. Sobre la calle y la acera había decenas de víctimas tendidas, a algunas de las cuales les sobresalían los huesos. Contó cinco personas que parecían estar muertas. Otros, los afortunados, estaban sentados y apoyados en las paredes de las tiendas, con cortes en la cara, la ropa hecha trizas y las piernas

sangrando.

No disponía de tiempo para dejarse llevar por las emociones, pero fue incapaz de tragarse por completo su ira y su tristeza. La maratón era un día de unidad para todo el mundo en Duluth, y que lo hubieran mancillado así le enfurecía en lo más hondo.

El gemido de las sirenas superpuestas se acercaba desde los hospitales del centro de la ciudad. Todo el mundo se había entrenado para lo peor, y ahora que lo peor había ocurrido, los responsables de Emergencias llevaban a cabo su trabajo con una decisión inquebrantable. La policía. Los trabajadores y voluntarios de la maratón. Los bomberos. Los paramédicos, reunidos allí para atender a los corredores agotados, se habían sumado a los servicios como médicos de batalla.

Stride agarró a uno de sus hombres por el hombro. Tenía el rostro moteado por una constelación de pequeñas heridas de metralla.

–¿Estás bien? Ve a que te pongan un vendaje.

–Estoy bien, señor. Hay quien está peor.

–¿Dónde te encontrabas cuando ha explotado? –le preguntó Stride.

–Al otro lado de la calle, junto al hotel. La onda expansiva me ha tirado al suelo.

–¿Un atentado suicida?

–No lo sé, señor. Con la lluvia, todo el mundo llevaba abrigos y chubasqueros holgados. Es posible que alguien ocultara algo, pero los perros no han detectado nada.

–Vale. Anda, ve a que te curen esa cara.

–De acuerdo.

–¿Has visto a Serena, mi mujer? –añadió Stride.

–No, señor, lo siento.

Stride barrió la calle con la mirada. Los escaparates de media manzana estaban astillados, y el oscuro interior de la Duluth Outdoor Company se reducía a un montón de ruinas humeantes. Al otro lado de la calle, todas las ventanas del hotel más cercano habían saltado por los aires, así que Stride se hizo acompañar de un paramédico para asegurarse de que el personal de Emergencias iba habitación por habitación para comprobar si había huéspedes que necesitaran atención médica. Estaba seguro de que en el momento en que la bomba había explotado muchos estaban mirando por esas ventanas.

Los árboles de la calle se habían quedado sin hojas y con la corteza

arrancada. Parecían desnudos. La mayoría de los coches del aparcamiento del hotel habían resultado dañados debido al impacto de la explosión. Sus alarmas rasgaban el aire quieto, como mascotas gimoteantes a las que hubieran dejado solas. A dos metros, Stride vio a un paramédico inclinado sobre una chica rubia con tatuajes que estaba tendida en el suelo. La mujer no se movía y sus ojos azules tenían una mirada vacía. El paramédico alzó la vista hacia Stride y negó con la cabeza.

Muerta.

No muy lejos de allí, otra mujer recobró la conciencia y se puso a chillar en cuanto el dolor le llegó al cerebro. Sus piernas eran un amasijo de sangre, huesos y tejidos. Stride volvió a sentir que lo invadía la ira, una ira sólida y profunda.

Oyó a Maggie por la radio a través del auricular.

–Estamos evacuando el recorrido entero –informó ella–, pero casi todo el mundo huyó cuando se corrió la voz entre la multitud. Hay autobuses en camino para recoger a los corredores. Tengo agentes a lo largo de todo el recorrido para asegurarnos de que no haya ningún otro artefacto.

–Asegúrate de comprobar las escuelas y el centro comercial antes de llevar a los corredores –le indicó Stride–. No quiero que nadie se meta en una trampa.

–Ahora mismo. ¿Cómo están las cosas por ahí?

–Hay muertos y heridos tirados por el suelo. Los equipos de trauma están de camino.

–¿Quieres que vaya?

–Todavía no. Asegura el resto del recorrido.

–Vale. ¿Has encontrado a Serena y Cat? ¿Están a salvo?

–Aún sigo buscándolas.

Stride cogió el móvil y marcó el número de Serena, pero no consiguió establecer conexión. Marcó el número de Cat, con el mismo resultado. Las malas noticias se propagaban a velocidad de vértigo por las redes sociales; la banda ancha estaba ya colapsada debido a la explosión. Por todo el país, miles de personas llamaban a sus amigos y familiares de Minnesota. En Duluth, prácticamente todo el mundo estaba llamando a alguien. Se apartó de los muertos y los moribundos, la mayoría de los cuales formaban un semicírculo frente a la tienda de la Duluth Outdoor Company. La calle estaba llena de tornillos y cojinetes, así como de esquirlas de cristal del tamaño de palomitas. Las mantas térmicas plateadas que servían para hacer entrar en

calor a los corredores después de la maratón cubrían ahora a las víctimas. Comprobó los rostros uno por uno, con el miedo de reconocer a alguno, pero entre los heridos no vio a su mujer ni a la chica a la que quería como a una hija. En ese momento divisó a un hombre tendido de espaldas en la calzada, alejado de la zona inmediata a la explosión. Una de las corredoras estaba inclinada sobre él. El hombre abrió los ojos, movió las piernas y los brazos; estaba vivo. Mientras Stride lo miraba, la corredora que lo estaba atendiendo se irguió e hizo señas con los brazos a un asistente médico para que la ayudara.

Al volverse hacia él, Stride vio la cara de la corredora.

Era Serena.

Wade Ralston abrió los ojos y vio un cielo gris, con gotas de lluvia que caían una a una como dardos sobre su rostro. Lo rodeaba un silencio absoluto. No había voces. Ni viento. Ni olas en el lago. Abrió la boca seca para hablar:

–¿Dónde estoy? –preguntó, aunque no estaba seguro de haber dicho algo.

No oía nada excepto un sonido hueco, como si sujetara una concha sobre su oreja.

Parpadeó y sacudió la cabeza.

En ese momento, con un rugido, el ruido regresó. Wade recuperó la audición y su volumen enardecido lo hizo estremecer. Hombres y mujeres gritando. Sirenas que desgarraban el aire. Pasos de gente corriendo. Trató de incorporarse con torpeza, pero la cabeza empezó a darle vueltas y se dejó caer de nuevo, confundido. Todo estaba en blanco, nada tenía sentido. No recordaba nada, tan solo el frío de la brisa procedente del lago y el verde intenso de los árboles y el sonido de su respiración, y de repente...

Nada.

–¿Qué ha pasado? –preguntó en voz alta.

Wade oyó su voz, pero sonaba lejana.

–Procure no moverse –dijo alguien.

Una mujer se arrodilló a su lado. Él trató de incorporarse de nuevo, pero ella le empujó por los hombros hasta dejarlo de nuevo tendido sobre la incómoda y dura superficie. Él la miró; no entendía nada. Era una desconocida, pero bien podría haber sido un ángel. Llevaba el pelo moreno recogido en una coleta y eso resaltaba los rasgos angulosos de su cara. Aunque no era joven, parecía no tener edad. Sus cálidos ojos eran verdes

como las esmeraldas y sus labios, pálidos. Era una mujer imponente, con los brazos y las piernas tonificados y bronceados. Del cuello le colgaba una medalla.

De las que entregaban a los que completaban la carrera.

De repente recordó: la maratón.

Los kilómetros recorridos desde Two Harbors. El dolor y el agotamiento. La línea de meta, tan cerca. Joni, Travis, Shelly, todos animándolo. Y de pronto el tiempo se había detenido.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

El ángel habló:

—En Canal Park. No se preocupe, todo irá bien. Enseguida le llevaremos a un hospital. Solo tiene que quedarse tumbado.

La mujer se incorporó. Desde el suelo, Wade se dio cuenta de que era muy alta. Tenía unas piernas impecables, pero en las pantorrillas, que quedaban a la altura de sus ojos, vio cicatrices. Ella le hizo gestos a alguien y un momento después un paramédico se arrodilló al lado de Wade. Iba vestido con una camiseta y una gorra naranjas, y cubrió a Wade con una manta térmica. Luego examinó sus ojos.

—¿Le duele algo, señor?

—No lo sé —contestó Wade—. No siento nada.

—¿Cuántos dedos hay? —preguntó el enfermero mientras levantaba la mano en el aire.

Wade vio dos dedos, y eso fue lo que contestó.

—Está bien. Trate de no moverse. Tiene sangre debajo de la cabeza; es posible que se haya dado un golpe cuando la explosión lo derribó. También tiene heridas de metralla.

—¿Explosión?

—Alguien ha detonado una bomba —le explicó el hombre.

Wade dijo lo primero que se le vino a la cabeza junto con la imagen de su mujer:

—¿Dónde está Joni? ¿Está bien?

Stride y Serena recorrieron la distancia que los separaba y se abrazaron en medio de la calle. Él la agarró con fuerza y ambos sintieron una oleada de alivio. Stride ya había tenido que enfrentarse al fallecimiento de su primera esposa, Cindy, nueve años atrás, y tras el estallido de la bomba, sintió la certeza de que Serena también estaba muerta. Una especie de oscuridad que

lo acechaba como un asesino en serie.

Pero la oscuridad no había ido a por él. Al menos esta vez.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí. –Serena era capaz de leerle el pensamiento y se dio cuenta de lo que había pensado—. En serio, Jonny; ni siquiera estaba ahí. Estaba en la zona de recuperación cuando ha explotado.

–Temía que tú...

–Lo sé. Yo también estaba preocupada por ti.

Él volvió a abrazarla, pero no tuvieron tiempo de decirse nada más. La investigación ya se había puesto en marcha. En cuanto las víctimas fueran trasladadas al Saint Mary's y al Saint Luke's, su equipo y él debían asegurar el escenario para el FBI: la lluvia ya estaba eliminando pruebas. En lenguaje policial, la sangre se estaba enfriando.

Stride sabía que aquella sería una investigación federal. El más mínimo atisbo de terrorismo hacía que el caso se desplazara hacia arriba por la cadena trófica hasta quedar fuera del alcance de las fuerzas locales. En una hora, quizá dos, el papel de Stride y su equipo sería de mero apoyo. El FBI estaría al mando.

–¿Dónde está Cat? –preguntó Serena—. ¿La has mandado a casa de Maggie a esperarnos?

Stride miró a Serena. Un escalofrío de miedo volvió a recorrerle el cuerpo, al tiempo que experimentaba por anticipado la sensación de pérdida.

–Creía que estaba contigo. ¿No estabais juntas?

–No; ni siquiera la he visto. Ya te lo he dicho: seguía en la zona de recuperación del final de la carrera. Ahí solo pueden entrar los corredores.

–Cat vino hasta aquí a buscarte –explicó Stride. Su voz sonaba hueca.

Serena le agarró del brazo y apretó.

–Dios mío, Jonny. ¿Dónde está?

4

–¿Qué haces, papá? –preguntó Evan.

Michael Malville abrió los ojos.

–Estoy intentando recordar la cara de alguien –contestó.

Se hallaban frente al restaurante Sammy's Pizza, a una manzana del recorrido de la maratón. La calle estaba desierta, como si se hubieran refugiado en un pueblo fantasma. Habían oído la explosión desde la esquina de Lake con Superior y habían visto el humo alzarse de Canal Park. La gente había echado a correr. Michael había arrastrado a Evan para alejarlo de la zona de peligro y llamar enseguida a Alison para que supiera que estaban bien, pero aún no estaba preparado para volver a casa.

Repasó en el móvil el *timeline* de su Twitter. El primer *trending topic* de la lista era el *hashtag* #maratón. El siguiente de la lista era #sinexcepciones. Leyó las especulaciones acerca del responsable de la explosión y le entraron ganas de tuitear: «Yo lo he visto».

–¿Qué cara intentas recordar? –quiso saber Evan.

–La del hombre que chocó conmigo en la acera –le explicó Michael a su hijo–. ¿Lo viste?

–No. ¿Por qué quieres recordarlo? –Y añadió en un susurro, como si estuvieran conspirando–: Crees que es el que ha hecho estallar la bomba, ¿verdad? ¡Crees que ha sido él!

–No lo sé, Evan. No tengo ni idea de quién era ese hombre. Solo quiero grabarme bien en la mente lo que he visto, por si alguien me pregunta.

–¿Por qué crees que ha sido él? –preguntó Evan, como si Michael hubiera puesto ya a aquel hombre en una rueda de reconocimiento.

¿Por qué?

Por la expresión de su rostro. Por la mochila que llevaba. Porque se dirigía a Canal Park.

«Porque –Michael no tenía ningún problema en reconocerlo el tipo apeataba a islam.»

–Ya te he dicho que no sé si lo ha hecho él –repuso–. Igual solo estaba mirando la maratón, como nosotros.

–Vale –dijo Evan–. ¿Podemos comprar pizzas para cenar en casa?

Michael echó un vistazo al restaurante que quedaba a su espalda.

–Lo siento, colega, pero está cerrado.

Todas las tiendas estaban cerradas. La ciudad entera había bajado la persiana. En la calle quedaba un puñado de coches aparcados, y la policía se proponía revisarlos uno por uno. Todo el mundo estaba nervioso por si había más bombas.

Dos agentes distintos le habían pedido ya a Michael que se identificara y le habían aconsejado que se fuera con su hijo a casa. Diez minutos atrás, había visto pasar a otro poli, y ahora lo vio coger la radio sin dejar de mirarlo desde el interior del coche patrulla. Michael se imaginaba qué estaba diciendo: «El hombre de la esquina de First Street, el que iba con un niño, aún está ahí». Cualquiera otro día, nadie le hubiera prestado atención, pero aquel no era un día cualquiera.

Pasaron cinco minutos más.

Un Avalanche amarillo giró por la esquina describiendo un amplio círculo y se detuvo frente al Sammy's, la mitad del vehículo sobre la acera. Una mujer china menuda bajó del coche abollado, y en ese momento Michael cayó en la cuenta de que la conocía. Un flequillo de pelo moreno le cubría la frente, y sus ojos se escondían tras unas gafas de sol color miel. Llevaba una chaqueta de piel roja, pantalones negros ceñidos y botas color borgoña. Era detective de la policía de Duluth, y sus caminos ya se habían cruzado antes.

Vio que ella también lo reconocía a él.

–Es usted Michael Malville, ¿verdad? –dijo–. Soy Maggie Bei, de la policía de Duluth. Nos conocimos hace un par de años, durante la investigación de una serie de crímenes.

–Sí, me acuerdo –contestó él con frialdad.

Se esforzó por ser educado. No tenía muy buen recuerdo de Maggie Bei. Ni de ella ni de su superior, Jonathan Stride. Dos años atrás, un asesino en serie había aterrorizado Duluth, escogiendo víctimas que guardaban un extraño parecido con la mujer de Michael, Alison. Una nube de sospechas se había cernido sobre él y casi le había costado su matrimonio, eso sin contar que Alison había escapado con vida por los pelos. Michael consideraba que la policía era la responsable de todo aquello.

–Y tú debes de ser Evan –continuó la detective, mirando al hijo de Michael–. Recuerdo que te portaste como un héroe.

Una sonrisa radiante se dibujó en la cara de Evan.

–¡El jefe de policía me dio una placa!

–Ya lo sé; te la ganaste. Así que te gusta *The Walking Dead* , ¿eh? – Señaló la camiseta del chico.

–¡Y que lo digas!

–A mí también –le dijo la detective. Luego le preguntó a Michael–: ¿Qué hace aquí, señor Malville? Mis compañeros me han dicho que lleva un buen rato parado en esta esquina. Hemos aconsejado a los residentes que se vayan a casa y no salgan. Solo hasta que nos aseguremos de que ya no hay peligro.

Él se encogió de hombros.

–Estoy observando la actividad policial. Es interesante.

–¿Estaban ustedes entre el público de la maratón cuando ha estallado la bomba?

–Sí, ¡y mi padre ha visto al que lo ha hecho! –gritó Evan.

Michael hizo una mueca.

–Evan, no exageres. Ya te he dicho que no es así.

La detective ladeó la cabeza.

–¿Qué vio exactamente, señor Malville?

–Vi a un tipo con una mochila. Chocó conmigo.

–¿Dónde fue eso?

–En Lake con Superior. Vi como se dirigía a Canal Park. Fue unos quince minutos antes de la explosión. La coincidencia me hizo sospechar, eso es todo.

–¿Qué aspecto tenía? –preguntó Bei.

–He estado intentando recordarlo, aunque todo pasó muy rápido. Pelo oscuro. Tejanos negros, creo, y una camisa de colores. Estoy bastante seguro de que llevaba barba.

–¿Bastante seguro?

–Lo vi solo un segundo –explicó Michael.

–¿Lo reconocería si volviera a verlo?

–Supongo que sí, pero oiga, no digo que lo hiciera él. Créame, sé lo que es que la policía sospeche de ti por algo que no has hecho.

–Soy consciente –contestó la detective–, y lamento lo que le ocurrió en su momento.

–Lo único que digo es que le vi, que llevaba una mochila y que se dirigía a Canal Park.

–¿Eso es todo?

–Bueno... también parecía musulmán.

–Musulmán –repitió Bei–. ¿Se refiere a alguien de Oriente Próximo?

–Sí, eso. –Michael cruzó los brazos por encima del pecho–. No finja que no es un dato significativo.

Bei no contestó y contempló la calle vacía.

–Muy bien, le agradezco que haya compartido esta información conmigo, señor Malville. Si recuerda alguna cosa más, por favor, llámeme. Mientras tanto, le aconsejo que se vaya a casa con Evan.

Michael percibió la frialdad de su tono de voz y las ganas de la mujer de deshacerse de él. Sabía que había cometido un pecado políticamente incorrecto. Se había atrevido a pronunciar la palabra «musulmán» en voz alta, aunque todo el mundo lo pensara y no lo dijera.

–Como quiera –contestó Michael.

Bei regresó a su *Avalanche*, pero a Michael no le costó interpretar el gesto que hizo al ladear la cabeza y ver la chapa roja que Michael lucía en la gabardina. La chapa que Dawn Basch le había entregado en persona.

#sinexcepciones

Serena ya había corrido más de cuarenta kilómetros, pero la adrenalina que la había mantenido en marcha durante la maratón seguía corriendo por sus venas. En esta ocasión la provocaba el miedo.

Había pasado una hora. No encontraba a Cat por ninguna parte.

Había recorrido Canal Park Drive arriba y abajo, comprobando persona por persona a la gente que se había refugiado en los portales. Había dado la descripción de Cat a todos los policías y al personal de Emergencias con que se había encontrado. Nadie la había visto. Serena insistía en llamar a su móvil una y otra vez, pero tan solo saltaba el buzón de voz. Se le aparecían imágenes del teléfono de Cat destrozado por la explosión. Veía a Cat sangrando, herida, escondida en un rincón de un edificio cerca del lago, incapaz de pedir ayuda.

Esas eran las cosas que ocurrían en los escenarios donde había tenido lugar un asesinato en masa. Serena lo había vivido desde el otro lado, como policía, pero nunca se había visto involucrada de manera personal. Sucedió algo terrible, y lo único que se te pasaba por la cabeza era encontrar a las personas a las que amabas y asegurarte de que estaban a salvo. Y siempre, siempre, cada segundo vacío que pasaba sin noticias te hacía temer lo peor.

Miró pasar las ambulancias, que transportaban a las víctimas a los

hospitales. A esas alturas, en la calle ya no quedaba apenas ningún civil, solo la policía, delimitando el escenario y protegiendo todo cuanto podían de las condiciones meteorológicas adversas. La llovizna bajo la que Serena había corrido se había convertido ahora en un aguacero que llenaba las aceras de ríos manchados de rojo. La corriente se llevaba la metralla. Un día que debería haber sido electrizante y lleno de vida se había convertido en un funeral gris.

Y Cat seguía sin aparecer.

El vínculo que unía a Serena con Cat era distinto del de Jonny. Él la consideraba como a una hija. Serena la veía más como a una hermana pequeña. Sus vidas habían sido parecidas: ambas habían crecido entre abusos, solas, sin que nadie las quisiera. Serena había escapado de casa de su madre drogadicta y había rehecho su vida como policía en Las Vegas. Estaba convencida de que Cat también podía rehacer la suya, pero la chica no tenía las cosas fáciles.

Cuando la conocieron, Cat estaba embarazada. Aunque su obsesión era quedarse con su hijo, al final había dejado que otra familia de Duluth lo adoptara y le diera un buen hogar. Tomar la elección correcta no significaba que fuera fácil. Los nuevos padres del bebé le habían propuesto que formara parte de la vida del niño, pero hasta ahora ella ni siquiera había reunido el valor suficiente para ir a la casa. Decía que el mero hecho de ver a su hijo le rompería el corazón.

Ayudar a Cat era lo más difícil que habían hecho nunca Serena y Jonny, pero Serena estaba convencida de que eso los había unido más que nunca y les había permitido dejar atrás su propio pasado y sus dudas, y casarse. Se sentía en deuda con Cat, una deuda de gratitud que nunca podría pagar.

Aunque el cansancio, crudo y perverso, empezaba a hacer mella en ella, no podía dejar de buscar.

Serena pensó en Cat el año anterior, sola, y recordó que se había refugiado en el cementerio de grafitis, un lugar de mala muerte de la ciudad. Cat se había escondido del asesino que la perseguía entre los pilares de cemento cubiertos de grafitis de debajo de la I-35. Según le había contado a Serena, no era la primera vez que buscaba refugio allí. La gente sin hogar se reunía bajo la autovía, como si fuera una ciudad dentro de la ciudad.

De pronto, Serena supo que Cat había vuelto a esconderse allí. Siempre que estaba asustada, o sola, o herida, regresaba a sus raíces. Fue una intuición de hermana. Cat había regresado al cementerio de grafitis.

Sin saber de dónde sacaba las fuerzas, echó a correr. Se hallaba en el sendero de tablas de madera que quedaba cerca del lago; tras dar media vuelta, esprintó entre dos hoteles. Se dirigió hacia el *Charles Frederick*, el viejo carguero que estaba anclado en el puerto, y luego corrió por Railroad Street bordeando la autovía. Al llegar a la corta pendiente que llevaba a una quebrada encharcada por debajo de la I-35, la bajó deslizándose y cruzó el charco hasta llegar a una escalera de acero apoyada en la pared opuesta. La subió y se dejó caer en un estrecho túnel que se abría entre las rampas de la autovía. Por lo general, el tráfico zumbaba en ambas direcciones por encima de su cabeza, pero ese día no.

De inmediato, llamó a Cat a gritos. La larga franja de hierba y barro estaba desierta y a Serena le llegó el eco de su voz, pero nadie contestó. Losas de cemento sobresalían de la autovía, y los salvajes grafitis convertían cada centímetro cuadrado en un arcoíris de arte de guerrilla.

–¿Cat? –volvió a llamar–. Cat, ¿estás aquí?

Serena oyó algo procedente de detrás de uno de los pilares. Alguien estaba llorando.

–¿Cat? Soy Serena.

Se guio por el sonido de los sollozos. A unos diez metros, la distinguió sentada en el suelo mojado, rodeándose las rodillas con los brazos. Serena se acercó con rapidez y se arrodilló a su lado.

–Cat, ¿estás bien? ¿Estás herida?

La joven no podía hablar. Mechones de pelo negro se le pegaban a la cara. Las lágrimas caían por su bonita piel, mezcladas con suciedad y sangre.

–Deja que te lleve al hospital –le pidió Serena.

–No es necesario.

–Estás sangrando –señaló Serena.

Cat negó con la cabeza. Sus ojos eran un mar de angustia.

–No es mía.

Serena lo entendió; no había nada más que decir. Abrió los brazos, estrechó con fuerza a la chica y la sujetó mientras Cat lloraba con un gemido ahogado que resonó por todo el túnel. Por encima. Por debajo. Desde las sombras de la quebrada.

Al final, Cat se quedó en silencio, pero Serena no la soltó.

–¿Puedes explicarme qué ha pasado? –preguntó.

Cat se separó de Serena y cogió algo que había en el suelo, a su lado. Era una boina oscura, que la chica retorció entre sus dedos. Luego se la

tendió a Serena para que la viera.

–¿Qué es esto? –preguntó Serena.

Cat se sorbió la nariz.

–La he robado.

–¿Qué?

–La vi en el escaparate de una de las tiendas cuando iba a buscarte a la meta. Entré y me la llevé.

Serena meneó la cabeza.

–¿Por qué? Tienes dinero.

–No sé por qué. Lo hice sin más.

Así era como funcionaban las cosas con Cat. Dos pasos adelante, uno atrás. Había hecho progresos, pero seguía haciendo cosas –cometiendo errores– que le permitían justificar el odio que sentía por sí misma. «Renunciaste a tu bebé, así que debes de ser una mala persona.»

–¿Por qué me lo cuentas? –quiso saber Serena.

Cat levantó la voz.

–¿No lo pillas? Si no hubiera robado este sombrero, estaría muerta. Entré en la tienda, lo cogí y, mientras salía, estalló la bomba. Si hubiera seguido mi camino, estaría muerta. Habría estado justo en el sitio de la explosión. ¿Qué significa eso, Serena? ¿Por qué iba Dios a hacer algo así?

–¡Oh, Cat! –murmuró Serena.

–Debería haber recibido un castigo y, en lugar de eso, Él me ha salvado. No tiene ningún sentido.

–Nadie merece esa clase de castigo. Por nada. Esto no ha tenido nada que ver con Dios. Quien lo ha hecho es alguien cruel y malvado. Punto.

–No te puedes ni imaginar lo que ha sido. He notado una explosión enorme y luego humo, y era como si alguien me hubiera golpeado en el pecho. A tres metros, algo alcanzó a una mujer y la sangre que salió de su cara me salpicó. He visto a gente tirada en el suelo. He visto la mano de alguien, Serena. Una mano, ahí en medio de la calle. Todo el mundo gritaba. Y yo allí, con la boina que había robado, y lo único que podía pensar era: «Tendría que estar muerta».

–De eso nada –repuso Serena.

–¿Quién puede ser capaz de hacer algo así? –preguntó Cat–. Todo el mundo se pasa el año esperando la maratón; es algo bueno para toda la ciudad. ¿Quién puede ser capaz de hacerlo volar así por los aires?

Serena quiso decir algo, pero no tenía explicaciones.

–¿Sabes cómo me siento? –dijo Cat.

–Dime.

–Impotente –contestó Cat; su voz no sonaba como la de una chica de diecisiete años.

–Te entiendo.

–Es como cuando vivía en la calle. Sí, siempre tenía miedo, pero al final te acostumbras al miedo. Lidias con él. Lo peor era la impotencia. Sentir que no puedes hacer nada para cambiarlo. Como si las cosas fueran a ir mal siempre, así que más vale que te rindas ya.

Serena se dio cuenta de que ella también estaba llorando. No era la hermana de aquella chica, era su madre, y quería consolarla de alguna manera pero no podía. Sabía exactamente cómo se sentía Cat, porque ella se sentía igual. Toda la ciudad de Duluth se sentía así en aquel momento.

–Eso es lo que quiere esta gente –le explicó Serena–. Por eso lo hacen. Para que nos rindamos. Pero ¿sabes qué? No podemos rendirnos.

La agente especial Gayle Durkin, de la oficina del FBI de Minneapolis, tenía una fotografía sobre la mesa. Por lo demás, su cubículo era impersonal, estaba perfectamente ordenado y todo lo que podía encontrarse en él estaba relacionado con el trabajo, lo cual era una buena descripción de la propia Gayle.

En la fotografía se veía a su hermano de veintiséis años, Ron. Su cara estaba a un brazo de distancia de la cámara de su móvil; se había sacado un *selfi*, y lucía una sonrisa traviesa. Llevaba el pelo castaño largo hasta los hombros y una banda en la cabeza con los colores del arcoíris, y Gayle distinguía su camiseta del Che Guevara, que seguramente se había puesto solo para fastidiarla. Ambos hermanos no podían ser más distintos. Ron era el hippie; Gayle era ultraconservadora. Detrás de la cara de su hermano se veía una calle de París y terrazas de café, y en el horizonte, la mitad superior de la Torre Eiffel. Ron se había hecho el *selfi* y se lo había mandado a Gayle a Minnesota, con el mensaje: «Tú estás en el trabajo. Yo estoy aquí. ¿Quién se monta mejor la vida?».

Noventa segundos después, la bomba estalló. Seis personas murieron en el Bistró París, incluido su hermano y el radical del ISIS que llevaba el chaleco suicida.

Había ocurrido dos años atrás.

Y ahora otra bomba. Cerca de casa.

Gayle contempló las imágenes de la cobertura televisiva en el monitor de su ordenador. Una de las cadenas locales había enviado ya un helicóptero que sobrevolaba el lago Superior, con la cámara enfocada hacia la destrucción de Canal Park. Gayle lo reconoció todo. Había nacido en Duluth, había crecido allí y sus padres seguían viviendo en la misma casa de Martin Road, cerca de Amity Park, que se habían comprado al casarse. Ron y ella habían visto llegar a los corredores de la maratón decenas de veces desde el lugar exacto de la explosión, y Gayle incluso había corrido la media maratón en una ocasión.

La cámara ofreció una vista panorámica y Gayle pudo ver el resto de la ciudad. Lejos del lago, Duluth se empinaba bruscamente, con calles tan

escarpadas como las de San Francisco. Vio las torres del parque de antenas en lo alto de la colina, como soldados de metal enmarcados contra el fondo de nubes negras. El puñado de edificios del centro que se recortaban en el cielo: el Greysolon, el hotel circular Radisson, el reluciente complejo del hospital Saint Mary's y el reloj de la torre de piedra del viejo instituto hacían que Duluth pareciera una gran ciudad, cuando en realidad era una población mediana engalanada para parecer más sofisticada, como una niña vestida con la ropa de su madre.

Para ser una ciudad vieja, en Duluth reinaba la juventud. Miles de estudiantes universitarios llenaban las cervecerías y las cafeterías, salían en kayak cerca de la costa del lago y hacían que la ciudad tuviera extrañamente un aire moderno. Una ciudad que había sido tallada en medio de la crudeza del invierno gracias al duro trabajo de la minería y el transporte naval era ahora el lugar de moda para los amantes de las actividades al aire libre de Minnesota.

Gayle solo había vuelto una vez a Duluth tras la muerte de Ron. Su fantasma estaba por todas partes y eso hacía que la ciudad le resultara opresiva. Sus padres habían entendido que, si querían ver a su hija, tenían que conducir dos horas y media hasta Minneapolis, pero incluso esas visitas eran escasas e incómodas. Ella trabajaba doce horas al día seis días a la semana, y no le gustaba cogerse días libres: su trabajo era su vida. Su apartamento aséptico en Brooklyn Center, a poco más de un kilómetro del edificio de la sede del FBI, no estaba hecho para que se quedaran invitados a dormir, así que cuando sus padres iban a verla se quedaban en el Super 8.

Tras pasar dieciocho años en Duluth, le había dicho a Ron en broma que quería ir a la universidad de un lugar en el que hiciera más calor... Así que se matriculó en la Universidad de Minnesota en Twin Cities, donde se especializó en Psicología y en Sociología, y luego se sacó un máster en Psicología. Al acabar consiguió un trabajo en el condado de Hennepin, donde entrevistaba a aspirantes a puestos sensibles relacionados con el público. Su especialidad era interpretar las expresiones faciales y el lenguaje corporal, y era tan buena detectando a las personas que intentaban dar una falsa imagen de sus antecedentes, que sus compañeros comenzaron a llamarla «Detectora de Mentiras».

Había trabajado tres años para el condado y luego había superado la formación y las pruebas de ingreso en el FBI. En aquel momento, tenía veintisiete años. Ahora, treinta y tres.

Para sobrevivir en ese club masculino que era el FBI tenía que ser el doble de dura que los hombres, física y mentalmente. Su vida era sencilla. Trabajaba hasta tarde; al acabar, iba al gimnasio. Dormía seis horas cada noche. Nunca había tenido una relación sentimental seria, y ni la quería ni la necesitaba. Estaba convencida de que por lo general era la persona más inteligente de cualquier estancia en que se hallase, y solía ser cierto.

Gayle medía un metro setenta y cinco y tenía un cuerpo contundente, pero su peso extra era puro músculo, no grasa. Llevaba el pelo castaño corto, con un corte práctico y un flequillo deshilachado. Tenía los ojos marrones, la nariz redondeada y la barbilla en forma de V pronunciada. Vestía trajes chaqueta que se compraba en Penney's. Nada caro. Nada extravagante. Siempre que salía al aire libre, ocultaba los ojos tras unas gafas de sol, para poder observar el mundo sin que nadie la viera.

En realidad, no le caía bien a nadie del Bureau, pero la respetaban. Sin embargo, Gayle estaba frustrada porque llevaba más de un año atrapada en la celda de castigo: detrás de un escritorio. Era culpa suya. Diez meses después de que Ron muriera en París, habían interrogado a un inmigrante somalí adolescente en Saint Cloud acerca de sus contactos por internet con radicales islamistas. El chico le había mentado. Se le veía en la cara. El trabajo de Gayle debía limitarse a pasar sus notas a su superior en la cadena de mando, pero no podía dejar de ver la cara de Ron cada vez que el muchacho soltaba una mentira. Se lo imaginaba entrando en un lugar abarrotado, como el centro comercial America en Navidades, y haciendo estallar por los aires a todos los que lo rodeaban. Así que perdió el control. Lanzó al chico contra una pared y le fracturó el hombro. El FBI tuvo que abandonar el caso en el que estaba implicado y enfrentarse a una demanda por parte de la familia.

Gayle conservó su puesto de trabajo, pero desde entonces estaba desterrada al papeleo: el análisis de vídeos de interrogatorios realizados por otros agentes y la redacción de informes. Lo detestaba, pero la única manera de volver al trabajo de campo era asumir el castigo sin quejarse. A pesar de lo que había hecho, nadie la culpaba. De hecho, se había ganado algunos admiradores entre los agentes que sentían lo mismo que ella, aunque no podían decirlo en voz alta.

El teléfono sonó en su cubículo. Gayle se puso tensa.

Llevaba esperando a que sonara desde que había llegado el primer informe de la explosión en la maratón. Quien la llamaba era Patrick Maloney, el agente especial a cargo de la oficina de Minneapolis, y solo podía llamarla

por una razón. La iba a sacar del ostracismo.

Era un desastre, era Duluth y la necesitaban.

–Agente Durkin, me gustaría verla –anunció él.

–Enseguida voy, señor –contestó ella.

Gayle prácticamente corrió hacia el ascensor. La breve espera para llegar al último piso despertó su impaciencia. Mientras se acercaba al despacho de la esquina se alisó las arrugas del traje y con un espejo de bolsillo se aseguró de que no tenía restos de ensalada entre los dientes. Al llegar al despacho de Maloney se encontró la puerta abierta; se oía su voz procedente del interior, al teléfono. La secretaria le indicó que esperara y ella se sentó en un sillón con las rodillas juntas.

Oyó retazos de la conversación y se dio cuenta de que Maloney estaba hablando con el presidente. Fue entonces cuando tomó verdadera conciencia del alcance de lo ocurrido.

Quince minutos después, Maloney apareció en el umbral y le indicó con un gesto que entrara.

A Gayle le gustaba Maloney. De hecho, Maloney le gustaba a todo el mundo. Pese a ser el hombre más importante de una organización llena de gallitos, proyectaba un aura de eficiencia tranquila y organizada, sin rastro de ego. Tenía sesenta años y era extremadamente alto y delgado, aunque nada en él proyectaba fragilidad. Gayle sospechaba que Maloney podría haberla superado sin problemas en una maratón. Su pelo gris nunca variaba de longitud, porque se lo cortaba cada semana. Gayle nunca había visto un pelo de su bigote o de sus cejas más largo que otro. Sus trajes eran oscuros y los llevaba impecablemente planchados.

Maloney era un adicto al trabajo como ella, pero a diferencia de Gayle, había conseguido tener vida familiar. Llevaba treinta y cinco años casado, y tenía cuatro hijos y seis nietos. Hablaba en tono suave y no daba muestras de entusiasmo o emoción, porque las emociones no resolvían crímenes. Se limitaba a hacer su trabajo, y se negaba a entrar en el juego de la política.

Esa estrategia no le había funcionado demasiado bien dentro de la jerarquía de la agencia. Maloney había comenzado en Baltimore y luego en DC, y durante años, su carrera había sido meteórica. Entre los observadores de la agencia se rumoreaba que sería el futuro director. Sin embargo, había cometido el error de no seguir la línea de la administración en un caso de terrorismo doméstico en la década de 1990. Maloney escogió los hechos antes que la política, y poco después lo transfirieron de Washington a

Minneapolis para que se hiciera cargo de la oficina de allí. Aunque pudiera considerarse un ascenso, no lo era. Lo estaban exiliando al mundo salvaje.

Maloney había aceptado la nueva realidad con elegancia y había convertido su oficina en una de las mejores del país gracias a su latido interior. No tenía ninguna posibilidad de regresar a DC, pero nunca expresaba desilusión alguna por el rumbo que había tomado su carrera.

Gayle se sentó frente a su escritorio. La mirada de él era directa. Aunque ella estaba acostumbrada a interpretar las expresiones de los demás, en este caso era su jefe quien la estudiaba.

–Ya sabe lo que ha pasado –dijo Maloney en un tono de voz sin apenas inflexiones. De haber leído cuentos a sus hijos en ese tono, seguro que estos hubieran caído dormidos a la primera.

–Por supuesto, señor.

–Nos han puesto al mando de la investigación –continuó él.

–Sí, señor.

–Hay un interés considerable en este caso en las más altas esferas de Washington.

La voz de Maloney nunca delataba sus emociones, pero Gayle sabía que probablemente «interés considerable» fuera un eufemismo. En la oficina apostaban por que el presidente daría su opinión en Twitter antes de medianoche, y no parecía que fuera a atribuir la responsabilidad de una forma sutil.

–Estoy segura, señor.

El director estudió por un momento a su agente, en silencio.

–Usted creció en Duluth, ¿verdad, Durkin? –preguntó al fin, aunque Gayle estaba segura de que podría haber recitado de memoria su biografía.

–Así es. Mis padres aún viven allí.

–Hoy es un día amargo para su ciudad natal.

–Sí, lo es.

–Me gustaría que trabajara como nuestro enlace con la policía de Duluth durante la investigación. Nosotros estamos al mando de la investigación, pero ellos conocen el terreno.

–Gracias, señor. Sí, por supuesto.

–En una situación normal, recurriría a nuestra agencia local en Duluth, pero hemos perdido a nuestro supervisor después de que el agente especial Harrison falleciera el mes pasado.

–Lo entiendo –dijo Gayle.

–El teniente de la policía de Duluth encargado de los delitos graves se llama Jonathan Stride. Es muy competente y tiene un buen equipo.

–Estoy deseando trabajar con ellos –repuso Gayle.

–Pues esté preparada para partir dentro de media hora.

–Sí, señor.

Gayle se puso en pie, pero antes de marcharse Maloney la detuvo con un apenas perceptible movimiento de la mano.

–Una cosa más, agente Durkin. El país entero nos está mirando. Todo lo que hagamos será cuestionado y sometido al escrutinio público. Es muy posible que en este caso los políticos se adelanten a los hechos, pero lo único que me importa a mí son los hechos. ¿Entendido?

–Sí, señor.

–Me da igual lo que descubramos sobre las personas que han hecho esto o sus motivos: no toleraré un comportamiento poco profesional por parte de nadie de mi equipo.

–Por supuesto. Le agradezco la oportunidad.

–Sabe por qué le digo esto, ¿verdad? Quiero que me garantice que será capaz de separar cualquier sentimiento personal de la investigación. Porque si tiene alguna duda al respecto, dígamelo ahora y encontraré a otra persona que se encargue de ello.

Gayle sabía que su jefe tenía que sacar aquel tema, y también sabía lo que esperaba que dijera ella. No tenía dudas. No tenía emociones. Y si las tenía, las dejaría a un lado para resolver el caso. Esa era la forma de trabajar del FBI.

–No tiene que preocuparse por mí, señor –lo tranquilizó.

–Bien.

Gayle salió del despacho, entusiasmada por volver a trabajar sobre el terreno. Llevaba un año deseándolo. La verdad era que sí que albergaba dudas respecto a su capacidad para enfrentarse al caso con imparcialidad profesional. Sí que tenía emociones. Al enterarse de la explosión en Duluth, había pensado en Ron, y sabía exactamente cuáles eran sus sentimientos con respecto a los terroristas que habían llevado a cabo el atentado.

Quería matarlos.

6

A las tres de la tarde, Khan giró con su taxi y entró en el camino de acceso a su pequeña casa en Vassar Street. No tenían garaje, así que, en invierno, por la mañana tenía que quitar la nieve a paladas antes de poder sacar el taxi para hacer la primera carrera del día. Aparcó sobre la gravilla y se quedó sentado en el coche sin apartar las manos del volante. Por encima de él se erguían los altos árboles, con el verde brillante propio del verano. Había dejado de llover, pero el suelo estaba mojado y los charcos brillaban.

La puerta de su casa se abrió.

Su mujer, Ahdia, apareció en el porche de madera cubierto de macetas con geranios. Al verlo, se llevó las dos manos a la boca en un gesto de alivio. Bajó precipitadamente los tres escalones y corrió hacia al coche. Él abrió la puerta del taxi y, al salir, ella se lanzó sobre él con los brazos abiertos.

–¡Khan! –susurró a su oído–. Pensaba que habías muerto. Estaba muy asustada. Te he llamado, ¡y no contestabas! ¿Por qué no contestabas?

Se quedaron frente a frente, cogidos aún de las manos. Él contempló aquel rostro que tan bien conocía. Las cejas oscuras y traviesas y los ojos castaños, tan llenos de vida en contraste con su piel de marfil. La boca que reía por cualquier cosa que él dijera. El rubor de sus mejillas, rosadas, prominentes y redondeadas. Su brillante *hijab* dibujaba un círculo alrededor de su cara. Era una mujer menuda y, en opinión de Khan, perfecta. Un tesoro.

–Lo siento. Después de la explosión he dado media vuelta para ayudar, y en medio del caos he perdido el teléfono.

–No te imaginas la de cosas que se me han pasado por la cabeza.

–Lo sé. La gente deambulaba por todas partes. Quería ayudarlos a llegar a su casa, así que he hecho varios viajes con el taxi. Siento haberte preocupado.

Ahdia lo arrastró hacia la casa, aunque no apartó los ojos de él en ningún momento. Llevaba un jersey rojo cereza y una falda larga negra.

–Entra en casa. Te prepararé un té.

Le hizo subir las viejas escaleras del porche, que se bambolearon bajo sus pies. La vivienda era pequeña, apenas una caja diminuta con un tejado a dos aguas, pero a él le parecía un castillo. El césped crecía rápido y daba la

sensación de estar siempre demasiado alto. Vivían en un vecindario tranquilo, en una calle sin salida que acababa en un bosque. Hacía un año que habían comprado la casa. Algunos vecinos los ignoraban; otros les habían dado la bienvenida con extraños platos propios de Minnesota, como un guiso de judías verdes. Unos cuantos, los más temerosos, susurraban por lo bajo o miraban a Khan cuando pasaba con su taxi, pero pese a todo él les sonreía. Era un hombre feliz.

Aunque no aquel día.

Una vez dentro, el olor del incienso de sándalo lo relajó. Se dejó caer en el raído sillón que había junto a la ventana de la fachada. La pared que quedaba a su lado estaba prácticamente cubierta por un tapiz bordado amarillo. Cada vez que lo veía, Khan pensaba en su madre y los meses que se había pasado tejiéndolo. Hacía mucho tiempo ya que había muerto. Igual que su padre. Y su hermano, fallecido en los disturbios en Lahore. Ninguno de ellos había logrado salir de Pakistán.

Ahdia le trajo un té en una taza de cerámica, que él cogió entre las manos. Su mujer se acurrucó a sus pies, sobre el suelo de madera, y apoyó la cabeza en su rodilla.

–¿Cómo está Pak? –preguntó él.

–Durmiendo.

Khan sonrió.

–Imposible.

Su hijo de cuatro años, con su misma mata de pelo negro, tenía una energía ilimitada. A aquellas alturas ya corría como el viento y mostraba una habilidad especial en el campo de fútbol. Khan estaba seguro de que Pak sería un jugador famoso.

–Cuéntame qué ha pasado –le pidió Ahdia–. La gente ha salido a la calle y se ha puesto a hablar. Han dicho que habían puesto una bomba.

Khan asintió.

–Justo un minuto antes de que explotara, yo estaba justo allí.

–¿Estás herido?

–No. Estoy bien.

–¿Hay algún muerto?

–Creo que sí. Eso he oído.

Ahdia le cogió de la mano.

–Horrible. Es horrible.

Khan miró a su mujer. Sí, era horrible, pero él sabía que los problemas

en su comunidad apenas acababan de empezar.

–Vamos a pasar una época difícil, lo sabes, ¿verdad?

–Lo sé. –Tras una pausa, Ahdia añadió–: ¿Has encontrado a Malik?
¿Estaba allí?

–No he llegado a verlo –contestó Khan.

Dio un sorbo al té, pero lo cierto era que en aquel momento no le apetecía. Se sacó las gafas de montura plateada y limpió los cristales con una esquina de la camisa.

–Entonces quizá no tenga nada que ver.

–Eso espero.

Ahdia se levantó y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Deberías descansar, Khan. Pareces agotado.

–No podría dormir. Voy a dar una vuelta para airearme la cabeza y olvidarme de todo esto.

Ella se agachó y le dio un beso.

–Vale, pero no tardes. Pak se despertará enseguida. Seguro que tiene ganas de darle al balón contigo.

Khan se puso en pie y salió a la humedad de la tarde. Dejó atrás su taxi amarillo, su hogar durante doce horas al día. Más tarde lo lavaría. La lluvia lo había dejado sucio, y Khan era muy estricto con la limpieza del coche. Avanzó por la calle desierta, cuyo silencio solo rompía el canto de los pájaros y el silbido del viento. Al llegar al final de la calzada, tomó el sendero de tierra que se adentraba entre los árboles. El silencio de aquel lugar era una bendición. Durante su infancia en Lahore, nunca había conocido el silencio. El tumulto era constante: gente que gritaba, animales que gemían, coches y bicicletas que tocaban la bocina o el timbre tratando de hacerse un hueco en la calle. Echaba muy pocas cosas de menos de su patria; los recuerdos que conservaba de ella estaban relacionados en su mayor parte con el hambre y la pérdida. Aunque no siempre entendía Estados Unidos, estaba orgulloso de ser estadounidense.

Tras quedarse huérfano a los catorce años, su tío se lo había llevado a Chicago. Khan se sentía agradecido de que lo hubieran rescatado, pero a los hijos de su tío les había molestado y no habían querido relacionarse con él. Así que sus amigos, en su mayoría jóvenes inmigrantes como él, se habían convertido en su familia. Como no disponía de dinero para ir a la universidad, a los dieciocho años decidió hacerse conductor de taxi. Su vida seguía una rutina estricta pero estéril: conducir todo el día, rezar, ir a la mezquita,

compartir un apartamento con cuatro inmigrantes pakistaníes con vidas parecidas. Al recordar aquella época, se daba cuenta de lo fácil que era para un joven tomar el camino equivocado. No pasaba hambre, pero no tenía un objetivo claro, y su vida sin propósito anhelaba cualquier tipo de sentido.

Todo cambió cuando él tenía veintitrés años. Su tío le presentó a Ahdia.

Era pakistaní como él, pero tanto su padre como su madre se dedicaban a la tecnología, y ella tenía una licenciatura en Informática por la Universidad de Chicago y un trabajo con un fabricante local de aparatos médicos. Era una mujer tradicional, pero con las ideas claras, y era hermosa. Con ella, Khan había descubierto aspectos de la vida que nunca antes había apreciado. Ella lo había convertido en una persona mejor. Fue Ahdia quien lo convenció de que pidiera la ciudadanía estadounidense y quien propuso que abandonaran Chicago y se mudaran a un lugar más pequeño y tranquilo donde poder formar una familia.

Se casaron. Ahdia consiguió un empleo en la empresa aeronáutica de última tecnología Cirrus y ambos se trasladaron a Duluth. Khan siguió conduciendo su taxi. Pak nació un año después, y al siguiente compraron su pequeña casa. La comunidad musulmana era mucho más reducida allí que en Chicago, pero habían logrado crear un pequeño círculo de amigos en la mezquita, algunos de Pakistán, y otros de lugares como Somalia e Irak. En aquel momento, Khan tenía todo lo que podía desear en la vida, y lo único que necesitaba del resto del mundo era que le dejara en paz.

Sin embargo, mientras caminaba por el silencioso bosque, se dio cuenta de que el mundo siempre te alcanzaba. Siguió un camino que había recorrido ya cien veces, y vio a alguien esperando en un banco cerca de la orilla de Amity Creek. Era Malik.

Su amigo se detuvo al verlo. No se abrazaron.

– *Salam Aleikum* –murmuraron ambos.

Era irónico, pero Malik parecía más estadounidense que Khan. Vestía ropa americana y siempre se colgaba sus caras gafas de sol del cuello en pico de la camiseta blanca. Llevaba el pelo moreno cortado a la moda, con un pico de viuda en lo alto de la frente, y una barba cortina que reseguía la línea de su mandíbula cuadrada. A sus veintidós años, Malik era casi una década más joven que Khan. Estudiaba el último curso de Ingeniería en la UMD y sus padres, que vivían en Detroit, eran ambos médicos; no obstante, los privilegios de Malik no hacían más que enmascarar el vacío que sentía.

Tal como le había pasado a Khan años atrás, Malik no tenía ningún

propósito en la vida, y las vidas sin propósito siempre buscan un sentido.

Khan fue directo al grano.

–¿Has sido tú?

–Yo también me alegro de verte, Khan –contestó Malik.

–¡Basta de juegos! Quiero la verdad. ¿Has sido tú?

–¿Acaso importa? Van a culparnos igualmente. Siempre lo hacen.

–¿Y si hubiéramos sido nosotros? Ha muerto gente, Malik. Gente que ha saltado por los aires. Hombres, mujeres y probablemente también niños.

Su joven amigo se apoyó en el respaldo del banco. Detrás de él el agua gorgoteaba entre las rocas, cada vez con más fuerza. A menos de tres kilómetros, el arroyo caía en cascadas en su camino al lago Superior.

–Ellos mismos se lo han buscado.

–¿Cómo puedes decir eso? Ha sido un acto abominable. Si un musulmán le ha hecho esto a gente inocente, para mí no es musulmán.

–En este país, nadie es inocente –repuso Malik.

Khan se sentó a su lado.

–Yo estaba allí. Podría haberme pasado a mí. Un minuto más o menos, y estaría muerto.

Por primera vez, el rostro de Malik reflejó preocupación.

–¿Qué hacías allí?

–Buscarte –le explicó Khan.

Malik no dijo nada.

–Y no era el único. Muchos llevamos tiempo preocupados por ti. Por las cosas que dices últimamente. La ira. Las amenazas contra esa mujer tan desagradable, Dawn Basch.

–¿Me estás diciendo que no se las merece? –preguntó Malik.

–¡Lo que te digo es que nos está provocando! Quiere incitar a la gente a la violencia. Lo único que le hace falta es un estúpido que le dé lo que ella quiere. No estamos hablando de juegos de niños, Malik. Nuestra comunidad trata de protegerse.

–Si crees que soy culpable, entrégame a la policía.

–Lo que creo es que me ocultas algo –replicó Khan.

–Mis planes no te incumben.

–Si te ponen en riesgo, sí me incumben. Ya sabes lo que siento por ti.

La ira de la mirada de Malik se aplacó.

–Sí, lo sé. Y yo también te quiero como a un hermano. Por eso no quiero involucrarte. Tienes una familia, una vida que proteger.

–Y tú también.

Malik se puso en pie.

–Ahora dedico mi vida a otra cosa.

Su amigo se alejó hacia un puente que cruzaba el riachuelo y Khan lo llamó.

–¡Malik! ¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo? ¿Dónde te alojas? Hace días que no pasas por la residencia.

–Es mejor que no sepas dónde estoy –contestó Malik.

–Pues entonces ten encendido el móvil.

Malik regresó junto a su amigo.

–He destruido mi antiguo teléfono; ahora tengo uno nuevo. Memoriza el número, pero úsalo solo en caso de urgencia.

Malik recitó un número, y se lo hizo repetir a Khan varias veces para asegurarse de que lo recordaba bien.

–Cuéntame qué está pasando –le imploró Khan a Malik, pero su amigo se limitó a marcharse.

En poco tiempo, Malik se había convertido en una persona diferente. Se le veía mayor e impasible, y su mandíbula se había convertido en una línea fría. Parecía un hombre que hubiera encontrado su propósito, y eso era precisamente lo que preocupaba a Khan. Lo fácil que era encontrar un propósito en el mal.

–Vete a casa con tu mujer y tu hijo –le gritó Malik sin darse la vuelta–. Mantente al margen de todo esto, Khan. Vienen malos tiempos.

@AP tuiteó:

Ahora mismo, conferencia de prensa en Duluth. El gobernador de Minnesota pide tranquilidad y aconseja a la gente que no salga de sus hogares.

#maratón

@AP tuiteó:

El gobernador presenta a Patrick Maloney, agente especial a cargo de la oficina del FBI en Minneapolis, que se ocupará de la investigación.

#maratón

@AP tuiteó:

Maloney confirma «múltiples bajas» debido a un artefacto explosivo. No se han encontrado otros artefactos.

#maratón

@AP tuiteó:

Maloney dice que no hay sospechosos ni móvil. Nadie ha reivindicado el acto y todas las líneas de investigación están abiertas.

#maratón

@myopeneyes tuiteó:

¿Que no hay móvil, Pat? ¿Qué me dices de *Al-lahu-àkbar* ? Despierta ya.

#maratón

#polisciegos

17 personas marcaron como favorito el tuit de @myopeneyes

@a_private_i tuiteó:

Pueden verse las fotos de la maratón en diggitt.com. ¿Tienes alguna? Cuélgala. Vamos a resolver esto.

#maratón

@fredsissel tuiteó:

Ya hay miles de fotos en diggitt. Venga todos, podemos encontrar a ese hijo de puta.

#maratón

182 personas retupearon a @fredsissel

@dawnbasch tuiteó:

¿Móvil? Esto es un acto de terrorismo. Un intento de silenciarme. No lo conseguirán.

#maratón

#elislamata

#sinexcepciones

Stride estaba con la agente especial Gayle Durkin en Canal Park. El puente levadizo, que separaba la ciudad de la franja de tierra conocida como The Point, se erguía como un monstruo de acero gris a doscientos metros de distancia. Desde la calle, Stride veía el azul profundo del lago Superior. Toda la zona que los rodeaba estaba delimitada por cintas policiales que establecían el escenario del crimen. La media manzana que rodeaba la tienda de la Duluth Outdoor Company estaba plagada de personal del FBI, que colocaba números en el suelo para señalar las pruebas que debían recogerse.

Metralla. Metal. Tela. Tejidos humanos.

El agente especial del FBI al mando, Patrick Maloney, había abordado a Stride tras la conferencia de prensa para presentarle a Durkin. A su vez, Stride había presentado a Durkin a los agentes que se hallaban en el lugar de la explosión. El hecho de que ella fuera de Duluth facilitaba las cosas. Le daba credibilidad como enlace policial, porque conocía la zona, pero nadie, incluido Stride, se hacía ilusiones sobre el papel que iba a jugar. «Enlace» era tan solo una palabra amable para dejar claro que Durkin sería quien le dijera a su equipo lo que tenía que hacer.

—¿Corrió algún rumor por la ciudad antes de la maratón? —preguntó Gayle.

—¿Te refieres a amenazas? No, nada concreto. Estamos en alerta máxima debido a Dawn Basch y el malestar que ha generado. Ha habido discusiones subidas de tono por ambas partes. Protestas en el campus. Cosas así.

—Sí. Basch nos llamó para informarnos de las amenazas de muerte que ha recibido. Está distribuyendo copias del correo electrónico sembrado de odio. También debemos revisar cualquier dato que hayan recabado sobre los manifestantes. Correos, vídeos, noticias en los medios, comentarios en las redes sociales. Quiero nombres y caras.

Stride se tomó su tiempo para contestar.

—Esto no es la Agencia de Seguridad Nacional, Durkin. Por aquí no nos dedicamos a hacer de espías.

—Y Duluth no es Nueva York —replicó Durkin—. Es una ciudad pequeña. Sé cómo funcionan las cosas por aquí. No hay desconocidos; todo el mundo

está relacionado entre sí de alguna manera. Así que es probable que alguien sepa quién es el responsable de esto. Y un policía inteligente como tú debe de tener contacto directo con esa gente.

«Esa gente», pensó Stride. Sabía a lo que se refería, pero quería que ella lo dijera en voz alta.

–Así pues, ¿qué buscas exactamente? ¿Me estás preguntando si tengo un topo en la comunidad musulmana de Duluth?

–¿Lo tienes?

Stride le dio la espalda al escenario del crimen de Canal Park y fijó la mirada en la joven agente que tenía delante. Maloney decía que era lista, pero también impulsiva y que se dejaba llevar por el ego. Stride conocía su pasado. Un hermano asesinado por extremistas islámicos. Una reacción emocional ante un sospechoso de terrorismo que casi le había costado el despido.

–Sé que el trabajo del FBI es encontrar al responsable –dijo Stride–, pero parte de mi trabajo es asegurarme de que esta ciudad no se parta en dos. Nosotros vivimos aquí y tendremos que seguir haciéndolo después de que vosotros recojáis vuestros bártulos y os marchéis. Eso implica ganarse la confianza de las diversas comunidades, y no resulta fácil cuando en Washington hay quien trata de que nos echemos las culpas los unos a los otros.

Ella respiró hondo.

–Mi intención no es inmiscuirme en las relaciones que habéis establecido, pero no nos engañemos, Stride. Sabemos dónde tenemos que empezar a hacer preguntas, y no es en la oración matinal de los luteranos.

–¿No te estás saltando unos cuantos pasos? –preguntó él.

–Todavía no he llegado a ninguna conclusión. Iremos allí donde nos lleven las pruebas. Pero ¿una explosión en una ciudad que ha asistido durante semanas a protestas contra una conferencia sobre «la libertad de expresión» que insulta abiertamente al islam? Sería una ingenuidad no contactar con miembros de la comunidad musulmana y averiguar si había algún rumor. Doy por hecho que hay alguien con quien puedes hablar.

–Así es –reconoció Stride.

–Bien. Llámalo. Concierta un encuentro. Quiero estar presente.

Él negó con la cabeza.

–Lo llamaré, pero solo se reunirá conmigo.

–Mira, Stride, si estoy aquí es por una cosa: se me da bien interpretar a

las personas. Sé cuándo mienten.

–No lo dudo, pero me he pasado tres años ganándome la confianza de ese hombre. Nuestros políticos no me han ayudado precisamente a conseguirlo. Si voy con una desconocida, del FBI, en especial alguien con tu historia personal, esa confianza habrá desaparecido. No obtendrás lo que quieres de él.

–Entonces grábalo. Analizaré las inflexiones de la voz para determinar si dice la verdad.

–No. Nada de vigilancia.

Durkin soltó un suspiro largo y lento. Aunque intentaba ocultar su enfado, Stride lo sintió como si fuera un gélido viento del lago.

–Podría conseguir una orden del departamento para obligarte a hacerlo.

–Inténtalo si quieres, pero Maloney me apoyará –le contestó Stride.

Había acertado: Durkin iba de farol.

–De acuerdo, hazlo a tu manera, pero quiero saber palabra por palabra lo que te dice tu topo, y cómo lo dice –repuso ella.

–Por supuesto.

Stride oyó una voz que lo llamaba. Divisó a Maggie, que se acercaba entre los hoteles de la orilla del lago. El sonido de cascos de caballo que hacía al caminar con sus botas de tacón grueso resultaba inconfundible. El flequillo se balanceaba sobre su frente. Se detuvo delante de él y sostuvo en el aire una bolsa de pruebas de plástico. Esta contenía una pieza aplastada de acero oscurecido por las quemaduras, de unos veinte por quince centímetros.

Stride se percató de que Maggie llevaba los pantalones empapados. Los guantes de plástico que le cubrían las manos también estaban mojados.

–Chicos, tenéis que ver esto –anunció Maggie.

Durkin examinó a la policía menuda desde detrás de sus gafas de sol.

–Tú eres la sargento Bei, ¿verdad?

–Así es. Y tú debes de ser el enlace del FBI. ¿Agente especial Gherkin?

1

El rostro de la agente era como una máscara de piedra.

–Durkin. Gayle Durkin.

–Eso. Lo siento.

Durkin tendió la mano hacia la bolsa de pruebas y examinó el contenido al tiempo que sostenía el cierre entre dos dedos.

–¿Qué es esto?

–Vosotros sois los expertos, pero yo diría que es un fragmento de olla a

presión –contestó Maggie.

–¿Dónde lo has encontrado? Y ¿por qué lo has cogido? La próxima vez no toques nada, sargento. Si ves alguna cosa, ponte en contacto con el equipo de recogida de pruebas. No podemos permitirnos contaminar ninguna.

Maggie, que también llevaba gafas de sol, se sopló el flequillo para apartárselo de los ojos. Mostró más paciencia de la que Stride esperaba; era un secreto a voces que a Maggie no le gustaba la arrogancia del FBI. Aunque en lo que a arrogancia se refería, ella tampoco se quedaba corta.

–Lo he encontrado en el lago y he temido que la lluvia lo arrastrara si esperaba y llamaba a uno de vuestros técnicos.

–¿En el lago? –preguntó Durkin.

Maggie señaló el hotel de la orilla del lago Superior, al otro lado de la calle.

–Sí. Teniendo en cuenta la potencia de la explosión, he supuesto que parte de los restos habrían salido volando por encima del hotel, así que he estado inspeccionando entre las rocas que hay junto al sendero de madera. He visto este pedazo en el agua, cerca de la orilla, así que me he metido para cogerlo antes de que se lo llevaran las olas.

Durkin frunció el ceño, pero no dijo nada más. Ni siquiera le dio las gracias. Se alejó con la bolsa en la mano hacia el jefe del equipo de pruebas del FBI. Stride se quedó junto a Maggie y esperó a que la agente del FBI no pudiera oírlos.

–¿Agente especial Gherkin? –murmuró.

Los labios de Maggie se curvaron en una sonrisa traviesa.

–Un error inocente –contestó.

–Ya, ya. Pórtate bien, Maggie.

–Siempre –repuso ella.

–Mira, a nadie le gusta esto, pero sabíamos que el FBI se haría cargo de la investigación. Es un caso demasiado sonado para dejárselo a la policía local. Y lo cierto es que ellos tienen recursos y expertos de los que nosotros no disponemos.

–Sí, jefe, pero esta es nuestra ciudad –replicó Maggie—. Un cabrón ha asesinado a nuestra gente y ha arruinado nuestra maratón. No me gusta jugar un papel secundario respecto a los federales en este caso, y no me gusta la idea de que esta investigación se convierta en otra lucha política.

Stride comprendía a Maggie. Para mucha gente, Duluth era la maratón y la maratón era Duluth. Lo sucedido había sacudido las emociones de todo el

mundo.

–Te entiendo, pero conozco a Patrick Maloney. Es de fiar. No se deja arrastrar por las corrientes políticas de ninguna de las dos partes.

–¿Y Durkin?

–Según Maloney, Durkin es muy inteligente, aunque también puede ser un poco testaruda. Vamos a concederle el beneficio de la duda.

–En otras palabras, a ti tampoco te gusta –concluyó Maggie.

Stride sonrió.

–No, pero quiero que Serena y tú trabajéis con ella, ¿vale? Compartid todo lo que encontréis. Lo último que nos hace falta es que el jefe nos acuse de retener información.

–Supongo que ya sabes que eso funcionará en un solo sentido, ¿verdad? ¿Nosotros se lo contamos todo y ellos nos lanzan las miguitas?

Stride sabía que tenía razón, pero no podía hacer nada para cambiarlo.

–Las cosas son así, Maggie.

Ella suspiró.

–¿Dónde está Serena?

–Le he dicho que se fuera a casa. Tal y como estaba Cat, no podía quedarse sola, y Serena ya ha corrido una maratón hoy.

–¿Quieres que la llame para tenerla informada?

–Gracias. Dudo que esta noche vaya a casa.

Agradecía que Maggie se hubiera ofrecido a telefonar a Serena, pues sabía que la relación entre las dos mujeres era complicada. Habían comenzado siendo amigas hasta que, durante un tiempo, se convirtieron en enemigas. En uno de los peores momentos de la vida de Stride, Maggie y él habían tenido una aventura efímera que había acabado temporalmente con su relación. Después de que ambos volvieran a unir sus vidas, las dos mujeres habían pasado un frío año distanciadas, hasta que el rencor se fue disipando. Ahora que Serena y él estaban casados, las dos trataban de coexistir de manera pacífica como policías y amigas.

–Lo de la olla a presión es un buen hallazgo –le dijo Stride.

–Gracias. Hay otra cosa que quiero enseñarte.

Maggie lo llevó al otro lado de la calle. Ambos se abrieron paso entre el equipo de pruebas del FBI hacia la tienda de la Duluth Outdoor Company. Tanto el interior como el exterior estaban en ruinas: las ventanas habían desaparecido, los adoquines de delante del establecimiento estaban destrozados y las paredes de ladrillo, quemadas. Nada se había salvado de la

devastación.

–La bomba estalló aquí –explicó Maggie–. Es la zona cero.

–Sí.

–Muy bien, pero mira esto.

Maggie lo llevó adentro. El suelo de la tienda estaba cubierto de restos de artículos en venta. Ropa quemada y destrozada. Mochilas hechas trizas. Stride vio fragmentos coloridos de botellas de agua que habían quedado incrustados como cuchillos en la pared trasera a causa de la onda expansiva.

–¿Qué es lo que se supone que tengo que ver? –preguntó Stride.

–Es más bien lo que no ves. Cristales.

Stride bajó la vista y se dio cuenta de lo que le mostraba Maggie. En medio de los escombros, lo cierto era que había muy pocos cristales en el suelo. En el exterior, las esquirlas alfombraban toda la calle, pero allí dentro no. Enseguida se percató de lo que sugería Maggie.

–Crees que la bomba estaba dentro de la tienda –dedujo–. Las ventanas estallaron hacia fuera.

–Exacto. ¿Quién se va a dar cuenta de que dejas una mochila con una bomba dentro en una tienda que vende cientos de mochilas? Alguien la trajo y la dejó aquí, y luego usó o bien un temporizador o un mando a distancia para hacerla explotar.

–¿Y las personas que estaban en el interior de la tienda? –preguntó Stride.

–Dos muertas, otra en estado crítico y un par más con heridas graves. No podremos hablar con ellos hasta dentro de un tiempo.

–¿Lo sabe el FBI?

–Sí, también lo han deducido. Les he oído hablar. No sabía cuándo nos llegaría la información.

Stride se dirigió al exterior de la tienda. La calle estaba llena de policías y agentes del FBI, en lugar de la gente que debería haber estado allí el día de la maratón. Corredores. Turistas. Gente de la localidad y visitantes que llenaran Canal Park tras la carrera. Esa noche estaba prevista una ceremonia de entrega de premios con actuaciones en directo, pero se había cancelado todo.

Cancelado debido a un loco con una bomba. O una loca: el terrorismo se estaba convirtiendo en una profesión con igualdad de oportunidades.

Stride no sabía quién había puesto la bomba, pero la imagen que le venía a la cabeza era una visión borrosa de esa persona entrando en la Duluth

Outdoor Company con una pesada mochila colgada despreocupadamente de un hombro. Y luego marchándose sin ella. ¿Cuánta distancia había recorrido antes de la explosión? ¿Cincuenta metros? ¿Cien? Lo suficiente para estar a salvo, pero lo bastante cerca para ser testigo del trauma ocasionado por el ataque.

–El FBI está recabando las imágenes y las grabaciones de Canal Park –le explicó Stride a Maggie–. En algún lugar entre todas esas fotos, encontraremos a la persona que ha hecho esto. No puede esconderse para siempre. Sea quien sea, tiene una cara.

A Michael Malville le encantaban los largos anocheceres veraniegos del norte. A última hora del día, la luz se alargaba como una vieja amiga. En el aire flotaba un aroma a flores y en el cielo las águilas volaban en círculos. Aquella debería haber sido una noche de sábado perfecta, pero un extraño vacío se había apoderado del ambiente tras la explosión. Incluso en Cloquet, a treinta kilómetros de Duluth, la gente se había quedado en casa. Por lo general, el trozo de terreno cubierto de hierba que había frente al porche delantero de Michael era un hormiguero de niños que jugaban a béisbol hasta que caía la noche. Pero aquel día no.

Michael vivía en un barrio histórico, cuyas raíces se remontaban a la época de los aserraderos de madera de la ciudad, un siglo atrás. Las casas eran caras y sus vecinos, ricos. Hacía unos años, Alison y él se habían construido una mansión en una zona rural mucho más cercana a Duluth, pero la habían vendido después del violento encuentro de Alison con el asesino en serie. Ella nunca había querido regresar. En una ciudad pequeña como Cloquet, ahora tenían vecinos que se cuidaban unos a otros.

Su hogar tenía dos pisos y medio, y estaba construido en una pendiente sobre una calle sin salida, con revestimiento de madera blanca en las paredes y un porche con columnas. Los jardines eran exuberantes. El vecindario estaba rodeado de árboles de hoja perenne. A veces daba la sensación de que habían regresado a una época más sencilla. A Alison le encantaba aquel lugar y a Michael también, pero ese día se sentía inquieto.

Había dedicado la mayor parte de su vida a erigir una empresa de tecnología de éxito, pero la había vendido dos años atrás junto con su casa de Duluth. Durante un año, Alison y él se habían centrado en reconstruir su matrimonio y dejar atrás la pesadilla de los crímenes. Aunque ella aún tenía ataques de pánico de vez en cuando, lo cierto era que se encontraba mejor, y ambos volvían a dormir juntos, algo que solo habían logrado tras meses de terapia. A Evan, sumergido en su mundo de monstruos de ficción y zombis televisivos, no parecía haberle afectado su encuentro con un monstruo real.

Tenían mucho dinero. La venta de la empresa le había proporcionado ingresos suficientes para jubilarse cómodamente, pero Michael no era la clase

de hombre capaz de dedicarse a jugar al golf cada día. Alison se había implicado en algunos proyectos en la escuela de Evan y en la comunidad artística de Cloquet, pero Michael se sentía perdido. Había llevado a cabo algunas inversiones en otras empresas, pero ganar dinero cuando tenía tanto no le motivaba. Se sentía como si su vida no tuviera sentido, y todo el mundo necesitaba dar un sentido a su vida. Si no, ¿para qué estaba aquí?

Contempló las sombras de la calle sin salida, que se iban alargando. A su alrededor, las luces se habían encendido en otras casas. En el porche había velas de citronela para ahuyentar a los mosquitos. Michael dio un sorbo a su *gin-tonic*. Había albergado la esperanza de que, al relajar su mente con el alcohol, recordaría la imagen del individuo que había visto en la calle con claridad y nitidez, pero no había funcionado. Cada vez que escarbaba en su memoria, lo que obtenía era más y más confuso. La cara del hombre cambiaba. Su ropa también. Michael ya no estaba seguro de ningún detalle.

El tipo había chocado con él y luego había vuelto la cabeza. Sus miradas se habían cruzado. Rostro. Ojos. Pelo. Expresión. Tono de piel. Michael lo había visto todo, pero aquel momento había pasado de puntillas por su cerebro sin dejar huellas claras. Cada día tenía más de ochenta y seis mil segundos, y a menos que supieras que algunos de ellos iban a ser importantes, en realidad no les prestabas atención.

—¿Estás bien?

Alison estaba en la puerta, con una copa de Riesling en la mano.

—Sigo pensando en ello —contestó él, y añadió—: Me pone furioso.

Ella se acercó y se sentó en una silla Adirondack a su lado. Antes, hacía mucho tiempo, Alison tenía una larga melena pelirroja, pero ahora se había teñido de rubio y llevaba un corte de pelo a lo bob. Los pantalones cortos dejaban al descubierto sus largas piernas, y llevaba una blusa de color tostado con las mangas subidas por encima de los codos. Era esbelta, y prefería no llevar maquillaje. Para él, su cara al natural era incluso más atractiva, con sus patas de gallo y sus pecas.

Ambos tenían cuarenta y un años. Michael se preguntaba adónde había ido a parar el tiempo: ayer mismo apenas tenía treinta.

—La verdad es que no entiendo cómo un ser humano es capaz de hacer algo así —murmuró Alison—. No consigo verle el sentido. Alguien ha tenido que planearlo. Alguien ha tenido que llevarlo a cabo, sabiendo lo que pasaría.

—Lo sé. Es demencial.

—No quiero que Evan juegue fuera solo hasta que atrapen al responsable

–dijo Alison.

–En Cloquet estamos a salvo –repuso Michael, pero no quería discutir con ella. Después de lo que les había pasado dos años atrás, a Alison no le costaba mucho sentirse amenazada–. Pero vale, me parece bien; nos quedaremos en casa con él.

Cogió el teléfono que llevaba en el cinturón y deslizó el pulgar por la pantalla para leer el *timeline* de Twitter. Todo el mundo hablaba de la explosión. Michael no estaba acostumbrado a que Duluth se convirtiera en el centro del universo, pero ahora el mundo tenía la vista clavada en Canal Park. Miró un vídeo de una conferencia de prensa del FBI. Junto al agente a cargo reconoció a Jonathan Stride, teniente de la policía de Duluth, el mismo que le había llamado asesino dos años atrás.

«Quisiera pedir a todo el mundo que no saque conclusiones precipitadas», advertía al público Patrick Maloney, el agente del FBI.

No sacar conclusiones precipitadas.

Jonathan Stride debería haberse aplicado el cuento antes de destruir casi por completo la vida de Michael en una sola noche. Más tarde, cuando el verdadero asesino hubo muerto, el teniente se había disculpado. La sargento, Maggie Bei, también lo había hecho, pero no importaba. El daño a su matrimonio y a su vida ya estaba hecho.

¿Un asesino en serie que escogía mujeres pelirrojas que se parecían a Alison? Michael tenía que ser el culpable.

¿Una bomba en una olla a presión en una maratón? No sacar conclusiones precipitadas.

Michael ya había oído antes aquel sonsonete, una y otra vez, por todo el mundo. San Bernardino. París. Bruselas. Fort Hood, Londres. Sídney. No saquen conclusiones precipitadas. Y al final siempre era lo mismo. Nombres islámicos. Rostros islámicos. La gente se cansaba de que le dijeran que creyera en todo menos en lo que veían sus ojos.

«Yo estaba allí. Yo lo vi», volvió a pensar.

–¿Twitter? –preguntó Alison.

Michael alzó la vista de su móvil.

–¿Qué?

–Siempre sé cuándo estás mirando Twitter. El enfado se refleja en tu cara.

–Vamos, Alison.

–Deberías mirarte al espejo alguna vez; verás a lo que me refiero. Por

eso prefiero el Facebook; casi todo lo que sale son vídeos de gatitos, ¿sabes? Pero lo tuyo con Twitter... no me gusta, Michael. No me gusta nada.

–Lo admito, estoy enfadado. Este tío ha matado a gente. Yo estaba allí. ¿Qué quieres, que me ría?

–No quería decir eso –repuso Alison.

–Entonces ¿qué querías decir?

Su mujer alargó el brazo y le cogió la mano.

–Cuando me he enterado de la explosión, lo único que quería era abrazaros a Evan y a ti. Es una bendición que estemos vivos. ¿Acaso lo que pasó hace dos años no te lo dejó suficientemente claro? Hoy te necesitaba a mi lado, Michael, y no has venido a casa. ¿Dónde estabas?

–Lo siento. No podía marcharme sin más.

–¿Por qué no? Es lo que ha hecho todo el mundo.

–Lo sé, pero tú no estabas ahí. Vi...

Su mujer lo interrumpió:

–Lo sé, me lo has contado. Viste a alguien con una mochila. Es un recuerdo borroso y no puedes recordar exactamente su cara. En este momento debe de haber cientos de personas diciendo lo mismo. No te preocupes más, Michael. Ya se lo contaste a esa agente de policía; hiciste lo correcto. Ahora tienes que dejarlo correr.

–¿Cómo voy a dejarlo correr? Su cara está en algún lugar de mi cabeza. Igual podrían hipnotizarme o algo así, y tal vez lo recordaría. No soporto verlo ahí diciendo que no saben lo que ha pasado, cuando yo sé lo que vi. Un chico musulmán con una mochila que se dirigía a Canal Park. Y quince minutos después... ¡bum!

–El hecho de que estuviera ahí no significa que fuera él –señaló Alison.

–Vale, sí, a lo mejor no, pero ¿y si ha sido él? Chocó conmigo en la calle, Alison. La bomba podría haber estallado en ese momento. Yo estaría muerto, y Evan también.

Los ojos de Alison se llenaron de lágrimas.

–No hables así. No digas esas cosas.

–Lo siento, pero solo quiero que entiendas por qué esto es tan difícil para mí. Tú no has ido a los mítines en los que hablaba Dawn y no has visto las caras de los manifestantes. El odio que hay en sus ojos. Es increíble. Eso fue lo que vi en el tipo con el que me topé; eso es lo que recuerdo. Odio. Me oyó hablar de Sin Excepciones, y chocó conmigo adrede. Sé que fue así.

Su mujer suspiró y cerró los ojos.

–Ojalá...

–¿Qué?

Alison meneó la cabeza.

–Nada.

–Dímelo –insistió él.

–Ojalá no estuvieras tan implicado con Dawn Basch y toda esa gente de Sin Excepciones. Me generan rechazo.

Él se incorporó en la silla.

–¿Qué quieres decir? ¿Que esto es culpa suya?

–No, claro que no.

–Dawn defiende la libertad de expresión y la Constitución. Nadie más defiende la Primera Enmienda. Todos son demasiado políticamente correctos para decir nada. Por el amor de Dios, esta gente se subleva y asesina por una simple tira cómica, Alison.

Esta se sentó también y le puso una mano en la rodilla.

–Solo digo que desde que Dawn Basch llegó a la ciudad, todo el mundo está mucho más enfadado. *Tú* estás más enfadado. Y no creo que sea bueno...

–Hay algunas cosas por las que merece la pena enfadarse –le espetó Michael.

Se levantó y se alejó, dejando a Alison en el porche. Ella lo llamó, pero él entró en casa y cerró dando un portazo. Una sensación de impotencia lo embargaba. Durante toda su vida había necesitado una causa, pero su negocio ya no era suyo y no encontraba nada con lo que llenar el vacío.

Michael subió los escalones hasta el dormitorio principal, pero aún no tenía sueño, así que siguió por la escalera de caracol de hierro hasta la buhardilla, donde estaba su rincón privado. La pequeña habitación tenía las paredes revestidas de madera oscura y el techo inclinado. Había una encimera con fregadero y armarios para las bebidas, pósteres enmarcados de vikingos, trofeos de natación de su época de instituto y universidad, una televisión del tamaño de Wyoming, su escritorio y su ordenador.

Encendió el Mac y volvió a repasar el *timeline* de Twitter. Sí, la gente estaba enfadada, pero hablaba el mismo idioma que él. No les hacía falta que la policía y el gobierno les dijeran lo que había ocurrido en la maratón. Ya lo sabían.

Vio el reflejo de su cara en el monitor. Alison tenía razón: su expresión parecía cincelada en piedra.

Michael tecleó en su ordenador y tuiteó con su nombre de usuario,

@malvileo: «Yo estaba allí; creo que he visto al tipo. ¿Cuál es la página en la que todo el mundo está colgando las fotos de la maratón?».

Diez segundos después, un usuario llamado @danmink59 contestó.

«diggitt.com. A por él, colega. #sinexcepciones.»

Michael encontró la página web, en cuyo portal había un vínculo destacado para acceder a las fotos subidas. Un contador reflejaba el número de usuarios que accedía a la página. Miles de detectives *online* estaban ya analizando las fotos, y todas mostraban lugares que Michael conocía íntimamente, tomadas en todos los puntos del trayecto de la maratón.

Fue a la encimera y se preparó café. Necesitaba cafeína para la larga noche a la que se enfrentaba. Clicó en la primera foto, la amplió para ver bien las caras y las estudió una por una.

Buscaba a un hombre con una mochila.

El terrorista.

«¿Dónde estás?»

Stride esperaba en la zona verde que había junto a las aguas color aceituna de Chester Creek, cerca del puente de Skyline Parkway. Al anochecer, la zona estaba vacía y en silencio, salvo por los susurros de los densos árboles. El frío viento alborotaba su pelo rizado. En un gesto instintivo, se llevó la mano al bolsillo para coger el paquete de cigarrillos, aunque había dejado de fumar hacía mucho tiempo. La ansiedad regresaba en momentos como aquel, cuando estaba solo después de un día largo y difícil. Frotó el dedo corazón con el índice, como si entre ellos aún hubiera un Lucky Strike.

Comprobó la hora en su móvil. Haq llegaba tarde.

Solían encontrarse allí, al pie de la colina en cuya cima se levantaba la residencia de la UMD, donde Haq Al-Masri era profesor de Religión y consejero de la facultad para el Centro de Estudios Musulmanes. A Haq no le gustaba que lo vieran con Stride; no podía permitirse que su comunidad lo considerara un espía. Stride había tardado tres años en ganarse la confianza de aquel hombre, pero la confianza era una cosa frágil, sobre todo con el clima del momento. Los dos sabían que cada uno trabajaba para un jefe distinto: Haq era ante todo musulmán y Stride, policía.

Mientras esperaba, le escribió un mensaje a Serena: «¿Cómo se encuentra Cat?».

Su mujer le contestó casi de inmediato: «Ahí está».

Stride frunció el ceño. Serena le había contado lo del robo de la boina, un estúpido acto de rebeldía que a Cat le había salvado la vida. Pensar en lo cerca que la chica había estado de la bomba, saber que las cosas podían haber ido de otra manera, era algo que dejaba a Stride sin aliento.

«¿Recuerda alguna cosa?»

Cat estaba allí cuando la bomba había explotado. De camino a Canal Park seguramente se había cruzado con el hombre que la puso, que escapaba en sentido opuesto mientras el temporizador se acercaba al cero. Serena tardó mucho en contestar, y Stride se preguntó si estaría mosqueada con él por haber planteado tan pronto la pregunta.

«No, Cat no vio a nadie sospechoso», contestó al final.

«Tenía que preguntarlo», escribió él.

«Lo sé –respondió ella. Y luego añadió–: Maggie me ha llamado. ¿Así que el artefacto estaba dentro de la tienda de la Duluth Outdoor Company?»

«Eso parece.»

Serena tardó un rato más en enviar otro mensaje: «Hace unos días pasó algo en la tienda, ¿te acuerdas? Un vagabundo causó problemas y tuvieron que llamar a la policía».

Stride recordaba el incidente.

«¿Y?», contestó.

«Es una coincidencia curiosa», repuso ella.

Era cierto, y aunque por lo general Stride no confiaba en las coincidencias, por el momento no veía una conexión plausible entre ambos acontecimientos. Oyó pasos sobre la hierba y, al mirar por encima de su hombro, vio a Haq corriendo por el parque. Sin dirigir la mirada hacia Stride, el hombre redujo al ritmo hasta acabar caminando y se comprobó las pulsaciones en el cuello. Luego dio un trago de agua de una botella que llevaba en el cinturón.

«Tengo que dejarte», escribió Stride.

Haq se acercó al banco envuelto en una nube de sudor y colonia. Cuando Haq no corría, iba en bicicleta; cuando no iba en bicicleta, levantaba pesas. Era un hombre moreno y atractivo de treinta y tantos años, la clase de profesor en el que se fijaban las universitarias y que nunca les devolvía la mirada. Tenía una espesa mata de pelo negro azabache y una prominente nariz aguileña. Su piel parecía de oro, con la salvedad de la cuidada barba. Llevaba una camiseta de manga larga de la UMD y pantalones de correr de nailon.

Stride tenía la sensación de que nunca había visto a Haq sonreír o reír; el hombre era implacablemente serio. También era inteligente, y sus estudios académicos le habían proporcionado un conocimiento enciclopédico. A lo largo de los años, habían debatido sobre religión, política y la Constitución. En casi todas las ocasiones ambos veían las cosas desde una escala de valores distinta, pero habían encontrado una forma de mantener un tono civilizado y respetar sus desacuerdos. Lo único que a Stride no le gustaba de Haq era que a este le costaba mucho desprenderse del elitismo con el que lo habían educado, como si aún mirara por encima del hombro a todos los que le rodeaban. Había crecido en Egipto y ahora tenía la doble nacionalidad. Su padre ostentaba un cargo de responsabilidad en la embajada egipcia en Washington DC.

Haq se sentó en el otro extremo del banco.

–Sabía que me llamarías –dijo.

Tenía una voz aguda y levemente musical, y aunque su inglés era perfecto, conservaba el acento de Oriente Próximo.

Stride tomó nota de la velada acusación y percibió la amargura enconada en el cuerpo del hombre. La impaciencia. La exasperación por saber que Stride llamaría a su puerta. Tenía cierto sentido que se sintiera así.

–Cuando los estadounidenses ven una casa en llamas, dan por hecho que han sido dragones –continuó Haq–. Dragones musulmanes.

Stride dejó que el silencio se alargara y luego dijo:

–También es tu casa.

–Sí, soy consciente de ello.

–¿Has visto la conferencia de prensa del FBI? –quiso saber Stride–. El agente especial al mando ha dejado claro que todas las líneas de investigación están abiertas. No sabemos si se trata de terrorismo. Si es así, no sabemos quién está detrás.

–Dile eso al presidente.

–No soy político, Haq –repuso Stride.

–Sin embargo, aquí estás, Jonathan.

–Solo estoy investigando todas las posibilidades.

–Por favor. Estás buscando dragones. No importa lo que diga o deje de decir el FBI o el presidente. Una bomba estalla y los musulmanes se convierten en culpables hasta que se demuestre su inocencia. Todos somos culpables, cada uno de nosotros. Nos acusáis de no compartir los valores estadounidenses, pero a la primera señal de problemas, vosotros mismos renunciáis a esos valores.

–Han asesinado a gente, Haq. Los han destripado. Ha sido un crimen atroz.

–Lo sé; es terrible, terrible. No minimizo el horror y el dolor de las víctimas. Sin embargo, para nosotros, para nuestra comunidad, ya sé lo que viene ahora. Mientras vosotros buscáis pruebas, yo busco la horca en la plaza del pueblo. Vendrán a por nosotros. ¿Acaso los últimos acontecimientos no lo han dejado claro?

–Entiendo que estés preocupado –dijo Stride–. Sabes que valoro tu sinceridad y tu franqueza. Entre nosotros nunca nos hemos dedicado a juegucitos.

–Eso es cierto.

–Así que ahora voy a ser sincero y honesto contigo –continuó Stride.

Haq lo miró por primera vez, y sus miradas se cruzaron en la semioscuridad.

–De acuerdo.

–En tu comunidad hay unos cuantos dragones –declaró Stride.

Haq no protestó ni se enfadó. En lugar de eso, metió la mano en el bolsillo con cremallera de los pantalones y sacó un objeto blanco envuelto en un trozo de tela. Retiró el envoltorio y sostuvo una medalla por su cinta.

–¿Ves esto? El año pasado corrí la maratón. Y el anterior. Este año también la habría corrido, pero he dedicado los últimos meses a esforzarme por educar a la comunidad musulmana respecto a la maratón y conseguir que se apuntaran más corredores musulmanes. Recluté más de cuarenta en todo el estado, y organicé su alojamiento y el transporte para el fin de semana. Me coordiné con el personal de la carrera. Me parecía una buena forma de unirnos, Jonathan. De centrarnos en lo que compartimos en lugar de en lo que nos divide. Y entonces pasa esto y... ¿cómo acabamos? Aún más distanciados.

Stride detestaba lo que venía a continuación. No le gustaba, pero no tenía otra opción.

–Estas personas que has traído... –empezó.

Esta vez, Haq estalló: primero dio un golpe en el banco con la palma de la mano y luego se puso en pie de un salto. Su voz resonó en medio de la tranquilidad del parque.

–¿Qué pasa, quieres sus nombres? ¿Sus direcciones?

–Así es.

–¡Para poder interrogarlos! ¿Por qué? ¿Qué delito han cometido? ¿Ser corredores musulmanes? Estas personas no han hecho nada. Vinieron aquí para correr cuarenta y dos kilómetros desde Two Harbors hasta Duluth. Para la mayoría, sería algo extraordinario. Por lo visto, para nosotros es tan solo una causa probable.

Stride también se puso en pie.

–Me encantaría decir que vivimos en un mundo perfecto, pero no es así. No es que últimamente hayamos tenido mucha paz por aquí, y gran parte del malestar tiene que ver con las diferencias religiosas. No puedo ignorar eso.

–¿Te refieres a desde que Dawn Basch vino a la ciudad? –preguntó Haq–. Y ¿de quién es la culpa?

–En el gobierno de la ciudad nadie le dio la bienvenida ni la animó, pero

tampoco podemos impedir que dé una conferencia privada. Lo sabes. Puede decir lo que quiera; está en su derecho. Eso no quiere decir que tengas que escucharla.

–Entonces ¿deberíamos ignorarla? ¿Deberíamos reírnos cuando nos insulta y nos degrada? Bueno, lo siento, pero para nosotros no es divertido. Piénsalo, Jonathan. Estás casado con una mujer encantadora; conozco a Serena. Ahora imagínate que alguien viniera al pueblo y te gritara a la cara que tu mujer es una cerda. Una puta. Supongo que te enfadarías.

–Tienes razón. Lo haría.

–¿Te revolverías? ¿Le darías un puñetazo a quien dijera algo así?

–No lo sé. Tal vez. Pero a eso es a lo que me refiero, Haq. La gente pierde el control. En Duluth hay un clima de enfado por culpa de Dawn Basch. Más que enfado. Furia. La cuestión es si alguien ha decidido actuar movido por esa furia. Te conozco; sé que tienes contactos en todas partes. Todo el mundo habla contigo. ¿Hay alguien que despertara la preocupación de la comunidad?

Haq sostuvo la medalla de la carrera en la palma de la mano y la sopesó como si intentara averiguar su peso real.

–Cuando Dawn Basch tuitea algo, también utiliza el *hashtag* #elislamata –dijo en un tono de voz mesurado–. La gente habla de #sinexcepciones y de si esta mujer defiende la libertad de expresión, pero ella no se refiere a eso. Cuando dice #elislamata y #sinexcepciones todo junto, lo que quiere decir es que todos los musulmanes sin excepción son unos asesinos.

–Probablemente tengas razón –convino Stride.

–¿Crees que nadie más está enfadado? ¿Que somos los únicos con extremistas en nuestras filas? No es así. Ahora, como consecuencia del atentado, la furia de los secuaces de Basch se volverá aún más contra nosotros. Recuerda mis palabras. Siempre es así.

–Y yo haré todo lo que esté en mi mano para impedirlo. Ya me conoces.

–Un hombre no puede detener una marea –señaló Haq.

–Entonces lo mejor que podemos hacer ahora es encontrar a quién ha hecho esto –insistió Stride–. A lo mejor ha ocurrido debido a Dawn Basch, y a lo mejor no tiene nada que ver con ella. No lo sé. Hasta que averigüemos la verdad, tendremos que enfrentarnos a rumores y especulaciones, y eso es peligroso para todos.

Haq se sentó y el silencio cayó sobre ambos. Los grillos cantaban entre

la hierba.

–Odio esto –dijo Haq al final.

–Lo entiendo, pero necesito tu ayuda.

–Podría arruinarle la vida a un hombre inocente.

–Si es inocente, no dejaré que eso ocurra –le aseguró Stride.

–No prometas nada que no puedas cumplir.

–Entonces haré cuanto pueda.

Stride se preguntó si bastaría con eso. Haq vaciló y miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos. Luego bajó el tono de voz:

–Muy bien, de acuerdo. Tienes razón, todo el mundo está enfadado por lo de Basch, pero hay un joven... Bueno, ha dicho cosas que a algunos nos han asustado. Todos éramos conscientes del hecho de que se acercaba el día de la maratón. Es difícil no pensar en Boston.

–Deberías haber hablado conmigo –indicó Stride–. Haberme advertido.

–Lo lamento. Decidimos encargarnos de ello nosotros mismos. Queríamos aconsejarle, no que lo detuvieran.

–Eso fue una estupidez.

–Tal vez, pero ya hemos visto lo que pasa cuando la policía se implica. Cuatro argumentos simplistas e inconscientes se convierten en la base para presentar cargos federales, y sin comerlo ni beberlo encerráis a alguien durante años.

–¿Quién es el joven? –preguntó Stride–. Y ¿dónde está?

–No sé dónde está. Desapareció hace unos días; por eso nos preocupamos. Hemos intentado encontrarlo.

–¿Cómo se llama?

–Malik Noon –contestó Haq.

El paracaídas sobrevolaba las aguas turquesa que había frente a Key West; desde allí, las personas de la playa eran del tamaño de los insectos que Wade Ralston cazaba en los subsótanos de Duluth. No oía nada más que el viento, pero incluso a aquella altura, el aire de Florida era cálido. Un único cable fino lo anclaba al barco, que levantaba olas y espuma a su paso. Estar ahí arriba hacía que Wade se sintiera en la cima del mundo, como si fuera el rey de unos dominios infinitos. Como un dios.

No obstante, las cosas buenas siempre se acababan.

Notó el tirón del cabrestante para bajar al barco. De vuelta a la realidad. El golfo se hizo grande a medida que se acercaba, lleno de arrecifes y arena y sombras. Sus tres amigos lo esperaban.

Travis, corpulento y alto, con el pelo castaño largo y ambos brazos cubiertos de tatuajes.

La hermana de Travis, Shelly, regordeta, con su bañador de una pieza y sorbiendo un zumo con una pajita.

Y la mujer de Wade, Joni, sentada a hombros de Travis y balanceándose mientras trataba de mantener la cámara estable.

Joni estaba absurdamente sexi con su biquini. Joni, con los implantes de pecho que a Wade le parecían una de las mejores inversiones que había hecho en su vida. Joni, rubia, de veintiocho años, que conseguía que todos los hombres volvieran la cabeza a su paso. El bajito y delgaducho Wade Ralston –Wade el cazabichos, con un emparrado en la cabeza– tenía la mujer más despampanante de los Cayos. Había soñado con poder decir aquello todos los días desde que era un adolescente en el instituto.

Los tres lo saludaron con las manos por encima de la cabeza. Sonrieron. Se rieron. Lo señalaron. A medida que se acercaba al barco, Wade oyó sus gritos:

–¡Wade! ¡Wade! ¡Wade!

–¡Cruza la línea! ¡Cruza la línea!

¿Eh? Aquello no tenía sentido.

Y de repente... crac.

El cable se rompió como si fuera la cuerda de una guitarra. Estaba

suelto. El paracaídas de hinchó a su espalda y lo arrastró de vuelta al cielo. Gritó pidiendo ayuda, pero parecía que a nadie del barco le importara que no bajara, que no estuviera anclado, que no tuviera forma de regresar a tierra. Se reían mientras él desaparecía, girando y girando perezosamente entre las ondas aéreas. La isla se fue empequeñeciendo; el agua se convirtió en un mar debajo de él, lejos, cada vez más lejos, mientras Wade subía y subía hacia las nubes.

—¿Wade?

Cada vez más arriba, dando vueltas y subiendo, cada vez más mareado.

—¿Wade?

Se despertó con un violento sobresalto. Parpadeó y el cielo de Key West se desvaneció en su cerebro. Tenía calor porque en la habitación del hospital hacía calor. El cable era un tubo que lo conectaba a una bolsa de plástico colgada de un poste metálico, desde la que los líquidos intravenosos se introducían gota a gota en su organismo. A través de la ventana del Saint Luke's vio que en Duluth había anochecido, y las luces de la habitación eran tenues. Distinguió sus pies magullados e hinchados.

—¿Wade? —repitió alguien.

Travis Baker se encontraba a los pies de la cama del hospital, pero Wade no estaba seguro de lo que era real y lo que no.

—¿Travis? —murmuró—. ¿Qué haces aquí, tío?

—Hola.

Travis estaba allí de verdad. No era otro sueño. La voz de su amigo sonaba apagada, lo cual era impropio de él. Travis hablaba alto. Tanto cuando estaba sobrio como cuando estaba borracho. Cuando se metía en una pelea o cuando se escurría dentro de los túneles subterráneos para comprobar el cebo de las trampas para ratas. Pero ahora no. Ahora, Wade apenas lo oía.

—Dios, estás vivo —dijo Wade—. Los dos lo estamos.

—Sí.

La mayoría de la gente se habría sentido contenta de seguir con vida, pero Travis no parecía feliz. Tenía la cara húmeda por las lágrimas, y Travis Baker nunca lloraba. Los exterminadores no podían ser personas sentimentales. Envenenar criaturas para ganarte la vida no era un buen argumento para acabar en un telefilme del canal Hallmark.

—Dicen que me han sacado metralla del estómago. ¿Me han operado?

—Sí —dijo otra vez Travis en apenas un susurro.

—¿Dónde está Joni? ¿Está contigo?

–¿Joni? No, tío. Yo... acabo de llegar.

–Debe de estar en la cafetería. Llevo casi todo el día dormido. Cada vez que me despierto, la enfermera me dice que descanse. El televisor está desenchufado. Alguien ha puesto sonidos del océano para que me relaje, y he soñado con nuestras vacaciones en Key West. Tío, menudo sitio. Para quien pueda costeárselo.

Travis le dedicó una sonrisa torcida.

–Y que lo digas.

Wade levantó el cuello de la bata del hospital e hizo una mueca de dolor cuando el movimiento de los músculos tensó las incisiones de su piel. Vio los vendajes pegados a su abdomen y manchas rojas que se filtraban por la gasa.

–Estoy hecho un desastre –dijo mientras se examinaba las manos y las muñecas desnudas–. Eh, ¿dónde está mi Fitbit? ¿Y mi teléfono? Mierda, espero no haberlos perdido. ¿Qué sentido tiene correr una maratón si no puedes ver todos los pasos, no? ¿Puedes mirar si están en el armario?

Travis señaló una bolsa de plástico que descansaba sobre el alféizar de la ventana.

–Está todo ahí. El teléfono, la ropa, el Fitbit, las zapatillas...

–Bien –dijo Wade, y añadió–: ¿Conseguí cruzar la meta? Ni siquiera me acuerdo.

–Creo que no, tío. Lo siento.

–Qué putada. A nadie le importará si en lugar de 42,1 kilómetros corres 42, ¿no?

–Claro.

Wade estaba confundido. Había algo que se le pasaba por alto y no sabía qué era.

–Me imaginaba que habrías muerto –le dijo a Travis–. ¿Cómo es que no estás muerto?

–Fue un árbol –le explicó Travis.

–¿Eh?

–Estaba delante de un árbol cuando el trasto explotó detrás de mí. La onda expansiva alcanzó el tronco, pero no a mí. Apenas tengo arañazos.

–Vaya. Menuda suerte.

–Sí, supongo que sí.

–¿Cómo se encuentra Shelly? –quiso saber Wade–. ¿Está bien?

Travis no contestó. Se dirigió a la ventana, apoyó los codos en el alféizar y se mordisqueó la cutícula de un pulgar. Era un hombre joven; tenía un año

menos que Joni y siete menos que Wade. Tenía brazos grandes, piernas grandes y llevaba una gorra con la visera hacia atrás. Lucía un bigote de Fu Manchú y un *piercing* de plata en el labio inferior. Vestía una camiseta de los Cazabichos y unos pantalones de chándal manchados de pintura.

En el instituto, Travis habría sido la clase de chico al que Wade odiaba. Un abusón. Arrogante y pretencioso. Siempre con un alijo de pastillas y maría. Eso funcionaba en la escuela, pero no en el mundo real. Travis había pasado directamente del instituto a trabajar con un camión de la basura, la clase de empleo en el que tenías que ducharte antes de irte a casa porque siempre olías a queso pasado de cuatro meses. Travis vaciaba cubos de basura por el día y por las noches gritaba mientras veía las peleas de la UFC en la tele del bar. Su vida no iba a ninguna parte, hasta que su hermana Shelly, que era la contable de Wade, le sugirió a este que lo contratara para ampliar el negocio. Más clientes, más bichos muertos, significaban más dinero. Hacía cuatro años de eso.

En el trabajo, los dos hombres se llevaban bien. Wade tenía un Mustang antiguo que había restaurado en una vieja unidad de almacenamiento. Una lancha. Y a Joni. Todo ello impresionaba a Travis, a quien por lo general le faltaba un mes para recuperar su furgoneta y que solía quedarse a dormir en el sofá de Shelly casi todas las noches.

—¿Travis? —insistió Wade—. ¿Cómo está Shelly?

—Está en el quirófano. Lleva cuatro horas ahí dentro. No quieren decirme nada.

—Mierda. Ahora entiendo por qué estás así.

—Sus piernas estaban destrozadas. Lo he visto. Destrozadas del todo, con huesos que se le salían. Tío, un pie le colgaba como de un hilo.

Wade cerró los ojos. Trató de tragar saliva, pero el ácido le ardía en la garganta.

—Qué putada.

Travis respiró por la boca, como un pez.

—Sí.

—¿Y Joni? ¿Puedes preguntarle a la enfermera dónde está? ¿Si está en la cafetería o se ha ido a casa a dormir un poco?

Travis se dio la vuelta desde la ventana. Parecía como si los ojos se le hubieran hundido en el cráneo.

—No... No lo sé, tío.

—Bueno, ¿puedes averiguarlo? Vamos, Travis.

–Claro. Le preguntaré a alguien. Tú duermes un poco, ¿vale?

–No quiero dormir –repuso Wade–. Llevo todo el día durmiendo. Quiero ver a mi mujer.

–Supongo que debe de estar por aquí –dijo Travis.

Ahí estaba otra vez. Algo en el tono de su voz, en la expresión de su cara.

–¿Travis?

–Dime.

–Joni está bien, ¿verdad?

–¿Qué te han contado? –preguntó Travis–. ¿Te lo han contado todo?

–No lo sé. Todo el mundo me ha dicho que no me preocupe y que duerma. El caso es que Joni estaba justo al lado de Shelly, ¿no? Quiero decir, justo al lado, Travis. La vi. Si Shelly está tan mal, ¿cómo puede estar bien Joni? Ella no estaba delante de un árbol como tú, Travis.

Travis se acercó y se quedó de pie junto a la cama. Las lágrimas le resbalaban por la cara.

–No, no había ningún árbol.

–Estaba justo al lado de Shelly –repitió Wade.

–Sí.

–Dime la verdad.

–Wade, te han pasado muchas cosas. Tú solo cierra los ojos, colega. Ya hablaremos mañana.

–Cuéntame la verdad.

Travis se dejó caer sobre la cama y cogió la mano de Wade entre sus zarpas de oso. El chico no era consciente de su propia fuerza.

–Lo siento, tío, lo siento mucho. Joni está muerta. Murió en la calle. Esos hijos de puta la han matado.

Wade cerró los ojos y no dijo nada en absoluto.

Lo supo desde el principio.

DOMINGO

–Estoy aquí para expresar mi solidaridad con la gente de Duluth –anunció Dawn Basch a la multitud que se agolpaba en el salón de baile del hotel Radisson, en el centro de la ciudad. Era imposible confundir su acento con el de alguien de Minnesota. Su voz sonaba como una de las *Mujeres desesperadas de Nueva Jersey* –. Ayer, los terroristas intentaron silenciar las voces de las personas de esta ciudad que aman la libertad, igual que han hecho en tantos lugares del mundo. Pues bien, tengo un mensaje para ellos: no ganaréis.

Stride observaba desde el fondo de la sala. Basch estaba sobre un estrado flanqueada por dos fornidos guardaespaldas privados a cada lado. Stride tenía a sus propios agentes situados justo a la puerta de la sala, además de en los ascensores, en el vestíbulo del hotel y en Superior Street. No quería arriesgarse a que hubiera más violencia, aunque lo que le preocupaba era que lo que quisiera Basch fuera, precisamente, violencia.

La violencia generaba publicidad. Atención. Credibilidad.

La violencia vendía entradas para sus conferencias.

La violencia disparaba las ventas de pegatinas para el parachoques, camisetas y gorras.

Y lo que era aún peor: los medios de comunicación le seguían el juego. El salón de baile estaba atestado de reporteros televisivos llegados para cubrir la explosión de la maratón. Basch les daba carnaza que hacía subir las audiencias, y las audiencias siempre se imponían sobre el periodismo. La CNN, la CBS, la NBC y la Fox estaban retransmitiendo en directo su discurso.

–El agente especial Maloney dice que aún no puede sacar conclusiones sobre la explosión de ayer, pero yo creo que los estadounidenses han dejado claro que están hartos de la corrección política frente al terrorismo. Así que dejadme que os diga lo que todos sabemos. Este horrible suceso es obra casi con total seguridad de extremistas islámicos que se han manifestado en contra de esta conferencia sobre la libertad de expresión desde que llegué a Duluth. He recibido decenas de amenazas de muerte, y hemos hecho llegar dichos correos electrónicos al FBI. Estoy segura de que entre esos islamistas

radicales encontrarán a la persona que perpetró estos asesinatos monstruosos y sin sentido. Mientras tanto, espero que toda la ciudad de Duluth actúe como una especie de unidad de vigilancia vecinal para ayudar a las autoridades a localizar a estos asesinos antes de que causen más daño. Hay que detener a esta gente, y todos vosotros podéis colaborar.

Stride maldijo por lo bajo. Lo último que les hacía falta era una ciudad llena de vigilantes, pero Basch era una de esas personas que juegan con cerillas en una gasolinera.

Tenía cincuenta años, aunque intentaba sin éxito aparentar cuarenta. Su pelo oscuro y largo hasta los hombros le caía en un remolino de rizos desordenados. Era alta y de constitución delgada. Su sonrisa era levemente deforme, y llevaba demasiado pintalabios de un color vivo. Su piel tenía una textura grumosa, como de máscara, como si la hubieran moldeado con pasta Play-Doh y luego la hubieran pintado con ceras. Las largas pestañas y el rímel oscuro hacían que sus ojos parecieran un murciélago vampiro que agitaba las alas cada vez que ella parpadeaba. Vestía una chaqueta roja y una falda negra de tubo.

—Por supuesto, en la prensa liberal ya he visto a los que suelen atacarme —continuó Basch—. Según *The New York Times* soy una provocadora temeraria y ¿sabéis qué? Lo soy. Y estoy orgullosa de ello. En lo que se refiere a la libertad de expresión, yo digo: sin excepciones. No me importa a quién ofenda. Si alguien quiere hacer una película en la que Mahoma decapita muñecas Barbie, por mí, adelante. En este país, tenemos pleno derecho a reírnos de lo que nos dé la gana, y si a alguien no le gusta, es libre de irse a otra parte. La verdad es que no deja de ser irónico, porque los «expertos» de los medios que dicen que no podemos extraer conclusiones también me culpan a mí de fomentar una cultura de violencia al ofender a los musulmanes. Está claro que saben que tengo razón respecto a quién es el responsable de este crimen. Y en lo que se refiere a ofender a alguien, yo no negocio a punta de pistola los derechos que me otorga la Primera Enmienda. Podremos hablar de civismo en cuanto la otra parte deje de hacer volar a la gente por los aires.

Basch era astuta, había que concederle eso. Tenía el don de los demagogos: envolver sus prejuicios con un bonito papel, para que nadie pudiera ver la fealdad de lo que había dentro. Stride ni siquiera pensaba que estuviera equivocada en su mensaje básico. Entre proteger la libertad de expresión y evitar la ofensa, la libertad de expresión siempre ganaba. Aun así,

Stride no sentía ningún respeto por la gente que insultaba simplemente porque la Constitución se lo permitía. Detestaba juzgar a una comunidad religiosa entera con brocha gorda, porque en su propia experiencia, los musulmanes de Duluth eran gente honrada que trabajaba duro, amaba a su familia y deseaba vivir en paz.

También sabía, como le había dicho a Haq Al-Masri, que dentro de la comunidad musulmana había una cuota de dragones. Y un solo dragón podía reducir a cenizas toda una ciudad.

Mientras Basch empezaba a atender las preguntas del público asistente, Stride se escabulló del salón de baile. Salió del hotel a Superior Street; frente a él se levantaba la biblioteca del centro. Era domingo y las calles estaban desiertas. Las tiendas estaban cerradas; tan solo la policía y los medios de comunicación patrullaban por la ciudad. Rechazó con un gesto a un puñado de reporteros y echó a caminar por Fifth Avenue, pasando por delante del Depot.

Aquel era su hogar. Allí se había criado, había ido a la escuela; allí había perdido a sus padres y a su primera mujer, Cindy. Perder a alguien te ligaba a un sitio para siempre. La mayoría de los forasteros veían Duluth solo a través de las lentes de sus brutales inviernos, pero para Stride, Duluth eran también los barcos mercantes y los rompehielos. Eran las bandas de folk en el Amazing Grace. Eran las cervezas del Bent Paddle. Era el club de curling. Era la famosa iluminación navideña que colocaba en casa su vecina, Marcia Hales. Era la maratón. A lo largo de sus cincuenta años, Stride había visto los altibajos de aquella ciudad, pero no había nada capaz de hacer que sus ciudadanos se marcharan. Procedían de una estirpe de gente curtida.

Stride se dirigió al centro de convenciones Duluth Entertainment, que el FBI había ocupado como base de operaciones para almacenar las pruebas recogidas en Canal Park. La dimensión de la operación le impresionó. Si algo hacía bien el FBI era organizar y cribar cantidades masivas de información. Sabía que lo que estaba viendo en el centro de convenciones era tan solo la punta del iceberg. Por todo el país, cientos de agentes analizaban fotografías, grabaciones de vídeo, correos electrónicos, registros telefónicos, registros bancarios, pistas telefónicas, historiales de internet y publicaciones en las redes sociales, tratando de encontrar cualquier tipo de conexión con la explosión de la maratón.

Alguien había buscado la forma de fabricar una bomba.

Alguien había comprado los componentes para fabricarla.

Alguien la había montado.

Alguien había llevado la bomba a la tienda de la Duluth Outdoor Company y la había detonado.

Cada uno de esos pasos dejaban una huella electrónica, si uno sabía dónde buscar y cómo reconocer lo que veía.

Stride encontró al agente especial Maloney en el despacho que normalmente utilizaba el director del centro de convenciones, rodeado de portátiles y pizarras de rotulador. El agente llevaba veinticuatro horas sin dormir, aunque su atuendo no lo revelaba. En su traje no había ni una sola arruga. El nudo de su corbata era perfecto, ceñido al cuello. Stride era alto, pero Maloney lo era unos centímetros más, y también era delgado hasta el punto de parecer demacrado.

Maloney y él no eran amigos, aunque sus caminos se habían cruzado a menudo en diversas investigaciones a lo largo de los últimos veinte años, desde que Stride era un joven detective de Duluth.

–Acabo de estar en la conferencia de prensa de Dawn Basch –le explicó a Maloney.

–Sí, la he visto en la CNN. No se preocupe, ya he hecho que la agente Durkin descarte la idea de su concepto de vigilancia vecinal.

–Bien –replicó Stride.

–Hemos pedido a la gente que hoy no se acerque al centro de la ciudad. El alcalde y el gobernador están hablando para ver si las tiendas deben cerrar también mañana, en función de cómo se desarrolle la investigación.

–¿Tenemos más detalles del artefacto? –preguntó Stride.

–Algunos. Tener que buscar entre los restos de cientos de mochilas hechas trizas no ha ayudado mucho, pero el equipo cree que la mochila en cuestión era azul marino. También sabemos que el detonador era un teléfono móvil. Así que es posible que la explosión se desencadenara mediante una señal de radio desde un lugar cercano, o puede que el que la colocó llamara al teléfono y contemplara la explosión por la tele.

–En otras palabras, ¿ni siquiera estamos seguros de que se encontrara en Canal Park? –preguntó Stride.

–Así es, aunque alguien tenía que estar allí para colocar la mochila –contestó Maloney–. Durkin le pidió a uno de sus agentes que hablara con el dueño de la tienda para ver si averiguamos algo más sobre cuándo y cómo pudo dejarla allí.

–Sí, Serena y yo conocemos a Drew Olson, el encargado de la tienda de

artículos de camping. Si puede, nos ayudará. –A continuación, Stride añadió–: Respecto a la agente Durkin...

Una de las cuidadas cejas canosas de Maloney se contrajo levemente, el único signo de sorpresa que era capaz de hacer.

–¿Hay algún problema?

–Gracias a Dawn Basch, ya tengo un elefante en mi cacharrería –explicó Stride–. No me hacen falta dos.

–Sé que Durkin no tiene pelos en la lengua y que puede ser difícil. Si así se siente mejor, ella también se ha quejado de usted. No estaba muy contenta por haber quedado excluida del encuentro con su fuente.

–Es una relación delicada.

–Entendido. Tomó usted la decisión correcta. Durkin tiene muchas virtudes, pero la delicadeza no es una de ellas. Aun así, conoce Duluth y es una de mis agentes más brillantes, sobre todo cuando hace falta interpretar lo que esconden las personas.

–Da la sensación de que en este caso necesita demostrarse alguna cosa – señaló Stride.

–Así es. Ya sabe lo que le ocurrió, y sabe también que la he tenido apartada del trabajo de campo durante un año. Esta investigación supone su regreso, pero si la fastidia, se pasará el resto de su carrera detrás de un escritorio. Sabe muy bien lo que se juega. Sinceramente, espero que aprenda algo de su equipo y de usted.

–Entonces estamos de acuerdo.

–Así es.

–¿Qué hay del nombre que le di? –quiso saber Stride–. Malik Noon.

Maloney se atusó el bigote y sacó una hoja de papel del mastodóntico montón de material que se apilaba sobre su escritorio. Sabía con exactitud dónde se hallaba cada cosa.

–Noon tiene veintidós años. Estudiante de Ingeniería en la UMD. Nacido en Pakistán. Sus padres viven en Detroit; su madre es radióloga y su padre cirujano torácico. Un chico listo y sin problemas de dinero. ¿Lo tenían en el punto de mira?

–No.

–Bueno, no es muy fan de Dawn Basch –continuó Maloney. Cogió otro expediente y colocó sobre la mesa tres fotos, una tras otra. Se habían tomado en los mítines de Sin Excepciones en Bayfront Park–. Nuestros chicos lo han encontrado aquí, aquí y aquí –explicó señalando con el dedo las caras de las

fotos.

Stride estudió la imagen sonriente de Malik Noon en la foto del carné de la universidad y luego trasladó su atención a las fotos de Noon tomadas en los discursos de Dawn Basch. No vio ni una sola sonrisa, ni rastro del despreocupado estudiante americanizado que iba a la Universidad de Minnesota en Duluth. El hombre de los mítines lucía una expresión sombría que parecía de odio. La boca abierta a punto de gritar. Llevaba la misma pancarta en todas las fotos.

En ella se leía: «VENCEREMOS».

La pancarta mostraba una foto manipulada digitalmente de Dawn Basch, con sangre que salía de un cuchillo y heridas de bala en la cabeza y el cuerpo.

–¿Han conseguido encontrarlo? –preguntó Stride.

–No. De hecho, me gustaría que hablara con cualquiera que conociera a Malik Noon en la UMD, y que lo hiciera cuanto antes.

–Entendido.

–Y... Stride –continuó Maloney–. Esta vez, llévese a Durkin.

Serena contempló cómo Drew Olson colocaba a su hijo de ocho meses en un columpio sujeto a un enorme roble de su patio trasero. Serena sabía muchas cosas de aquel bebé. Se llamaba Michael en honor a su bisabuela Michaela. Su pelo era grueso y negro, y su sonrisa amplia y fácil nunca se le borraba de la cara. Tenía una marca de nacimiento en el muslo con la forma del estado de Florida. Había nacido a las 4.07 de la madrugada del 14 de octubre en el hospital Saint Mary's, y Jonny y ella se hallaban en la habitación del hospital.

Era el bebé de Cat. Drew y Cristina Olson lo habían adoptado.

Serena había conocido a Drew casi un año antes, cuando entró en la tienda de la Duluth Outdoor Company de Canal Park para ver qué necesitaba para entrenar para la maratón. Drew le había caído bien de inmediato. Tenía treinta años y era la clase de hombre que le sacaba veinticinco horas a cada día. Krista y él corrían. Salían en kayak. Iban a esquiar. Eran voluntarios en albergues donde se servía comida a la gente sin recursos. Cultivaban su propio ruibarbo y sus propios tomates. Y todo ello además de tener dos trabajos que les ocupaban la mayor parte del tiempo.

Eran personas atareadas que habían deseado sumar un hijo a sus atareadas vidas, pero por más que lo habían intentado no lo habían conseguido. Al enterarse de lo que le ocurría a Cat, habían pedido con lágrimas en los ojos adoptar al bebé. Era la primera decisión de Cat como madre, y había resultado acertada.

–Este pequeño es casi lo único que me da fuerzas para seguir adelante desde lo que ocurrió ayer –le contó Drew a Serena–. Cuando ocurre algo así, te das cuenta de qué es lo verdaderamente importante.

–Te entiendo.

–Krista se ha pasado la noche en vela en Urgencias; ahora está durmiendo. Dijo que las heridas que había visto eran horrendas. Como si estuviera en una guerra.

–Gracias a Dios que existen enfermeras como ella.

–Sí. –La boca de Drew se curvó en una pequeña sonrisa de orgullo, que enseguida se desvaneció–. He perdido a dos personas en la tienda. Seth tenía tan solo diecinueve años. Candice, veintiuno. Eran los dos chicos más

encantadores y amables que te puedas imaginar.

–Me acuerdo de Seth. Me ayudó el año pasado, cuando entrenaba.

–Otra chica de la tienda se encuentra en estado crítico; no saben si sobrevivirá. Dos más han sufrido contusiones y quemaduras.

–Lo siento mucho, Drew.

–Cuando encuentres al tipo que lo hizo, será mejor que no dejes que me acerque a él.

Serena asintió. Había oído la verbalización de ese mismo sentimiento una y otra vez. Entre los policías. Entre los corredores. Entre la gente de Duluth a la que habían robado su maratón de la peor forma posible.

En el columpio, Michael gimoteó y Drew lo sacó del arnés. Luego lo acunó entre sus brazos y el niño se tranquilizó enseguida. Drew era un hombre menudo, pero tenía la fuerza de un atleta. Llevaba pantalones cortos de chándal, una camiseta de fútbol amarilla y deportivas sin calcetines. Su pelo ondulado y con trenzas de colores estaba recogido con una goma.

–¿Quieres cogerlo? –preguntó él.

–Venía dispuesta a hacerlo en cuanto llegara –contestó Serena con una sonrisa.

Levantó a Michael por debajo de sus brazos rechonchos y lo abrazó contra su pecho. El bebé estaba caliente y olía a limpio, y ya era más un niño que un bebé. Serena levantó dos dedos, y él los agarró como si fuera una tenaza sin apartar la vista de la cara de ella. Serena distinguió la intensidad de la mirada de Cat en sus ojos.

Serena nunca se había considerado una mujer con sentimiento maternal. Había pocas cosas que quisiera recordar de su propia infancia: había huido de su madre después de años de abusos. Tras haber abortado de adolescente, ahora no podía tener hijos, y se había visto obligada a hacer las paces con esa parte de su vida. No era que tuviera quejas; tenía cuarenta años y Stride, cincuenta, así que ya habían decidido que superaban con creces la edad en la que les apetecía adoptar. Aun así, el hecho de coger en brazos a Michael ocho meses atrás la había cambiado. Después de ese momento, Serena había entendido por primera vez lo que significaba realmente estar dispuesto a renunciar a todo por otro ser humano.

–Cada vez pesa más –comentó.

–Nueve kilos y medio. Ya gatea, también.

–¿En serio?

–Vaya que sí. No hay nada que sea seguro –repuso Drew, y añadió–:

¿Cómo le va a Cat?

–Las cosas con ella nunca son fáciles –contestó Serena–. ¿Ha venido a veros?

–Aún no. Ya sabe que es más que bienvenida, ¿verdad? Nos gustaría que se sintiera unida a Michael y que formara parte de su vida. No lo digo por decir. Tanto Krista como yo queremos que se implique.

–Stride y yo la animamos siempre a que venga –le explicó Serena.

–¿Sabes por qué se muestra reacia? ¿Se arrepiente de haber renunciado a él?

–No es eso. Quería quedárselo, pero dadas sus circunstancias no podía darle la vida que él merecía. Le encanta la idea de que tenga una familia tan estupenda con Krista y contigo. Creo que eso la hace genuinamente feliz.

–Entonces ¿qué le ocurre?

Serena meneó la cabeza.

–Creo que piensa que en este momento no tiene nada que ofrecerle.

–Eso es una tontería –dijo Drew.

–Lo sé. Le he dicho que Krista y tú no esperáis nada de ella aparte de amor. Pero tiene que ser ella quien lo decida, a su propio ritmo.

–Tiene sentido; lo entiendo.

–Además, Cat estaba ayer en Canal Park –añadió Serena.

–Dios mío. ¿Se encuentra bien?

–Físicamente sí, pero estaba muy cerca del lugar donde estalló la bomba. Se siente culpable. Se pregunta por qué ella se ha salvado.

Drew empujó el columpio atrás y adelante con una mano, aunque estaba vacío.

–Sé cómo se siente. Tanto Krista como yo corrimos la maratón. Yo debía ir a la tienda al terminar, pero al final nos quedamos bebiendo cerveza en la carpa de los corredores con nuestros amigos. Si hubiera regresado a la tienda, ahora estaría muerto. En lugar de eso, mis empleados han pagado el precio por mí.

–¿Tengo que darte el sermón que le di a Cat? –preguntó Serena–. ¿De que nada de todo esto es culpa tuya?

–No, lo sé. Es solo que hoy el mundo parece un lugar bastante frágil.

–Sí, es verdad.

–El FBI me ha dicho que la bomba estaba en mi tienda. ¿Es verdad?

–Sí, es verdad.

–Increíble. No sé por qué, pero eso lo empeora todo, ¿sabes? Esta

mañana me han dejado entrar para valorar los daños. Es un desastre total. Todo el inventario está destruido. El espacio está inservible. Me siento mal al pensar en ello, teniendo en cuenta lo que les ha ocurrido a mis empleados, pero va a ser muy difícil reconstruirla, incluso con el seguro. El comercio siempre es un negocio difícil. Pese a que nuestra economía está saneada, hemos tenido que luchar mucho para mantenernos a flote. Pero después de esto, no sé qué va a pasar con el turismo.

«Cualquier crimen tiene un efecto mariposa que la gente no ve», pensó Serena.

–Oye, Drew, tengo que hacerte un par de preguntas.

–Claro.

–¿Teníais cámaras de seguridad en la tienda?

–Así es, pero el archivo de vídeo estaba en un DVR cerca de la caja. No creo que quedara gran cosa después de la explosión.

–¿Hablaste con alguno de tus empleados tras acabar la carrera?

–Sí, Candice estaba al mando. La llamé desde la carpa de los corredores y me aseguró que todo iba bien. Fue ella la que me dijo que me relajara, que no hacía falta que volviera a la tienda.

–¿Qué hora era?

–Sobre las once y media.

–¿Mencionó alguna cosa fuera de lo normal?

–No, nada.

–¿Sería muy difícil meter a hurtadillas una mochila en la tienda sin que nadie se diera cuenta?

–¿En una tienda de artículos de camping? En absoluto. Nos preocupan más las mochilas que se sacan a hurtadillas. Si la mochila parecía nueva, dudo que nadie le prestara atención. Cualquiera podría habérsela descolgado del hombro y haberse marchado.

–Ya. Me lo imaginaba.

–Siento no poder ser de más ayuda.

–Tengo otra pregunta. El martes por la tarde, llamaste a Emergencias debido a un problema en la tienda. Algo relacionado con un vagabundo que estaba montando un alboroto. ¿Me puedes contar más al respecto?

–Oh, claro –contestó Drew–. Me sentí mal, porque lo cierto es que no quería que el tipo se metiera en problemas. Me pareció que lo que le hacía falta era ir a un hospital. ¿Por qué preguntas por él?

–Me gusta comprobarlo todo. ¿Qué pasó?

–Bueno, el tipo entró en la tienda. Saltaba a la vista que no era un turista; digamos que olía como si llevara un tiempo sin ducharse. El personal y yo no le quitamos los ojos de encima porque, sinceramente, creíamos que tal vez intentara robar algo. Subió al piso superior y de repente se puso a gritar y a revolcarse por el suelo, chocando con las estanterías y tirando mercancía. Subimos corriendo para tranquilizarlo y yo llamé a Emergencias, pero antes de que llegara la policía el tipo se largó.

–¿Robó alguna cosa? –quiso saber Serena.

–No.

–¿Lo has vuelto a ver en la tienda?

–No.

–¿Qué aspecto tenía?

–De estatura media. Cuarenta y tantos años. Barba, pelo largo y castaño, corpulento.

Serena se levantó y le devolvió a Michael a Drew, que lo cogió entre sus brazos.

–Muy bien. Gracias por dedicarme tu tiempo. Saluda a Krista de mi parte.

–Lo haré. Enhorabuena, por cierto.

–¿Por qué?

–Por haber acabado la maratón.

–Ah. –Serena se encogió de hombros–. Gracias. Sonará raro, pero casi se me había olvidado. Conseguir acabar la carrera hoy no parece tan importante.

Drew negó con la cabeza.

–Eso no es verdad. No dejes que ese cabrón te robe eso. Acabar una maratón es algo grande.

–Tienes razón. Te agradezco que me lo hayas recordado.

–Por favor, dile a Cat que hablamos en serio. A Krista y a mí nos encantaría que viniera a ver a Michael.

–Lo haré.

Serena se alejó en dirección a la calle, pensando en el vagabundo que había ocasionado el incidente en la tienda. Lo más probable era que no significara nada. El porcentaje de enfermos mentales y adictos entre los vagabundos era extremadamente alto, y el comportamiento descontrolado que había descrito Drew era habitual cada noche en los parques públicos y los centros de desintoxicación.

Aun así, en este caso había sucedido dentro de la tienda de la Duluth

Outdoor Company, igual que la explosión de la maratón. Con solo cuatro días de diferencia.

Dos acontecimientos inusuales en el mismo lugar siempre llamaban su atención.

Tenía que encontrar a ese hombre.

A unos cincuenta metros, Cat se encontraba sentada sola sobre el asfalto de una cancha de baloncesto al aire libre, en el patio de una escuela de primaria. Desde allí podía ver a Serena y a Drew Olson y, en brazos de este último, también vio a Michael. Su bebé. Su hijo.

Serena le había contado que iba a ver a Drew y le había propuesto que la acompañara. Cat había contestado que no, que no estaba preparada. Luego, cuando Serena se marchó, cogió su propio coche y la siguió. No era la primera vez que se acercaba a casa de los Olson. Desde que el tiempo había mejorado, iba un par de veces por semana. Drew y Krista tenían una casa pequeña y bonita en la esquina de Central con Elinor. La casa era vieja, pero estaba bien mantenida. Estaba al lado de la escuela de primaria, cosa que sería perfecta cuando Michael se hiciera mayor.

A veces Cat tenía suerte y los veía jugar con Michael en el jardín o pasear por delante del patio de la escuela con un cochecito. A veces se acercaba con cautela lo bastante a la casa como para oír sus voces cuando hablaban con Michael.

Ambos lo querían.

Se dijo que había hecho lo correcto al dejar que se quedaran con su hijo.

Ojalá pudiera acercarse en ese momento y cogerlo en brazos. Hablar con él.

«Hola, pequeño, soy tu madre. Soy la razón por la que estás aquí, y tú eres lo único que he hecho bien en esta vida.»

Pero eso no era justo. Michael no necesitaba una madre: ya tenía una. No necesitaba ni una sola cosa que Cat pudiera ofrecerle. Ni una. Era mucho mejor que él no supiera nunca de dónde venía.

Cat esperó a que Serena se marchara y luego bajó por el callejón que discurría por detrás de la casa, hacia su coche. No volvió la vista en ningún momento.

Khan abrió la puerta del estudio del ático de Malik en el piso de estudiantes, cerca de la UMD. La estancia olía a las velas con aroma a miel que a Malik le gustaba encender. Sobre su escritorio había un plato blanco con un montón de cera ocre solidificada en el centro. Junto a una taza de té frío y un pedazo de *burfi* dulce había un libro de ingeniería abierto. Detrás de su escritorio, junto a la única ventana, que daba al callejón, colgaba un póster de un campeonato pakistaní de lucha libre. Pese a su complexión escuálida, Malik no había perdido un solo combate de lucha libre en el instituto. Sabía cómo sacar provecho del tamaño y la fuerza de sus contrincantes.

Había ropa tirada por el suelo de madera y las sábanas estaban revueltas. Era como si Malik se hubiera marchado con prisas y fuera a subir las escaleras en cualquier momento, pero Khan sabía que no era así. Se había llevado su alfombra de oraciones para el *salat* y su ejemplar del Corán había desaparecido de la mesita de noche. Malik se había marchado.

Khan tan solo había estado allí una vez. Casi siempre que su amigo y él quedaban lo hacían en casa de Khan, o en la mezquita los viernes o en las zonas verdes que rodeaban Duluth, donde podían caminar y hablar en privado. Por primera vez, se preguntó si Malik había estado protegiéndolo para que no sospecharan de él.

Se habían conocido cuando Khan y Ahdia se mudaron a Duluth, tres años atrás. Por entonces Malik era un estudiante de Detroit también nuevo en la ciudad. En aquella época era diferente. Divertido. Alegre. Para Khan, era como ver lo que habría sido su hermano si hubiera crecido. Se hicieron amigos, y Khan vislumbraba un futuro brillante para Malik. Era inteligente, un excelente estudiante; seguro que se convertiría en un profesional, un constructor de puentes y edificios.

Hasta que un año atrás las cosas habían cambiado.

El carácter de Malik se había agriado, como si viviera bajo el peso de una sombra. Las conversaciones que habían tenido hasta entonces se convirtieron en discusiones. Malik tenía cada vez más estallidos de hostilidad en la mezquita. Empezó a desaparecer los fines de semana en Minneapolis y se negaba a hablar de la gente que conocía allí. Pasaba horas frente a su

portátil en plena noche, contactando con musulmanes de todo el mundo. Los musulmanes equivocados. Extremistas.

Todo el mundo murmuraba al respecto. Todo el mundo estaba asustado.

Cuando Dawn Basch llegó a la ciudad, las protestas de Malik fueron más allá que las del resto. Empezó a fanfarronear sobre las cosas violentas que podía hacerle. Era la clase de cosas que nadie quería oír, porque si se corría la voz, la férrea mano del FBI caería sobre toda la comunidad.

Y entonces, la semana anterior, Malik había desaparecido.

Un día antes, una bomba había destripado la ciudad.

Khan examinó la habitación en busca de respuestas. Abrió de un tirón todos los cajones del escritorio de su amigo, repletos de cables y placas de circuito y boletines informativos sobre ingeniería. Vacío la papelera de Malik sobre el suelo y rebuscó entre la basura. Encontró envoltorios de comida y una lata vacía de leche condensada. Un lápiz gastado casi del todo. Restos de la barba de Malik.

Y un folleto.

Un folleto de la maratón. Mapa. Horarios. Localizaciones.

Khan dejó caer el folleto como si fuera una brasa. Se dijo a sí mismo que la mitad de las casas de Duluth tenían el mismo folleto. Estaba en perfectas condiciones; no se veían marcas o pliegues que le hicieran pensar que Malik lo había estudiado con detenimiento. No significaba nada.

A menos que lo significara todo.

Pensó en el día que había visto a Malik en el bosque, cerca de su casa. «Ahora dedico mi vida a otra cosa.»

Khan tenía que tomar una decisión: hablar con la policía y trasladarle sus sospechas, o marcharse y no involucrarse en aquello. Ah día le había dicho que, para empezar, no debía estar allí. Estaba dejando huellas y exponiéndose. Una vez que se gestaba el torbellino, este atrapaba a todo el mundo en un torrente de suciedad y escombros, fuera uno inocente o no. Y aun así, ahí estaba.

Malik era un amigo, pero un asesinato era un asesinato. Si Malik era culpable, Khan no podía permanecer en silencio.

Pero ¿era culpable?

Khan vio unos tejanos en el suelo. Los agarró por el dobladillo, los puso boca abajo y los sacudió. Unas cuantas monedas cayeron de los bolsillos. Un billete arrugado de un dólar. Un tique de un helado. Recogió el tique y vio que era de la heladería Cold Stone Creamery de Canal Park.

A tres portales de la Duluth Outdoor Company. Oh, Malik, Malik, Malik.

Era un helado, se dijo a sí mismo. A Malik le gustaba el dulce. No significaba nada.

O lo significaba todo.

Khan vio que de los bolsillos de Malik había caído otra cosa. Algo brillante, de apenas dos centímetros de largo, como una cuenta reluciente y diminuta. Se puso a gatas y lo cogió con delicadeza entre el pulgar y el dedo corazón. Lo que vio le dio ganas de llorar. El sudor le corría por el cuello y por la cara, haciendo que le resbalaran las gafas.

Era un trozo de cable de cobre.

Mientras lo sostenía entre los dedos, oyó algo abajo y clavó rápidamente la mirada en la puerta del apartamento de Malik, aterrorizado.

Alguien subía las escaleras.

–Yo conocí a tu hermano –le dijo Stride a la agente Durkin mientras cruzaban College Street desde el campus de la UMD.

Durkin se quitó las gafas de sol.

–¿Conociste a Ron? ¿Cuándo?

–Un año antes de que lo mataran. Formaba parte de un equipo de voluntarios que intentaba rescatar a un lince herido. Tropezó con el cuerpo de un excursionista perdido en los bosques.

–Lo recuerdo. Ron se alteró mucho. Esas cosas le afectaban mucho.

–Cuando lo mataron en París todos los medios se hicieron eco –le contó Stride–. Al ver su foto en el *News Tribune*, me acordé de las veces que hablamos durante la investigación. Me caía bien. Era un buen chico.

La cara de Durkin, que por lo general reflejaba una expresión tan fría e imperturbable como el mármol, se destensó.

–Sí, Ron era así.

–En fin, solo quería decirte que lo siento. Perder a un familiar nunca es fácil.

–No, no lo es. –Ella volvió a ponerse las gafas, y con ese único gesto su máscara regresó–. Supongo que también sabes lo de mi cagada con aquel chico somalí. Aunque no hace falta que te preocupes por mí, Stride. Ahora lo tengo todo bajo control.

–Estoy seguro. –Pero no lo estaba en absoluto.

–¿Crees que tengo prejuicios contra los musulmanes? –preguntó Durkin.

–No lo sé. ¿Los tienes?

–Mira, lo que yo sienta es asunto mío. Mientras mis sentimientos no interfieran en mi trabajo, no hay problema. Se me da bien lo que hago. Eso es lo único que importa.

Atravesaron un vecindario con jardines verdes cuadrados y casas modestas que se remontaba a los años veinte. Los viejos árboles se inclinaban por encima de la calle. Stride se metió las manos en los bolsillos.

–¿Cuántos años tienes, Durkin?

–Treinta y tres. ¿Por qué? ¿Crees que soy demasiado joven?

–En absoluto. Es una buena edad para muchas cosas. Cuando yo tenía treinta y tres, lo sabía todo. Sabía muchísimo más que mis jefes, eso seguro. Me sacaba de quicio que ellos no se dieran cuenta.

–Muy gracioso –replicó Durkin en tono amargo–. Ya lo pillo.

–¿Por qué crees que bromeo? –preguntó Stride–. En aquella época era bastante listo.

Durkin se echó a reír al fin.

–Sí, vale. Sé que mi problema no es exactamente la falta de confianza. Lo siento. Pero si das muestras de debilidad con los chicos del FBI, se te comen viva.

–No hace falta que te disculpes. Maggie es igual. No hay nada malo en ser engreído si uno está a la altura. Y créeme, no bromeaba. La edad no me ha hecho más inteligente, más bien al contrario. Ahora siento mucho más respeto por todo lo que no sé.

–¡Ah!, ¿sí? ¿Como qué?

–Por ejemplo, cómo separar mis sentimientos de mi trabajo –le explicó Stride–. No puedo ser policía sin ser también un ser humano. Mis emociones se inmiscuyen constantemente. Pero si tú has descubierto la forma de hacerlo, Durkin, me alegro por ti.

Durkin no dijo nada. Stride no había albergado esperanzas de que sus palabras la afectaran, y en efecto no había sido así.

Llegaron al final de la manzana y la agente del FBI comprobó su móvil y dijo en un tono glacial:

–Este es el callejón; Malik vive aquí. Vamos.

La calle estaba llena de grietas cubiertas con paladas de asfalto. A su izquierda, la vegetación formaba una pared que llegaba hasta el tendido telefónico. A su derecha, una hilera de garajes independientes y patios traseros de postal. Al llegar a la mitad del callejón, Durkin señaló una casa de

dos pisos con pintura rosa desconchada. Cuatro coches se apretujaban en el estrecho terreno junto a una valla medio caída. Sobre la hierba alta había una silla de plástico y una barbacoa de carbón oxidada que desprendían un aire de decadencia. En el camino de entrada, Stride vio un taxi amarillo que debía de tener varios años, pero estaba tan limpio como si acabara de salir de la cadena de montaje.

–Aquí es –indicó Durkin.

Mientras se acercaban a la puerta trasera, un estudiante somalí salió de la casa empujando una bicicleta. Llevaba un *kufi* en la cabeza y una camisa con estampado de cachemira. A Stride no le hizo falta mostrar la placa; el chico sabía qué aspecto tenían los polis.

–¿Vive aquí Malik Noon? –preguntó.

–En el piso de arriba –respondió el joven–, pero no está en casa.

–¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

–Hace una semana. ¿Por qué buscan a Malik?

–Tenemos que hacerle unas preguntas –explicó Stride.

El estudiante somalí se encogió de hombros y se montó en la bici. No les dirigió la mirada mientras se alejaba por el callejón, con la espalda erguida, las manos en el manillar y pedaleando a toda velocidad.

–Sabe qué clase de preguntas queremos hacer –dijo Durkin.

Ambos entraron en la vivienda. Un pasillo polvoriento se adentraba en las profundidades de la casa. A su izquierda, una escalera desgastada y empinada llevaba hacia el ático. La casa olía a ropa sucia. Stride subió primero y Durkin le siguió. A media escalera, se quedó petrificado. Se inclinó hacia atrás y susurró:

–La puerta está abierta.

Stride se apartó la chaqueta del torso para tener fácil acceso a su pistola.

–¿Malik Noon? –llamó–. Soy el teniente Stride. De la policía de Duluth. Me gustaría hablar contigo.

Pasaron cinco segundos en silencio.

Entonces alguien dijo desde arriba:

–Malik no está aquí.

Un hombre apareció en la puerta de lo alto de las escaleras. No era estudiante universitario; era mayor, de unos treinta y tantos años. El tipo era bien parecido, con el pelo negro peinado hacia atrás, un rostro alargado y una barba cuidada que reseguía la línea de su mandíbula. Detrás de las gafas de montura plateada, sus ojos oscuros reflejaban nerviosismo.

–¿Quién es usted? –preguntó Stride.

–Me llamo Khan Rashid.

–¿Conoce a Malik Noon?

El hombre vaciló.

–Es amigo mío.

–¿El taxi de fuera es suyo? ¿Es usted taxista?

–Sí.

A la espalda de Stride, Durkin preguntó:

–¿Qué está haciendo aquí, señor Rashid?

–Buscaba a Malik, pero se ha marchado.

–¿Sabe adónde ha ido? –inquirió Durkin.

Una sombra de beligerancia cruzó el rostro de Rashid.

–Obviamente no, o no estaría aquí.

–¿Por qué busca a Malik? –quiso saber Stride.

–Ya se lo he dicho: es amigo mío.

–Si es amigo suyo, ¿sabe por qué estamos aquí?

–No tengo ni idea –contestó Rashid.

–La gente de la comunidad musulmana está preocupada por Malik. Dicen que se ha radicalizado. ¿Sabe algo al respecto?

–No.

–¿Y aun así es amigo suyo?

Stride vio que Rashid dudaba. Levantó la vista hacia el techo con la emoción reflejada en su rostro. Stride dio un paso adelante.

–Señor Rashid, si está preocupado por Malik, debería hablar con nosotros.

–Yo no sé nada.

–Miente –murmuró Durkin tras Stride–. Sabe algo.

–Si Malik se ha metido en problemas, lo mejor que puede hacer es contarnos dónde está –continuó Stride.

–No lo sé. De verdad. Tengo que irme.

–¿Cree que Malik tuvo algo que ver con el atentado?

Rashid volvió a vacilar. Daba la sensación de luchar contra su conciencia.

–No soy agente de policía, no sé nada de estas cosas. Por favor, ¿puedo irme? Tengo que volver con mi familia.

Stride asintió.

–Por supuesto.

Cautelosamente, paso a paso, Rashid bajó las escaleras y fue acercándose a ellos. Stride no le quitó el ojo de encima. Aunque creía que el hombre era inocente, no estaba dispuesto a arriesgar su vida. Rashid también lo miraba, con el mismo miedo, como si Stride pudiera sacar de repente una pistola y dispararle.

Estaban a centímetros de distancia y, al mismo tiempo, a kilómetros.

Rashid se escurrió escaleras abajo entre Stride y Durkin, pero la agente del FBI lo detuvo colocando una mano firme sobre su hombro. Stride la observó. Lo tenía todo controlado. Rashid, en cambio, parecía un conejo listo para echar a correr.

–Señor Rashid, ¿estuvo usted ayer en la maratón? –preguntó Durkin.

Él abrió los ojos de par en par. Luego abrió la boca y volvió a cerrarla. La inquietud y lo angosto de las escaleras lo hacían sudar.

–No –dijo al final en apenas un susurro–. No, no estuve allí.

Se apresuró a bajar el resto de los escalones y desapareció. Stride oyó rugir el motor del taxi mientras este se alejaba.

–¿Qué te parece? –le preguntó a Durkin.

Ella no dudó:

–Estuvo allí –sentenció.

Maggie evaluó a los dos hombres de la habitación del hospital. Wade Ralston, tendido en la cama, era enjuto y menudo, y su cabello rubio estaba peinado como un emparrado sobre su cabeza casi calva. Tenía treinta y pocos años. Travis Baker, sentado en una silla junto a su jefe, era más joven y tenía la constitución de un gorila. Los dos miraban la televisión, sintonizada en la CNN, pero cada pocos segundos Ralston se impacientaba y se ponía a zapear.

–¿Señor Ralston? Me llamo Maggie Bei, soy sargento de la policía de Duluth.

Él fijó en ella sus ojos azules con una mirada suspicaz. No era un hombre atractivo y tenía la piel pálida típica del postoperatorio.

–Ah, ¿sí? Ya era hora de que aparecieran.

Maggie no podía culparlo por estar enfadado.

–Me he enterado de lo de su mujer, señor. Lo lamento mucho.

–No me diga lo mucho que lo lamenta –le espetó Ralston–. Dígame que van a atrapar al tipo que lo hizo.

–Hay literalmente cientos de agentes de las fuerzas del orden en todo el país que trabajan veinticuatro horas al día para identificar y capturar al responsable –le explicó ella, aunque sabía que eso no suponía ningún consuelo. Aquel día les había dicho lo mismo a decenas de testigos y víctimas.

–Vaya. En otras palabras: no tienen nada –concluyó él.

El televisor tenía el volumen alto y Ralston lo apagó con el mando a distancia.

–¿Cómo se encuentra? –le preguntó Maggie.

–Veamos: alguien me destrozó el estómago con cristales y tornillos, y los médicos han tenido que meterse ahí y sacarlo todo. Me alimentan a través de un tubo. Así que la respuesta es que me encuentro como el culo, sargento.

–Lo entiendo. ¿Le han dicho los médicos cuándo le darán el alta?

–Igual mañana, igual pasado. Primero tengo que comenzar a ingerir alimentos sólidos. Mientras tanto, estoy perdiendo dinero.

–¿Es usted dueño de una empresa de control de plagas?

–Sí. Trabajamos más con empresas que con particulares. Tengo

contratos con decenas de edificios del centro.

–¿Era la primera vez que corría la maratón?

–No. Las maratones son lo mío. He corrido dos veces la de Chicago, la de Twin Cities y la de Milwaukee también.

–Eso es impresionante –contestó Maggie–. ¿Notó algo fuera de lo normal a lo largo del recorrido este año? Un comportamiento extraño por parte de los espectadores, algo inusual...

Ralston se lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

–No, nada.

–¿Y en la última parte, la que cruza Canal Park?

–Estaba concentrado en la línea de meta, no en la gente. Vi a Joni, a Shelly a Travis que me animaban, eso es todo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tendido en el suelo.

Maggie trasladó su atención a Travis Baker, que apenas cabía en la silla. Llevaba una camiseta que revelaba su cuerpo, que parecía cincelado en piedra. Para las mujeres a las que les gustaban los hombres grandes y tontos, Travis era un espécimen de primera. Maggie sentía cierta debilidad por los levantadores de pesas musculosos. Su novio, Troy, tenía la misma constitución.

–Señor Baker, ¿estaba usted de pie cuando estalló la bomba? –le preguntó.

–Justo delante de la Duluth Outdoor Company, con la mujer de Wade, Joni, y mi hermana, Shelly.

–Tiene suerte de estar vivo –indicó Maggie.

–Sí, lo sé. Un árbol me salvó, bloqueó la onda expansiva de la explosión. –Travis miró a su amigo en la cama del hospital–. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, habría tirado de Joni para que quedara frente a mí. Lo siento mucho, colega. Si pudiera cambiarme por ella lo haría, lo sabes, ¿verdad?

Ralston no dijo nada.

–¿Cómo está su hermana Shelly? –preguntó Maggie.

Travis cerró con fuerza los puños sobre el armazón de la silla, como si pudiera elevarse del suelo.

–Aún no he podido hablar con ella. Sigue inconsciente. Los médicos dicen que se recuperará, pero han tenido que..., joder, han tenido que amputarle las dos piernas por debajo de las rodillas. ¿Puede creérselo? Mi hermana no volverá a andar por culpa de unos terroristas de mierda.

–Lo lamento muchísimo –dijo Maggie–. ¿Fueron los tres juntos a Canal

Park?

Travis se secó la nariz, que empezaba a moquear.

—No. Recogí a Joni en casa de Wade. Shelly vive en un apartamento en Central Hillside, así que fue andando para reunirse con nosotros. Qué putada, ¿no? Andando. Y su apartamento está en un cuarto piso. Sin ascensor. ¿Qué va a hacer cuando salga?

Maggie podría haber hablado de la magia de las prótesis, pero eso era algo que debían hacer los médicos. Y no cambiaría en absoluto el largo y duro camino al que se enfrentaba su hermana.

—¿Se quedaron todo el tiempo en el mismo sitio, cerca de la Duluth Outdoor Company? —le preguntó a Travis.

—No. Quedamos con Shelly en el Starbucks. Joni es... era... una gran fan del Frapuccino. Nos quedamos allí hasta una media hora antes del momento en que Wade debía cruzar la meta, y luego bajamos por la calle. Joni sabía que Wade nos buscaría, así que nos quedamos allí hasta que explotó la bomba.

—¿Y no ha sufrido usted ninguna herida?

—Tengo algunos cortes en los brazos y los hombros —le explicó Travis—, y durante un par de horas no podía oír bien. Aún me pitan un poco los oídos. Por lo demás, estoy bien.

En ese momento Maggie notó que el móvil le vibraba en el bolsillo. Se disculpó y salió al pasillo del hospital para atender la llamada. A través de las ventanas, vio que la luz del sol de la tarde empezaba a menguar.

—Serena —dijo—, ¿cómo tienes el cuerpo?

—Como si alguien me hubiera estado dando golpes con un martillo —contestó Serena.

—Bueno, la próxima vez pasa de la maratón y yo traeré el martillo —dijo Maggie.

Sabía que haciendo una broma así pisaba terreno peligroso, pero Serena se echó a reír. Las dos se habían esforzado mucho a lo largo del año anterior para recomponer su relación. Para Maggie, los escasos meses en que Stride y Serena habían estado separados —y los más escasos aún en los que ella misma se acostó con él— eran una especie de invierno oscuro entre ellos tres. No podía culpar a Serena por hacerle el vacío tras volver con Stride. Lo cierto era que Maggie se culpaba a sí misma por haber cruzado una línea que sabía que sería un error. Sabía que Stride estaba mejor con Serena y que era feliz casado con ella. Le gustaba volver a verlo feliz.

Desde que podía recordar, desde su primera época como policía, Maggie había estado colada por Stride. Su primera mujer, Cindy, lo sabía, y Serena, también. A Maggie aquello le había servido sobre todo como excusa para no buscar una relación real, y cada vez que intentaba ir en serio con alguien, los resultados eran desastrosos. Si había sacado algo bueno de su aventura con Stride era haber acabado para siempre con la fiebre de Maggie. Ya no estaba enamorada de él. Había encontrado a un nuevo novio y había batido su récord personal: llevaba casi un año con él sin que la relación hubiera implosionado. Troy y ella hacían una pareja extraña. Troy Grange era un padre soltero que se parecía un poco a Don Limpio y también se comportaba como él. Ella era una bromista demasiado cachonda con un corte de pelo cuestionable. No se veían a menudo, y habían evitado siempre «la conversación» acerca de si lo suyo era una verdadera relación, pero por el momento, la cosa funcionaba.

–Y bien, ¿qué me cuentas? –le preguntó Maggie a Serena.

–El martes pasado hubo un incidente en la Duluth Outdoor Company, ¿lo recuerdas?

–Claro, a un vagabundo le dio un ataque –contestó Maggie. Su memoria era casi fotográfica–. ¿Por qué lo dices?

–¿Identificasteis al tipo?

–Sí. Guppo lo confirmó con uno de los empleados de la tienda. Se llama Gary Eagleton, pero en la calle lo conocen como Eagle. Todo el mundo lo llama así.

–¿Alguien habló con él?

–No, no llegamos a encontrarlo. Guppo supuso que intentaba pasar desapercibido. No pensamos que fuera una prioridad seguirle la pista; no había hecho nada malo. Como mucho, podríamos habernos asegurado de que se encontraba bien.

–Vale.

–¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Crees que tiene alguna relación con la bomba? Eagle no tiene pinta de terrorista.

–Es solo que no me gusta la coincidencia en el tiempo –contestó Serena.

–¿Se lo has contado a la Gherkin?

Maggie oyó reír a Serena en el otro extremo de la línea.

–Lo hice. No mostró mucho interés. Aunque la verdad es que Jonny tampoco. Seguramente sea un callejón sin salida, pero me gustaría encontrar a Eagle y asegurarme.

–Bueno, si yo quisiera información sobre un vagabundo, ya sabes con

quién hablaría –señaló Maggie.

–Cat –dijo Serena con un suspiro.

–Sí. Buena suerte.

Maggie colgó y volvió a entrar en la habitación del hospital. Wade Ralston y Travis Baker estaban enfrascados en una conversación entre susurros, pero dejaron de hablar en cuanto Maggie regresó.

–Lamento la interrupción –se disculpó ella–. Señor Baker, tengo un par de preguntas más. ¿Ha dicho que su hermana, la señora Ralston y usted estuvieron delante de la tienda de la Duluth Outdoor Company durante una media hora antes de la explosión?

Travis asintió.

–Así es.

–¿Vio a alguien que le resultara sospechoso?

–Pues la verdad es que sí que había un tipo. Wade y yo estábamos hablando de ello ahora. Estaba justo a nuestro lado, pero se marchó un par de minutos antes de que estallara la bomba. Parecía tener prisa.

–¿Qué aspecto tenía? –preguntó Maggie.

–Alto, bien parecido, aunque un poco delgado. Pelo negro, barba. Estaba solo; no había nadie con él. Y le diré algo más: a mí me dio la impresión de que era extranjero.

–¿Extranjero?

–Sí. Ya sabe qué aspecto tienen. El hijo de puta era musulmán. Eso cuadra, ¿no? Si quiere saber mi opinión, encuentre a ese hombre y encontrará a quien puso la bomba.

–¿Le has mentido a la policía? –dijo Ahdia sin salir de su asombro–. Oh, Khan, ¿en qué estabas pensando?

Khan, que tenía las dos manos en la cabeza, se revolvió el pelo. Finalmente le había confesado su error a su mujer, y los dos estaban histéricos.

–¡No estaba pensando! Me han cogido por sorpresa; solo quería largarme. No quería verme atrapado en medio de todo esto.

–Y eso es precisamente lo que has hecho –repuso su mujer–. ¡Por eso te advertí!

Khan miró por la ventana delantera de su casa. Su taxi amarillo estaba en el camino de entrada. Las largas sombras se estiraban como si fueran gigantes de los bosques al final de la calle, y en la distancia oyó el retumbar de un trueno. En el aire de la casa seguía flotando el delicioso olor al pollo *pilau* que Ahdia había preparado para cenar.

–¿Qué querías que hiciera? –exclamó Khan–. ¡Estaba en el cuarto de Malik! ¿Cómo iba a justificarlo?

Ahdia apoyó la cabeza en el hombro de él.

–Con la verdad. Malik es tu amigo y estabas preocupado por él.

–¿La verdad? La verdad es que somos musulmanes. Eso es todo lo que ellos ven. –Khan meneó la cabeza–. A lo mejor no averiguan que estuve allí durante la carrera; así no se enterarán de que les he mentado.

–Lo descubrirán antes o después. Sabes que es así.

Khan vio caer las primeras gotas de lluvia en el cristal de la ventana. Se preguntó si sería una tormenta de verano de las que descargan y terminan al cabo de unos minutos, o si duraría lo suficiente como para ahogarlos. A su lado, una expresión de preocupación ensombrecía el rostro de Ahdia.

–¿Qué contraste en la habitación de Malik? –preguntó ella.

–Ha dejado algunas cosas. Un folleto sobre la maratón. Un trozo pequeño de cable.

–¿Realmente pudo ser él? ¿Es capaz de hacer algo así?

–Este último año le han envenenado el alma. No es la misma persona que era. Todos nos dábamos cuenta.

–Y tú estabas allí. La policía te vio en su cuarto.

Khan asintió.

–Sí.

–Ojalá nunca hubieras ido a la maratón –dijo ella.

–Malik es mi amigo; prácticamente mi hermano. Intentaba detenerlo. Salvarlo. Y también salvar vidas inocentes.

–Si de verdad ha hecho esto, no es nada –siseó Ahdia–. No le debes nada.

–Lo sé.

–Averiguarán que estabas allí, Khan. Y en cuanto lo hagan, te convertirás en sospechoso. ¿Eres consciente?

–Sí, claro que lo soy.

Ahdia lo rodeó con los brazos y él percibió su miedo. Era un miedo que todo musulmán inocente conocía. La religión que a Khan le parecía hermosa y sagrada, alrededor de la cual había construido toda su vida, también podía ser una etiqueta: «Debes de ser violento, como los otros. Eres culpable. Sois todos terroristas».

–¿Cómo vamos a hacer desaparecer todo esto? –preguntó Ahdia.

–No lo sé. A lo mejor ya es demasiado tarde.

Ahdia se alisó el vestido y contempló la lluvia.

–No. Esto es lo que tienes que hacer, Khan: mañana por la mañana irás a la policía y se lo contarás todo. Tu preocupación por Malik. Los esfuerzos que habéis hecho tú y los demás para alejarlo de la violencia. Dirás que hoy les mentiste porque tenías miedo, y les darás toda la información que necesiten. Les ofrecerás toda tu ayuda para encontrar a Malik.

Khan pensó en el número que había memorizado. El número de teléfono al que podía llamar a Malik en caso de urgencia. Si se lo daba a la policía, lo encontrarían y lo arrestarían o, lo que era bastante probable, lo matarían.

–No estoy seguro de poder hacerlo –murmuró.

–Debes pensar primero en tu familia –le dijo Ahdia–. Es posible que quieras a Malik como un hermano, pero no es tu familia. Si mató a todas esas personas, ni siquiera es musulmán. No hay ninguna diferencia entre él y esos carniceros que hay al otro lado del océano y que construyen lo que ellos llaman su «califato».

Khan cerró los ojos tan fuerte como pudo. Su mundo era un caos. En toda su vida, solo se había sentido una vez así de angustiado, cuando encontró el cuerpo mutilado de su hermano. Desde ese momento se había

dedicado a correr, intentando encontrar paz y un refugio seguro. Al llegar a Duluth creyó que ya había corrido lo bastante lejos, pero en ese momento temía que la felicidad estuviera a punto de escurrírsele entre los dedos una vez más.

–¿Papá?

Bajó la vista al notar que alguien le tiraba de la pernera del pantalón. Su hijo, Pak, le miraba con sus ojos grandes y oscuros. Ahdia le había cortado el pelo ese mismo día, pero le crecía como si fuera mala hierba, así que el corte duraría poco.

–Papá, es la hora del *magrib* .

–¡Ah!, ¿sí?

Khan alargó la mano para coger su móvil y comprobar la aplicación Athan, que establecía la hora de las oraciones diarias a medida que el sol cambiaba a lo largo del año. El *magrib* , la cuarta de las cinco oraciones del *salat* , debía rezarse entre la puesta del sol y el anochecer. Sin embargo, Khan no tenía teléfono: lo había perdido en Canal Park. Miró hacia el reloj de pie que había en la esquina de la sala para confirmar qué hora era.

–Tienes razón –le dijo a su hijo–. Venga, vamos a hacer nuestras abluciones y a rezar.

Se lavaron meticulosamente siguiendo un ritual llamado *wudu* , y luego Khan cogió a Pak de la mano y llevó a su hijo y su mujer escaleras arriba. La lluvia repiqueteaba en el tejado a dos aguas. Su pequeña casa tenía un altillo angosto, que los propietarios anteriores utilizaban para guardar las luces de Navidad. Los ratones, las arañas y las avispas se habían adueñado del lugar. Al mudarse allí, Khan había limpiado la buhardilla y la había convertido en el lugar de las oraciones diarias. Era un sitio pulcro, iluminado por una única ventana, con las paredes revestidas de madera y un nicho que él mismo había construido para señalar la *qiblak* , la dirección en la que debían arrodillarse durante la oración.

Nada satisfacía más a Khan que el tiempo que pasaba rezando, y nada lo llenaba más de amor que hacerlo con su hijo a su lado y su mujer a su espalda. Con cuatro años, Pak era demasiado pequeño para seguir los rezos obligatorios, pero Khan quería que se habituara a ellos desde pequeño, y Ahdia y él estaban seguros de que su hijo ya se tomaba el *salat* como una responsabilidad.

Se puso en pie sobre la alfombra de rezos con la cabeza inclinada hacia delante y se aclaró la mente, alejando cualquier pensamiento. Para él, la

oración era una conversación directa con Dios y no quería que entre ellos hubiera algo que no fuera limpio. A veces los clientes del taxi le preguntaban si le resultaba difícil encontrar tiempo para rezar cinco veces al día, pero él les contestaba que esos momentos del día daban más sentido a su vida que cualquier otra cosa.

Una vez estuvo listo, colocó las manos detrás de las orejas y empezó a cantar el *Takbi-r*.

– *Al·lahu-àkbar* .

Bien erguido, se cogió las muñecas con los brazos cruzados sobre el corazón y recitó en árabe los primeros versos del Corán:

En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso.
Loa a Dios, dueño del universo.
El clemente, el misericordioso.
Soberano en el día del Juicio Final.
Solo a ti te adoramos, solo a ti imploramos ayuda.
Muéstranos el camino recto...

Ahdia repetía las palabras en voz baja, a su espalda, mientras que a su lado Pak realizaba una imitación dulce y torpe. Pak aún no se sabía la oración de memoria, pero cada vez que oía a Khan decir *Al·lahu-àkbar* lo repetía con entusiasmo, y al terminar los primeros versos dijo: «Aaaméén» en voz muy alta. Cuando Khan se arrodilló y colocó las manos sobre las rodillas, Pak lo imitó. Y lo imitó cuando Khan se postró y apoyó la frente en el suelo.

Subhana Rabbiyal A'la .

Subhana Rabbiyal A'la .

Subhana Rabbiyal A'la .

Khan completó todo el ritual del *rakat* y luego lo repitió, recitando las oraciones en voz alta. A continuación, volvió a hacerlo en silencio, tan solo moviendo los labios mientras recitaba los versos mentalmente. Para acabar, saludó a los ángeles de sus buenos actos y de sus malos actos encima de cada uno de sus hombros con el *salaam* .

Con eso terminaron. No habían pasado ni diez minutos.

Pak se puso en pie y Khan hizo lo mismo mientras su hijo se abrazaba con fuerza a sus piernas.

–Te quiero, papá.

–Yo también te quiero.

Ahdia fue la primera en bajar. Su expresión era seria; las oraciones no

habían aplacado su ansiedad. Cuando se hubo ido, Khan cogió a Pak en brazos y lo bajó de la buhardilla. Sabía lo que debía hacer. Dejó que Pak se escabullera para ir a jugar y encontró a Ahdia en la cocina, donde secaba un plato de la cena con un trapo. Todo su cuerpo reflejaba la tensión que sentía: la forma en que se contenía, con rigidez, como si estuviera reteniendo en su interior todas sus emociones.

Khan se acercó a ella y le dijo:

–Tienes razón. Mañana iré a hablar con la policía.

Ella dejó el plato y Khan vio como los ojos se le llenaban de lágrimas. Luego se dio la vuelta y le echó los brazos al cuello.

–Gracias, Khan.

–Superaremos esto, ¿vale? –dijo él.

–Vale.

La expresión sombría desapareció del rostro de ella. Volvía a ser su mujer, con rosas rojas en las mejillas y la mirada traviesa y la sonrisa que nunca se desvanecía.

–Ahora tengo un encargo aún más importante para ti –dijo Ahdia.

–¡Ah!, ¿sí?

–Una de las mujeres de mi oficina se incorpora mañana después de la baja por maternidad. Quiero prepararle *laddu* y no tengo coco. ¿Podrías ir al súper a comprarlo?

–¿Ahora? –preguntó él echando un vistazo al chaparrón que martilleaba la ventana de la cocina.

–Por favor –dijo Ahdia.

Khan sonrió. Era incapaz de negarle nada.

–Voy a acabar empapado, lo sabes, ¿no?

–Ya te secarás –repuso ella.

–¿Solo coco? –preguntó él.

–Solo.

Él se dio la vuelta para marcharse, pero Ahdia lo cogió de la mano, se inclinó hacia él y le dio un leve beso en la mejilla.

–Eres un buen hombre, Khan.

A él se le hinchó el corazón. Cogió la chaqueta y se dirigió a la puerta principal, pero se quedó allí sin abrirla. En la habitación de Pak sonaba música. Oyó el ruido de los platos al chocar en la cocina. Aspiró el dulce aroma del jengibre de la cena. Eran nimiedades, pero Khan cerró los ojos y se concentró; quería recordarlas para siempre. Luego, sin volver la vista, se

sumergió en la tormenta y dejó atrás su casa perfecta, su mujer perfecta y su hijo perfecto.

«Es él», pensó Michael Malville.

Examinó la foto que una turista de Twin Cities llamada Janet Waller había subido a la red. La mujer la había tomado cerca del hotel Hampton Inn, mirando hacia Canal Park Drive, con un móvil viejo que sacaba imágenes de dos megapíxeles. La hora que aparecía en la foto señalaba siete minutos antes de la explosión. En medio de la multitud que había al otro lado de la calle, de perfil, Michael vio el torso de un hombre alto con barba, pelo negro y lo que parecía una camisa informal por fuera de los pantalones. Al ampliar la foto, la baja resolución hizo que fuera imposible distinguir los detalles de su cara.

Aun así, Michael se repitió a sí mismo: «Es él».

Pero ¿lo era?

A lo largo del día había hecho varios descubrimientos parecidos, pero en todas las ocasiones había llegado a la conclusión de que se equivocaba. No había forma de estar seguro basándose en una única fotografía, sobre todo tomada desde una gran distancia y con un archivo .jpeg de baja definición.

Después de horas de frustración, Michael había desarrollado un sistema. A medida que examinaba las fotos, las clasificaba en una hoja de cálculo según la hora y la localización, para poder relacionar con facilidad las imágenes correspondientes al mismo grupo de espectadores tomadas desde distintos ángulos.

Así, en lugar de ver la nuca de alguien, podía ver su cara.

En lugar de una imagen parcial de una cabeza o un cuerpo, podía ver a la persona entera.

La foto que había tomado Janet Waller mostraba un grupo de espectadores frente al café Caribou. Buscó «Caribou» en su hoja de cálculo y luego se centró en las fotos tomadas allí entre seis y ocho minutos antes de la explosión. Encontró media docena de fotos que correspondían con los parámetros y las abrió en la pantalla.

Un minuto después, supo que se había equivocado.

El hombre de la foto de Janet encajaba con otro que también salía en las demás fotos del Caribou, y Michael vio que lo que desde la distancia y medio borroso parecía una barba en realidad era una sombra. Aquel hombre llevaba

la cara afeitada.

No era el que se había abalanzado sobre él en Superior Street.

Michael se reclinó en la silla y dejó escapar un suspiro de frustración. Luego cogió la taza y dio un sorbo al café frío. No se dio cuenta de que su mujer Alison había subido a la buhardilla hasta que ella lo llamó desde la puerta.

–¿Vas a bajar en algún momento? –preguntó–. Llevas todo el día aquí arriba delante del ordenador.

–Lo sé, lo siento.

Ella se acercó a él. La lluvia repiqueteaba en el tejado, por encima de sus cabezas.

–¿Has tenido suerte?

–Hasta ahora no –confesó él–. Hay miles de fotografías y tengo que examinar detenidamente las imágenes cara por cara. Cuando veo a alguien que podría ser él, lo comparo con otras fotos, pero hay muchas en las que no sale la hora y eso lo hace todo más difícil.

Alison soltó una risita. Llevaban mucho tiempo casados y sabía que Michael tenía una vena obsesivo compulsiva que florecía con proyectos como aquel.

–Me da la sensación de que hay personas que se ganan la vida haciendo eso –le dijo en tono amable–. La gente llama al FBI.

–Sí, pero ellos no estaban allí –repuso Michael–. No vieron al tipo.

–¿Y tú, Michael? ¿De verdad lo viste? Todo pasó muy rápido. ¿Crees que lo podrás identificar con certeza?

–No lo sé, pero tengo que intentarlo.

Ella se agachó y le dio un beso.

–Bueno, no tardes mucho en bajar. Evan te echa de menos, y yo también. No voy a dejar que vuelvas a quedarte toda la noche despierto; tengo otros planes para ti.

–Una hora más y ya paro por hoy –le prometió él.

–Hecho.

Alison lo dejó solo. Michael se levantó, se estiró y preparó más café. Puso su colección de música de los ochenta en modo aleatorio; temía que el sonido de la lluvia acabara por dormirlo. Se sentó y abrió la siguiente serie de fotografías.

Parpadeó, y pasó una hora.

Y luego otra.

El proceso tenía algo de adictivo, como un videojuego. Michael se sentía como si estuviera fisgoneando en la vida de desconocidos. Algunas personas salían una y otra vez en diferentes imágenes, y empezó a pensar en ellas como sus amigos. Veía caras de gente riendo. Discutiendo. Besándose. Cantando. Miró una cara y después otra y después otra y después otra, hasta que le dio la sensación de que había visto a todos los corredores y a todas y cada una de las personas del público que los animaban. Había visto la maratón entera una y otra vez, cada kilómetro, cada centímetro de Duluth y de la orilla norte, cada árbol, cada casa, cada tienda, cada señal de tráfico.

El anochecer no tardó en llegar. Alison no volvió a agobiarlo; sabía que bajaría cuando estuviera preparado, o si no, no bajaría. Pasó otra hora.

Bostezaba. Clicaba en las fotos. Sus pensamientos vagaban y tuvo que pellizcarse para mantenerse despierto.

Y entonces lo vio.

La foto formaba parte de una serie que habían subido a la red tan solo media hora antes. Un hombre cuyo nombre de usuario era Shoe Geek había estado contemplando la carrera en pleno Canal Park durante la hora previa a la explosión, y había colgado decenas de fotos de alta resolución. Michael abrió una: la habían tomado noventa segundos antes de que la bomba explotara y en ella se veía el camino que llevaba a Canal Park Drive, en dirección al puente levadizo. Al ampliar la imagen en la pantalla, esta conservó toda su nitidez. Michael podía ver todos los rostros, e incluso distinguía con claridad el cartel de la Duluth Outdoor Company. Estaba tan concentrado en la multitud que casi pasó por alto el aparcamiento vacío y cerrado que había frente al restaurante Grizzly's.

Y allí, delante de la pared de ladrillo de una vieja fábrica de papel, estaba el hombre que llevaba una noche y un día enteros buscando. Amplió su imagen y vio exactamente qué aspecto tenía. Alto. Pelo oscuro. Barba. Una camisa floreada holgada, por encima de los pantalones. Tejanos negros. La foto lo mostraba caminando, solo, apresurado, mirando hacia atrás por encima del hombro.

Como si esperara algo. Como si esperara el ruido. La explosión. El fuego. Los gritos.

Y había algo más: su mochila había desaparecido.

Michael se levantó de un salto de la silla y se puso a andar por debajo del tejado alto. Se le aceleró la respiración. El corazón le latía desbocado en el pecho. Mientras andaba de pared a pared, se golpeaba rítmicamente la

barbilla con el puño. Intentó concentrarse, pero sabía que estaba agotado y exaltado. La cantidad de información que había acumulado en su cerebro durante las últimas veinticuatro horas era abrumadora.

«¿Estás seguro?», se preguntó a sí mismo.

Regresó al escritorio y amplió la foto hasta que lo único que quedó en la pantalla fue la cara del hombre. Luego la amplió aún más, de modo que sus miradas se cruzaran. Aquel hombre llevaba gafas de montura plateada. ¿Llevaba gafas el hombre que había chocado con él en la calle? ¿Era esa la razón de que sus ojos parecieran tan grandes y su mirada, tan hostil?

Sí.

Era él.

Ese era el hombre de Superior Street. Miles de personas se agrupaban a lo largo del trayecto de la maratón, miles con pelo oscuro y barba... pero *ese era el hombre*. Estaba absolutamente seguro. Aquel hombre se había abalanzado sobre Michael y había empujado a Evan hacia la calle. Aquel hombre había mirado atrás con una expresión de puro odio en el rostro. Aquel hombre había continuado andando hacia Canal Park, con una mochila azul marino colgada al hombro.

Ahí, en el aparcamiento de al lado del Grizzly's, noventa segundos antes de la explosión, ese mismo hombre ya no tenía la mochila. Había dejado una máquina letal en la tienda de la Duluth Outdoor Company.

Michael lo había encontrado.

Había encontrado al hombre que puso la bomba.

Estaba demasiado cansado y ebrio de adrenalina como para pensar exactamente en lo que hacía. Sus emociones lo arrastraban como una corriente. Abrió su perfil de Twitter y arrastró la foto de Canal Park para escribir un mensaje. Tecleó tres sencillas frases, y luego deslizó el ratón por encima del botón de «Enviar».

Vaciló por un momento.

Un momento que duró lo mismo que el tiempo que había tenido para mirar a los ojos del hombre durante la carrera.

«Estoy a punto de cambiar el mundo», pensó Michael. Y pulsó el botón del ratón.

@malvileo tuiteó:

Este hombre pasó a mi lado con una mochila azul marino en dirección a Canal Park. La foto es de noventa segundos antes de la explosión. Ya no

lleva la mochila.

Dawn Basch se hallaba de pie junto a la ventana de su habitación en el décimo piso del hotel Radisson, desde donde se veían el lago y el puente levadizo metálico. Casi había anochecido, y el aguacero seguía cayendo sin pausa. La mujer sostenía entre sus largos dedos con las uñas pintadas de rojo una copa de Chardonay del minibar. Aún llevaba la ropa de trabajo, pero se había quitado los zapatos de tacón y solo las medias le cubrían los pies. Tenía el termostato bajo, de modo que en la habitación hacía un frío gélido. Estaba esperando que el servicio de habitaciones le llevara una cena tardía: una tortilla de espinacas, fruta y un bollo.

Había sido un largo día de entrevistas. Televisión. Radio. Blogueros. Periódicos. El teléfono no había parado de sonar. Dawn estaba justo donde quería estar: en el centro de todo. No importaba que algunas personas la odieran. No importaba que algunas personas quisieran matarla. Antes o después, era posible que alguien tuviera suerte, pero si los islamistas podían ser mártires, ella también.

Con el móvil en la mano, revisó los tuits sobre ella. Le agradó ver que era *trending topic* y que todos sus seguidores estaban ganando la cruenta batalla de los tuits. Cada vez que un liberal la tildaba de racista, un ejército de defensores se alzaba para acallar a esa persona. Había conseguido diez mil seguidores más de todo el mundo desde la explosión. La gente la escuchaba. Por fin le prestaban atención.

Los últimos veinte años habían supuesto un largo camino para Dawn. Había sido una de las pioneras en montar un servicio de noticias por internet; creó una página web mucho antes de la época del *Huffington Post* y se dedicaba a conseguir publicidad desde su oficina de Nueva Jersey al tiempo que escribía casi todos los contenidos. Todo se reducía a las visitas, porque más visitas significaban más dinero. Esa era la razón de que al lado de cada publicación seria sobre política o estrategias comerciales se provocara a los lectores con fotos de famosas a las que se les había salido un pezón del vestido. Todo el mundo clicaba sobre ellas.

Nunca se había propuesto ser una activista de la Primera Enmienda. Era el islam el que la había encontrado a ella, y no al revés. Después de expandir su página web a Europa, había publicado un artículo de un *freelance* que analizaba la figura de un extravagante artista sueco al que le gustaba decorar su pene y sacar fotos de sus erecciones. Una de sus extrañas creaciones era

una versión con turbante y los genitales con pelo, como una barba, que había fotografiado en medio de un orgasmo y se titulaba *Vomitando a Mahoma* .

Al verla, Dawn se rio como nunca en su vida.

Después de colgar el artículo, este se hizo viral y estalló como una bomba. Montones de visitas. Millones. También conllevó disturbios en Estocolmo durante unos días, en los que se quemaron seis edificios y murieron dos personas. El artista se marchó de la ciudad, pero un islamista radical lo encontró en Gotemburgo, donde lo castró y lo decapitó.

En directo. En *streaming* .

A partir de ese momento, Dawn Basch no volvió a ser la misma. Más que la violencia en sí, lo que la horrorizó fue la reacción de los medios de izquierda de Nueva York y Washington DC, personas a las que había considerado sus colegas y amigos. Le echaron la culpa a ella. Le echaron la culpa al artista. Tacharon su sátira de provocación innecesaria a los musulmanes. Cuando hablaban de la Primera Enmienda, siempre lo hacían con un asterisco para los críticos con el islam: «Libertad de expresión, pero...»; «Libertad de expresión, aunque...»; «Libertad de expresión, a menos que...».

Su actitud enfureció a Dawn. Como respuesta, buscó todos los retratos de Mahoma que pudo encontrar y los colgó en el portal de su página. Empezó a planear una conferencia sobre la Primera Enmienda para enviar el mensaje de que censurar la libertad de alguien para evitar la violencia era el primer paso para renunciar al derecho a la libertad de expresión. Ese día acuñó la expresión «sin excepciones», que se había convertido en el eslogan de todo el movimiento. Eso le había generado enemigos, pero también la había hecho rica.

A Dawn no le importaba que la gente dijera que estaba llena de odio, que era islamófoba o racista. Si los cristianos hicieran saltar por los aires a la gente por una tira cómica, los atacaría a ellos, pero no eran los cristianos los que suponían una amenaza para la civilización. Tan solo una religión trataba de acabar con la libertad y matar a los no creyentes, y esa era el islam. La gente no entendía que se trataba de una batalla entre dos visiones de los valores humanos totalmente incompatibles. Por un lado, estaba la libertad estadounidense y, por otro, la tiranía islámica, y la primera nunca se sometería a la segunda. No mientras Dawn Basch estuviera viva.

Mientras leía tuits delante de la ventana del hotel, vio un retuit en el que una de sus muchas seguidoras la había etiquetado. «Eh, Dawn, ¿has visto

esto?», decía el mensaje de la mujer. Dawn comprobó el tuit de un usuario llamado @malvileo. Lo había subido junto con una foto hacía apenas unos minutos y, al estudiar la imagen, Dawn fue incapaz de reprimir la sonrisa de triunfo que se dibujó en su cara. Aquello era lo que había estado esperando, así que no vaciló.

Sabía exactamente lo que debía hacer a continuación.

«Dedicado a usted, agente especial Maloney.»

@dawnbasch retuiteó a @malvileo:

¿Es esta la persona que puso la bomba en la maratón? Duluth, ¿alguien ha visto a este hombre?

#maratón

#elislamata

#sinexcepciones

#sorpresaesmusulmán

Al abrir la fotografía adjunta en el retuit de Dawn Basch, Stride reconoció el escenario de la maratón en Canal Park, así como la cara del hombre que atravesaba el aparcamiento. Se habían conocido hacía unas horas en las escaleras mohosas de una residencia de estudiantes cerca de la UMD.

–Se llama Khan Rashid –informó al agente especial Maloney–. La agente Durkin y yo nos lo encontramos en el apartamento de Malik Noon. Son amigos. Hemos investigado a Rashid: taxista, casado, un hijo, vive en la zona de Woodland. Nacido en Pakistán, con ciudadanía estadounidense.

–¿Historial delictivo?

–Nada. Está limpio.

–¿Qué me dice de conexiones radicales?

–Nunca ha estado en nuestro radar, pero hoy nos ha mentido. Durkin le preguntó directamente si estuvo en la maratón y dijo que no.

Una profunda grieta se dibujó en la frente de Maloney al fruncir el ceño. Tras leer el tuit de Dawn Basch se había enfadado, pero su enojo había vuelto a transformarse en calma, como una tormenta de verano pasajera. Cuanto más se acercaban a un delincuente, sus décadas de experiencia eran las que tomaban el mando. Se alisó el bigote cano.

–Mande a algunos agentes uniformados a la casa de Rashid para protegerla –indicó Maloney–. Esto se está haciendo viral, y lo último que necesitamos es que entre el grupo de Sin Excepciones empiecen a aparecer vigilantes. Asegúrese también de que Rashid no se escabulle. Sea culpable o inocente, en cuanto sepa que su foto circula en internet podría intentar huir.

–Enseguida me pongo con ello –dijo Stride.

–Le diré a Durkin que vaya también hacia allí, mientras esperamos la orden de registro. ¿Qué me dice de este usuario, @malvileo, el que escribió el tuit original? ¿Quién es?

–Lo conozco. Hace un par de años se vio involucrado en una investigación por asesinato, pero al final lo exoneraron. Su nombre es Michael Malville. Estaba entre el público de la maratón de ayer, y Maggie habló con él durante la evacuación. Su historia coincide con el tuit que ha publicado. Le contó que estaba en Superior Street durante la maratón y que

un musulmán con una mochila chocó con él.

–De acuerdo. Esto podría ser un golpe de buena suerte –dijo Maloney.

Stride cogió el teléfono para dar órdenes a los equipos de la zona de Woodland, pero en ese momento el móvil empezó a sonar. Era Haq Al-Masri, y Stride sabía por qué lo llamaba. Las noticias sobre Khan Rashid se habían difundido ya entre la comunidad musulmana.

–Haq –dijo Stride–. Me pillas en un mal momento.

–¿Te has enterado de lo que está pasando en Twitter?

–Sí.

–Es un error –dijo Haq–. Khan no está implicado en esto.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque lo conozco. Y conozco también a su mujer y a su hijo. No hay ni un ápice de violencia en ese hombre. Nada.

–Es amigo de Malik Noon. Estaba en el apartamento de Malik.

–¡Pues claro! Son amigos. Khan fue uno de los primeros en advertirme acerca de Malik. Le preocupaba que se estuviera radicalizando. Me pidió que hiciéramos cuanto pudiéramos para ayudarlo.

–Khan estuvo en Canal Park durante la maratón –repuso Stride.

–Sí, ya lo sé. Buscaba a Malik. Todos intentábamos encontrarlo para asegurarnos de que no sucediera nada.

–Khan mintió al respecto. A mí y al FBI.

Oyó a Haq soltar un suspiro de frustración.

–Bueno, fue una tontería por su parte, pero ¿qué esperabas? Si fueras musulmán y hubieras estado a cincuenta metros de donde ha explotado una bomba, ¿lo admitirías delante de la policía?

–Lo siento. Tengo que colgar.

–Khan no es tu hombre, Jonathan –añadió Haq rápidamente–. Créeme.

–Espero que tengas razón, pero eso no cambia lo que tenemos que hacer. Si consigues ponerte en contacto con él, dile que vaya directo a la base del FBI en el centro de convenciones. Hablaremos con él y nos ocuparemos de su seguridad. Si no está implicado, podremos difundir la noticia y limpiar su nombre.

Stride colgó.

Buscó al agente Maloney y vio que se había reunido con algunos de sus hombres alrededor de un televisor de pantalla gigante en la sala de reuniones. Maloney cambiaba incesantemente de canal: la CNN, Fox, ABC, NBC, CBS. En todos ellos se veía lo mismo: los noticiarios mostraban ya la foto de Khan

Rashid que había tuiteado Michael Malville.

En media hora, Rashid se había convertido en el hombre más buscado del país.

Travis Baker cogió la mano de su hermana. Shelly tenía los ojos cerrados. Debido a la morfina, desde que había salido del quirófano había dormido casi todo el rato. Su cara rechoncha estaba ahora chupada y al respirar emitía un ronquido áspero. Travis distinguía la silueta de su cuerpo por debajo de la sábana blanca. Más allá de sus rodillas, la sábana se hundía en la cama. No había reunido el valor suficiente para mirar.

Los médicos aún no se lo habían contado a Shelly. Le habían preguntado a Travis si quería hacerlo él, pero había contestado que no. Lo único que quería era estar presente cuando le dieran la noticia. Le habían dicho que era posible que ella llorara, que gritara o que no se lo creyera. Travis conocía a Shelly: se limitaría a cerrar los ojos y diría que la vida te plantea desafíos y que Jesús te ayuda a superarlos. Ojalá él pudiera creerlo, pero no era así.

Ambos estaban solos en el mundo. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando Travis tenía quince años. Shelly era ocho años mayor y, desde entonces, había sido más una madre que una hermana para él. Travis no podía soportar haberla defraudado. Ella nunca le echaba la bronca por sus errores, tan solo le instaba a hacer lo correcto o a dejar de hacer lo incorrecto. Él lo intentaba, pero era incapaz de mantenerse alejado de la llama. Cuando el diablo iba a Duluth, siempre buscaba a su viejo amigo Travis.

Shelly no paraba de decir que Jesús tenía un plan para él, pero Travis no creía que fuera así. La vida no consistía en planes. La vida consistía en las putadas que te pasaban en el día a día. Joni era un buen ejemplo.

–Eh.

Miró el rostro de Shelly y vio que tenía los ojos abiertos. Su hermana le apretó la mano.

–Hola, Shell.

–Me duelen las piernas –dijo ella con voz pastosa.

–Hay un botón. Te suministrará más morfina.

Ella meneó la cabeza.

–Todavía no. Quiero estar despierta.

–Vale.

–La enfermera ha dicho que fue una bomba.

–Sí.

–¿Tú estás bien? –preguntó Shelly.

–Sí. Como nuevo. La suerte de Travis.

–No es suerte. No tiene nada que ver con la suerte.

–Oh, Shell, no. Ahora no.

No quería oír hablar de Jesús. No cuando su hermana no iba a poder caminar nunca más.

–¿Hay muertos? –preguntó ella.

–Sí.

Shelly volvió la cabeza y clavó la vista en él.

–¿Y Joni? ¿Cómo está?

Travis se había propuesto mantener la compostura cuando se lo contara, pero no lo consiguió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. El labio inferior empezó a temblarle como si fuera un perro asustado. Al oír el nombre de Joni, su cara le había venido a la cabeza, con tanta claridad que, si alargaba la mano, estaba seguro de poder tocar su pelo teñido de rubio. Pero Joni no estaba allí. Le había susurrado al oído en la maratón, y esas eran las últimas palabras que había pronunciado. Al cabo de cinco segundos, estaba muerta en el suelo.

Era incapaz siquiera de pronunciar una palabra o negar con la cabeza, pero Shelly lo entendió.

–No me puedo creer que esté muerta –dijo–. Lo siento, Travis.

–Ya. Es una putada. No hay más que decir.

–¿Y Wade?

–Han tenido que operarlo, pero se pondrá bien.

–¿Y yo? –preguntó ella.

Travis esbozó una sonrisa fingida.

–¿Tú? ¿Qué quieres saber?

–¿Qué me ha pasado?

–Eh, vamos, nadie se mete con mi hermana mayor.

–Travis –murmuró ella. Shelly era capaz de leerle el pensamiento.

–¿Qué?

–¿Qué les pasa a mis piernas?

–¿A qué te refieres?

–No puedo moverlas –dijo ella.

–Ah, bueno, tampoco hay prisa, ¿no? ¿Tienes que ir a alguna parte?

–Travis, sé fuerte y dime la verdad.

Él abrió la boca, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Meneó la cabeza una y otra vez.

–No me obligues a hacerlo, Shelly. Por favor. No puedo.

Ella lo contempló en silencio durante un buen rato. Era como si, al no decir nada, él lo hubiera dicho todo. La cara de Shelly se relajó. Miró al techo y sonrió, una reacción que Travis no entendió. Shelly siempre decía que cuando sonreía así, era que estaba viendo ángeles.

–¿Puedes pulsar el botón, Travis? –le pidió–. Me duele. Quiero dormir.

–Vale.

Procedió a hacerlo y vio como su hermana cerraba los ojos. Su cuerpo se relajó mientras los medicamentos surtían efecto. No tardó casi nada en quedarse frita. Travis esperó para asegurarse de que no volvía a despertarse, y luego se levantó, salió al pasillo y cerró la puerta a su espalda. Estaba justo frente a la sala de espera del hospital.

El televisor estaba encendido y había un montón de gente mirándolo.

Travis entró en la sala y vio la imagen congelada de un hombre en la pantalla. Sabía exactamente quién era. Era el hombre que estaba a su lado en Canal Park durante la maratón. Era el hijo de puta escurridizo que había echado a correr justo antes de la explosión. Antes de que Joni muriera. Antes de que Shelly perdiera las piernas.

–Es él, ¿no? –le preguntó a una enfermera–. Es el tipo que lo hizo.

–Eso parece –contestó ella.

Travis salió de la sala. Si se quedaba allí, arrancaría el televisor de la pared y lo lanzaría por la ventana del tercer piso. Estaba lleno de rabia, hasta un punto que no había experimentado en toda su vida. Si ese hombre hubiera estado allí, Travis le habría rodeado el cuello con las manos y habría apretado hasta que a ese cabrón se le salieran los ojos de las órbitas y la piel se le pusiera azul y sus pulmones gritaran y su corazón se rindiera y dejara de latir.

Él sabía lo que había que hacer con esa gente. Con todos y cada uno de esos terroristas asesinos.

Había que exterminarlos como si fueran bichos.

Khan aparcó el taxi amarillo frente al supermercado Woodland, que se hallaba a poco menos de un kilómetro de su casa. Aquel era un vecindario tranquilo y pequeño, ubicado en la esquina noreste de la ciudad. La pizzería favorita de Pak estaba al otro lado de la calle, y había otros establecimientos por allí cerca. Una peluquería. Una ferretería. Una panadería. Una gasolinera. Los altos árboles sobresalían por encima de los edificios en el cruce de Woodland con Calgary. En Duluth, estuvieras donde estuvieras siempre había árboles cerca.

La lluvia azotaba el parabrisas, oscureciendo el final de la tarde. Esperó a ver si la tormenta amainaba, pero siguió cayendo como un torrente. Además, soplaban un intenso viento. Al final se decidió, abrió la puerta del taxi y corrió hacia el supermercado. Al entrar estaba empapado y se paró para sacudirse el agua del pelo y la ropa, y secarse las gafas. El suelo estaba resbaladizo allí donde la lluvia había penetrado en el interior. Dentro de la tienda hacía frío.

Vio gente haciendo cola en las cajas. Una enfermera con uniforme lila charlaba con una de las cajeras; un padre reñía a dos chicos; un hombre de veintipocos años con sobrepeso y una chaqueta de cuero miraba su móvil; un adolescente y su novia compraban un pack de seis latas de Pepsi y una bolsa grande de patatas fritas. Por los altavoces del establecimiento sonaba música pop.

Khan no estaba familiarizado con la disposición de los estantes. Por lo general era Ahdia quien hacía la compra. Vio a un empleado del súper con una corbata y se acercó a él para preguntarle.

–Disculpe.

–Sí, señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

La gente de Minnesota siempre se mostraba amistosa.

–Estoy buscando coco rallado. ¿Puede indicarme dónde está?

–Por supuesto. Pasillo cuatro, con los productos de repostería.

Khan asintió.

–Gracias.

Mientras pasaba junto a las colas de las cajas, se dio cuenta de que el

hombre de la chaqueta de cuero lo miraba fijamente. Cuando sus miradas se cruzaron, el hombre bajó rápidamente la vista de nuevo hacia su móvil. Y luego volvió a mirar a Khan. Repitió el mismo gesto tres veces, en rápida sucesión, y cada vez que miraba a Khan de nuevo la expresión de su rostro resultaba más hostil.

Khan lo ignoró y avanzó por el supermercado. Pese a que ya llevaba muchos años en aquel país, la abundancia de productos que había en los supermercados estadounidenses siempre lo maravillaba. Cada vez que pasaba junto a las cajas repletas de frutas y verduras, recordaba lo que había deseado en su infancia y se consideraba afortunado de haber conseguido llegar allí. Y eso que aquel era tan solo un pequeño supermercado de barrio, comparado con otros que había en la ciudad.

En el pasillo cuatro, pasó junto a una madre joven con un niño en el carro. La mujer le sonrió y él devolvió la sonrisa. Luego le hizo unas muecas al niño y movió el dedo como para saludarlo. El bebé agitó las piernas, contento.

–¿Cuánto tiene? –le preguntó a la mujer.

–Cinco meses –contestó ella.

–Es un bebé muy guapo. ¿Cómo se llama?

–Thomas.

–Bonito nombre –dijo Khan.

–Oh, gracias.

A las mujeres les gustaba que halagaran a sus hijos.

Siguió andando hasta el extremo más alejado del pasillo. En la zona de repostería del supermercado había cientos de productos. Harina y azúcar de todas las clases. Perlas de chocolate. Melazas. Buscó hasta encontrar el coco en el estante inferior y se agachó para estudiar las diversas marcas y comparar los precios. No tenía ni idea de cuál era la que solía comprar Ahdia, y esperaba no equivocarse al coger la más barata para ahorrar unos centavos.

Al levantarse con una bolsa de coco rallado en la mano, miró hacia el otro extremo del pasillo. El hombre de la chaqueta de cuero estaba allí. Hacía un momento se encontraba en la cola de la caja y ahora estaba en el pasillo cuatro.

La mujer con el bebé había desaparecido.

Cuando Khan miró al hombre, este desvió la mirada y fingió estudiar los preparados para elaborar pasteles que había en el estante. Eso le dio a Khan la oportunidad de observarlo con más atención. Era bajo y corpulento, y tenía el

pelo rizado y castaño, un poco ralo en la coronilla. Le hacía falta un buen afeitado. Sus manos eran grandes. Llevaba una camiseta de los Timberwolves debajo de la cazadora y unos pantalones de chándal grises.

Al darse cuenta de que Khan lo miraba, el hombre se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y se alejó.

Raro.

La situación despertó en Khan una sensación de extrañeza.

Con la bolsa de coco en la mano recorrió el pasillo, pero no vio por ninguna parte al hombre de la cazadora de cuero. De hecho, no vio a nadie. A medida que pasaba junto a todos los pasillos, se dio cuenta de que estaban todos vacíos. Tampoco había nadie en el mostrador de los embutidos ni en el de la carne. Comprobó el reloj para asegurarse de que no se le había pasado la hora de cierre, aunque estaba seguro de que por lo general el súper permanecía abierto por lo menos media hora más.

Al regresar a la zona de las cajas, las encontró todas cerradas excepto una, y el único empleado que había por allí era el encargado de la corbata al que se había acercado al entrar en la tienda. Seguía teniendo su sonrisa de Minnesota dibujada en la cara, pero Khan se dio cuenta de que estaba sudando, incluso con el aire acondicionado del súper.

–Hola. –El encargado lo saludó en un tono inusualmente alto–. ¿Qué, ha encontrado el coco que buscaba?

Khan asintió.

–Sí.

–Me alegro. ¿Necesita alguna cosa más o eso es todo?

–No, eso es todo. ¿Dónde está todo el mundo?

El hombre se encogió de hombros.

–A última hora siempre es así. La gente va y viene.

–Ah.

Khan sacó su cartera y extrajo un billete de cinco dólares. El empleado sostenía el coco en la mano, pero aún no lo había pasado por el escáner.

–¿Y qué va a cocinar? –preguntó.

–Mi mujer quiere preparar un postre para llevarlo mañana a la oficina.

–Qué bien. A mí me encanta cualquier cosa que lleve coco. ¿Ha probado alguna vez las barritas mágicas? Pepitas de chocolate, leche condensada y coco sobre una galletita salada Graham. Están deliciosas. Mi mujer las prepara para los niños, pero si le soy sincero yo me como más que ellos.

Khan miró su reloj.

–Tendré que probarlas.

–No se arrepentirá. –El hombre se volvió y miró hacia el exterior, donde seguía lloviendo–. Vaya, siguen cayendo chuzos de punta.

–Sí.

–El verano en Minnesota, ¿eh?

Khan frunció el ceño en una mezcla de confusión y fastidio.

–Sí. ¿Cuánto le debo por el coco?

–Ah, bueno, déjeme pasarlo. –Escaneó la bolsa de plástico, le dijo el precio y luego volvió a preguntar–: ¿Alguna cosa más?

–No.

–¿Tiene vales de descuento?

–No.

Khan le tendió el billete de cinco dólares. El encargado abrió la caja registradora y contó el cambio, pero se interrumpió para abrir un paquete nuevo de monedas, aunque daba la sensación de que el cajón estaba a rebosar de ellas. Contó el cambio muy lentamente.

–Aquí tiene –dijo al final.

–Gracias.

–¿Quiere una bolsa?

Khan negó con la cabeza.

–No hace falta.

–Vuelva siempre que quiera.

–Lo haré –contestó Khan.

Se dirigió a las puertas automáticas del supermercado. Estas se abrieron y Khan se internó en la lluvia, pero se detuvo al ver que el hombre gordo de la cazadora de cuero le bloqueaba el paso. Seguía con las manos metidas en los bolsillos.

–Disculpe –dijo Khan, pero al tratar de cambiar de dirección, el hombre se interpuso de nuevo en su camino.

–Disculpe –volvió a decir Khan.

El hombre no se movió.

–¿Es suyo ese taxi de ahí?

–Sí, pero lo siento, no estoy de servicio.

Khan miró hacia el aparcamiento que quedaba detrás del hombre. La mitad de los coches habían desaparecido. Entre los restantes, vio gente dentro observándolos a través de las ventanillas. También vio gente retroceder en la esquina de la calle. La mujer con la que había hablado en el pasillo de la

repostería cruzaba la calle a la carrera con su bebé apretado entre los brazos.

El aguacero seguía descargando.

–Disculpe, tengo que irme –dijo Khan.

–No, yo diría que no –repuso el hombre.

–¿Qué?

–Se va a quedar justo aquí.

Khan intentó abrirse paso, pero el hombre lo cogió por la muñeca.

–¡Eh, suélteme! –gritó Khan–. ¡Quíteme las manos de encima!

El hombre se sacó el móvil del bolsillo.

–Me gustaría preguntarle algo, colega. ¿Este es usted?

–¿Qué?

El otro sostuvo el teléfono frente a la cara de Khan.

–Digo que si este es usted. Porque se le parece mucho.

Khan echó un vistazo al teléfono, pero fue incapaz de distinguir ningún detalle en la pantalla.

–No tengo ni idea de lo que me está enseñando, pero, por favor, apártese de mi camino.

–No va a ir a ninguna parte hasta que no llegue la policía.

–¿La policía? Pero ¿qué dice? Me voy a mi casa ahora mismo.

Khan se soltó de la mano del hombre y se dirigió a su taxi, pero antes de poder subirse, recibió un potente impacto en la parte baja de la espalda que le hizo perder el equilibrio. La bolsa de coco salió volando por los aires al tiempo que Khan caía sobre el pavimento mojado. El golpe le cortó la respiración, y empezó a boquear en busca de aire. El gordo le saltó encima y lo sujetó contra el suelo. Khan se retorció, le dio un codazo al hombre y consiguió liberarse, pero este le lanzó un derechazo a la barbilla con su puño rollizo. Khan golpeó el pavimento con el pómulo y el impacto le retumbó en toda la cabeza. Trató de alejarse a rastras, pero el hombre volvió a saltar sobre él y ambos se agarraron como si estuvieran practicando lucha libre sobre los charcos del aparcamiento.

Khan oyó voces cercanas.

–¡Es él! –gritó alguien–. ¡Es ese tío!

Los dos hombres rodaron enzarzados en su pelea hasta quedar de pie junto al taxi de Khan. Este recibió otro potente puñetazo en la cara y su cabeza salió despedida hacia atrás. Perdió el equilibrio y se cogió a la cazadora del hombre para no caer, y en ese momento algo cayó del bolsillo del tipo con un sonido metálico sobre el suelo. Khan vio lo que era y oyó

gritos.

–¡Una pistola!

–¡Tiene una pistola!

Khan sintió deseos de gritar: «¡No es mía!», pero el hombre le lanzó un puñetazo al pecho y lo hizo tambalearse hacia atrás, hasta chocar con su taxi. Khan vio que el hombre se agachaba para recoger la pistola y aprovechó para lanzarse contra él con toda su fuerza. El desconocido cayó de espaldas y su cráneo golpeó el asfalto. Khan le dio una patada a la pistola para que quedara debajo de su taxi y luego abrió la puerta y encendió el motor. A su alrededor, la gente chillaba y señalaba y pedía ayuda a gritos.

El taxi salió disparado con una sacudida. Khan tan solo podía pensar en escapar. Reunirse con Ahdia. Con Pak. Averiguar a qué se debía aquella pesadilla y ponerle fin. Pero estaba atrapado. Por encima del rugido de la tormenta oyó una sirena y vio un coche patrulla de la policía que le cortaba el paso por la calle que llevaba a su casa. No podía avanzar por ahí, así que giró a la izquierda, alejándose de su hogar, de su mujer y de su hijo. Fijó la vista en el retrovisor y vio cómo el coche patrulla giraba bruscamente y entraba en el aparcamiento del supermercado.

Khan aceleró para tomar la curva y ya no vio nada más.

Siguió conduciendo, aunque no sabía adónde ir.

Gayle Durkin pasó una hora con sus padres en la casa en la que había crecido, cerca de Amity Park. La reunión fue muy incómoda. Algunas familias se unían después de una tragedia; otras construían muros. Gayle quería a sus padres, pero tras la muerte de su hermano en París no sabía qué decirles. Estar en la vieja casa, que sus padres habían conservado como un santuario para Ron, solo empeoraba las cosas. En cuanto entró allí sintió deseos de marcharse.

Seguía viéndolo todo como era antes. Recordaba el árbol de Navidad en la esquina de la sala, donde Ron y ella abrían sus regalos. El columpio en el que se subía su hermano para que ella lo empujara estaba aún en el jardín trasero. En la pequeña habitación de Gayle seguía la pared que ella golpeaba para quejarse del ruido que hacía Ron al tocar la guitarra, cosa que hacía fatal. En ese momento, el volumen de sus recuerdos era más alto aún que esa horrible guitarra.

El informe sobre Khan Rashid le dio una excusa para salir de allí. Les dio un beso a sus padres y les dijo que se verían pronto, aunque sabía que era mentira. Al salir al solitario tramo de Jean Duluth Road, sus sentimientos se debatían entre el vacío y la cólera. Los terroristas islámicos le habían arrebatado algo más que a su hermano: se habían introducido en su hogar familiar como monstruos escondidos en el armario.

Ráfagas de lluvia asolaban la autovía. Ya casi había anochecido. Gayle no vio vehículos ni delante ni detrás de ella. La carretera estaba bordeada de abedules y abetos, y de vez en cuando una casa solitaria emergía entre los árboles. Gayle conducía rápido; siempre lo hacía. El coche se deslizaba un poco cuando pisaba un charco. Quería regresar al trabajo, porque el trabajo era lo único que tenía sentido.

Recordó el rostro de Khan Rashid, que revelaba todos los rasgos de un mentiroso. El nerviosismo. El miedo. No se había sorprendido al enterarse de que lo habían visto en Canal Park momentos antes de la explosión, aunque él aseguró que no estaba ahí. Era el típico terrorista cobarde, que colocaba la bomba y luego huía. Al menos el hombre que había matado a Ron en París había hecho un favor al mundo volándose también a sí mismo.

Gayle había recorrido apenas un kilómetro y medio cuando le llegó la noticia de que habían visto a Rashid en el supermercado Woodland. La adrenalina le hizo agarrar con fuerza el volante. Sabía exactamente dónde se encontraba el súper; sus padres compraban allí. Un poco más adelante, Jean Duluth Road se convertía en Snively Road, y si giraba a la derecha en Woodland Avenue, llegaría a la tienda en cinco minutos. La policía se dirigía al lugar y Gayle aceleró para reunirse con ellos. Quería estar ahí cuando abatieran a Rashid.

Al cruzar por encima de Amity Creek, por donde había salido de excursión cientos de veces cuando era adolescente, oyó las últimas informaciones. Los testigos aseguraban haber visto una pistola durante un altercado violento en el supermercado.

«Consideramos que Rashid va armado y es peligroso. Se recomienda precaución extrema.»

Gayle aceleró aún más; no era muy seguro hacerlo con el aguacero que caía, pero no le importaba. Tomó una curva ancha a toda velocidad; ya casi estaba de nuevo en el centro de la ciudad. Su sexto sentido se despertó. Todos los investigadores conocían esa sensación, la sensación de que algo estaba a punto de suceder. Se hallaba en el lugar correcto en el momento adecuado.

Delante de ella vio brillar unos faros y lo supo. El coche pasó disparado a su lado, pero Gayle tuvo tiempo de ver un borrón amarillo bajo la luz de sus faros, en medio de la lluvia. Era un taxi amarillo. Era Rashid. Pisó a fondo el freno y giró el volante, pero iba demasiado rápido. Su coche giró sobre sí mismo trescientos sesenta grados una vez y luego otra, hasta que finalmente se deslizó y se detuvo en el arcén, encarado hacia el norte.

Cogió la radio e informó de la ubicación de Rashid.

Después, emprendió la persecución siguiendo las luces traseras del taxi.

El primer pensamiento de Khan fue buscar protección en el centro musulmán que había cerca de la UMD, donde conocía a muchos de los estudiantes y profesores de la mezquita. Alguien sabría qué era lo que estaba ocurriendo. Alguien podría ayudarlo a convencer a la policía de que no había hecho nada malo. Sin embargo, al detenerse en el semáforo del cruce de Woodland con Snively Road, vio el brillo de unas luces estroboscópicas de la policía que se dirigían directas hacia él. Su taxi era inconfundible.

Se saltó el semáforo en rojo, giró bruscamente a la izquierda y enfiló una cuesta. Si conseguía alejarse lo bastante por la autovía, conocía una carretera

secundaria que atravesaba el bosque y lo llevaría de vuelta a la ciudad, justo al norte de su casa. Podría regresar al lado de Ahdia y Pak.

Y luego, ¿qué? No lo sabía.

Khan sintonizó una emisora de noticias en la radio y cogió al locutor en medio de una frase:

—«... aún no se sabe si el hombre de la fotografía que se ha hecho viral tiene alguna relación con la explosión. El FBI no ha confirmado si se trata de un posible sospechoso, pero eso no ha impedido a activistas como Dawn Basch declarar que se ha encontrado al responsable de poner la bomba.»

A Khan se le cayó el alma a los pies.

Sabía lo que había pasado. El hombre era él. El sospechoso. Pensó en el gordo del aparcamiento del súper, que le había mostrado una foto en la pantalla de su móvil: «¿Este es usted? Porque se le parece mucho».

«Oh, Ahdia, Ahdia, ¿qué he hecho? Van a matarme. Cuando me encuentren, estoy muerto.»

Aceleró bajo la lluvia. Vio luces borrosas procedentes de las casas que quedaban a su izquierda y del valle de su derecha. La gente estaba en casa con sus familias, viviendo sus tranquilas vidas, que era lo único que él había deseado siempre. Intentó decidir qué hacer. Adónde ir. Estaba embargado por la confusión y el pánico.

A lo largo de un kilómetro y medio no se cruzó con nadie, pero luego otro coche pasó a su lado como un cohete en sentido opuesto. En medio del rugido de la tormenta, Khan oyó el chirrido de unos frenos. A través del retrovisor vio unos faros que daban vueltas a medida que el coche giraba sobre sí mismo. No le hacía falta preguntar qué ocurriría a continuación: el coche iba a por él.

Se había corrido la voz.

Buscad el taxi amarillo.

Buscad a quien puso la bomba.

Khan giró de inmediato a la izquierda para abandonar la autovía. Se encontró en una calle residencial y aceleró con un ojo puesto en el retrovisor. A ambos lados veía pasar árboles y jardines, pero no detectó ningún vehículo tras él. Condujo a lo largo de cuatro manzanas, entrecerrando los ojos para ver más allá de lo que iluminaban los faros, y casi se estampó contra un árbol en el punto en que la carretera se bifurcaba. Dio un volantazo a la derecha, y el asfalto desapareció y se convirtió en tierra. Los surcos y el barro hacían vibrar el vehículo como si fuera una montaña rusa.

Khan seguía mirando por el retrovisor. Una manzana, dos manzanas, tres manzanas, adentrándose cada vez más en el bosque.

Ningún faro a su espalda.

Delante de él, la carretera acababa en un cruce en forma de T. Iba demasiado rápido para parar. Los neumáticos patinaron sobre el suelo embarrado y el taxi coleó antes de subir por una corta cuesta y chocar con una valla metálica, que cedió y quedó debajo del vehículo. Khan puso la marcha atrás y pisó el acelerador, pero el taxi se negó a moverse. La malla de la valla lo tenía atrapado como si fuera una red.

Intentó abrir la puerta, pero no pudo: estaba bloqueada. Bajó la ventanilla y se escabulló por el estrecho hueco. Al aterrizar en el suelo, su piel rozó los bordes afilados de la valla rota y empezó a sangrar. Khan no tenía ni idea de dónde estaba. La carretera de tierra continuaba hacia el oeste, pero en la otra dirección se convertía en una calle sin salida. Detrás de él, al otro lado de la valla, se extendía una larga franja de oscuridad. Las ramas bajas de los abetos le azotaban el rostro, mientras el agua seguía cayendo a raudales.

A poco menos de un kilómetro, vio avanzar por la calle de tierra por la que había venido unos faros que aumentaban de tamaño. Por encima de la lluvia se oyó el ruido de un motor.

El coche venía a por él. Estaba atrapado.

Se quedó de pie junto al taxi, paralizado. Tenía que moverse. Trepó al capó del coche, saltó por encima de la valla y cayó sobre la hierba y las flores del otro lado. Se puso en pie, se agachó por debajo de las ramas de los abetos y echó a correr. Sus pies se hundían en la hierba mojada y esponjosa, y la lluvia le azotaba el rostro.

Un relámpago segó el cielo en dos, convirtiendo la noche en día.

Se hallaba en un gran cementerio. Khan se lanzó a la carrera entre las hileras de lápidas.

Dennis Kenzie oyó en la radio las noticias de la agente del FBI que le seguía el rastro a Khan Rashid.

«El sospechoso va a pie y se dirige al oeste por el cementerio de Park Hill. Se necesitan refuerzos en la zona.»

Kenzie, que se dirigía hacia el supermercado de Woodland en respuesta a numerosas llamadas a Emergencias, detuvo en seco el coche patrulla. Acababa de pasar por delante del camino que llevaba al cementerio de Forest Hill, uno de los más grandes de la ciudad, que se extendía hacia el oeste siguiendo el límite de Park Hill. Dio un giro rápido de ciento ochenta grados, apagó la sirena y las luces, y se dirigió en silencio al comienzo del camino que llevaba a Forest Hill.

Si Rashid se dirigía al oeste con la agente especial Durkin tras sus pasos, Kenzie solo tenía que ir al este para interceptarlo.

Informó por radio de su plan y salió del coche patrulla. La lluvia seguía cayendo.

Kenzie era joven y estaba soltero; tenía veinticuatro años, la constitución de un fornido jugador de fútbol americano de instituto y una mata de pelo rubio nórdico en una cabeza cuadrada. Hacía solo seis meses que se había incorporado a la policía de Duluth. Era un chico de Bemidji que había crecido a la sombra de la estatua de Paul Bunyan y había obtenido su licenciatura en Derecho Penal en la Bemidji State University. Pero en su ciudad natal no contrataban agentes del orden público, y en Duluth sí. Del centenar de aspirantes, él había sido uno de los cuatro únicos contratados aquel invierno.

En seis meses, había entregado cientos de citaciones, por asuntos que iban desde excesos de velocidad hasta exhibicionismo. Había intervenido en altercados de violencia doméstica. Había arrestado a un camello frente al hotel Seaway. Había rescatado a un águila herida en el campo de golf de Lester Park y había organizado su transporte y rehabilitación a través de la organización local Wildwoods.

Algo que no había hecho nunca era sacar el arma.

Hasta ese momento.

La culata estaba mojada, igual que su mano, pero agarró con fuerza la

pistola y la mantuvo apuntada hacia el suelo.

«Lo más probable es que Rashid vaya armado y sea peligroso. Tengan mucho cuidado.»

A la luz de un relámpago, Kenzie vio el cementerio que se extendía ante él. Las tumbas trepaban por la colina en distintas terrazas llenas de hileras, entre los árboles de hoja perenne. Corrió por un estrecho sendero asfaltado y pasó frente a las criptas que contemplaban el valle como una serie de tronos reales. No paraba de enjugarse la lluvia de los ojos con la mano libre. Cada vez que caía un rayo, buscaba la silueta de Khan Rashid, pero las lápidas, las hojas de los árboles perennes y también de los caducos ofrecían una cobertura perfecta para cualquiera que quisiera esconderse.

Al detenerse para escuchar, oyó retumbar un trueno y el latigazo del chaparrón entre los árboles. El volumen de la tormenta ahogaba todo lo demás.

Kenzie tenía miedo. La gente creía que los policías no tenían miedo, pero eso era una tontería. Un ser humano que se adentra en el peligro siempre se asusta, y lo único que podías hacer era vivir con ello y no dejar que te paralizara. Kenzie aún estaba cogiéndole el tranquillo. Notó cómo se le aceleraba la respiración, un temblor en los músculos que intentó calmar. «No pares –se dijo a sí mismo–. Mantén la concentración.»

Caminó hacia un sendero en la esquina nordeste del cementerio. Su fornido corpachón temblaba en medio del viento. La única luz provenía de los relámpagos; por lo demás, la noche estaba oscura como boca de lobo. Abandonó el camino y avanzó sobre la hierba empapada, entre decenas de lápidas de mármol. Cada vez que daba un paso las botas se le hundían en el suelo. Las ramas bajas de los árboles le rozaban el pelo.

Oscuridad. Nada más, solo oscuridad.

En ese momento, un rayo cayó casi encima de su cabeza, seguido de inmediato por un trueno ensordecedor que hizo temblar el suelo. Kenzie se encogió. Oyó un crujido y detectó un olor cercano a madera quemada. Por un momento perdió la visión, pero al cabo de un segundo vio el panorama del cementerio ante él, con la valla metálica que señalaban el límite oriental de Forest Hill y, más allá, el camino de tierra que dividía en dos el camposanto.

La luz del rayo se desvaneció; la lluvia le caía a chorros por la cara, pero al parpadear vio una cosa más.

A unos treinta metros, un hombre corría directo hacia él.

A su espalda, Khan vio el haz de luz de una linterna que barría el cementerio. La persona que le perseguía ahora iba a pie, corriendo entre las lápidas. Khan aceleró, pero entre rayo y rayo le resultaba casi imposible esquivar las losas casi invisibles que se interponían en su camino. Tenía la ropa empapada y se había torcido el tobillo. Se pasó los pulgares por las gafas para secar el agua, pero el mundo era una mancha borrosa.

Oyó un grito, pero en medio de la tormenta, fue incapaz de distinguir las palabras.

Chocó de frente con la valla que había en el límite del camposanto. La malla metálica era baja pero resbaladiza, y la parte superior no estaba terminada, de modo que las púas afiladas sobresalían como tenedores. Los pilares eran demasiado pequeños para coger impulso, así que retrocedió, corrió hacia la valla y se lanzó. Los pies le resbalaron en la hierba mojada al saltar del suelo y las garras de la parte superior de la valla le alcanzaron el brazo y le rasgaron la camisa, pero, aunque sangrando, cayó sobre la hierba del otro lado. Se puso en pie de un salto y avanzó con dificultades hacia el centro de un camino de tierra.

«Corre.»

Khan renqueó por el camino, pero ni siquiera había dado veinte pasos cuando vio unos faros más allá de la curva y oyó el aullido de las sirenas. Al darse la vuelta, distinguió luces rojas procedentes del otro extremo del camino. Lo tenían acorralado por los dos lados.

Pensó en rendirse. Se quedó de pie, paralizado, esperando a que lo encontraran, hasta que le entró el pánico.

«Me dispararán.»

Si se quedaba ahí, estaba muerto.

Corrió hacia la valla de la cuneta opuesta, cogió impulso hacia arriba, la saltó, se levantó del suelo y echó a correr de nuevo, adentrándose hacia el corazón de otro cementerio. Al llegar a la lápida más cercana se detuvo a recuperar el aliento. La policía se acercaba. La luz de la linterna que le quedaba a la espalda parecía el foco de una prisión.

Khan se llenó los pulmones de aire y salió disparado.

Cayó un rayo que iluminó la noche como el sol. Un trueno retumbó como una bomba. Se cubrió el rostro, pero no dejó de correr.

Frente a él, alguien le advirtió a gritos:

—¡Quieto! ¡Policía! Khan Rashid, ¡manos arriba!

Atemorizado, Khan pisó mal y resbaló hacia delante. Su cuerpo quedó

tendido sobre el barro tras caer sobre el hombro con fuerza. Su cabeza golpeó el suelo y sus gafas salieron volando por los aires. Se arrastró, protegido por las lápidas. Palpó el suelo en busca de sus gafas; sin ellas no podía ver.

Oyó que el agente de policía que tenía delante volvía a gritar:

—¡Póngase en pie ahora mismo! ¡Con las manos en alto!

Los dedos de Khan rozaron un pedazo de plástico rígido que sobresalía del suelo. Sus gafas. Las cogió por las patillas y quedaron colgando de su mano derecha. Se puso en pie mientras los pies le resbalaban y se quedó ahí, mojado y helado. No había ningún lugar a donde huir. La noche era negra y no veía absolutamente nada.

Un relámpago.

Cayó otro relámpago y Khan distinguió la silueta borrosa de un agente de policía, no muy lejos de donde él se hallaba. Con un gesto instintivo, se puso las gafas. La montura plateada brillaba a la luz intermitente de los rayos. Alzó un poco más la mano derecha.

Y entonces oyó un grito. Una voz femenina chilló desde la valla que le quedaba a la espalda:

—¡Un arma! ¡Tiene un arma!

Khan vio un destello luminoso. El oficial que tenía delante había disparado.

Gayle Durkin saltó la primera valla con la facilidad propia de una corredora y estaba en la segunda, la que llevaba al cementerio de Forest Hill, cuando oyó el grito de un agente y vio a Khan arrastrándose por el suelo como un cangrejo.

Buscaba algo.

Algo que encontró y que sostuvo en la mano.

Todo ocurrió al mismo tiempo. Fue un caos. Los coches de la policía rugían desde derecha e izquierda, las sirenas zumbaban, las luces formaban un calidoscopio sobre el camino de tierra. Un rayo que parecía un cometa la sobresaltó. Un trueno estalló como si fuera dinamita. Durkin entornó los ojos bajo el aguacero y vio a Khan de pie. Algo que tenía en su mano derecha emitió un destello plateado. Durkin lo vio mover la mano. Alzarla. Apuntar.

Y después, de nuevo la oscuridad.

—¡Un arma! —avisó a gritos—. ¡Tiene un arma!

Casi al instante se oyó un disparo, cuyo estampido rebotó en los árboles y las lápidas. Durkin dejó caer su linterna, sacó la pistola, la sujetó en la

mano y se volvió de nuevo hacia la valla. La luz del relámpago hacía que la visión estuviera llena de lucecitas naranjas, como de neón. La lluvia le caía en cascada por la cara.

–¡Iluminadlo! –gritó a los policías que salían de sus coches patrulla. Y luego añadió, dirigiéndose a la oscuridad–. ¡Rashid! ¡No te muevas! ¡Tira la pistola!

Otro disparo se elevó por encima del ruido de la tormenta.

Todo el mundo se agachó. Durkin buscó protección detrás de un árbol, pero en menos de un segundo se volvió, se puso en cuclillas y se abrió paso a través de la valla. Las luces rojas iluminaban el cementerio. Los árboles se cernían como gigantes y las lápidas eran soldados bajos. Durkin vio a Rashid y disparó.

Khan se desplomó.

Durkin volvió a disparar mientras este caía al suelo.

El primer tiro del agente de policía no lo alcanzó, pero Khan se quedó paralizado.

Intentó moverse, pero sus músculos se negaban a obedecer las órdenes de su cerebro. Oyó el aullido de las sirenas de policía y vio el carnaval de luces rojas romper la oscuridad. Y aun así siguió de pie bajo la lluvia, con la mandíbula caída, los brazos y las piernas inmovilizados, mientras el policía que tenía delante volvía a disparar y fallaba el tiro por mucho.

Pero la suerte de Khan se estaba acabando.

El siguiente disparo llegó desde atrás. Le pasó tan cerca que lo oyó retumbar en su cabeza y zumbear en su oído como un mosquito. Finalmente se lanzó al suelo al tiempo que otro disparo alcanzaba el mármol de una lápida y retumbaba en la noche.

Khan se deslizó hacia delante, serpenteando entre las hileras de losas, donde las piedras le protegían. Se colocó las gafas y la noche adquirió nitidez. Se arrastró más deprisa y pensó en gritar: «¡No disparen, dejen de disparar!». En lugar de eso, guardó silencio y siguió avanzando por el suelo mojado.

El agente que había frente a él había desaparecido.

Ya no estaba ahí.

A su espalda, Khan oyó ruido de gente saltando la valla en dirección a él. Se puso en pie, pero solo pudo correr dos pasos antes de tropezar y caer. Desde el suelo miró a ambos lados y vio la cara de un policía que lo miraba

con los ojos abiertos de par en par, la boca abierta y la mejilla y la barbilla manchadas de sangre.

Un único hilo de sangre se le escurría desde un orificio de bala en la frente. Estaba muerto. Joven, indefenso, muerto de un disparo. Khan no entendía nada. ¿Quién lo había matado? ¿Cómo era posible?

No importaba. No podía quedarse allí; apenas disponía de unos segundos para escapar. Las luces de policía que barrían el suelo aún no lo habían encontrado. Su tobillo y sus heridas no ralentizaron su ritmo. Se levantó y corrió por el cementerio como lo haría un ciervo, impulsado por el pánico y a toda velocidad, y la noche lo engulló.

Ahdia canturreaba mientras metía a Pak en la cama. El niño se quedó dormido casi en el mismo momento en que apoyó la cabeza en la almohada. Ahdia envidiaba aquel sueño inocente. Ella se preocupaba por todo, y esas preocupaciones no la dejaban pegar ojo por la noche. Su trabajo. El dinero. Su marido y los desconocidos que se subían al taxi. Sus miedos respecto a su hijo y la clase de mundo que heredaría.

Apagó la luz y dejó puesto un cedé de canciones de la cantante pakistani Hadiqa Kiani con el volumen muy bajo; a Pak le gustaba su música y Ahdia esperaba que le trajera dulces sueños.

El tictac del reloj de pie de la salita era muy ruidoso, marcando el paso de los segundos. Durante la noche, el carillón sonaba cada media hora, recordándole cuánto tiempo pasaba despierta. Ahdia deseaba que Khan lo vendiera, pero el viejo y destartalado reloj tenía algo que a él le resultaba atractivo. Khan, igual que Pak, no tenía problemas para dormir, excepto cuando una pesadilla ocasional lo devolvía a su infancia. Esas noches, ella lo reconfortaba apoyando la cabeza en su pecho, hasta que el pasado soltaba sus garras.

Regresó a la cocina, aún no había acabado de preparar el *laddu*. Le sorprendía que Khan aún no hubiera vuelto con el coco. El súper no estaba lejos y hacía mucho rato que se había marchado, pero Ahdia también sabía que Khan era un buenazo. Si alguien veía su taxi y necesitaba una carrera, ahí estaba él para llevarlo a casa, incluso aunque eso significara recorrer media ciudad bajo una lluvia torrencial y en la oscuridad.

En ese momento, un golpe seco en la puerta de atrás la sobresaltó. Khan nunca entraba por detrás; además, tenía sus propias llaves. Ahdia apartó la cortina floreada de la ventana y al ver al hombre que había en el porche trasero, abrió la puerta de inmediato y lo dejó entrar junto con un océano de lluvia.

—Haq —dijo—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has llamado a la puerta de atrás?

Ahdia conocía bien a Haq Al-Masri. Todos los musulmanes de Duluth lo conocían. A menudo daba el sermón del viernes en la mezquita, y era el

portavoz no oficial cuando el islam aparecía en las noticias, cosa que sucedía muy a menudo. Era un hombre atractivo, como Khan, aunque Haq tenía más ego y le gustaba alardear de su inteligencia. Aun así, había sido el primero en darles la bienvenida cuando se mudaron a la ciudad y en asegurarse de que se sentían parte de la comunidad.

–He aparcado en el camino de tierra de Hubbell y he venido hasta aquí sorteando los árboles –le explicó Haq.

–Y ¿a santo de qué has hecho eso?

Haq no contestó.

–¿Está Khan? ¿Ha llegado a casa?

–No, ha ido al súper. Debe de estar al caer. –En ese momento, Ahdia tomó conciencia de la expresión de Haq–. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

–¿Has visto las noticias?

–No, ¿por qué? ¿Es Malik?

–Peor –contestó Haq–. No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que sacarte de aquí. Mete algunas cosas en una bolsa, coge a Pak y vámonos.

–¿Irnos? ¿De qué estás hablando? Haq, cuéntame qué es lo que pasa.

Él dejó escapar un suspiro de impaciencia.

–Apaga las luces de la sala y mira por la ventana.

Ahdia vaciló, pero obedeció. Dejó a oscuras la salita y se asomó con cautela por un lado de la cortina. Junto al bordillo, a ambos lados de la calle, vio coches de policía con las luces apagadas. Bajo una farola, distinguió a un policía uniformado tras el volante de uno de los coches. Estaba observando su casa y hablando por la radio.

–¡Policía! –exclamó–. ¿Qué quieren de nosotros?

–Quieren a Khan –contestó Haq.

Ahdia se llevó las manos a la barbilla.

–¿Han averiguado que estuvo en la maratón? ¡Creen que él puso la bomba!

–Sí, un imbécil ha colgado una foto de Khan en Canal Park antes de la explosión. Dice que vio a Khan llevando una mochila.

–¡Khan no tiene mochila! –protestó Ahdia.

–No importa; es demasiado tarde. Dawn Basch ha difundido la foto por toda la ciudad. Ha habido un incidente en el supermercado; alguien vio a Khan y trató de impedir que se marchara. Se han peleado.

–¿Peleado? ¿Khan está bien? ¿Dónde está?

–No lo sé. No han dicho nada más aparte de eso. He venido enseguida.

Ahdia meneó la cabeza.

–Haq, esto es una locura. Khan es inocente.

–¡No hay musulmanes inocentes el día después de que estalle una bomba! Ya lo sabes. Ahdia, las personas que había en el súper aseguran que Khan llevaba una pistola. ¿Es cierto?

–¿Khan con una pistola? Menuda tontería. Khan no ha tocado una pistola en su vida.

Haq meneó la cabeza.

–Aun así, la policía ha dicho que va armado y es peligroso.

–¡Tenemos que encontrarlo! –dijo Ahdia.

–Ahora, lo primero es sacaros a Pak y a ti de aquí. Si no, la policía entrará y te interrogará. Y esta casa no es segura. Basch y su panda no hacen más que echar leña al fuego. Tenemos que encontrar un sitio donde Pak y tú podáis esconderos. Mañana trataremos de contactar con un abogado y limpiar el nombre de Khan.

Ahdia miró a Haq envuelto en las sombras de la salita. «Así es como sucede –pensó–. Así es como los inocentes se convierten en culpables. Una piedra cae por una pendiente, y no tarda en ir tan rápido que nadie puede detenerla.»

Miró hacia la puerta del cuarto de su hijo y vio a Pak frotándose los ojos, adormilado.

–Mamá, he oído voces.

–Es el tío Haq –le dijo–. Ha venido a vernos.

La cara de Pak se iluminó al ver a Haq, que entró en la habitación y abrazó al niño.

–¿Te apetece vivir una aventura? –preguntó Haq–. ¿Tienes el corazón de un tigre en la jungla?

Pak se despertó de golpe.

–¡Sí!

–Bien. Sabía que podía contar contigo; eres un valiente. Ahora nos iremos los tres al bosque ¡y tú serás un héroe como Amir Hamza!

–¿Papá también vendrá?

–Muy pronto. Muy pronto estará con nosotros.

Ahdia contempló a su hijo, que sonreía radiante entre los brazos de Haq. Echó otro vistazo a la calle, donde esperaba la policía.

–De acuerdo, Haq. Haremos lo que tú digas –murmuró con desaliento.

Haq le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

–Es lo mejor. Ahora tenemos que darnos prisa; nos quedan un par de minutos, no más. Coge un par de cosas para ti y para el niño.

–¿Mi teléfono?

–Llévatelo, pero apagado.

–Pero ¿y si llama Khan? –preguntó ella.

–Si el móvil está encendido pueden rastrearte. No importa dónde estemos; te encontrarán.

Ahdia apretó los labios carnosos hasta convertirlos en una fina línea blanca. El rubor de sus mejillas había desaparecido. Cogió el teléfono de la mesita de centro y lo apagó.

En menos de un minuto estaba lista para marcharse. En un estante del armario guardaba siempre una bolsa de viaje. De algún modo, había sabido que llegaría un día en que tendrían que dejar atrás sus vidas. Era una de las cosas que le robaba el sueño por las noches.

Con la bolsa de tela colgada del hombro, Ahdia apagó la última de las luces de la casa y luego Pak, Haq y ella se escabulleron por la puerta de atrás, se adentraron en la tormenta y se dirigieron hacia la seguridad de los árboles.

Khan corrió y corrió.

Huyó de Forest Hill hacia al sur por las calles llenas de árboles y consiguió pasar inadvertido avanzando por los patios traseros de las casas. A su espalda oía sirenas que se superponían, gimiendo como si pronunciaran su nombre. Corrió hasta que la lluvia se tragó el sonido de los coches de la policía. Por un momento perdió la orientación, pero la pendiente de las colinas le indicó que se dirigía hacia el lago.

Al detenerse finalmente para recuperar el aliento, se encontró cerca de una iglesia cristiana en el extremo norte de Superior Street. Era un edificio de ladrillo rojo con un campanario blanco y puntiagudo. Khan había estado allí en una ocasión, en una cena interreligiosa.

En el cartel de la calle podía leerse: «Dame la mano».

En medio de su desesperación, a Khan le pareció una invitación. Aunque la iglesia estaba a oscuras, subió por el camino de entrada pegado a los árboles y, al llegar a la parte de detrás, Alá le sonrió. La puerta estaba abierta.

Khan se adentró en la oscuridad. No se quedaría mucho rato. No sabía si las iglesias tenían alarmas para alejar a los intrusos. Se arriesgó y accionó un interruptor, y cuando sus ojos se acostumbraron a la intensa luz, descubrió que estaba en un despacho de la iglesia con un teléfono sobre el escritorio de

roble.

Khan marcó el número de su casa, pero el timbre sonó y sonó sin que nadie lo cogiera. Colgó y marcó el número del móvil de Ahdia, pero le saltó el buzón de voz. Se dio cuenta que de alguna forma ella se había enterado de lo que le había pasado y había huido. Aunque eso era bueno, dejaba a Khan solo, perseguido y sin lugar a donde ir.

Tenía otro número de teléfono en la cabeza.

Un número al que solo había que llamar en caso de emergencia, pero si aquello no era una emergencia, no había nada en el mundo que lo fuera.

Khan marcó y una voz conocida le contestó de inmediato. La voz de un amigo que lo dejaría todo para ayudarlo.

—¿Malik? Soy yo. Necesito ayuda.

@mnwoodsyal tuiteó:

DISPAROS en la zona de Woodland, en Duluth. He oído que han divisado al sospechoso y que ha huido.

@jeanduluth12 tuiteó:

¡Guau! Cerca de la UMD no paran de oírse sirenas. Creo que todos los coches de la policía de Duluth están aquí.

@jmbarker61 tuiteó:

Mi hermana trabaja en la policía de Duluth. Dice que han abatido a un agente. El muy cabrón le ha disparado a un policía. Espero que le vuelen la cabeza. :-(

@dawnbasch tuiteó:

Duluth necesita justicia. El terrorista musulmán ahora también es un ASESINO DE POLICÍAS.

#maratón

#elislamata

#sinexcepciones

Retuiteado 2.261 veces

LUNES

Stride encontró a Dawn Basch en el vestíbulo del hotel Radisson, bebiendo un café para llevar y mordisqueando un bollo de arándanos. Sus grandes gafas de sol le cubrían prácticamente todo el rostro. Stride distinguió a dos guardaespaldas que vigilaban la entrada del hotel.

La tormenta nocturna había pasado. Fuera del edificio, el lunes había amanecido claro y soleado, y la temperatura se acercaba a los veinticinco grados. Visto desde fuera podía parecer un hermoso día, pero las apariencias engañan.

Stride se sentó junto a ella.

–Buenos días, señora Basch.

Ella dobló el ejemplar del *News Tribune* de Duluth que estaba leyendo. Stride no había visto nunca a alguien con las uñas tan largas.

–Hola, teniente. Lamento mucho lo que le ha ocurrido a su agente. Es una terrible tragedia.

Stride tuvo que hacer un esfuerzo para que el enfado no se reflejara en su rostro. Desde su punto de vista, si había que culpar a alguien de los acontecimientos que habían llevado a la muerte de Dennis Kenzie era a Dawn Basch. Con una simple cuenta de Twitter había proporcionado la cerilla para prender el fuego que habían acabado con la vida del joven agente.

–¿Ya han atrapado a ese tal Rashid?

–No.

–Un lugar repleto de agentes de policía y un solo terrorista les da esquinazo.

Stride respiró hondo, pero no mordió el anzuelo. No quería discutir con Dawn Basch; quería decir lo que tenía que decir y marcharse.

–El agente especial Maloney y yo queríamos pedirle una cosa –apuntó.

–¡Ah!, ¿sí?

–Le agradeceríamos que se abstuviera de tuitear sobre la investigación mientras estemos en situación de alerta. Queremos que la gente esté tranquila y no ponga su vida en peligro.

Dawn Basch cogió un pedacito de bollo entre los dedos y se lo metió en la boca. A continuación, se sacudió las migas de la falda roja.

–Quieren mostrarse políticamente correctos –repuso–. ¿Las elecciones no les dejaron claro que la gente está harta de que le digan lo que puede o no puede decir, por si ofende a alguien? El presidente cuenta las cosas en Twitter tal y como las ve. Yo hago lo mismo, y no tengo ninguna intención de parar.

–Mi intención no es censurarla, señora Basch –continuó Stride–, tan solo apelo a su buen juicio. La ciudad está al límite. Lo último que queremos es dar luz verde a los vigilantes o avivar las emociones más de lo que ya lo están. Así es como la gente acaba sufriendo algún daño.

–A los que usted llama «vigilantes» yo los llamo «ciudadanos comprometidos». ¿Acaso no encontraron al hombre de la bomba por usted? Y luego va la policía y lo deja escapar.

–Todavía no tenemos ninguna prueba de que Rashid Khan estuviera implicado en el atentado de la maratón.

Basch se quitó las gafas de sol. Su mirada era fría.

–¿Aparte de un poli muerto?

Stride notó que los dedos se le tensaban como un tornillo de banco alrededor de los brazos de la silla.

–Ayer por la noche la situación se descontroló, señora Basch, y, para serle franco, usted fue en parte responsable. Prácticamente invitó a sus seguidores a atacar a Rashid.

–Yo no hice nada semejante –replicó ella–. No soy responsable del comportamiento de la gente frustrada, aunque no voy a culparlos por querer hacer algo. Si los musulmanes radicales comienzan a preocuparse de que los estadounidenses les devolvamos el golpe, a lo mejor se lo piensan dos veces y buscan objetivos más sencillos en otra parte. O a lo mejor se van a su casa, que es donde deberían estar.

Stride se levantó.

–La venganza no es justicia –le recordó a la mujer–. Aunque a usted le gusta decir que no hay excepciones respecto a la libertad de expresión, lo cierto es que incitar a la gente a actuar con violencia es una excepción. Por favor, vaya con cuidado y no cruce esa línea.

–Felicidades, teniente –replicó Basch en tono mordaz–. Los terroristas se dedican a volar edificios y asesinar gente, y usted pierde su tiempo intentando reprimir mis derechos constitucionales. Pues bien, los asesinos no me harán callar, y tampoco los funcionarios locales del gobierno. Recuerde que ahora Washington está de mi lado.

–Adiós, señora Basch.

Mientras Stride se alejaba, Basch se puso en pie y lo llamó:

–¿Teniente?

Él se volvió y esperó a que ella lo alcanzara.

–¿Quiere saber en qué creo? –preguntó Basch–. ¿Quiere saber por qué hago lo que hago?

Aunque él no contestó, ella respondió de todos modos:

–Creo que este país está en guerra. Estamos en guerra con el islam por el futuro de la civilización, y o bien ganamos o bien perdemos. No hay término medio ni transigencias posibles. Créame, no existen los musulmanes inocentes: cuando se ven obligados a elegir, eligen su bando antes que el nuestro. Puede contar con ello. Así que nosotros debemos tomar nuestra propia decisión. Todos nosotros. Si nos escondemos en nuestras casas como ovejas, perderemos. Los únicos que ganan siempre las guerras son los lobos.

Al ver que Cat no regresaba dos horas después de haber salido a correr, Serena se subió a su Mustang y salió a buscarla. Condujo por la estrecha franja de tierra de The Point, con las tranquilas aguas del puerto a la derecha y las dunas del lago Superior a la izquierda. La carretera terminaba en un parque infantil, vacío salvo por media docena de gaviotas que se bañaban en los charcos que había dejado la tormenta nocturna.

Divisó a Cat sentada con las piernas cruzadas en un banco verde en la playa de la bahía. La adolescente contemplaba el agua, mientras la brisa hacía ondear mechones de su larga melena castaña por encima de su rostro.

Serena aparcó el Mustang, caminó por la arena y se sentó al lado de Cat, pero la chica no reaccionó.

–Hola.

Cat no contestó.

A pesar de su mirada triste, su rostro era luminoso. No se trataba tan solo de la típica belleza de la juventud: era una chica hermosa que se estaba convirtiendo en una hermosa mujer. Cuando sonreía, toda la casa se iluminaba, aunque no lo hacía muy a menudo. Era lo mismo que decían de Serena cuando tenía su edad. Aunque uno escapara de su pasado, este encontraba la manera de perseguirte, como una sombra.

–Ayer fui a ver a Drew Olson –le contó Serena–. También vi a Michael.

Cat tenía los ojos fijos en el agua.

–Lo sé. Te vi.

–¿Estabas ahí? ¿Por qué no te acercaste?

La chica se encogió de hombros.

–Aún no estoy preparada.

–Drew insistió en que te dijera que ya sabes que eres más que bienvenida.

–Lo sé.

Serena optó por no presionarla. Cuanto más se insistía a Cat con cualquier tema, más se cerraba ella en banda. Ese era otro de los aspectos en que Serena y ella se parecían. Cat tenía que perdonarse a su manera y a su ritmo por haber accedido a dar a su hijo en adopción.

–¿Han cancelado tus clases particulares?

–Sí. Lo han cancelado todo. Todo el mundo se ha quedado en casa.

Cat iba un año retrasada con respecto a los estudiantes de su edad; en otoño empezaría su penúltimo curso, en lugar del último, pero se le daban muy bien las matemáticas y ya ejercía de tutora de alumnos mayores que ella. Cuando se empecinaba en algo, Cat era muy inteligente. El truco consistía en mantener la atención en algo concreto.

Tras dar a luz a Michael, se había sacado el curso sin problemas, con un sobresaliente en todas las asignaturas. Lo que no había conseguido era hacer amigos. Cat se había enfrentado a más vida y más muerte que otros chicos de su edad, y eso hacía que le resultara difícil hacer cosas normales con chicas normales. Tenía un novio, Al, pero había roto con él a principios de curso; decía que no podía ocuparse de las clases y de él al mismo tiempo. Serena creía que la verdadera razón era que le daba miedo que una relación se volviera demasiado seria.

También sabía cuánto echaba de menos Cat su antigua vida. Vivir en la calle era lo que conocía, lo que se le daba bien. Sin ello, se sentía como un pez fuera del agua.

–Oye, necesito que me ayudes con una cosa –dijo Serena.

–¿El qué?

Serena le tendió una fotografía de un hombre de mediana edad con barba.

–¿Lo reconoces?

–Claro, es Eagle. Todo el mundo conoce a Eagle.

–Háblame de él.

–Es el tío más mayor de los que viven en la calle –explicó Cat–. Tuvo una vida normal hasta que la bebida le pasó factura. Al final se bebió su matrimonio, su casa y su trabajo. Me caía bien. Era listo, como yo. Siempre

me pinchaba para que fuera a la escuela. A veces se inventaba acertijos para que yo los resolviera, y no paraba hasta que lo hacía. Eso cuando estaba sobrio, claro, cosa que no pasaba muy a menudo.

–¿Lo has visto últimamente por la ciudad? –preguntó Serena.

–No. Eagle es un ocultador.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Si él no quiere que lo encuentres, no lo encontrarás. Muchos vagabundos pasan todo el tiempo en el mismo sitio. Una vez sabes dónde están, puedes encontrarlos allí casi siempre. Eagle es distinto. Sabe cómo colarse en sitios en los que no debería estar, y suele dormir en un lugar distinto cada noche. Fue él quien me enseñó lo fácil que es colarse en el centro de convenciones por la noche; casi siempre hay una puerta abierta.

–¿Roba para conseguir dinero? –quiso saber Serena.

Cat le dedicó una escueta sonrisa.

–No, no es de esos. No es como yo. Y tampoco le va mucho lo de pedir limosna. Por lo general conseguía unos pavos cortando el césped o apartando la nieve de la entrada de la casa de alguien, y luego bebía hasta que se quedaba sin pasta. ¿Por qué me preguntas por él?

–Eagle estuvo en la tienda de la Duluth Outdoor Company la semana pasada –le explicó Serena–. Le dio una especie de ataque y llamaron a Emergencias, pero se marchó antes de que llegara la policía.

Cat frunció el ceño.

–Qué raro.

–¿Por qué lo dices?

–A Eagle no le gusta acercarse a Canal Park. Detesta a los turistas. Le molestan las miradas condescendientes que le lanzan.

–Entonces ¿se te ocurre alguna razón por la que pudiera haber ido a la tienda?

–No –contestó Cat–. Oye, ¿no creerás que Eagle tuvo algo que ver con la explosión? No es su estilo. Es un tipo inofensivo.

–No, no lo creo –repuso Serena.

–Entonces ¿por qué te interesas tanto por él?

Serena pateó el suelo arenoso y se hizo la misma pregunta. No tenía ninguna razón para creer que el comportamiento de Eagle en la tienda tuviera importancia, pero por alguna razón no podía dejarlo correr. Había aprendido que, cuando su instinto olfateaba algo, debía hacerle caso.

–Si quiero hablar con Eagle, ¿dónde puedo encontrarlo? –preguntó–.

Teniendo en cuenta que, por lo que me has dicho, se le da bien que no lo encuentren.

Cat sonrió.

–Tú no lo encontrarías, pero yo sí.

–¿Cómo?

–Puedo preguntar a algunos amigos –contestó Cat.

Serena negó con la cabeza.

–No.

–Vale. Puedes intentarlo tú sola, pero no hablarán contigo. Eres poli.

–No voy a dejar que vuelvas a ese mundo –insistió Serena.

–Bueno, pues entonces vente conmigo. Podemos hacerlo las dos juntas.

Serena la observó detenidamente. No le gustaba la idea de que Cat se relacionara con personas de su antigua vida, pero también sabía que el hecho de pedirle ayuda supondría un acicate para la chica. Todos necesitamos tener un propósito en la vida.

–De acuerdo –concedió–. Tú ganas.

Cat parecía satisfecha consigo misma. Se arrodilló sobre la playa y dejó que la arena le resbalara entre los dedos. Una ola pequeña rompió a sus pies. Se volvió hacia Serena.

–Y ¿qué le vas a decir a Eagle cuando lo encontremos?

–Quiero saber por qué fue a la tienda ese día –contestó Serena–. No te preocupes, no quiero meterlo en ningún lío.

–¿Qué es lo que crees que sabe?

–No tengo ni idea. Lo más probable es que nada.

La chica entornó los ojos hacia el sol y meneó la cabeza. Conocía demasiado bien a Serena.

–Vamos, seguro que tienes una corazonada. Siempre dices que tu instinto descubre la verdad antes que tú.

Serena se inclinó sobre ella, sonrió y le apartó los mechones de pelo suelto de la cara.

–La verdad es que tienes razón. No sé por qué, pero mi instinto me dice que Eagle sabe quién es el terrorista.

Maggie aparcó el Avalanche en el aeropuerto de Cloquet, situado en medio de los monótonos campos de cultivo que quedaban al oeste de la ciudad y rodeado por enormes extensiones de bosques. Entre el puñado de coches que había en el aparcamiento, divisó un Escalade con matrícula MM.

Michael Malville.

Oyó justo por encima de su cabeza el zumbido del motor de una avioneta que descendía con las alas temblando a causa del viento. La aeronave aterrizó en la pista, pero, en lugar de aminorar la velocidad, aceleró para volver a despegar y empezó a dibujar un perezoso arco en el cielo. Alguien estaba tomando clases de vuelo.

El novio de Maggie, Troy, tenía licencia de piloto, así que a lo largo del último año ella había estado en muchos aeropuertos pequeños. El hecho de subirse a un avión con él dejaba claro hasta dónde llegaba su confianza: Maggie tenía un miedo cerval a volar. Seguía gritando cada vez que despegaban y se negaba a volar si el cielo no estaba completamente despejado. Aun así, había empezado a comprender la libertad que sentía Troy cuando estaba en el aire.

Encontró a Michael Malville preparando un Cirrus SR22 para volar. Se trataba de una bonita avioneta de hélices con un solo motor y parecía nueva de fábrica, con una capa reluciente de pintura azul oscuro. Igual que le pasaba a Troy, Malville parecía sentirse como en casa dentro de su avioneta. Dejó lo que estaba haciendo al ver a Maggie acercarse y cruzó los brazos sobre el pecho. Su cabeza, rapada al cero, despedía un brillo rosado fruto de las muchas horas pasadas bajo el sol. Llevaba un polo rojo, pantalones de pinza y unas Ray-Ban que le ocultaban los ojos.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Su mujer me ha dicho que estaba aquí.

El hombre abrió la puerta de la cabina y alargó el brazo para coger una taza plateada de viaje, dio un sorbo al café y se limpió la boca.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—Para empezar, podría contarme en qué demonios estaba pensando anoche cuando colgó ese tuit —dijo Maggie dejando que el enfado se

trasluciera en su tono de voz.

–No he infringido ninguna ley –replicó él.

–No estoy hablando de leyes, sino de sentido común. Podría haberme llamado. Podría haber telefoneado a la línea de colaboración ciudadana, o a Emergencias. En lugar de eso, tuvo que darse postín para que sus amigos de Twitter creyeran que es un héroe.

–No fue eso lo que hice.

–¡Ah!, ¿no? No sé qué cree que hacía, pero provocó una situación peligrosa. Un agente de policía ha muerto.

Malville la señaló con el dedo.

–Ni se le ocurra echarme a mí la culpa de eso.

–¿Por qué hizo pública esa información, señor Malville? Es demasiado listo para hacer algo así.

El hombre se quitó las gafas de sol.

–¿Por qué no confié en la policía? Vaya, pues no sé... Supongo que hay algo en mi pasado que me hizo pensar que no me escucharían cuando les contara la verdad.

–Ya veo. Sigue resentido por aquellos crímenes.

–Vaya si lo estoy –le espetó él–. Mi fe en el gobierno, y en ustedes, se sitúa en un nivel en torno al cero. Así que no me dé sermones, sargento. Conseguí resultados. Las cosas ocurrieron muy deprisa. Si hubiera llamado para dar una pista, ¿cuántos días habrían pasado hasta que alguien se la tomara en serio o hasta que la información superara los trámites burocráticos del FBI? Y mientras tanto, ese tipo se habría marchado a otra ciudad con otra bomba.

Maggie esperó mientras la avioneta que había visto antes descendía para realizar otra práctica de aterrizaje y despegue. El ruido hacía imposible la conversación. No culpaba a Malville por estar enfadado con la policía, pese a que ni Stride ni ella habrían podido hacer las cosas de manera distinta dos años atrás. Uno planteaba cuestiones y tomaba decisiones basadas en la mejor información de la que disponía. Por aquel entonces, las pruebas indicaban que Malville era un asesino en serie.

–Cuénteme otra vez lo que vio –le pidió Maggie una vez el avión volvió a estar en el aire.

–Ya se lo conté el sábado. Un musulmán con una mochila se abalanzó sobre mí, que estaba con Evan frente a la tienda de discos Electric Fetus. Se dirigía a Canal Park y ocurrió pocos minutos antes de la explosión. Desde

entonces he estado revisando una por una todas las fotos que la gente ha colgado en internet, para ver si podía identificarlo. Y lo he hecho. Estaba a pocos metros del lugar de la explosión, segundos antes de que ocurriera, sin mochila. Tal vez al FBI o a ustedes eso no les baste, pero a mí sí.

–Si hubiera acudido a nosotros con esa información, habríamos actuado de inmediato –indicó Maggie.

–Bueno, ahora es fácil decirlo. Mire, siento mucho lo que le ha pasado a ese agente de policía. De verdad. Si fue Rashid quien le disparó, eso no hace más que demostrar que yo tenía razón. Rashid es el hombre al que buscan. Y es peligroso, vaya si lo es.

–¿Está absolutamente seguro de que Khan Rashid es el hombre que chocó con usted en Superior Street? –preguntó Maggie.

–Sí.

–Porque nosotros también hemos examinado las fotos y no hemos conseguido situarlo en Superior Street con una mochila.

–Era él –insistió Malville.

–¿Cuánto tiempo se pasó estudiando fotos de internet del día de la maratón antes de encontrar la que luego colgó en Twitter?

Malville vaciló.

–Desde que llegué a casa el sábado.

–¿Durmió algo el sábado por la noche?

–No mucho –admitió él.

–Lo lamento, señor Malville, pero el hecho es que estaba falto de sueño, enfadado y bajo una fuerte presión emocional, y además se había pasado horas mirando miles de rostros intentando encontrar a alguien a quien admite que apenas vio durante unas décimas de segundo el día anterior. ¿Es posible que se equivocara?

–Sé muy bien lo que vi.

Maggie se había enfrentado muchas veces a esa seguridad por parte de los testigos oculares. Estaban absolutamente convencidos de lo que recordaban. Podían ver mentalmente un rostro. Podían señalar a un sospechoso en la rueda de reconocimiento y señalarlo en el juicio.

Y demasiado a menudo, se equivocaban de cabo a rabo.

–No le estoy echando la culpa a usted, señor Malville, pero esto es importante.

–¿Por qué? ¿Por qué cree que me equivoco? ¿Porque esperaba que el terrorista fuera un cristiano blanco como yo? Pues siento decepcionarla; es

una lástima, pero se trata de otro islamista radical.

–Lo único que quiero saber es si está usted completamente seguro – insistió Maggie.

Malville se puso las Ray-Ban y volvió a concentrarse en su avión.

–Estoy seguro al cien por cien, sargento. Khan Rashid es el hombre al que vi. Y ahora, ¿qué le parece si se dedican a buscarlo antes de que mate a alguien más?

Wade Ralston dio unos pasos vacilantes por el pasillo del hospital Saint Luke's. El dolor provocado por la incisión quirúrgica del vientre le impelía a contraer el rostro, aunque todas las enfermeras aseguraban que estaba mejorando. Volvía a vestir ropa de calle y al día siguiente podría irse a casa. Podría regresar al trabajo y seguir con su vida.

Wade vio a Travis en la sala de espera del hospital. El chico estaba como muerto. Wade avanzó renqueando, se sentó en el sofá, junto a él, y respiró hondo varias veces mientras esperaba a que el dolor remitiera. En la habitación hacía calor y no tardó en empezar a sudar. Apretó la mandíbula, porque ver a Travis le ponía furioso. Por Joni. Por todo lo que había sucedido.

–Oye, colega –murmuró Travis como si hubiera percibido el resentimiento en el rostro de Wade–. Me siento muy mal.

–¿Por qué?

–Debería haberla salvado. No es justo que yo esté aquí y Joni no.

–No sé quién te dijo que la vida era justa –repuso Wade–. Porque no lo es.

–Ya, ya lo sé.

–¿Cómo está Shelly? –se interesó Wade.

–Está viva, aunque no sé de qué sirve.

–¿Le has contado lo de Joni?

Travis asintió sin decir nada mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¿Y lo de sus piernas? ¿Lo sabe?

–Sí. Me ha soltado toda esa mierda sobre Dios y que Jesús cuidará de ella. No sé cómo puede hablar así. Yo lo único que quiero es que me dejen diez minutos a solas con el tipo que hizo esto. Diez minutos para amputarle a él las piernas, ¿sabes? Quiero hacer algo.

Wade observó a Travis. El grandote y buenazo de Travis, fuerte como un toro, guapo como uno de los hermanos Hemsworth. El chico tenía razón.

Debería estar muerto. En lugar de eso ahí estaban los dos, sentados codo con codo en el sofá de un hospital.

–¿Tú crees en Dios, Travis? –preguntó Wade.

–Qué va.

–Tal vez deberías. Tal vez Shelly tiene razón.

Travis frunció el ceño en un gesto de desconcierto.

–¿De qué me hablas, Wade?

–¿Qué posibilidades había de que sobrevivieras a la explosión? Piénsalo. ¿Una entre un millón? No puede ser una casualidad; tiene que haber una razón para que salieras ileso.

–¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué razón es esa?

–No lo sé, pero tal como yo lo veo, Dios te salvó. Estabas justo allí, y Dios te salvó. Da la sensación de que Él tiene una misión para ti; si no, estarías bajo una losa, como Joni.

Travis entrelazó las manos en lo alto de la cabeza.

–Colega, si es así, ha escogido al tipo equivocado. En toda mi vida no he hecho nada que merezca la pena.

–Bueno, tal vez ahora tienes una segunda oportunidad.

–¿Para qué? –preguntó Travis.

Wade echó un vistazo a la sala para asegurarse de que estaban solos.

–Para lo que acabas de decir –aclaró bajando la voz–. Para hacer alguna cosa.

Khan se despertó en una casa vacía.

Estaba tendido de espaldas sobre el suelo de madera. Se incorporó apoyándose en los codos y notó el dolor en todos los músculos del cuerpo. También en la cara, donde el hombre del súper le había alcanzado. No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido. Lo único que recordaba de sus sueños era la cara del agente de policía en el cementerio, que lo perseguía como un ángel oscuro.

El orificio en su cabeza.

La mirada de sus ojos sin vida.

Se hallaba en una sala de estar sin muebles y tardó un rato en recordar cómo había llegado allí. No había nada que le resultara conocido. En la pared vio alcayatas en los lugares donde en algún momento habían colgado cuadros. El suelo estaba cubierto por una capa de polvo en la que se distinguía la huella borrosa de unos pasos. Las gruesas cortinas estaban corridas, así que no tenía manera de saber si era de día o de noche. Sabía que se había saltado las oraciones, aunque no cuántas veces.

Khan se puso en pie. Sobre su piel había regueros de sangre seca. Sintió un pinchazo de dolor en los cortes de los brazos y las piernas. Se acercó a las cortinas, pero, al alargar la mano para correrlas, notó que había alguien a su espalda. Se dio la vuelta y ahí estaba Malik. Su amigo lo cogió de la muñeca y apretó con fuerza.

—No toques las cortinas —le dijo.

—¿Por qué?

—El barrio está lleno de policías. Te están buscando. No podemos permitir que alguien te vea aquí.

Malik se dio la vuelta y se dirigió a la cocina, seguido por Khan. Igual que el resto de la casa, la estancia estaba vacía. Ni mesa ni sillas. Ningún electrodoméstico sobre la encimera. La puerta de uno de los armarios estaba abierta y en su interior había unas cuantas migas y un polvo blanco: harina. La nevera estaba desenchufada. Malik cogió una botella de té Lipton, desenroscó el tapón y dio un trago. Luego se la tendió a Khan.

—¿Quieres un poco?

Khan iba a decir que no cuando se dio cuenta de que tenía sed, así que agarró la botella y se bebió el resto del té dulce y caliente. Al terminar se secó la boca y preguntó:

–¿Dónde estamos?

–La casa se encuentra al final de Redwing Street, frente al campo de golf de Ridgeview.

–¿Quién es el dueño?

Malik se encogió de hombros.

–¿Ahora? Un banco. Uno de mis amigos de Minneapolis trabaja en el departamento de ejecuciones hipotecarias y me dio las llaves. Desde fuera parece abandonada; el césped está descuidado. Tengo que vigilar al entrar y salir para asegurarme de no despertar la curiosidad de los vecinos.

Khan no preguntó nada acerca de los amigos de Malik; no quería saber quiénes eran.

–¿Alguien más sabe que estoy aquí?

–Solo yo.

–Tengo que llamar a Ahdia.

–No. Lo siento, Khan, pero no es posible; por muchas razones. Si te dejas usar mi móvil me arriesgo a que alguien lo rastree y nos localice. Y de hecho lo más probable es que el teléfono de Ahdia esté apagado, para que nadie del FBI pueda rastrearla a ella.

–¿Dónde está?

–Se ha marchado –contestó Malik–. Pak y ella desaparecieron ayer por la noche; en las noticias no hablan de otra cosa. Eres un hombre muy buscado, Khan, y tu familia también.

–¿Adónde ha ido?

–No lo sé. Lo bueno es que la policía tampoco parece saberlo. Si no, ya puedes apostar a que la tendrían en un calabozo vete a saber dónde, y a tu hijo lo habrían llevado a los servicios de protección del menor. Estoy intentando averiguar a través de mis contactos adónde ha ido. Lo más probable es que siga en la ciudad, y no muy lejos. Si ha escapado, no lo ha hecho sola. Alguien la ayudó.

Khan pensó en ello.

–Haq.

–Sí, yo también he pensado en él –confirmó Malik.

–Llámalo.

–No puedo, no sería seguro. Además, ya sabes que Haq y yo no siempre

estamos de acuerdo. No te preocupes, Khan, estoy seguro de que Ahdia y Pak están a salvo. Hablaré con un amigo y él hablará con un amigo, y en algún lugar de la cadena averiguaré dónde se encuentra. Ten paciencia.

Khan echó un vistazo a la casa vacía, que le parecía una cárcel. No tenía ninguno de los olores ni de las comodidades de su hogar. Khan quería oler el sándalo y el jazmín. Quería besar a su mujer y salir al aire libre para conducir su taxi.

–¿Paciencia? ¿Cómo voy a tener paciencia? ¿Qué está pasando? Malik, ¿de qué va todo esto?

Malik no contestó. Se limitó a coger otra botella de té del suelo y regresar a la salita, donde se sentó sobre la capa de polvo con las piernas cruzadas. Khan estaba demasiado inquieto para sentarse; empezó a andar arriba y abajo, de la puerta de la cocina a las cortinas y vuelta. Al final se arrodilló frente a su amigo.

–Por favor, dime qué está ocurriendo.

–Lo que está ocurriendo es exactamente aquello sobre lo que te advertí. Llevan desde el sábado buscando una cara musulmana y por fin han encontrado una. La tuya.

–Pero ¿cómo?

Malik se sacó el móvil del bolsillo y le enseñó una foto a Khan. Este ya la había visto; era la misma que había blandido frente a su rostro el hombre del supermercado. «¿Este es usted? Porque se le parece mucho.» Y sí, era él. En la imagen se veía a Khan apresurándose a volver a su taxi desde Canal Park el día de la maratón. Segundos después la bomba había estallado y él había vuelto atrás para unirse a la multitud aterrorizada y prestar ayuda.

–La foto está circulando en Twitter –le explicó Malik–. Dawn Basch aseguró que tú eras el terrorista, y ahora todo el mundo cree que es verdad y te está buscando.

–Sí, estaba allí, ¿y qué? –protestó Khan–. ¿Qué quiere decir eso? Y sí, me comporté como un estúpido: mentí a la policía. Pensaba ir hoy a comisaría para explicárselo.

Malik le dedicó una sonrisa tensa.

–¿Explicar el qué? ¿Que en realidad estabas buscándome? Vaya, muchas gracias, Khan.

–Lo siento, pero si eres responsable del horror...

–No fui yo.

Khan entornó los ojos y trató de dilucidar si Malik decía la verdad.

–¿No fuiste tú quien puso la bomba?

–No.

–Malik, estuve en tu apartamento. Encontré un folleto de la maratón y también un trozo de cable de cobre.

–Me llamas pidiendo ayuda, arriesgo mi vida por ti, ¿y ahora me interrogas?

–Tengo que saber lo que has hecho –repuso Khan.

–Lo sabes perfectamente. Ya te lo he dicho: no fui yo. Habíamos hablado de la maratón, pero ese no era el plan.

–Y ¿cuál era el plan?

–No importa. Lo que te ha pasado lo cambia todo.

–Si no fuiste tú, puedo ir a la policía –insistió Khan–. Puedo explicarles lo que pasó en realidad. Puedo aclarar todo esto.

–Es demasiado tarde. La foto se ha hecho viral porque un hombre asegura que te vio minutos antes de la explosión con una mochila. En la foto no llevas ninguna. Todo el mundo se ha precipitado a sacar la conclusión más obvia: tu mochila quedó hecha trizas en algún punto del recorrido de la maratón, junto con los restos humanos de las personas a las que mutilaste y mataste.

Khan retrocedió con una expresión de horror en el rostro y se lo cubrió con manos temblorosas.

–Eso es demencial. ¡Si ni siquiera tengo mochila!

–Y ¿crees que a alguien le importa? ¿Cómo vas a demostrarlo? Además, ahora tienes otros problemas. Mataste a un agente en el cementerio; los polis te tienen muchas ganas, colega.

–¡Yo no lo maté! ¡Ni siquiera tengo pistola!

–Los testigos afirman que te vieron con una –señaló Malik.

–¡Se equivocan! El hombre que me abordó en el supermercado tenía una pistola. Era suya, no mía.

Malik se puso en pie y se colocó frente a Khan; su rostro revelaba su enfado.

–No lo pillas, ¿no? ¡La verdad no sirve de nada! ¡A nadie le importa la verdad! La gente dice que tenías una pistola y ahora hay un poli muerto con una bala en la frente. Para el resto del mundo, la cosa está clara: has sido tú.

Khan abrió mucho los ojos, incrédulo.

–Es imposible que esto esté pasando. Ni siquiera sé lo que ha ocurrido. ¡No fui yo! ¡Yo no le disparé!

–Despierta, Khan. Para ellos, tú eres quien puso la bomba. Eres su asesino. Y si te encuentran y te abaten a tiros, no podrás alegar que no es así.

–Entonces ¿qué hago?

–Por ahora, nada. Lee el Corán; te he traído el mío. Reza y pídele a Alá que te oriente.

–No puedo quedarme aquí sentado. Ahdia me necesita, tengo que ir a buscarla.

–Te he dicho que me he puesto en contacto con algunos amigos. Me enteraré de dónde se ha refugiado. Pero tú no puedes ir a ninguna parte mientras sea de día. Con suerte, podré enviarle un mensaje a Haq para que consiga un abogado, y que este encuentre una manera de mantenerte a salvo. Hasta entonces, no puedes moverte de aquí, amigo. No te acerques a las ventanas y las puertas. Si llama alguien, no abras. Volveré en cuanto pueda.

–¿Te marchas? –preguntó Khan–. ¿Adónde vas?

–No puedo arriesgarme a encender el móvil si estamos juntos. No sé a quién tienen vigilado y a quién rastrean; si el FBI se pone a investigar, los llevaría directos a ti. He aparcado el coche al otro lado del campo de golf. Ahora tengo que irme. No te preocupes, volveré en cuanto me cerciore de que el lugar es seguro.

Malik se volvió hacia la parte trasera de la casa; Khan le dio un abrazo.

–Gracias, amigo. Ten cuidado.

–Lo tendré.

–Siento haber dudado de ti.

Malik le dedicó una mirada indescifrable y no contestó. Luego desapareció entre las sombras y Khan oyó el sonido de la puerta de atrás al abrirse y cerrarse.

–He fallado –le dijo la agente Durkin a Stride–. He fallado dos veces.

A Stride le pareció que buscaba que él se lo reprochara. Que chillara. Que se pusiera a soltar tacos y le dijera que iba a pedir al agente Maloney que le retirara la pistola y la placa. No le bastaba con autoflagelarse: quería que los demás también la castigaran. Durkin era la clase de agente a la que le costaba gestionar sus propios errores. A él le había pasado lo mismo durante mucho tiempo.

–Estas cosas pasan, Durkin –le contestó.

–A mí no. Soy una tiradora de primera. Nunca fallo.

–El campo de tiro no es lo mismo que la vida real, lo sabes. Tenías todo en contra: estaba oscuro, llovía a cántaros, había árboles entre Rashid y tú. Y habías cruzado el cementerio a la carrera.

–No me interesan las excusas –replicó ella.

–No son excusas. Son hechos.

–He fallado –repitió ella–, y por eso Rashid tuvo la posibilidad de disparar al agente Kenzie y huir.

–Su muerte no es culpa tuya –insistió Stride.

Durkin se quedó en silencio. Estaba sentada a un extremo de una mesa de reuniones pequeña, y Stride se sentaba frente a ella. Por ahora eran las dos únicas personas de la sala. El aire acondicionado zumbaba por encima de sus cabezas. Habían llenado la pequeña sala de reuniones de pizarras y ordenadores, y la habían equipado para poder mantener videoconferencias. Llevaban media hora esperando a que llegara el agente Maloney.

–Sé que no te caigo bien –le soltó ella–. ¿Por qué intentas ser amable conmigo?

Stride se encogió de hombros.

–Sé cómo te sientes; todos hemos hecho cosas que nos gustaría deshacer. La verdad es que estaría bien ser superhéroes como Mitch Rapp o Jack Reacher, pero no lo somos.

–Es la primera vez que he tenido que disparar en un escenario real –le explicó Durkin–. No ha sido lo que me esperaba.

–No.

–¿A ti también te ha pasado? –quiso saber ella.

–Varias veces.

–¿Has matado a alguien?

–No.

–Siempre creí que estaría a la altura –dijo Durkin–. Uno solo hace lo que tiene que hacer, ¿no? Ahora me pregunto si... –Se interrumpió.

–¿Qué? –preguntó Stride.

Había detectado una grieta en su gruesa coraza.

–Me pregunto si fallé el tiro porque, en el fondo, me daba miedo matar a alguien.

–Es muy fácil censurar a posteriori lo que pasa en una décima de segundo. No utilices eso para juzgar la clase de agente que eres.

–Una agente que debe ser capaz de quitarle la vida a alguien si es necesario –contestó Durkin.

–Así es, pero si alguien te dice que eso es fácil..., bueno, yo no querría a esa persona en mi equipo.

Cuando Durkin parecía a punto de darle las gracias, la puerta se abrió y el agente especial Maloney entró en la sala de reuniones. Llevaba un café en un vaso de poliestireno, un flamante bloc de notas con páginas amarillas pautadas y dos bolígrafos Uni-ball. En algún momento del día anterior se las había apañado para ir a cortarse el pelo.

Al entrar su jefe, la agente Durkin endureció la expresión de su rostro, que se volvió como el cemento, desprovisto de cualquier emoción.

–En lo que llevamos de día ya he hablado por teléfono con el alcalde, el gobernador y el presidente –les informó Maloney mientras se sentaba–. No tengo respuestas que darles, y es una situación en la que no me gusta estar. Vamos a revisar en qué punto se encuentra el caso en lo que respecta a la policía local.

Maloney siempre se centraba en el trabajo, y eso era algo que a Stride le gustaba de él.

–¿Han podido confirmar si alguien ha visto a Khan Rashid desde ayer por la noche? –preguntó Maloney.

–Nos hemos pasado el día investigado decenas de llamadas recibidas en la línea de atención ciudadana –explicó Stride–, pero no hemos conseguido resultados. Estamos llevando a cabo una búsqueda exhaustiva dentro del perímetro que establecimos ayer por la noche, pero ahí arriba hay muchas zonas boscosas y tierras baldías. Es posible que haya esquivado nuestros

controles de carretera, y si es así, a estas alturas podría estar en cualquier parte. La buena noticia es que la foto sale en todos los noticiarios y en las redes sociales no se habla de otra cosa. Le resultará difícil desplazarse sin que alguien lo reconozca.

–¿Qué hay de su red de apoyo?

–Su esposa es su única pariente adulta. Por lo que sabemos, no tiene muchos amigos íntimos.

–Aparte de Malik Noon –intervino Durkin.

Stride asintió.

–También lo estamos buscando.

–La mujer y el hijo de Rashid no escaparon solos –añadió Durkin–. Alguien tuvo que ayudarlos. Alguien que los mantiene ocultos. Y quizá también a Rashid.

–¿Teniente? –preguntó Maloney–. ¿Está de acuerdo?

–Sí; Ahdia Rashid no se llevó el coche. Sin ayuda, no podría haber ido muy lejos a pie con un niño. Sobre todo de noche y en plena tormenta.

–¿Contactó alguien con ella antes de que desapareciera?

–No hay llamadas entrantes ni salientes en su línea fija ni en su móvil ayer al anochecer. Su móvil dejó de emitir señal a la hora aproximada en que estábamos persiguiendo a Khan. Desde entonces no lo ha encendido.

–A lo mejor usan teléfonos de prepago –sugirió Durkin.

Stride frunció el ceño.

–Puede ser, pero eso supondría que Ahdia forma parte de la conspiración.

–Las esposas musulmanas no tienen por qué ser florecillas inocentes –le recordó Durkin–. ¿Te acuerdas de San Bernardino? [1](#) Si están juntos en esto, tenían que saber que era más que probable que llegara este momento. Mira dónde está su casa: justo al borde de un área densamente arbolada. Es sencillo escapar para dirigirse a un punto de encuentro previamente establecido.

–Lo mismo podría decirse de la mitad de las casas de Duluth –repuso Stride–. Hasta el momento no hemos encontrado ningún indicio de radicalización en Ahdia Rashid. Trabaja en Cirrus; esta mañana hemos estado allí y sus compañeros se deshacen en elogios hacia ella. Igual que sus vecinos. La describen como una persona alegre, simpática y extrovertida. Ni peleas ni conflictos religiosos.

–Eso no significa nada –objetó Durkin.

Maloney asintió.

–Por desgracia, la agente Durkin tiene razón. Las apariencias engañan. ¿Qué hemos averiguado sobre Khan Rashid? ¿Sabemos algo más?

–Es callado –explicó Stride–. Los vecinos dicen que es reservado, aunque su comportamiento nunca les hizo sospechar nada.

–¿Religioso? –preguntó Maloney.

–Mucho, pero no hay señales de extremismo. Mi fuente insiste en que nos equivocamos con Khan.

Maloney asimiló esa información sin reaccionar. Estaba sentado muy erguido en la silla. Nunca se recostaba. Nunca daba golpecitos con un dedo ni sacudía el pie.

–El registro de esta mañana en casa de Rashid no nos ha proporcionado nada de interés –los informó Maloney–. Aún estamos examinando su ordenador por si hay pruebas de contactos radicales, pero no hemos encontrado restos de explosivos ni de material para fabricar bombas en la propiedad.

–¿Pistolas? –preguntó Stride.

–Nada.

Stride meneó la cabeza.

–Rashid Khan ni siquiera tenía licencia de armas. Tengo que decir que esta pareja no encaja de ningún modo en el perfil del terrorista típico.

–Tal vez, pero eso no los convierte en inocentes –repuso Maloney–. Rashid era amigo del hombre al que identificó tu fuente. Malik Noon. Si Noon se había radicalizado, podría haber reclutado a Rashid y probablemente también a su mujer. La gente tarda un tiempo en detectar un cambio en el comportamiento de alguien, sobre todo si esa persona se esfuerza por disimularlo.

Stride sabía que era cierto. Había conocido a un montón de asesinos que habían mostrado al mundo un rostro benévolo. Tenían hijos. Iban a trabajar. Sonreían a sus amigos. Y al mismo tiempo, planeaban actos atroces en sus oscuros corazones y luego los ejecutaban. Stride sabía todo eso, pero aquel crimen seguía sin tener sentido.

Pensó en lo que Haq le había dicho por teléfono. «Khan no es tu hombre, Jonathan.»

–Parece que algo le ronda la cabeza, teniente –señaló Maloney.

–Así es.

–Y ¿de qué se trata?

–¿La verdad? Es el coco.

Maloney frunció el bigote en un gesto de desconcierto.

–¿Disculpe?

–Rashid fue al supermercado a comprar una bolsa de coco rallado. La encontramos en el suelo, delante de la tienda. Sé que es un hilo pequeño, pero cuando tiras de todos esos hilos, las cosas empiezan a desenredarse. ¿Por qué salió Khan Rashid con prisas de su casa para comprar coco el día después de haber puesto una bomba en la maratón? No tiene sentido.

–Dzhokhar Tsarnaev volvió a su residencia universitaria después de la maratón de Boston como si no hubiera pasado nada –señaló Durkin–. Con todos mis respetos, Stride, creo que estás pecando de ingenuo.

–Durkin –murmuró Maloney en tono admonitorio.

–No, no importa –dijo Stride–. Es más que posible que tenga razón. Por lo que parece, Rashid disparó al agente Kenzie, y si eso es cierto, está claro que no es el hombre que aparentaba ser. Tengo la sensación de que todavía no estamos viendo la imagen completa.

–Debemos estudiar todos los aspectos de su vida para averiguar dónde podrían haberse visto sometidos los Rashid a influencias radicales –decidió Maloney–. Mientras tanto, la prioridad es encontrarlos. Teniente, hable otra vez con su fuente. Si los está ayudando alguien de la comunidad musulmana, tenemos que saber quién es.

–Lo haré.

–¿Qué hay de la muerte del agente Kenzie? –continuó Maloney–. ¿Han terminado ya la autopsia?

Stride asintió.

–Sí. El forense ha recuperado la bala que lo mató. En una situación normal la habríamos enviado al Departamento de Seguridad Pública de Saint Paul para que la analizaran, pero su gente ha insistido en que se hiciera en el laboratorio del FBI.

–Uno de nuestros agentes se dirige a Quantico con la bala y las armas halladas en el escenario del crimen –añadió Durkin–. El asunto tiene prioridad absoluta. Mañana deberíamos recibir noticias.

Maloney asintió.

–Bien. ¿Alguna cosa más?

–Yo tengo una pregunta sobre las fotos de la maratón –dijo Stride–. Una de mis agentes habló con el testigo que señaló en primer lugar a Rashid. Michael Malville. Está convencido de que vio a Rashid con una mochila en

Superior Street pocos minutos antes de la explosión. Me preguntaba si hemos encontrado pruebas fotográficas o multimedia que lo confirmen.

Maloney negó con la cabeza.

–No.

–¿Y en Canal Park? ¿Tenemos alguna foto de Rashid de camino a la escena del crimen portando una mochila?

Maloney y Durkin intercambiaron una mirada.

–La investigación en Canal Park ha sido problemática –admitió Maloney.

–¿En qué sentido? –preguntó Stride.

–Estoy seguro de que sabe que la organización de la maratón dispone de una cámara de alta definición ubicada en el tejado de su edificio, una cámara que capta imágenes de toda la calle. Así que tenemos una cobertura excelente de toda la zona durante la carrera entera. La hemos revisado numerosas veces, desde que amanece, pasando por la explosión y los momentos posteriores. Eso, además de todo el material que nos ha proporcionado el público.

–¿Y?

–Y nadie con una mochila entró en la tienda de la Duluth Outdoor Company. Ni una sola persona. No sabíamos cómo interpretarlo hasta que Durkin nos hizo caer en algo de lo que no nos habíamos dado cuenta en un primer momento.

–El establecimiento tiene una puerta trasera –intervino Durkin–. Estuvo abierta toda la mañana para la gente que entraba desde el callejón.

–Ahí no hay cámaras de seguridad –dijo Stride.

Maloney asintió.

–Por desgracia, así es. Por ahora, trabajamos con la hipótesis de que el terrorista introdujo la mochila desde el callejón y la dejó cerca de la puerta principal. Después, salió tranquilamente y se mezcló con la multitud. Eso hace que la identificación de sospechosos resulte extremadamente difícil, y por eso es tan importante la información del señor Malville. Él asegura que Rashid Khan llevaba una mochila.

–Si no fuera porque no tenemos ninguna foto de Rashid que lo confirme –observó Stride.

–Eso es cierto –reconoció Maloney–, pero sí que tenemos esto.

Pasó las hojas de su bloc y extrajo un brillante pedazo de papel fotográfico, que deslizó por encima de la mesa de reuniones hacia Stride.

Este cogió la foto.

En ella se veía a Khan Rashid salir por la puerta de la tienda de la Duluth Outdoor Company la mañana del día de la maratón.

–¿Curt Dickes? –preguntó Serena a Cat en tono exasperado–. ¿De verdad tenemos que hablar con Curt Dickes?

Cat sonrió, burlona. La capota bajada del Mustang de Serena hacía que el viento arremolinara su pelo castaño mientras se dirigían al norte por London Road y pasaban frente al edificio histórico Glensheen.

–Mira, ya sé que no te gusta Curt, pero si alguien sabe qué se cuece en la calle, es él. Y si alguien ha visto a Eagle hace poco, es él.

–No me gusta ese individuo porque es quien te chuleó y casi consigue que te maten –replicó Serena–. ¿Acaso ya no lo recuerdas?

–Claro que sí, pero sigue siendo un buen tipo.

Serena meneó la cabeza. Hablar con Cat sobre Curt Dickes era una pérdida de tiempo. Regresaba a él una y otra vez, como una hermosa abeja zumbando sobre una flor sarnosa.

En realidad, Curt no era peligroso. Como mucho era un estafador empedernido, y lo había sido desde que tenía quince años. Cada mes acababa en comisaría por un timo distinto; sus víctimas eran los asistentes a las ferias del centro de convenciones. Una vez fue una Viagra «canadiense» fabricada con vitaminas infantiles Flintstone trituradas. Otra, entradas a mitad de precio para un concierto de folk gratuito en el Amazing Grace. Si hubiera invertido la mitad de energía que dedicaba a sus tretas en un trabajo honrado, habría acabado siendo un emprendedor multimillonario. Sin embargo, Curt y el trabajo honesto nunca se encontraban en la misma ciudad al mismo tiempo.

–¡Ahí! –exclamó Cat–. ¡Ahí está la señal!

Serena distinguió una señal pintada a mano clavada en la cuneta de la autovía, cerca de la tenebrosa carretera de circunvalación que llevaba a Two Harbors. No pudo evitar recordar que el recorrido de la maratón pasaba por allí, antes de tomar el camino que bordeaba la orilla del lago entre las dos ciudades. El sábado, ella había corrido por aquel preciso lugar. Aún podía notar la llovizna sobre el rostro y oír el ritmo de su respiración, y ver el azul marino del agua del lago, acompañándola como un amigo.

En el cartel, alguien había escrito con una plantilla:

CERVEZA ARTESANA

Y debajo, garabateado con un rotulador grueso:

Sí, ¡está ABIERTO!

Serena giró por la calle que llevaba a Brighton Beach y la siguió hasta que los árboles se abrieron y apareció el lago encendido por el sol, cuyas olas borboteaban contra una estrecha franja de playa rocosa. Desde aquel ángulo, la ciudad resultaba invisible y el lago parecía infinito. Aparcó el Mustang entre una autocaravana Subaru Forester y un Prius. En la playa, dos niños chapoteaban en el agua fría, mientras una mujer que debía de tener la misma edad que Serena leía un libro de bolsillo sentada sobre las rocas. Más allá de la familia, vio a dos hombres que bebían con unos vasos rojos de plástico de la marca Solo. Estaban de pie, y junto a ellos había un chico sentado en una silla plegable de lona amarilla que estaba plantada y sumergida un palmo bajo la arena del lago.

Curt Dickes.

–¡Eh, Curt! –chilló Cat.

A Serena no le gustó el entusiasmo que percibió en la voz de la adolescente.

Cat corrió hacia la playa y, al reconocerla, Curt casi se cayó de espaldas con la silla al tratar de levantarse. Serena siguió a la chica, colocando la placa que llevaba en el cinturón de modo que fuera bien visible. Mientras se acercaba al agua, los dos bebedores de cerveza la distinguieron y retrocedieron con rapidez hacia el Prius.

Curt se puso en pie salpicando a Cat y la abrazó. Estaba rodeado de media docena de neveras portátiles de diversos tamaños y colores, y de los brazos de su silla de lona colgaban dos bolsas gigantes llenas de vasos de plástico.

–¡Serena! –la saludó Curt con su amplia sonrisa–. ¿O debería decir señora Stride? ¡Felicidades por la gran boda! *Mazel tov!*

Serena tuvo que esforzarse por no reír. Lo raro de Curt era que siempre parecía alegrarse genuinamente de ver a la policía, aunque estuvieran a punto de trincarlo.

Tenía veintiséis años y la constitución de un espárrago esquelético. Llevaba el grasiento pelo moreno, que le llegaba hasta los hombros, peinado hacia atrás. Su piel rezumaba un olor a colonia de almizcle que de algún

modo anulaba todos los frescos aromas procedentes del lago. No llevaba nada aparte de unos tejanos cortos y holgados, un tatuaje de un lobo en el antebrazo y un *piercing* en cada pezón.

–¿Qué diablos haces con todas estas neveras, Curt? –preguntó Serena.

–¡Cerveza artesana! La preparo yo mismo. Mierda de la buena, potente de verdad.

–¿La preparas tú mismo? –preguntó ella escéptica—. Vaya, nunca te hubiera asociado con un empresario como Dave Hoops.

Curt levantó la tapa de varias neveras y les mostró decenas de botellines de cerveza reutilizables.

–¡Ya ves! Tengo jalapeño IPA, cerveza negra Elton John Island Girl, litrona rubia, cerveza amarga belga Mauer's Tripel, y una cerveza de trigo que he bautizado como Miel Lésbica, porque sabe a... En fin, da igual. ¿Quieres probar alguna?

–No, gracias –contestó Serena.

Cat cogió un botellín de Miel Lésbica.

–¡Yo la probaré!

–Ni hablar –replicó Serena—. Sé que no voy a conseguir nada, pero aun así te lo preguntaré igualmente, Curt. ¿Tienes licencia para vender bebidas alcohólicas? Porque apostaría lo que fuera a que no.

–¿Licencia? Vamos, Serena. Yo soy un anarquista. Vive y deja vivir. Abajo la burocracia gubernamental.

–Ya. Eso me imaginaba.

–¿Cómo van las ventas? –preguntó Cat.

Curt levantó ambos pulgares.

–No podrían ir mejor. La mayoría de las licorerías aún están cerradas, y aquí estoy yo con todas las provisiones que necesita la gente para pasar una semana en el camarote.

–Allá tú si quieres sacar tajada de esta tragedia, Curt –dijo Serena.

La sonrisa del muchacho se esfumó. Se le veía sinceramente herido.

–Eso no es justo, tengo tantas ganas como el que más de que pilléis a ese tío. Soy un chico de Duluth, nacido y criado aquí. La maratón es sagrada.

Serena suspiró. No podía negar que Curt poseía un encanto extraño e incorregible.

–Vale, lamento insultar tu reputación como embajador de Zenith City, pero la fiesta de los botellines se ha acabado. En cuanto nos marchemos, tú también te largas, ¿vale? Y por hoy te lo dejo pasar, pero la próxima vez la

cerveza acabará en el lago.

Curt frunció el ceño, pero no protestó.

–Vale, vale, ya lo pillo. Oye, ¿y se puede saber qué es lo queríais vosotras dos?

Cat se inclinó hacia Curt y examinó los *piercings* de sus pezones con curiosidad malsana. Curt mostraba un interés parecido por la piel tostada del escote que se transparentaba bajo la camiseta de la maratón de Cat.

–¿Has visto a Eagle hace poco? –preguntó ella.

–¿A Eagle? No, hace una semana que no lo veo.

–¿Cuándo lo viste exactamente? –intervino Serena–. ¿Recuerdas qué día era?

–El miércoles, creo. Me compré un bollo en la panadería de Third Street y vi a Eagle en un callejón de la misma manzana.

Cat ladeó la cabeza.

–¿Sobrio?

–No. Estuve a punto de llamar a Emergencias; estaba completamente ido. Parecía que se había bebido varios litros de alcohol.

–Mierda –dijo Cat.

–¿Alguna idea de dónde podemos encontrarlo? –preguntó Serena.

Curt extrajo un botellín de Island Girl del hielo, la sirvió en un vaso, dio un sorbo y se secó la espuma de la boca.

–¿A Eagle? No. Buena suerte si queréis encontrarlo, la necesitaréis. Por lo que he oído, a veces se cuela en el sanatorio Nopeming si alguien le coge en autoestop para ir más allá de Midway. O se mete en los sótanos en los que hace calor. O a veces encuentra un porche o una ventana abierta, duerme en casa de alguien y se marcha antes de que se despierten. Nadie encuentra a Eagle a menos que él lo quiera.

–Te lo he dicho –le indicó Cat a Serena mientras tiraba de una de las barritas de plata del pecho de Curt–. ¿Te dolió mucho cuando te lo hicieron?

Serena intervino antes de que él pudiera responder.

–Estoy segura de que le dolió hasta el punto de que ningún ser humano querría hacerse lo mismo bajo ningún concepto.

A Cat se le escapó una sonrisita.

–No he dicho que yo quiera hacerme uno. Solamente tenía curiosidad.

–Muy bien, pues que siga así. –Serena no quería pensar en el día en que Jonny descubriera nuevos accesorios por debajo de la camiseta de Cat–. Curt, en serio, es muy importante que encontremos a Eagle. Tienes que ayudarnos.

–Bueno, la mayoría de la gente compraría un botellín a cambio de un favor como ese –contestó Curt guiñando un ojo.

–Yo no soy la gente –replicó Serena.

–Vale, vale. Para la mujer del teniente, cerveza gratis. Mira, no iba en broma lo de que solas no vais a encontrar a Eagle, pero puedo correr la voz. Si alguien lo ve me llamará, y yo llamaré a Cat, ¿vale?

–Mejor llámame a mí –respondió Serena.

–Eso. Mensaje recibido, alto y claro –concedió él haciendo un saludo militar.

–No te preocupes, Curt –dijo Cat poniendo los ojos en blanco–. Serena solo está en modo madre.

Resultaba asombroso cómo Cat siempre encontraba la forma de dejar a Serena fuera de juego, tanto en sentido positivo como negativo. Esta vez fue en positivo. Nunca antes había oído a Cat utilizar la palabra «madre» para referirse a ella, y la naturalidad con la que había salido de su boca le provocó una oleada de emociones que no esperaba.

–Tenemos que irnos –murmuró con la voz entrecortada.

–¿Una cervecita para el viaje? –preguntó Curt reclinándose en la silla de lona–. ¿Quieres llevarte una para Stride?

–No tientes tu suerte –replicó Serena.

–Vale, vale. Por curiosidad, ¿qué queréis de Eagle?

–El martes pasado hubo un incidente en la Duluth Outdoor Company –explicó Serena–. A Eagle le dio una especie de ataque y quiero conocer los detalles. ¿Sabes algo al respecto?

–¿La Duluth Outdoor Company? ¿No es allí donde estalló la bomba?

Curt podía ser muchas cosas, pero no era tonto.

–Así es.

Curt se frotó la barbilla con gesto pensativo, dio un trago a su cerveza y dejó la otra mano colgando en el agua.

–¿Por qué? –preguntó Serena–. ¿Te dice algo ese dato?

–Bueno, el miércoles vi a Eagle y noté algo. No sé si es importante o no.

–¿El qué?

Curt se señaló los pies desnudos.

–Eagle tenía zapatos nuevos. Nada de lo que tiene Eagle es nuevo, pero ese día, en lugar de las deportivas andrajosas de siempre, llevaba unas flamantes botas de montaña nuevecitas de fábrica. Como alguien que va habitualmente a Canal Park, te garantizo que eran de la Duluth Outdoor

Company.

El lujoso monovolumen que transportaba a Dawn Basch se detuvo frente a un viejo edificio de dos pisos delante del campus de la UMD. El conductor salió, rodeó el coche por la parte de atrás y abrió la puerta de los asientos traseros. Ella se alisó la falda roja y se atusó el pelo rizado.

–¿No os parece que hace un día precioso, chicos?

–Sí, señora –contestaron ellos al unísono.

Dawn se quitó sus enormes gafas de sol y las guardó en una funda dentro de su bolso. Con una sonrisa llena de dientes, avanzó calzada con unos zapatos de tacón alto por el camino que llevaba a la casa y examinó el exterior con las manos en las caderas. Era una vivienda pequeña pero bien conservada. Las paredes eran de color beis y el techo, de tejas rojas. Un frondoso seto cubría la mayoría de las ventanas de la planta baja. En el primer piso, dos ventanas contiguas daban a la calle, y Dawn vio a varios jóvenes reunidos tras el cristal, mirándola.

–¿Es aquí? –preguntó a uno de los escoltas.

El marine retirado, que llevaba el cabello pelirrojo cortado al rape, asintió.

–¿Estás completamente seguro? Aquí fuera no hay ningún cartel.

–Sí, señora. Lo he confirmado esta mañana.

–Excelente.

La puerta de la casa se abrió y un joven somalí que no debía de tener más de veinte años salió al porche. Llevaba un *kufi*, una camiseta con estampado de cachemira, unos tejanos y sandalias abiertas. La expresión de su rostro era lúgubre.

Dawn le dedicó un saludo animado.

Sacó un palo de *selfi* del bolso y colocó su móvil en la estructura de plástico. Ignorando a los hombres de la ventana del piso de arriba y a los que estaban en el porche, desensambló el palo metálico extensible y lo desplegó al máximo. Luego desbloqueó el teléfono, cambió la cámara a plano reverso y se dio la vuelta para quedar de espaldas a la casa; colocó el palo de *selfi* extendido frente a ella y pulsó el botón para sacar una foto.

Al acabar, revisó su móvil. En la fotografía lucía una amplia sonrisa –

siempre tenía una buena sonrisa dispuesta para cualquier ocasión—, pero sus ojos estaban medio cerrados y la casa quedaba cortada por debajo del tejado debido al encuadre de la foto. Volvió a extender el palo de *selfi* para intentarlo de nuevo.

—¡Eh! —llamó una voz.

Dawn se dio la vuelta. El somalí bajó del porche y se dirigió hacia ella por el camino que llevaba a la casa. Los escoltas de Dawn se acercaron entre sí, listos para interponerse entre el hombre y ella.

—Eh, ¿qué está haciendo? —le gritó el hombre.

—Estoy ejerciendo mi derecho a la libre expresión, joven.

Él señaló la cámara.

—No puede hacer fotos aquí.

—Ya, lo que pasa es que sí que puedo —repuso ella con una sonrisa radiante—. Quizás en tu país podrías impedírmelo, pero estamos en los Estados Unidos de América y voy a hacer fotos de lo que me dé la gana. Y ni tú ni tus amigos terroristas podéis hacer nada para impedírmelo.

El hombre gritó por encima de su hombro:

—¡Llamad a Haq!

Dawn volvió a centrar su atención en el palo de *selfi*. Lo colocó más alto, pero como le quedaba a metro y medio de la cara no distinguía si el encuadre era ahora mejor.

—Mark, no veo absolutamente nada —le indicó a su guardaespaldas pelirrojo—. ¿Puedes mirar si queda bien?

Él se inclinó por detrás de su hombro.

—Solo se ve el primer piso.

—¿Y ahora? —preguntó ella después de bajar un poco el palo.

—Mejor.

Dawn volvió a pulsar el botón, pero le tembló la mano mientras trataba de mantener el palo recto y la imagen salió borrosa. La mujer negó con la cabeza.

—No, no ha quedado bien. Esto se me da fatal.

—¡Eh! —volvió a oír.

Tres jóvenes más se habían unido al somalí en el jardín delantero de la pequeña casa. Dos de ellos tenían rasgos árabes y otro, del sureste asiático. El hombre árabe más alto, que tenía pelo hirsuto y negro, una nariz larga y cejas negras como el carbón, cruzó los brazos sobre el pecho.

—Usted es Dawn Basch, ¿verdad? —preguntó.

–Así es.

–Es usted una racista, ¿lo sabe? Según usted, todos los musulmanes son terroristas.

–Tienes razón, eso es lo que pienso y digo, y estoy muy orgullosa de ello.

–¿Con qué derecho hace eso? –quiso saber él.

–Está recogido en un documento que se llama Constitución, señor. Si quiero ponerme de rodillas aquí mismo y dibujar con tiza en el suelo a Mahoma cagando en la acera, también puedo hacerlo. No me importa si os ofende.

–Es usted un ser humano repugnante.

–No, los seres humanos repugnantes son los musulmanes que hacen estallar bombas y echan a la gente de sus casas y decapitan personas –replicó Dawn.

El joven somalí dio un paso hacia ella con gesto enfadado. Uno de los escoltas intervino y se apartó la solapa de la chaqueta para que quedara a la vista la pistola de su cartuchera. El joven somalí se detuvo y retrocedió.

–¡Están en nuestra propiedad! ¡Váyanse de aquí!

–No, de hecho, la acera no es vuestra, es de propiedad pública. Ahora, si me disculpáis, tengo que ocuparme de este estúpido palo de *selfi*.

–¿Quiere que le haga yo la foto, señora? –preguntó el escolta pelirrojo.

Dawn se rio.

–Ay, Mark, por eso te llevo siempre conmigo. Eres mucho más listo que yo. Aquí me tienes, perdiendo el tiempo con esto, y vienes tú a solucionarme todos los problemas.

Les dio la espalda a los hombres del jardín y dobló su palo de *selfi*. Mientras introducía el aparato en el bolso, distinguió a otro hombre que corría hacia ellos a toda velocidad procedente del campus de la UMD. Dawn lo conocía, y él la conocía a ella. Se habían visto las caras en numerosas ocasiones desde que Dawn había llegado a Duluth.

–Señor Al-Masri –saludó Dawn al tiempo que el hombre se deslizaba hasta pararse en el jardín de la casa, provocando que los escoltas se tensaran como perros enfurecidos–. ¿Ha venido a acosarme otra vez? Me alegra saber que el Consejo de Relaciones Americano-islámicas tiene claras sus prioridades después de un nuevo atentado musulmán.

–Señora Basch –repuso Haq–, ¿qué hace aquí?

–En este momento intento sin mucho éxito sacar una foto decente, pero

creo que Mark podrá encargarse de ello.

Le tendió el teléfono al guardaespaldas, que la encuadró adecuadamente.

–Asegúrate de que se ve toda la casa de fondo –le pidió Dawn–. La casa entera. Que se vea bien todo.

–¿Por qué está sacando una foto de esta casa? –preguntó Haq–. Es el edificio del Centro de Estudios Musulmanes.

Dawn sonrió. Clic.

–Por favor, Mark, ¿podrías sacar más? Quiero asegurarme de que hay alguna buena, y ya me conoces, siempre salgo con una expresión rara.

–¿Señora Basch? –insistió Haq–. ¿Qué cree que está haciendo?

–Espere un momento, señor Al-Masri.

El guardaespaldas tomó varias fotos más. Clic. Clic. Clic. Luego le devolvió el teléfono a Dawn, que las revisó en la pantalla.

–¡Estupendo! Estas son mucho mejores; gracias, Mark. Me has salvado la vida. Ahora podemos ir a nuestro siguiente destino.

–Señora Basch, ¿le importaría explicarme por qué saca estas fotos? –preguntó de nuevo Haq.

–Estoy preparando un pequeño tour fotográfico de Duluth para mis seguidores de Twitter –contestó ella.

–¿Qué clase de tour?

–Oh, solo les enseño sitios que creo que deberían conocer.

Una expresión sombría se adueñó del rostro de Haq.

–¿Y para qué querrían sus seguidores conocer la ubicación del Centro de Estudios Musulmanes?

–Es una casita preciosa. Me gusta. Toda la gente que viene a Duluth saca fotos del puente levadizo o de la torre Enger o del faro de Split Rock. A mí me interesan más los detalles urbanos. Es una afición que tengo.

–Sé exactamente lo que está haciendo. Quiere animar a los vigilantes a que acosen a la comunidad musulmana de esta ciudad. Está poniendo en peligro a personas inocentes incitando deliberadamente a la violencia.

Dawn se rio.

–¿Un musulmán quejándose de incitación a la violencia? Señor Al-Masri, esta sí que es buena. Es usted un hombre muy gracioso.

Luego abrió su móvil y toqueteó la pantalla, escogió la mejor foto de las que había sacado Mark, abrió la aplicación de Twitter y tecleó un mensaje rápido. A continuación le dio con el pulgar a «Enviar».

–Ya está, tuiteado. Siento interrumpir nuestra conversación, señor Al-

Masri, pero tengo otros sitios a los que ir.

–¿Qué ha colgado? –quiso saber Haq.

–Puede mirarlo usted mismo. Usted también me sigue, ¿verdad? Estoy segura de que sí. Hay que conocer al enemigo, ¿no es así?

–No tenemos por qué ser enemigos, señora Basch –repuso Haq.

–En eso se equivoca –replicó Dawn, e hizo un gesto hacia los escoltas–. Vamos, chicos. No tenemos todo el día.

–¿Adónde van ahora? –preguntó Haq.

–Hay una pequeña panadería que quiero ir a ver. Creo que se llama Angels of London, porque está en London Road. Es un nombre bonito, ¿no le parece? ¿La conoce?

Haq le dedicó una mirada furibunda.

–Los dueños de la panadería Angels of London son musulmanes.

–¡Ah!, ¿sí? –contestó Dawn–. Menuda coincidencia. Bueno, estoy segura de que agradecerán la publicidad. A lo mejor les consigo unos cuantos clientes nuevos.

@dawnbasch tuiteó una foto:

Saludos desde #Duluthradical.

#elislamata

#sinexcepciones

Travis Baker entró en el garaje de la granja de Wade en Five Corners Road. La casa y el terreno también eran la sede de Exterminios Ralston. Un gran cartel cerca del camino de tierra anunciaba: «LOS CAZABICHOS». Para Travis y Shelly, aquel era su segundo hogar. Ella llevaba la contabilidad y la administración del negocio desde un despacho situado en el sótano de Wade. Los días laborables, Travis y Wade entraban y salían del garaje en busca de material. Joni era la mujer florero del negocio. A Wade le gustaba lucirla. Aparecía en todos los anuncios que ponía en los periódicos, con su melena rubia y su ropa ceñida. Era como una supermodelo con tatuajes que luchaba contra las cucarachas.

Y ahora Joni se había ido. Estaba muerta.

Y Shelly había perdido las piernas.

Travis no podía creerlo. El sábado por la mañana su vida era perfecta, y con una sola explosión, todo se había desvanecido. No sabía qué pasaría ahora. Transcurrirían semanas antes de que Shelly pudiera volver a trabajar.

O meses. O tal vez nunca pudiera volver. Travis ni siquiera sabía cuánto tiempo tendría trabajo él mismo. A lo mejor Wade volvía a abrir el negocio o a lo mejor... A lo mejor les decía adiós a los inviernos de Duluth y se trasladaba a Key West. Siempre había dicho que era el sitio donde quería vivir. A nadie le gustaba arrastrarse por los túneles para poner trampas y esparcir veneno. La única razón por la que alguien hacía algo así era el dinero.

Travis abrió las puertas traseras de la furgoneta para cargarla. Wade suponía que, el día siguiente, martes, la ciudad volvería a ponerse en marcha, hubieran atrapado o no al terrorista musulmán. Era hora de hacer el seguimiento de sus clientes. Exterminar más plagas. Deshacerse de los cadáveres grises de las ratas. Aquello era lo que hacía cada día, pero de repente el hecho de estar ahí solo le despertó una sensación de vacío. Notó una opresión en el pecho, abandonó el garaje y contempló cómo las ráfagas de brisa soplaban en el enorme jardín. No se veía casa alguna más allá de los campos, tan solo árboles. A Wade le gustaba la privacidad.

Travis se dirigió a la casa principal. La puerta no estaba cerrada con llave; allí nadie cerraba con llave. Una vez dentro se dirigió a la cocina, donde Wade tenía una nevera especial solo para cervezas. Abrió una lata de Bent Paddle y se sentó a la mesa. En la casa reinaba un silencio sepulcral, pero Travis oía voces en su cabeza, como ecos, y también olía el perfume de Joni, que le recordaba a una flor de manzano recién abierta. Se quedó ahí sentado, bebiendo, mientras las lágrimas le rodaban por la cara. Enormes lagrimones, como los que no había derramado desde la muerte de sus padres.

Se terminó la cerveza y aplastó la lata cerrando el puño. Se imaginó que sus manos rodeaban la garganta de alguien.

Luego regresó al garaje y la furgoneta y empezó a cargar el veneno de nuevo. ¿Eso era todo? ¿La vida continuaba así, sin más? A Joni la mataban, Shelly nunca más podría caminar, ¿y se suponía que él debía volver a trabajar como si nada hubiera cambiado? Aquello no estaba bien. No podía quedarse sentado como si nada y fingir que todo iba bien.

«Estabas justo ahí, y Dios te salvó.»

Wade la había clavado con aquella frase. Travis estaba vivo cuando debería haber muerto. Se encontraba ahí, justo en la trayectoria de la bomba, y la explosión le había pasado de largo. Tenía que ser una señal. Dios no había salvado su patética vida para que él no hiciera nada.

«Da la sensación de que Él tiene una misión para ti.»

«Tienes la posibilidad de hacer algo.»

Allí solo, en el garaje, Travis se dio cuenta de que tenía la respuesta delante de las narices. Justo ahí, en los estantes metálicos, había una hilera de bidones de gasolina de plástico que Wade guardaba para la maquinaria del negocio. Travis se acercó, cogió uno y desenroscó el tapón, dejando que el olor dulzón de la gasolina inundara el húmedo garaje. Algunas gotas le salpicaron la manga; se llevó la tela a la nariz e inspiró. El olor era tan intenso que lo mareó.

Sabía lo que tenía que hacer. Sabía por qué estaba vivo.

Y así, Travis ideó su plan.

Al caer el sol, Malik aún no había vuelto y Khan empezó a preguntarse si algo habría salido mal. Tenía hambre, y se sentía solo y asustado. Con todas las cortinas corridas, la casa estaba a oscuras; Khan vagó de habitación vacía en habitación vacía entre las sombras. Se planteó salir a la calle con las manos en alto y dejar que la policía se lo llevara. O encontrar un teléfono y llamar a los medios para decir: «Yo no disparé al policía. No fui yo».

Malik tenía razón: nadie lo creería.

Khan echaba de menos a Ahdia y Pak. Quería saber dónde estaban y estar con ellos. Podía ver el rostro de su mujer y oír su voz, y también sentir los bracitos de Pak que lo agarraban cuando lo llevaba en brazos. Esperaba que Alá volviera a reunirlos pronto. No tenía ni idea de qué hora era ni de cuándo se suponía que debía rezar el *salat*, así que rezó a lo largo de todo el día. Era lo único que lo reconfortaba. Su relación con Dios era la única pieza del mundo que tenía sentido.

El sábado por la mañana su vida era perfecta y de pronto, con una gran explosión, todo se había desvanecido. No sabía lo que sucedería a continuación.

Le rugió el estómago, pero en la cocina no había comida. En el baño, donde tampoco había agua, olía a residuos. Habían despojado la casa de cualquier rastro de vida humana. No había muebles ni ropa, solo polvo y los restos de lo que una vez fue un lugar donde vivía una familia. Khan ni siquiera era capaz de decir dónde había dormido Malik, lo cual le extrañó.

Todo en Malik era extraño.

¿Por qué se habían refugiado allí en lugar de en su apartamento? ¿Qué hacía Malik en ese sitio?

Su amigo ocultaba algo y Khan quería saber de qué se trataba.

Se puso a abrir puertas, convencido de que la respuesta se hallaba en algún lugar de esa casa. Una puerta que él había supuesto que era de un armario resultó ser la entrada al sótano. Unas escaleras de madera se adentraban en la oscuridad. Pulsó el interruptor de la luz, pero no había electricidad. Regresó a la salita para coger una pequeña linterna que Malik se había dejado y, con esa luz como guía, bajó los escalones hasta el

subterráneo.

El aire era frío y húmedo. Al llegar al final de las escaleras, se encontró con un suelo de cemento. La linterna iluminaba tan solo una pequeña fracción del espacio que tenía delante. El sótano no estaba terminado. El material de aislamiento de color rosa llenaba las juntas allí donde las vigas se unían a las paredes. Esparcidos en el suelo vio excrementos de rata que parecían confeti. Un laberinto de cañerías de agua y tuberías de ventilación recorría el techo.

Vio un saco de dormir y una almohada: ahí era donde Malik pasaba las noches. También vio una mesa de madera desvencijada, una bolsa abierta de galletas rellenas de vainilla y un bote de densa mantequilla de cacahuete. Cogió tanta como pudo con el dedo y luego se zampó las galletas que quedaban en la bolsa. Una sensación dulce y pegajosa le llenó la boca.

Khan dirigió el haz de luz a las paredes, donde vio ventanas con rejas, e iluminó con nerviosismo el cristal sucio. Desde el exterior, cualquiera podía verlo. Malik había improvisado un cortinaje pesado para tapar las ventanas por la noche, pero aún no lo había bajado.

Era hora de regresar arriba.

Mientras el haz de luz de la linterna barría el suelo, distinguió una mesa de trabajo y una silla en medio del sótano. Una oleada de horror lo inundó al darse cuenta de lo que veía. En el cemento de alrededor de la mesa, brillaban pequeños trozos de cable. La propia mesa era un amasijo de herramientas, clavos, polvo negro, recipientes de plástico y circuitos electrónicos. Junto a ella, colgado por los tirantes en el respaldo de la silla, había un chaleco de vinilo negro al que le habían cosido numerosos bolsillos llenos de recipientes de plástico unidos meticulosamente con un cable.

Khan sintió deseos de gritar.

Ahora ya sabía cuál era el secreto de Malik, y era peor de lo que había imaginado. Un chaleco suicida. Una bomba humana con un único propósito: matar a la persona que lo llevaba y a todos los que estuvieran cerca.

Se dio la vuelta con brusquedad y al hacerlo la linterna iluminó una cara. Khan dio un salto, sobresaltado. Malik estaba justo detrás de él. El rostro de su amigo ofrecía un blanco sepulcral a la luz de la linterna, como si fuera un cadáver. Sus ojos eran sombríos y estaban desprovistos de expresión.

—No deberías estar aquí abajo, Khan —dijo Malik—. He visto la luz desde fuera. Alguien más podría haberla visto.

—¿Y a quién le importa? —preguntó Khan.

Enfadado, pasó junto a su amigo y sus hombros chocaron. Siguió

avanzando a tientas y pasó las manos por la pared hasta encontrar las escaleras de madera, que subió de dos en dos hasta adentrarse en las profundas sombras de la casa, mientras oía a Malik corriendo a su espalda.

–¡Khan!

Malik lo alcanzó en el pasillo y lo agarró por el hombro. Khan se volvió y empujó con fuerza a Malik, que perdió el equilibrio. Khan se dirigió a la puerta trasera de la casa y Malik cargó contra él desde atrás. Ambos lucharon en el pasillo, pero Malik era fuerte y no tardó en acabar sujetando a Khan contra la pared por los hombros. Este notaba el aliento cálido de su amigo sobre su rostro, aunque apenas podía distinguirlo.

–¿Qué crees que haces? –preguntó Malik.

–Me voy.

–¿Estás loco?

–Ya no sé quién eres.

–Soy un guerrero del islam –contestó su amigo.

–No deshonres mi religión con esa basura. No eres un guerrero de nada. No quiero tener nada que ver contigo.

Malik resopló y luego soltó a Khan.

–Muy bien. Lárgate.

Khan quería correr hacia la puerta, pero no lo hizo. Se quedó ahí de pie, en silencio. Notaba el sabor de la mantequilla de cacahuete en la lengua y la boca, que estaba pastosa. El azúcar y la adrenalina le corrían por las venas.

–¿Me has mentado? –preguntó al fin–. La bomba de la maratón... ¿la pusiste tú?

–No.

–¿Sabes quién lo hizo?

–No, no lo sé.

–Entonces ¿a quién tienes planeado matar, Malik? Además de a ti mismo.

Malik tardó un buen rato en contestar.

–No lo entenderías –dijo.

–Tienes razón. No lo entiendo en absoluto. Va contra todo aquello en lo que siempre he creído. ¿Y tú? ¿Alguien a quien considero mi hermano? No, nunca lo entenderé.

–Por primera vez en mi vida formo parte de algo mayor que yo –explicó Malik–. Si pierdo la vida luchando por Alá, entonces habré hecho algo glorioso.

–¿Luchando contra quién? –preguntó Khan.

–Dawn Basch.

Khan dio un zapatazo contra el suelo.

–Muy bien, matas a esa insufrible mujer. Y al mismo tiempo te matas a ti. Y tal vez a más gente. ¿Y luego qué? ¿Qué habrás conseguido? ¿Dónde termina todo esto? Lo único que harás será atraer más violencia sobre nosotros. Le darás a ella exactamente lo que quiere: demostrar que todos los musulmanes no son más que unos asesinos.

–¡A lo mejor lo que hace falta es que lo seamos! –exclamó Malik–. Esa mujer tiene razón en una cosa: esto es una guerra, y yo estoy orgulloso de ser un soldado.

–No pienso seguir escuchándote –dijo Khan–. Adiós, Malik. Me voy directo a la policía. Voy a decirles dónde estás para que vengán a buscarte. Si quieres escapar, será mejor que lo hagas ahora; es todo cuanto puedo ofrecerte.

Khan se dirigió a la puerta, pero Malik lo llamó.

–Y ¿qué me dices de Ahdia? –preguntó–. Y de tu hijo.

Khan se detuvo.

–¿Qué pasa con ellos?

Malik se acercó a Khan en la oscuridad y posó una mano firme en su hombro.

–Sé dónde se esconden. He vuelto para llevarte con ellos.

Serena encontró a la agente especial Durkin en el puente peatonal que había entre el centro de convenciones y Canal Park. La agente del FBI tenía un sándwich en la mano, pero, en lugar de comérselo, iba echando migas de pan al agua, donde varios patos se peleaban para conseguir el premio. Aunque estaba oscuro, las farolas proporcionaban un brillo amarillento al lugar. El inmenso carguero *Charles Frederick* flotaba en el canal.

–El agente Maloney me dijo que te encontraría aquí –comentó Serena.

–Sí, solo necesitaba diez minutos para despejarme. –Durkin se dio la vuelta y se apoyó en la barandilla. El puente levadizo desprendía un brillo plateado a unos cien metros—. Eres la mujer de Stride, ¿verdad?

–Sí.

Gayle Durkin la miró de arriba abajo sin disimular. Serena esperaba el habitual comentario mordaz sobre su aspecto. A pesar de tener cuarenta años, conservaba la cara y el cuerpo de una bailarina, y la mayoría de los policías daban por hecho que si había llegado donde estaba era gracias a su atractivo. Pero Durkin la sorprendió.

–La sargento Bei me ha dicho que eres lista. Más lista que Stride. Incluso más lista que ella.

Serena se rio.

–¿Maggie ha dicho eso? ¿En serio?

–Sí. Dijo que eso hacía que el tamaño de tus tetas resultara doblemente molesto.

–Eso sí que parece típico de Maggie –contestó Serena.

–Sé que no es precisamente una de mis mayores admiradoras –añadió Durkin.

–Vaya, no sé nada al respecto.

–Por favor. Si hasta los míos han empezado a llamarme Gherkin.

Serena reprimió una sonrisa.

–Bueno, Maggie puede ser un poco borde a veces. Ella y yo también hemos tenido nuestros más y nuestros menos. El hecho es que eres una agente federal y que los federales nos han robado nuestra investigación. En realidad, no importa que te criaras en Duluth; ella seguirá ofendida contigo.

–No me molesta la gente borde, yo también lo soy. Y la verdad es que no me importa si le caigo bien a la gente.

–Aun así, este caso debe de ser difícil para ti –comentó Serena.

–¿Por lo de mi hermano?

Serena asintió.

–Créeme, lo mejor que puedo hacer por Ron es atrapar a Khan Rashid. Lo único de lo que me arrepiento es de no haberle atravesado la cabeza con una bala antes de que disparara al agente Kenzie. Si vuelvo a encontrarme en la misma situación, no fallaré.

–Bueno, esperemos que podamos atraparlo sin más violencia –señaló Serena.

Durkin no se apresuró a coincidir con ella, y Serena se preguntó si, en el fondo de su corazón, Durkin quería realmente arrestar a Rashid o si prefería enfrentarse a él otra vez, ambos armados. Para compensar su error. Para compensar a Ron.

–Bueno, ¿qué se te ofrece? –preguntó Durkin.

–Stride me ha dicho que tienes una foto de Khan Rashid saliendo de la tienda de la Duluth Outdoor Company durante la maratón.

–Así es.

–¿Aún no habéis encontrado un vínculo directo con la bomba?

–No. Si la bomba era casera, no la fabricó en su casa. Estamos revisando el historial del GPS de su taxi para ver dónde ha estado durante las últimas semanas. Con suerte eso nos llevará hasta su escondite.

–Vale.

Durkin advirtió el tono dubitativo de su voz.

–Stride y tú no parecéis muy convencidos de que sea nuestro hombre, pero las pruebas circunstanciales se están acumulando con rapidez.

–Sí, eso parece.

–¿Pero?

–Sin peros –contestó Serena–. Solo intento descartar otro par de cosas.

–Sé que has estado investigando el incidente con el vagabundo en la tienda –dijo Durkin.

–Sí, trato de encontrar al tipo y hablar con él.

–Es una pista sin mucho fundamento –señaló Durkin.

–En una situación normal estaría de acuerdo contigo, pero hay algo en ese incidente que no me gusta.

La agente del FBI lanzó el resto de su sándwich al agua, lo que provocó

un frenético concierto de graznidos mientras los patos se peleaban por atrapar lo que quedaba.

–Muy bien. Cuéntamelo.

–El día después del incidente en la tienda, alguien vio al vagabundo, Gary Eagleton, Eagle para los amigos, borracho como una cuba y con un par de botas nuevas de montaña de la Duluth Outdoor Company.

–Y ¿qué es lo que no te gusta de eso?

–Eagle disponía de dinero para comprar bebida. ¿De dónde lo sacó? Si hubiera robado las botas, el personal de la tienda se habría dado cuenta, y no fue así. De modo que alguien se las dio después del incidente. De eso deduzco que hay un tercer implicado al que aún no hemos identificado y me gustaría saber quién es.

Durkin pensó al respecto.

–Yo no le veo el misterio. Eagle se alía con alguien para robar en la tienda. Él sube al primer piso y finge un ataque, y mientras el personal está distraído, su colega se larga con un montón de material. Eagle recibe su tajada, vende una parte para conseguir dinero para bebida y se queda con las botas.

–Sí, es lo mismo que pensé yo –convino Serena–. Si no fuera porque se dice que Eagle evita siempre Canal Park, no roba y va por libre. Que se implicara en un robo premeditado no encaja con nada de todo eso.

–Un borracho que necesita un trago haría cualquier cosa para hacerse con una botella –señaló Durkin.

Serena sabía que era cierto. Mucho tiempo atrás ella había librado su propia batalla contra el vodka y había perdido. En Las Vegas, cuando tenía veintitantos años, el alcohol estuvo a punto de matarla. Desde entonces, llevaba diecisiete años sobria. La vez que había estado más cerca de volver a caer fue dos años atrás, cuando se enteró de que Jonny y Maggie tenían una aventura.

–Es posible, pero aun así me gustaría saber qué pasó exactamente –dijo Serena–. Estoy investigando las tiendas de empeños locales para ver si alguien pasó material procedente de la Duluth la semana pasada. También me gustaría hablar con Eagle para saber quién le hizo entrar allí.

Durkin se encogió de hombros.

–Haz lo que tengas que hacer. Pero creo que deberías recordar la navaja de Ockham.

Serena sonrió. La navaja de Ockham era un principio según el cual la

explicación más sencilla suele ser la más probable.

–No sería la primera vez que la olvidara –admitió.

–Ya que estás investigando la tienda, me gustaría hacerte otra pregunta –continuó Durkin–. ¿Conoces bien a Drew y Krista Olson?

–Bastante. Adoptaron al bebé de Cat. –Serena había detectado una nota de sospecha en el tono de voz de Durkin–. ¿Por qué? ¿A qué viene esto?

–He indagado en los negocios afectados por la explosión –contestó Durkin–. Los Olson están pasando por una mala racha. La tienda se retrasó en el pago de un montón de facturas esta primavera.

–Es un comercio de calle –explicó Serena–, y este año casi no hemos tenido primavera. Muchos turistas dejaron de venir debido al clima.

–Ya, pero he encontrado algo extraño. El año pasado los Olson añadieron a su póliza comercial una cláusula por terrorismo. Si se confirma que este incidente ha sido un ataque terrorista, el seguro lo cubre todo.

Serena se encogió de hombros.

–¿Y qué? Fueron listos.

–Tal vez, pero me da que pensar que un negocio con problemas económicos de una ciudad pequeña como Duluth pagara una cuota extra para esa clase de protección –continuó Durkin–. Es como si supieran lo que iba a pasar.

–¿Cuándo oíste el disparo? –preguntó Stride.

Examinó la ventana rota y al volverse encontró el orificio correspondiente en el techo del dormitorio, donde se había alojado la bala. El ángulo agudo indicaba que el tiro había sido efectuado desde el otro lado de la calle donde se encontraba el edificio del Centro de Estudios Musulmanes.

Haq Al-Masri consultó su reloj.

–Hace una hora. Justo después de anochecer. Hemos oído ruido de cristales rotos y luego un coche que se alejaba a toda velocidad. Cuando he salido, ya había desaparecido. Creo que se dirigía al este, pero es todo lo que puedo decirte.

–¿Hay alguien herido? –quiso saber Stride.

–Por suerte, en ese momento estábamos todos abajo. Si hubiera habido alguien en este dormitorio, lo habrían matado.

–Lo siento. Me alegro de que todos tus estudiantes estén bien.

–No están bien, Jonathan. Están asustados y enfadados. Dawn Basch colgó en Twitter una foto de esta casa, y de inmediato nos convertimos en

objetivo de sus seguidores.

–Intentaré apostar un coche patrulla en la calle durante unas horas –dijo Stride–. Eso debería disuadir a cualquiera que se le ocurra atacar este lugar. El problema es que estamos escasos de recursos debido a la persecución del terrorista.

–Sí, para perseguir a musulmanes siempre hay recursos –replicó Haq con un tono de voz ácido–, pero cuando los vigilantes nos disparan a nosotros, la policía brilla por su ausencia.

La mirada de Stride se ensombreció.

–Ayer por la noche perdí a un hombre. Intenta recordarlo.

–Lo hago. Y lo siento.

–Vamos abajo –propuso Stride.

Descendió las estrechas escaleras que llevaban a la planta baja de la casa de estudiantes, mientras Haq lo seguía de cerca. Un grupo de jóvenes estaba sentado en círculo sobre el suelo de la sala, alejado de las ventanas. La única iluminación de la estancia eran las velas, que proyectaban sombras en sus rostros. Stride percibió la sospecha y la desconfianza en las miradas que le dirigieron, como si él fuera el enemigo. Salió por la mosquitera al porche y luego bajó al césped hasta quedar junto a College Street. Haq lo siguió.

–¿Puedes arrestar a Basch? –preguntó Haq.

–No ha cometido ningún delito –contestó Stride.

–¿Ningún delito? Está ahí fuera animando a los vigilantes a actuar contra los musulmanes. Sabe perfectamente lo que está haciendo. Y el resultado es una bala a través de nuestra ventana.

–Haq, ojalá pudiera hacer algo más, pero ni siquiera se ha acercado a una línea legal que no pueda cruzar. Imagínate, con lo que cuesta encerrar a un acosador que manda amenazas reales de muerte. Que Basch tache a los musulmanes de radicales en sus tuits es libertad de expresión. No puedo impedir que lo haga.

–Y luego os preguntáis por qué nos sentimos frustrados... –dijo Haq–. ¿Dónde está nuestra protección constitucional?

–Hacemos todo lo que podemos, pero deberías decirle a tu comunidad que sean cautos. Hay mucha tensión en la ciudad; todo el mundo está a la que salta. La gente ha perdido amigos y familiares, y está enfadada.

–Queremos lo mismo que vosotros: que se haga justicia, pero disparar a nuestras ventanas no es justicia. Acosar a Khan Rashid no es justicia, es linchar a un hombre inocente y a un pueblo entero.

–¿Sigues pensando que Khan es inocente? –preguntó Stride–. Disparó a un agente de policía.

–Lo siento, pero no, no me lo creo. Existe otra explicación. Khan ni siquiera tiene pistola.

–Los testigos lo vieron con una –repuso Stride.

–Entonces los testigos se equivocan.

Stride suspiró y se metió las manos en los bolsillos.

–¿Dónde está, Haq? ¿Dónde se esconde Khan?

–No lo sé. Es la verdad.

–Si lo supieras, ¿me lo dirías? –preguntó Stride.

–¿Sinceramente? No estoy seguro. No es que no confíe en ti, Jonathan, es que no confío en el resto. Me da miedo lo que puedan hacerle.

–Entonces ayúdame a conseguir que se entregue sin violencia.

Haq vaciló.

–Es lo que estoy intentando.

–Entonces sí que sabes dónde está.

–No, pero he conseguido hablar con un abogado y estamos intentando elaborar un plan y encontrar la forma de hacerle llegar un mensaje a Khan. Tiene que haber una manera de hacer esto sin derramar sangre y al mismo tiempo asegurarnos de que se protegen sus derechos.

–Es lo mismo que quiero yo –dijo Stride.

–Perdona que te lo diga, pero eso no sirve de mucho ahora –replicó Haq.

–¿Y Ahdia Rashid y su hijo? ¿Dónde están?

–A salvo –contestó Haq.

–Si sabes dónde se encuentran, deberías decírmelo. No sé dónde se esconden, pero te aseguro que estarían más seguros en custodia protegida.

–En este momento, lo mejor es que sigan escondidos. No saben nada de todo esto, Jonathan. Lo único que quieren es recuperar sus vidas. Ahdia no es una radical y Khan tampoco. Son americanos decentes, trabajadores y religiosos.

–¿Y Malik Noon?

–Khan no es Malik.

–¿Sabes dónde está Malik?

–No.

–¿Crees que Khan le pediría ayuda?

–Quizás. Si está desesperado, es posible que busque a un amigo.

–¿No ves la impresión que causa esto, Haq? –preguntó Stride–. Malik es

un radical y Khan no, pero resulta que ahora están juntos. Todo lo que veo me impide creer en tu reivindicación de inocencia, sobre todo con un poli muerto en el cementerio. El FBI ya me considera un ingenuo incluso por concederle a Khan el beneficio de la duda.

Haq cogió a Stride del brazo.

–Sé que estás haciendo un acto de fe al confiar en mí. Te lo prometo: si encuentro a Malik, te lo diré. Y estoy haciendo todo lo que está en mis manos para conseguir que Khan se entregue sin violencia. Cuando lo haga y puedas hablar con él, verás que tengo razón. No sé lo que pasó en ese cementerio, pero no es lo que tú crees.

–Tengo que irme –dijo Stride–. Mandaré a un agente para que aparque frente a la casa. Hasta entonces, manteneos alejados de las ventanas.

–No es solo esta casa –repuso Haq–. Basch se ha dedicado a pasear por toda la ciudad con su *hashtag* #Duluthradical. Ha colgado una foto que se ha hecho delante de nuestra mezquita. Ha colgado otra de una panadería regentada por musulmanes. Y otra delante de una casa cuyo dueño es un médico indio. ¿De verdad que no puedes hacer nada para parar esto?

–Ojalá pudiera –repuso Stride–, pero tiene derecho a hacerlo.

Haq soltó un suspiro de disgusto.

–La gente de nuestra comunidad está en guardia, pero no podemos estar en todas partes toda la noche, Jonathan. Y sí, lo sé, disponéis de pocos recursos.

–Dame la lista de los sitios que ha etiquetado –le pidió Stride–. Haré lo que pueda.

Haq se sacó el móvil del bolsillo, abrió Twitter de inmediato, buscó el *hashtag* y fue pasando una serie de tuits de Basch y sus seguidores.

–Mira, ya ha colgado tres fotos más en la última hora. Y ¿ves lo que dice la gente en los comentarios? Son amenazas. ¿Qué más necesitas para demostrar que es incitación?

–Consígueme la lista –insistió Stride–. Me aseguraré de hacer una ronda por todos esos lugares durante la noche.

Haq no contestó; estaba mirando fijamente la pantalla de su móvil y en su expresión se reflejaba el miedo.

–¿Qué pasa? –le preguntó Stride.

–Acaba de colgar otra foto –murmuró Haq.

–¿De dónde?

–Una galería de Woodland. La dueña es una artista musulmana. Es

amiga mía. Jonathan, tenemos que ir ahí ahora mismo.

–¿Por qué?

Entonces interpretó la expresión de Haq y dedujo rápidamente la respuesta:

–Ahí es donde has ocultado a Ahdia y a su hijo.

Ahdia estaba acurrucada con Pak en una esquina de la buhardilla de la galería, cerca de las dos pequeñas ventanas que daban a Woodland Avenue. En el pequeño altillo hacía un calor sofocante y ambos estaban sudando. La artista, Goleen, realizaba allí gran parte de su trabajo, así que en la estancia flotaba un leve aroma químico a pintura y a trementina. Sus enormes bronce de retorcidas letras arábigas, montados sobre pedestales, estaban alineados contra una pared como si fueran un desfile. En la lúgubre oscuridad, las esculturas parecían monstruos y a Pak le daban miedo.

Al pasar delante del edificio, los faros de los coches iluminaban una telaraña en las viejas y polvorientas ventanas, que estaban selladas con pintura y divididas en secciones como las barras de una cárcel. Ahdia vio una gran araña negra deslizarse por la pegajosa superficie de la telaraña, construyendo su trampa para las polillas y los jejenes que buscaban la luz. Un escalofrío la recorrió. A Pak le daban miedo los monstruos; a Ahdia, las arañas.

–¿Dónde está papá? –preguntó él en voz baja.

Ahdia dirigió la mirada hacia la escalera que llevaba a la planta baja de la galería, ubicada en un edificio de ladrillo poco mayor que una escuela de una sola clase. Estaba segura de que no había nadie más allí. Goleen se había marchado a casa hacía muchas horas. Aun así, Haq le había advertido que no se arriesgaran a que los encontraran.

Colocó con suavidad un dedo sobre los labios de su hijo y le sonrió.

–Muy bajito. No tenemos que hacer ningún ruido.

–ECHO de menos a papá –susurró él.

–Lo sé. Yo también. Muy pronto estará con nosotros.

–¿Me cantas una canción? –le pidió el niño.

–Oh, Pak, no sé...

–Por favor –suplicó él–. La canción del cuervo, ¿vale?

Ahdia siempre había sido incapaz de negarle algo a Pak. Le revolvió el pelo, acercó los labios a su oreja y le cantó la canción en urdu, en un tono de voz apenas audible. Era una fábula sobre un cuervo listo y sediento que encontraba agua en la base de una urna e iba echando piedras hasta que el

agua alcanzaba el nivel suficiente para que él pudiera introducir el pico. Ahdia recordaba cómo su madre le cantaba la misma canción a ella en un caluroso y ruidoso dormitorio de Karachi; era uno de sus primeros recuerdos.

Al terminar, Pak la obligó a cantarla otra vez. La música los relajaba a los dos.

Cuando abrazaba a su hijo siempre se sentía bendecida. Él lo era todo. Con Khan compartía su amor físico, pero el amor entre un marido y su esposa la hacía sentir egoísta, porque lo que subyacía era su propia felicidad. Su amor por Pak era algo que se metía de puntillas en las partes más profundas de su alma y no tenía nada que ver con la felicidad; se trataba de una devoción feroz y desinteresada.

–Mamá, tengo sed –murmuró Pak.

–¿Como el cuervo? –contestó ella con una sonrisa.

–Sí.

–¿Tengo que buscar guijarros para subir el nivel del agua?

Pak soltó una risita.

–Vale, quédate aquí. Iré abajo a ver si hay agua –le indicó Ahdia en voz muy baja.

–¿Y los monstruos? –preguntó él señalando las esculturas.

–No te preocupes por ellos. El cuervo te mantendrá a salvo.

Ahdia cruzó la buhardilla, cuyo suelo era un revoltijo de telas protectoras llenas de restos del trabajo de Goleen. Encontró las escaleras de madera en medio de la penetrante oscuridad y las bajó peldaño a peldaño, a ciegas, haciendo una mueca cada vez que un tablón suelto producía un chirrido. Llegó a la galería, donde se estaba más fresco. Tres de las paredes estaban divididas por altos ventanales rectangulares que dejaban entrar la luz de la calle. Vio más esculturas, como las que había en el altillo. Cosas colgadas en la pared complejas como un calidoscopio. Cerámica pintada a mano. Joyas hechas con cantos rodados pintados. Deseó poseer un talento como el de Goleen, crear algo hermoso de la nada, pero su mente funcionaba como la de un matemático, llena de números y fórmulas informáticas.

En la parte de atrás de la galería había un pequeño despacho, con un escritorio, un baño y una nevera mediana. Goleen le había dicho que podía coger lo que quisiera. Ahdia encontró dos botellas pequeñas de agua. Se bebió una al darse cuenta de la sed que le había despertado el seco y polvoriento espacio, además de los sándwiches salados que Haq les había traído antes. Agarró la otra botella con la mano y regresó a la galería.

A través de los ventanales, vio los ojos gemelos de dos faros y se sintió expuesta. Un vehículo grande estaba entrando en el camino de tierra que había junto al edificio, y oyó crujir los neumáticos sobre la grava. Se lanzó al suelo y contuvo el aliento. La galería estaba elevada casi dos metros por encima del nivel de la calle, así que Ahdia quedaba más alta que la furgoneta que había pasado por debajo. Las luces desaparecieron en un aparcamiento situado en la parte trasera, protegido por árboles y desde el que se llegaba a una callejuela cerca del borde de Hartley Park. Ahdia ya no oía el ruido del motor.

Tal vez se hubiera ido.

Salió disparada para atravesar la galería y subió los escalones hacia el atilillo con rapidez, sin importarle el chirrido de la madera bajo sus pies. Sin apenas luz que la guiara, chocó contra una de las pesadas esculturas de Goleen y logró cogerla justo antes de que cayera al suelo. La colocó a sus pies y se dirigió a la esquina más alejada, donde la esperaba Pak. Se sentó y lo rodeó con los brazos.

–Mamá, aún tengo sed –dijo él en voz alta.

–Shhh. Vale.

Desenroscó el tapón de la botella y se la entregó. Mientras él bebía, el plástico se fue arrugando a medida que se quedaba sin aire dentro. Ahdia se tensó y deseó que Pak terminara sin hacer ruido. Una vez acabó y se hubo secado la boca, dejó escapar un suspiro de satisfacción que pareció hacer temblar el edificio.

Ahdia recuperó la botella.

–Y ahora estate muy, muy callado.

Él abrió la boca para hablar, pero ella negó con la cabeza y él vio en la severa expresión de sus ojos que lo decía en serio. Hundió la cara en el pecho de su madre y ambos se quedaron abrazados, absolutamente inmóviles. El único movimiento de la habitación era el de la araña negra, tejiendo las hebras de su red mientras sus patas se movían con rapidez, como agujas de hacer punto. Tenía la sensación de que la araña era una señal de las cosas malas que les esperaban.

Debajo de ella, oyó el sonido ahogado del cristal al romperse.

Momentos después, el suelo de madera de la galería crujió. Había alguien en el piso de abajo.

Travis había aparcado la furgoneta en un lugar que no podía verse desde la

calle.

Comprobó la foto en Twitter, porque no quería equivocarse. Al comparar el edificio de ladrillo que tenía delante con la foto que había colgado Dawn Basch, vio que estaba en el sitio correcto.

Su plan original había sido quemar la casa de Rashid Khan hasta los cimientos. Había parado en cuatro gasolineras distintas para llenar de gasolina media docena de bidones del garaje de Wade. Se había dirigido a la calle sin salida donde vivía Rashid, pero al llegar se encontró con que dos coches patrulla vigilaban la casa. Para que no lo vieran ni a él ni a su furgoneta, había dado marcha atrás en una calle lateral, había girado en sentido opuesto y se había dirigido a Woodland Avenue.

Necesitaba un objetivo distinto. Un nuevo foco sobre el que canalizar su rabia y sus deseos de venganza, algo que transmitiera un mensaje. Lo había encontrado en internet. Dawn Basch había colgado en Twitter una serie de fotos con el *hashtag* #Duluthradical, y en una de ellas se veía una galería cuya dueña era musulmana y que se encontraba a apenas tres kilómetros.

Bien.

Empezaría por ahí.

Travis bajó de la furgoneta, convencido de que se encontraba solo. El aire nocturno era húmedo. El croar de las ranas en los bosques era ensordecedor. La puerta trasera de la galería de ladrillo estaba justo frente a él. Tenía que decidirse. Quedarse o irse. Luchar o huir. En el garaje de Wade todo le había parecido muy fácil, pero ahora estaba ahí de verdad.

Una vez cruzas una línea, no hay vuelta atrás.

Travis subió los escalones que llevaban a la puerta y probó el pomo; estaba cerrado con llave. Miró a través de la ventana, pero dentro estaba oscuro y no pudo distinguir nada. Volvió mirar a su alrededor para comprobar si había alguien y luego se quitó la camiseta y se rodeó el puño y el antebrazo con ella. Con un golpe rápido, rompió el cristal que había junto a la puerta.

Pasó la mano por el marco de la ventana, abrió la puerta por dentro y entró.

Sus pasos resonaron en el suelo mientras recorría el pasillo. Escuchó, pero nadie se movió. Nadie gritó. No apareció nadie corriendo. La galería estaba vacía. Observó las extrañas obras de arte, que parecían extranjeras, como si aquel fuera un reino desierto, no Duluth ni América. Al verlas, recordó por qué estaba allí. Apretó con fuerza los puños. A lo largo de su

vida se había enfadado más de una vez, pero nunca antes había sentido el odio tan descarnado que experimentaba al pensar en lo que aquella gente les había hecho a Joni y a Shelly.

Travis regresó a la furgoneta y abrió las puertas traseras. Se inclinó hacia el interior y cogió tres de los depósitos rojos de gasolina y los transportó a la galería. Dejó uno en el suelo al entrar y llevó los otros dos a la puerta principal, que daba a Woodland Avenue. No había tráfico en el exterior; era una noche tranquila. Desenroscó los tapones y fue de pared en pared esparciendo regueros de gasolina. Lo cubrió todo. El suelo. Las obras. Las repisas de las ventanas. La gasolina le salpicó la piel y la ropa. Pronto el asfixiante olor a combustible inundó el espacio cerrado y se le subió a la cabeza. Se sintió mareado y empezó a lagrimear.

Tras vaciar los dos bidones, fue a buscar el otro y continuó con su tarea. Se deslizaba con rapidez y en silencio; no se oía más sonido que el de su pesada respiración.

Entonces se interrumpió.

Por encima de él, había oído un nítido crujido en el suelo, como si alguien hubiera dado un paso. Miró hacia arriba y esperó. El sonido no se repitió. Se dirigió a la escalera de madera y miró hacia arriba entre las oscuras sombras. No vio a nadie y, al aguzar el oído, no oyó nada más que el sonido distante de las ranas en el exterior.

Su mente le estaba tendiendo trampas. Allí no había nadie.

Vio pasar un coche por Woodland Avenue y eso le hizo recordar lo expuesto que estaba. Echó gasolina sobre los escalones y unas gotas le cayeron en los zapatos. A aquellas alturas el tercer bidón también estaba casi vacío. Se dirigió a la puerta de atrás dejando a su paso un riachuelo de gasolina a lo largo del pasillo, por los escalones de fuera y por encima de la tierra, los cristales y las hojas. Al llegar junto a la furgoneta, se detuvo. Tapó el bidón enroscando el tapón, lo puso en la parte de atrás del vehículo y cerró la puerta. Le costaba recuperar el aliento, en parte por los vapores y en parte por el miedo.

Todavía estaba a tiempo de marcharse. No tenía por qué encender la cerilla.

Pero se lo debía a Joni, a Shelly, a Wade y a Dios. Tenía que hacer lo que había venido a hacer.

Travis subió a la furgoneta y encendió el motor. En cuanto el fuego prendiera, lo único que debía hacer era alejarse rápidamente por la calle

lateral y desaparecer. Se sacó del bolsillo un encendedor Zippo plateado. Había sido un regalo de cumpleaños de Joni.

La piel de Travis olía a gasolina y también tenía los pies empapados, y no quería arder él también. Abrió la puerta del conductor, con el motor aún en marcha, y bajó del coche. El viento soplaba en dirección a la galería, desde su espalda. Eso era bueno. Buscó en el interior y cogió una lata de Budweiser que llevaba semanas resonando por el suelo de la furgoneta. Enrolló el menú de un restaurante chino local y lo metió en el agujero de la lata, dejando que sobresalieran poco más de diez centímetros.

Abrió la tapa del mechero. Lo único que tenía que hacer era accionar la piedra. Se preguntó qué clase de incendio provocaría y con qué rapidez se extenderían las llamas.

Cruzas una línea.

No hay vuelta atrás.

El encendedor produjo una pequeña llama. Con el brazo extendido, Travis la acercó al menú y dejó que este se curvara por el fuego y las cenizas. Como un lanzador de *softball*, realizó un lanzamiento por debajo del hombro de forma que la lata en llamas alcanzara el reguero de gasolina.

El tiro se quedó corto. Y la lata empezó a rodar.

El fuego entró en contacto con la gasolina y el riachuelo se convirtió con un estallido en un muro de llamas que rugió como un coche de carreras a través del aparcamiento, subió las escaleras y entró en la galería.

Travis esperó.

Tictac. Tictac.

El edificio explotó.

Khan y Malik esperaron a que oscureciera antes de escabullirse de la casa. Malik salió delante. Corrió agazapado por el jardín hasta alcanzar la calle vacía. Con el cuerpo apenas iluminado por el brillo de las estrellas, hizo un gesto a Khan para que lo siguiera. Hombro contra hombro, se abrieron paso entre dientes de león crecidos y una franja de denso bosque, y llegaron al lago del club de campo Ridgeview. Bajo sus pies, el césped relucía como una moqueta de pelo. La pendiente estaba moteada aquí y allá por pinos solitarios. Una leve brisa susurraba en las ramas.

–Permanece cerca de los árboles y no hagas ruido –susurró Malik–. Podría haber patrullas por aquí.

Malik abrió el camino. Ambos iban vestidos con ropa oscura. Con el bosque a su espalda, resultaban invisibles. El suelo del campo de golf tenía desniveles ascendentes y descendentes a medida que se dirigían al sur. Khan vio la silueta del club de campo y sus banderas en la colina que estaba sobre ellos, y luego descendieron a un valle, siguiendo un sendero que bordeaba los cuidados campos verdes y las zanjas de arena.

A cada paso que daba sobre la hierba mojada, Khan tan solo podía pensar en Ahdia y Pak. Su mujer y su hijo estaban a menos de tres kilómetros, a menos de una hora a pie a través del campo de golf y los senderos de Hartley Park. Y entonces estarían todos juntos de nuevo. Podrían abrazarse. Reír. Llorar. El día pasado en soledad en la casa de Redwing Street había sido el más largo de su vida, pero no tardaría en terminar. Todas las pesadillas terminan al amanecer.

Intentó no pensar en Malik y en su chaleco suicida y su abominable plan. Le resultaba imposible conciliar la imagen de su mejor amigo con la de un hombre capaz de hacer algo así. Por el momento, Malik se disponía a acompañarlo hasta donde se hallaba su familia y eso era lo único que importaba. Khan no sabía qué haría después, pero pronto volvería a estar con Ahdia y ella haría que cualquier posibilidad pareciera fácil. Sintió una sensación de plenitud en el corazón tan intensa que casi le cortó la respiración.

Si aguzaba el oído, creía poder oír a Ahdia, su voz, que sonaba como un

instrumento musical.

Ven conmigo .

Y también a Pak.

Papá, ¿dónde estás? Es la hora de rezar .

«Estoy aquí, mi niño. Ya llego.»

Frente a él, Malik alzó una mano.

–¡Alto!

–¿Qué pasa? –preguntó Khan.

–Hay alguien ahí fuera –murmuró Malik–. Ponte a cubierto.

Ambos se metieron entre un grupo de árboles y se agacharon detrás del que tenía el tronco más grueso. Khan entornó los ojos para ver en la oscuridad. Malik tenía razón. Una sombra oscura se movía junto al estanque, bajo las estrellas, a menos de cincuenta metros. No era un humano. Era una cierva que bajaba la cabeza para comer hierba.

–Solo es un ciervo –dijo Khan. Estaba impaciente.

Comenzó a incorporarse, pero Malik lo detuvo.

–Espera.

Mucho más cerca, tan cerca que si alargaban la mano casi podían tocarlo, Khan oyó un furtivo crujido entre los arbustos, acompañado de un gruñido grave y fiero. El sonido lo dejó paralizado. Ahora podía ver un animal, que salió a campo abierto. Era un lobo, con el cuerpo agazapado a ras del suelo, escurriéndose desde el áspero del campo de golf hacia el agua. En dirección a la cierva.

–Otro –susurró Malik, señalando.

Khan siguió la dirección de la mano de Malik y vio la silueta de un segundo lobo que se acercaba en diagonal. Ambos cazaban juntos.

–Deberíamos hacer algo –dijo Khan.

–¿Qué? La naturaleza es así. El ciervo puede vivir o puede morir.

–Podemos gritar.

–¿Y llamar la atención de los lobos? ¿O de la policía? Venga, deprisa, vámonos. Corre sin hacer ruido.

Khan echó un vistazo a los lobos, pero estos estaban concentrados en el ciervo, no en el olor a hombre. Siguió a Malik y pronto los animales se convirtieron en parte de la noche. Se esforzó por no escuchar el sonido de la caza y la captura. Tal vez la naturaleza fuera así, pero Khan no soportaba la muerte de inocentes. Esperaba que la cierva lograra huir.

Momentos después, llegaron al final del campo de golf y cruzaron un

arroyo borbotante hasta llegar a los bosques del Hartley Nature Center. Era una espesura densa. Un sendero mojado de apenas treinta centímetros de ancho se adentraba entre los árboles. Con una linterna, Malik iluminó el agua estancada de una ciénaga.

Khan estaba perdido, pero Malik avanzaba con confianza. Los mosquitos se dieron un festín con su piel, y las mucosas de la nariz de Khan se llenaron de jejenes. El pantano se volvió más profundo y un tablón flotante los llevó hasta el siguiente sendero; el sonido de sus botas sonaba como el paso de un caballo sobre la madera. Al llegar a un cruce entre dos caminos, Malik se detuvo para orientarse, aunque luego tomó un nuevo camino iluminándolo con la linterna. De noche, el parque resultaba claustrofóbico, con la densa arboleda cerniéndose sobre ellos y agarrándose a sus brazos como los pillos callejeros de Lahore. Khan no veía nada aparte de lo que iluminaba el haz de luz de la linterna.

Malik se paró de nuevo, aunque esta vez no se encontraban en un cruce. Movi6 la linterna a un lado y otro como si buscara algo y, al final, detuvo el rayo de luz sobre un pañuelo blanco que, atado a una rama, colgaba sobre el camino. Su amigo se volvió a mirarlo con una sonrisa sombría.

–A partir de aqu6 es m6s dif6cil avanzar.

–¿Hasta ahora no lo ha sido? –pregunt6 Khan.

Malik se adentr6 sin m6s entre los gruesos 6rboles. Sus botas provocaban salpicaduras al hundirse varios cent6metros en el agua. Ramas afiladas se les clavaban en la cara. All6, los insectos eran a6n m6s voraces. Ambos se abrieron paso con esfuerzo entre una jaula hecha de ramas de 6rboles, y lo que no deb6an de ser m6s de sesenta metros les parecieron m6s duros y largos que cualquier trayecto que hubieran andado antes. Hac6an ruido. Mucho ruido. Pero no pod6a evitarse.

Al final, dando tumbos, emergieron del bosque a una calle residencial pavimentada. Era el cruce de Harvard Avenue con Oxford Street. Malik levant6 los pulgares dirigi6ndose a Khan y se6al6 Oxford Street abajo, una v6a bordeada de 6rboles y tendido telef6nico.

–Estamos a solo tres manzanas de Woodland Avenue. La galer6a est6 all6.

Sabiendo que Ahdia y Pak se encontraban tan cerca, a Khan le result6 casi imposible no echar a correr. Aun as6, avanzaron con m6s lentitud si cabe, pues ah6 el riesgo era mayor. Entre los 6rboles aparec6an casas con sus caminos de acceso. Dentro de algunas, las luces estaban encendidas. Al cabo

de más de una manzana, los árboles dieron paso a un vecindario abierto donde las casas quedaban muy cerca unas de otras. En la pendiente de su derecha, Khan vio el edificio de una escuela. Las farolas los iluminaban. No se podía quitar de la cabeza que eran dos hombres musulmanes buscados por la policía.

–Ya falta poco –dijo Malik.

Khan sintió un subidón de adrenalina. Estaba tan cerca... Donde se encontraba en aquel momento el mundo era una mezcla de caos, violencia y confusión, pero a solo dos manzanas, en la buhardilla de una pequeña galería, estaba la felicidad. Sentía cómo las piezas de su vida volvían a encajar en su sitio. Se puso a andar cada vez más rápido, porque necesitaba escapar de las pistolas y los insectos y los lobos.

Y, sin embargo, también sentía otra cosa.

Una nube oscura. Una sensación de terror inimaginable.

Algo iba mal. No tenía ni idea de cómo lo sabía, pero algo iba muy mal.

Lo notaba.

Cuanto más se acercaba a Woodland Avenue, más le costaba contenerse para no lanzarse a la carrera. Era como si los ángeles cayeran del cielo y batieran sus alas, desesperados. Como si el desastre flotara en el aire. Pasaron delante de una casa tras otra hasta que finalmente llegaron a la cima de la colina y, al ver la señal de STOP debajo de él, exclamó:

–Malik, corre.

–¿Qué? ¿Por qué?

–¿No lo hueles?

Malik alzó la nariz para aspirar, la cara se le descompuso y, sin pronunciar una sola palabra, ambos echaron a correr. Khan nunca había corrido tan rápido. Ningún velocista habría sido capaz de adelantarlo. Pero nada de eso importaba; nada de eso ahuyentaba a Iblis. A Shaitaan. A Satán. La explosión estremeció el suelo, lo lanzó por los aires y luego de nuevo al suelo. Khan se quedó aturdido y aterrorizado. Se puso en pie y volvió a correr, sintiendo ya el calor. Al girar en el acceso de asfalto agrietado que llevaba a la parte de atrás de la galería, tuvo que saltar a un lado para esquivar una furgoneta que estuvo a punto de atropellarlo. No vio qué aspecto tenía. No vio quién la conducía. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y lo único que quedó frente a Khan fue el infierno.

El fuego rugía como una bestia desde todas las ventanas. El aire era una nube de humo tóxico y negro. El suelo estaba cubierto de trozos de cristal que

brillaban como diamantes.

Khan gritó desde el fondo de su alma:

–¡Ahdia! ¡Pak!

Corrió hacia la galería. Malik trató de agarrarlo y sujetarlo, pero él se liberó. Nada lo detendría. Cruzaría el fuego. Aspiraría el humo. Sufiría cualquier dolor necesario para llegar a ellos y liberarlos y salvarlos. A ellos. A su familia.

Su mujer. Su hijo.

Pero el fuego era más fuerte.

Satán era más fuerte.

Khan cargó contra las llamas y estas lo obligaron a retroceder. Una y otra vez. El suelo también ardía. Los árboles ardían. El incendio absorbía todo el aire de los pulmones de Khan. Avanzó contra viento y marea hasta la fachada delantera del edificio, con la esperanza de ver una ventana abierta, de encontrar a su mujer y a su hijo a salvo en la calle, listos para lanzarse a sus brazos.

No.

Todas las ventanas eran humo.

Todas las ventanas eran fuego.

–¡Khan! –gritó Malik.

Las lágrimas rodaban por la cara de Khan. Las lágrimas ocupaban toda su alma. Presa de la desesperación, soltó un gemido como el de un bebé.

–¡Khan! –volvió a llamarlo Malik, intentando alzar la voz por encima del rugido del fuego.

Se oyó el sonido estridente de sirenas que se acercaban, pero no llegaban a tiempo, no habían ido lo bastante rápido. Ya era demasiado tarde.

–Khan, tenemos que irnos. No puedes hacer nada.

Khan trató de llamarlos a gritos una vez más, pero tenía la boca y la lengua negras y secas, y fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Las lágrimas se secaron sobre su rostro, como quemaduras. Notó que Malik tiraba de él y lo llevaba de vuelta al parque. Se apretó con fuerza el cráneo con ambas manos, como si pudiera aplastar el hueso y extraer su cerebro y destruir la vida y los recuerdos y la respiración y la conciencia. Quería hacerse un ovillo y morir. Quería correr hacia el fuego y meterse dentro y dejar que lo consumiera. De haber podido, se habría convertido en la ceniza negra que flotaba en el aire.

–Khan –repitió Malik.

Apenas podía dar un paso, así que Malik lo arrastró como a un niño. Después incluso de haberse alejado varias manzanas, Khan seguía oyendo el latido gutural del fuego. El jactancioso, perverso y letal fuego. Lo siguió mientras él se adentraba en los bosques, y Khan supo que jamás desaparecería de su memoria.

El fuego estaba extinguido, pero Stride se había impregnado del olor a humo, un hedor imposible de eliminar. Tenía la cara cubierta de manchas de hollín. Se apoyó en la puerta del Expedition y sintió en el cuerpo todos y cada uno de sus cincuenta años. A su alrededor, habían cortado Woodland Avenue en ambos sentidos con cinta policial. Los medios de comunicación se aglomeraban en la zona perimetrada, en busca de respuestas. El agente especial Maloney ya había hablado con ellos, igual que el alcalde y el jefe de policía. Habían dicho lo que tenían que decir: frases de agravio y de consuelo, llamadas a la calma, promesas de justicia. Stride sabía que todas esas palabras no servían de nada.

Haq Al-Masri estaba a su lado. Tenía el cuerpo tan erguido y tenso como el cuello de una serpiente de cascabel. Su mirada no se apartaba en ningún momento de los restos chamuscados de la galería.

–Esto es lo que pasa –dijo Haq siseando las palabras–. Los políticos parlotean sobre la libertad de expresión, pero en el mundo real, la gente muere. Todos los miembros de nuestra comunidad sabíamos lo que se nos venía encima. Todos sabíamos que antes o después pasaría algo así. Es imposible difundir este odio atroz por todas partes sin que alguien pague por ello.

Stride no tenía nada que decir.

–¡Quiero que arresten a esa mujer por asesinato! –continuó Haq–. Los ha matado ella. Es igual de responsable que si les hubiera apuntado a la cabeza con una pistola. Sabes que es así.

Stride apoyó una mano en su hombro. No quería discutir acerca de la justicia, sobre todo porque sabía que no había ninguna posibilidad de que algún día procesaran a Dawn Basch por asesinato.

–Haq, esto me duele tanto como a ti. Estoy destrozado.

Haq no estaba de humor para escuchar.

–Basch ya ha hablado con la prensa. ¿La has oído? ¿Manifestando su tristeza por la pérdida de vidas? Hipócrita mentirosa. Ha conseguido justo lo que quería. ¡Y sus seguidores! ¿Has visto las cosas que han escrito en Twitter? Dicen que Ahdia es una terrorista y que ha recibido lo que se

merece. Que la muerte de un niño elimina del mundo a un futuro terrorista. Es increíble. ¿Te preguntas de dónde viene la violencia? ¿De dónde salen los radicales?

–Yo no defiendo ningún tipo de extremismo –repuso Stride.

–Sé que eso es lo que crees, Jonathan, pero quien protege a Dawn Basch eres tú. Tienes que vivir con ello, y la verdad, no sé cómo puedes.

Stride sintió deseos de devolverle el golpe, pero no lo hizo. Estaba enfadado, pero conservó el control; la ira ciega era la raíz de todo lo que había ido mal. Quería decirle a Haq que si hubiera confiado en él, nadie habría perdido la vida. Que si hubiera llevado a Ahdia con Stride, en lugar de esconderla por su cuenta, ella y su hijo aún estarían vivos. No importaba. Le resultaba difícil culpar a Haq por su decisión, porque la confianza era un bien escaso.

–¿Dónde está Khan? –preguntó Stride.

–No tengo ni idea.

–Haq, quiero que se mantenga a salvo. Si se pone en contacto contigo tienes que decírmelo. A nadie más; solo a mí. Me aseguraré de que no le pase nada.

Haq negó con la cabeza.

–No. Lo siento, Jonathan. No. Hasta aquí, se acabó. Se acabó la información, y los secretos. No traicionaré a mi comunidad. Vosotros quedaos en vuestro mundo y nosotros en el nuestro.

–La cosa no funciona así.

–Ahora sí.

Haq se alejó con paso airado hacia el grupo de reporteros. Al verlo llegar, le lanzaron preguntas a gritos y lo iluminaron con los focos. Stride oyó cómo Haq empezaba a dar rienda suelta a su rencor delante de la prensa y se marchó para no tener que oír la siguiente descarga de odio.

Maggie lo esperaba en medio de la calle.

–¿Estás bien?

Stride tuvo ganas de decir que no. No, no estaba bien. Había vivido demasiado y trabajado demasiado duro para aceptar la idea de que su ciudad estaba retrocediendo.

–Pensaba en algo que me contó Scott Lyons cuando era el jefe –contestó–. Dijo que se había hecho poli para salvar el mundo, y tardó mucho tiempo en darse cuenta de que el mundo no tenía ningún interés en que lo salvaran.

Maggie se apartó de un soplido los mechones del flequillo, que tenían restos de ceniza, como el pelo de él.

–Solo somos los chicos de Dutch, jefe. ¹ La última barrera frente a la inundación.

Stride sabía que Maggie tenía razón. Era tarde, y allí ya no podía hacer nada. Quería irse a casa, ver dormir a Cat, meterse en la cama con Serena y hablar con ella, porque sabía que él no iba a dormir. Era una de esas noches en las que se alegraba de estar casado.

–¿Te acuerdas de ese caso de hace veinte años del que te hablé? ¿El verano que trabajé como jefe interino en un pueblo? –preguntó Stride.

–¿El del niño desaparecido? ¿Joshua?

–Ese. Iba andando por un camino de tierra con su hermano. El hermano oye un coche mientras está entre los árboles y, al regresar, Joshua ya no está. Pensé que era tan solo un malentendido y que Joshua regresaría a casa antes de anochecer. No sé, ¿un secuestrador desconocido en medio de la nada? ¿Qué probabilidades había? Pero Joshua nunca volvió a casa. Me pasé el verano entero buscándolo y juré que no me iría de ese pueblo hasta que resolviéramos el caso. Pero el verano terminó y no lo encontramos. Han pasado veinte años y sus padres siguen sin saber qué le pasó a su hijo. No cumplí mi palabra. No hice lo que había prometido hacer.

Maggie se quedó callada. Luego dijo:

–¿Adónde quieres llegar, jefe?

–El día que me marché de ese pueblo al final del verano fue la única vez en mi vida en que me he planteado dejar el trabajo –reveló Stride–. Hasta ahora.

–Ha sido un mal día. Siempre hay malos días.

–Ya. Lo sé.

–Vete a casa, jefe.

Stride asintió con gesto cansado y se dirigió a su Expedition, pero de repente volvió atrás.

–Quiero que tú te encargues de este caso, Mags –le pidió–. Encuentra a quien lo hizo.

MARTES

Cat sabía que cuando Curt Dickes averiguara dónde se escondía Eagle, la llamaría a ella, no a Serena. Y así fue.

Se había pasado la mañana espiando a Drew Olson y a su bebé desde el aparcamiento que había detrás de la pista de baloncesto de la escuela de primaria. Sentada sobre el capó de su Civic destartado, los observaba a través de unos prismáticos. Incluso desde aquella distancia, Cat veía muchos rasgos suyos en su hijo. Su sonrisa tenía algo que le hacía pensar que se estaba mirando en un espejo. Los ojos de él eran los ojos de ella. Hasta la forma de las orejas, con los pequeños bordes afilados como el extremo del ala de un avión, le recordaba a las fotos que había visto de ella misma de bebé.

Sí, Michael era su hijo. Tenía un hogar estable, que era más de lo que ella habría podido darle. Tenía un padre y una madre. Tenía todo cuanto necesitaba en la vida. Debería haberse sentido orgullosa por ello, pero se sentía sola.

Se apartó los prismáticos de los ojos. No quería mirar más.

Era verano, y en esa época del año siempre le entraba cierta inquietud. Durante el curso, con la escuela, tenía cosas que hacer. Las clases se le daban bien, y Serena la vigilaba como un águila para asegurarse de que hacía los deberes. Ahora no tenía nada constructivo que hacer hasta septiembre. Serena insistía en organizarle clases particulares de refuerzo y trabajos de voluntariado, pero algunos días a Cat se le despertaba el gusanillo de hacer cosas malas. De robar o beber o fumar o huir al cementerio de grafitis. Aquel era su verdadero yo. Era inútil intentar cambiar.

—¿Cat?

Irguió de golpe la cabeza. Drew Olson estaba con Michael en brazos a menos de veinte metros, en el borde de la cancha de baloncesto de la escuela. La había visto desde el patio trasero de su casa.

—Mierda —murmuró ella mientras bajaba del capó deslizándose, y luego abrió la puerta del conductor.

—¡Cat, espera! —la llamó él.

Cat no lo escuchó. Aceleró en sentido contrario mientras echaba un vistazo al retrovisor, donde vio a padre e hijo a sus espaldas. Drew le hacía

señas de que volviera, y una parte de ella deseaba dar media vuelta con el coche, pero siguió conduciendo. La casa desapareció en el espejo retrovisor. Ya no podía verlos, y se alegraba de que ellos tampoco pudieran verla. Estaba tan avergonzada que le ardía la cara.

Al girar por Grand Avenue, su teléfono empezó a sonar. Se preguntó si sería Drew, pero al contestar oyó una voz que conocía demasiado bien: la de Curt Dickes.

–¿Qué pasa, pastelito?

Cat se detuvo junto al bordillo. Sabía qué era lo que debía hacer: colgar. Decirle a Curt que llamara a Serena y guardar el teléfono. Pero hablar con Curt la hacía sentirse de vuelta en su antiguo mundo, y allí era donde se encontraba cómoda. Además, Curt le caía bien. Aunque siempre se le ocurrían ideas muy locas, era divertido y sabía cómo hacerla reír.

–Buenas –lo saludó.

–Oye, ¿aún estáis buscando a Eagle? –preguntó él.

–Sí. ¿Te has enterado de algo? ¿Sabes dónde está?

–Igual.

Su tono provocó a Cat.

–Venga ya, ¿qué significa eso?

–Significa que igual puedo ayudarte, y que igual tú puedes ayudarme a mí.

Cat se retorció en el asiento.

–¿Ayudarte? ¿Cómo? ¿De qué hablas?

–Bueno, el tema es este. Todo el mundo está muy aburrido. La ciudad entera ha echado el cierre después del atentado. Me ha llamado uno de mis clientes, un tipo que vive en Congdon Park Drive, y resulta que está montando una fiesta para esta noche. Todo de lujo: champán, lo que se te ocurra... Dice que le pagará doscientos pavos a cualquier chica guapa que se presente.

–Ya, ¿y tú qué sacas con eso?

–La comisión mínima. La pasta gansa es para las chicas.

–No, gracias.

–¡Es una fiesta! ¡Nada más!

–¿Nada más? ¿No esperarán un poco de acción?

–Solo tienes que ser divertida, simpática y guapa. Te lo juro por mis cinco hermanas. Si alguno se pasa, puedes darle un bofetón.

Cat se mordió una uña mientras se debatía mentalmente. No era la

primera vez que Curt le proponía algo así. Había estado en una esas fiestas en el *Charles Frederick* ; sabía qué esperaban esos hombres, y era algo más que diversión y simpatía. Sin embargo, doscientos pavos era mucho dinero. Y se le había despertado el gusanillo.

–No sé.

–¡Vamos, Cat! ¡Es verano en la ciudad!

–Me lo pensaré. ¿Dónde está Eagle?

–¿Te lo pensarás? Gatita mía, estamos hablando de *jacuzzis* y un DJ y seguramente langosta y toda esa mierda. Te recogeré a las diez, ¿vale? Escápate por la ventana y nos vemos en Lafayette Park.

Cat detestaba su faceta débil, pero llevaba semanas sin echar un trago a escondidas. Y le gustaba la langosta. Y era agradable estar con hombres que revolotearan a su alrededor, cosa que siempre hacían. Y Curt tenía razón: era verano.

–Quiero la pasta por anticipado.

–Estará en tu bolso antes de que entremos por la puerta.

–Tienes que dejarlo bien claro: voy para darle brillo a la fiesta y nada más. No voy a follar con nadie, Curt, ¿me oyes? Ya no hago esas cosas. Si un tío me mete mano por debajo del vestido, le doy un rodillazo en las pelotas.

–Lo pillo. Eres la mejor.

–¿Dónde está Eagle?

–No lo sé –contestó Curt.

–Joder, Curt, deja de liarme –se molestó Cat.

–No sé dónde está ahora, pero sí sé dónde estuvo hasta el viernes pasado. Guy lo vio caminando junto a las vías del tren cerca de Becks Road.

–¿El viernes pasado? –se quejó Cat–. Han pasado cuatro días. A estas alturas podría estar en cualquier parte. Eso no me sirve de nada.

–Es más de lo que tenías antes –señaló Curt.

–Olvídate de la fiesta.

–Eh, no seas así. Tienes todo el día para comprobar las pistas, y luego puedes divertirte y conseguir algo de pasta por la noche.

Cat suspiró.

–¿Dónde vio exactamente ese tío a Eagle?

–A poco más de medio kilómetro de la I-35. Iba hacia el norte.

Cat pensó en la localización. Una de las ventajas de haber vivido en la calle era que conocía zonas de los alrededores de Duluth que la mayoría de la gente desconocía. Los parques. Las vías de tren. Los edificios abandonados.

Si ella los conocía, Eagle también. Y uno de los sitios que más grima daba estaba a tiro de piedra de Becks Road y la I-35.

–Eso queda cerca del antiguo sanatorio Nopeming –observó Cat–. ¿No dijiste que a Eagle le gusta pasar temporadas ahí?

–Eso dije.

–Así que a lo mejor iba hacia allí.

–A lo mejor, gatita. Aunque recuerda: ten cuidado si te cueles entre las ruinas. Dicen que el lugar está embrujado por todos los pacientes de tuberculosis que murieron ahí. Que no te cojan los fantasmas.

–Entonces ¿Cat ha estado aquí? –preguntó Serena a Drew Olson.

–Sí. Nos miraba desde la escuela. Intenté convencerla de que viniera, pero en cuanto se dio cuenta de que la había visto, se marchó.

Serena observó la pista de baloncesto vacía del otro lado del callejón.

–No es la primera vez. Me contó que el domingo también había estado aquí. No deja de volver; a lo mejor es una buena señal.

–Bueno, solo espero no haberla asustado –dijo Drew.

–Es poco probable. Cat es dura. Su problema no es el miedo, precisamente.

Drew hizo dar un par de saltitos a Michael, a quien sostenía en sus brazos. A Serena le costaba apartar la mirada del bebé cuando estaba cerca de él. Esta vez, sin embargo, no intentó cogerlo.

–Y tú ¿qué te cuentas? –preguntó Drew–. ¿Hay alguna novedad? Lo del incendio de esta noche en Woodland ha sido espantoso. Aunque ese tal Rashid sea culpable, es horrible perder así a una esposa y un hijo. Krista ha estado llorando al enterarse.

–Sí, es terrible. –Serena vaciló–. Oye, Drew, tengo que preguntarte algo.

–Claro.

–¿Por qué añadisteis Krista y tú una cláusula por terrorismo a vuestra póliza de seguros el año pasado?

Drew abrió mucho los ojos y adoptó un semblante serio. Dejó a Michael en el cochecito que estaba en el patio trasero y luego cruzó los brazos sobre el pecho con firmeza.

–¿De verdad crees...?

–No creo nada, Drew. Tengo que preguntártelo. Ha saltado una alarma roja en el FBI. Tenías problemas con el negocio y, aun así, pagaste un suplemento para que el seguro te cubriera en caso de ocurrir algo que la

mayoría de la gente de aquí consideraría más bien improbable.

–Ya, pero mira dónde estamos –replicó Drew.

–Sí. Eso es lo que ha despertado la curiosidad del FBI.

La expresión de la cara de Drew denotaba enfado, pero de repente su crispación desapareció y suspiró.

–Mira, ya sé que solo haces tu trabajo. Supongo que tampoco me sorprende que alguien se haya planteado la pregunta. Lo cierto es que la cláusula no nos salió especialmente cara. Por lo visto, la aseguradora tampoco consideraba muy probable que hubiera un ataque terrorista aquí.

–Entonces ¿por qué la contratasteis? –quiso saber ella.

–¿No está claro? Por lo de Boston. Nuestra tienda se encuentra en la línea de meta de una importante maratón, Serena. Después de Boston, nos dimos cuenta de que, si algo terrible llegaba a Duluth, muy bien podía ocurrir delante de nuestra puerta. No voy a disculparme por tomar precauciones. Todo el mundo lo ha hecho. Por eso mismo ahora hay muchos más policías en la maratón.

–Tienes razón –reconoció Serena.

Drew le puso la mano en el hombro.

–Por favor, dile al FBI que Krista y yo no tenemos absolutamente nada que ver con lo que ocurrió.

–Lo haré.

Drew cogió a Michael del cochecito, como si el niño tuviera la capacidad de tranquilizarlo. No dijo nada más. Serena lo entendió. La primera víctima de cualquier crimen era la confianza, y en una ciudad pequeña como Duluth, era aún peor. Resultaba difícil aceptar que un amigo te creía capaz de hacer algo malo.

–Tengo que irme, Drew –se despidió–. Cuídate.

Se preguntó si había cruzado algún tipo de línea con él y si alguna vez volverían a invitarla. Drew debió de darse cuenta de lo que ella pensaba.

–Siempre eres bienvenida aquí, Serena. Y Cat también, por supuesto.

–Gracias.

Mientras se alejaba, Drew la llamó.

–¿Habéis encontrado al hombre que buscabais? ¿El vagabundo que estuvo en nuestra tienda?

Serena se dio la vuelta y negó con la cabeza.

–No; seguimos buscándolo.

–Y ¿crees que es importante? –preguntó Drew–. ¿Crees que sabe algo

sobre el atentado?

–Sí –contestó ella–. Eso creo.

Maggie daba mordiscos ocasionales a una hamburguesa de cuarto de libra mientras revisaba Twitter en el MacBook apoyado sobre su regazo. A su lado, Max Guppo se daba un festín con un perrito caliente Coney Island con chile y queso. Maggie tenía una norma: no permanecer con Guppo en espacios cerrados, así que había abierto las ventanas del Avalanche como medida de precaución. El fornido sargento tenía una manera de intoxicar cualquier espacio que ocupaba durante media hora con cantidades casi letales de ventosidades.

—¿Quién coño es toda esta gente? —maldijo ella con la boca llena—. Nunca había visto a tantos tarados profiriendo amenazas. Ni en un año podríamos comprobarlos a todos.

—Sí, entrar en Twitter es como meterte en un estadio a reventar en el que todo el mundo se grita groserías mutuamente —comentó Guppo—. Ladran mucho, pero de quien hay que preocuparse de verdad es de las personas que no hablan.

—¿Estás diciendo que estamos persiguiendo fantasmas?

—Más o menos.

Maggie siguió pasando la pantalla de Twitter. Sabía que Guppo tenía razón. No cabía duda de que la persona que había provocado el incendio en la galería de Woodland Avenue había visto el tuit de Dawn Basch, pero eso incluía a miles de personas, la mayoría de las cuales se escondían detrás de cuentas anónimas. Su primera intención había sido encontrar una pista entre los usuarios que habían reaccionado al tuit, pero en lugar de eso se había encontrado con un volumen tal de *haters* que estaba abrumada. Aquello no les ayudaría a dar con un sospechoso.

—Vaya —dijo Guppo alzándose un poco en el asiento del acompañante—. Lo siento. Viene uno.

—Querrás decir que ya ha venido —repuso Maggie, que abrió rápidamente la puerta, saltó del coche y se alejó del vehículo antes de que el recuerdo del chile con queso la alcanzara.

Se quedó en la calle y contempló los restos quemados de la galería. Caía una fina llovizna que convertía la ceniza del suelo en un amasijo viscoso

semejante al alquitrán. Los policías y los bomberos peinaban los restos del edificio. Había enviado a algunos agentes a las calles adyacentes para entrevistar a los vecinos. Hasta ese momento, nadie había visto nada que les permitiera señalar a un sospechoso.

–¿Cuánto piensas que tardó? –preguntó Guppo, que se unió a ella en la calle abanicándose la zona del trasero con una hoja–. No creo que el tipo pasara más de noventa segundos aquí.

–Sí, no tardó mucho –convino Maggie.

Noventa segundos parecía una suposición razonable. Un minuto y medio. Ese era el tiempo que habían tardado en incinerar a una madre y su hijo. Entendió cómo se sentía Stride. Como policía, a veces te enfrentabas a momentos en los que te daban ganas de echarlo todo por la borda.

Maggie pensó en los datos que habían conseguido recopilar. El equipo de investigación forense había determinado que el incendio se había originado en la parte trasera del edificio. Había roderas en la tierra, pero no las suficientes como para obtener las huellas de unos neumáticos. El asaltante había forzado la entrada, había derramado gasolina en el interior, había prendido fuego y se había largado a toda prisa. Si quedaba alguna prueba forense en el edificio, el fuego las había destruido casi todas.

–¿Y las cámaras de seguridad de Woodland Avenue? –preguntó Maggie. Guppo negó con la cabeza.

–Nada. No nos han servido de nada.

–A veces pienso que sería más sencillo trabajar en una ciudad en la que el Gran Hermano nos observara siempre.

–No, gracias –repuso Guppo–. Yo prefiero esto.

Maggie cruzó la calle hasta la galería, donde el olor del humo seguía siendo intenso. Había hablado con la propietaria, una mujer llamada Goleen que estaba sobrepasada por aquel escenario de muerte y destrucción. Ella le había enseñado fotos de sus piezas artísticas, ninguna de las cuales había sobrevivido al fuego. Pese a reconocer el talento de la mujer, los patrones geométricos y las esculturas arábigas le recordaron a Maggie que muchos musulmanes vivían en un mundo aparte, con una cultura que ella sencillamente era incapaz de comprender. Había muros difíciles de escalar.

–¿Puedo preguntarte una cosa, Max? Entre tú y yo.

–Claro.

–¿Crees que Dawn Basch tiene razón? ¿Que hay algo malo en el islam que genera violencia?

Guppo se rascó el emparrado que le cubría la cabeza.

–Vaya... No lo sé. Cuando ves que pasa una y otra vez, no puedes evitar pensarlo, ¿no? ¿Cómo puede alguien hacer esas locuras si no es que tiene un agujero en el corazón? Pero luego... Nuestros vecinos son una familia somalí, y son las personas más amables que puedas encontrar. El problema no es su religión. Siempre que me enfado por el terrorismo, pienso en ellos.

–A veces tengo la sensación de que el mundo musulmán tiene que ponerse al día y que lleva varios siglos de retraso en lo que se refiere a la civilización –explicó Maggie.

–Ya, bueno, el tipo que ha hecho esto piensa lo mismo. Mira, para mí los culpables son los líderes, no los seguidores. Al otro lado del Atlántico hay aspirantes a Hitler que difunden veneno y una secta de jóvenes ilusos y engañados que se lo tragan.

–Supongo que tienes razón. Sé que enfrentarse al tema con prejuicios solo empeora las cosas. Dime la verdad: ¿hay algún policía de aquí a quien todavía le suponga un problema que yo sea china?

–Si lo hay, es lo bastante listo como para no decírmelo a mí –contestó Guppo.

Maggie sonrió. Pese a haber visto en tantas ocasiones el lado más oscuro del mundo, Guppo conservaba un punto de vista optimista sobre la vida. Tenía mujer. Tenía a sus hijas. Tenía una casa y una barca. Tal como él lo veía, no podía ser más afortunado. A Maggie le habría encantado compartimentar su vida entre el bien y el mal como hacía él, pero, igual que le sucedía a Stride, en ocasiones se llevaba el lado oscuro a casa.

–Así que no tenemos testigos, ni cámaras ni pruebas –señaló.

–Eso es.

–Y la lista de sospechosos incluye a todos los que tienen cuenta en Twitter.

–Eso es.

Maggie chasqueó la lengua. Tenía que haber un modo de reducir la lista. En algún sitio, sin darse cuenta, aquel tipo le había dejado una pista. Desde la acera donde se encontraba, percibió un leve olor a gasolina que emanaba de las cenizas, y eso le dio una idea.

–Oye, ¿cuánta gasolina creen los chicos que ha usado?

–Es difícil precisarlo con exactitud, pero bastantes litros –contestó Guppo–. Más de treinta y cinco.

–Nadie guarda tal cantidad de gasolina en el garaje –señaló ella.

–Probablemente no. ¿Qué estás pensando?

–Estoy pensando que el atentado contra la galería parece improvisado, ¿no crees? Nadie decidió hacerlo semanas atrás. El plan se le ocurrió después de la maratón y seguramente después de que Khan Rashid apareciera en las noticias y Basch colgara en Twitter su lista de objetivos propiedad de musulmanes.

–Estoy de acuerdo –convino Guppo.

–Vale, entonces lo más probable es que el tipo haya comprado hace poco mucha gasolina.

Guppo vio de inmediato adónde quería llegar.

–Si fue a una gasolinera, saldrá en alguna cámara. Enviaré a unos cuantos agentes uniformados a recoger las grabaciones de todas las gasolineras en un radio de ocho kilómetros. Podemos empezar revisando las horas previas al incendio.

–Exacto –dijo Maggie–. Con un poco de suerte, encontraremos a alguien rellenando un montón de bidones de gasolina.

Cat contempló a través de los árboles las ruinas del sanatorio Nopeming. A su alrededor reinaba el silencio, roto tan solo por un coro de trinos. Desde el cielo diurno cubierto de nubes grises, la lluvia caía sobre su cara.

Había estado allí infinidad de veces. Y nunca legalmente. Curt había dado una de sus alocadas fiestas una noche de invierno, hasta que apareció la policía. A la gente que vivía en la calle y a los exploradores urbanos los edificios abandonados les resultaban irresistibles, y Nopeming era muy conocido. Había salido en un capítulo de un documental televisivo sobre investigadores de fantasmas, y desde entonces los propietarios se esforzaban por mantener alejados a los que querían colarse para demostrar su valentía.

Un indio ojibwa sin hogar le había contado a Cat que Nopeming quería decir «en el bosque». Las instalaciones databan de comienzos del siglo anterior, cuando se utilizaban como lugar para albergar a los tuberculosos hasta que morían. Años después se convirtió en una residencia de ancianos, y luego comenzó a deteriorarse hasta llegar al punto en que el coste de derruirlo era excesivo, pero también reconstruirlo. Los dueños soñaban con convertirlo en una escuela, pero por el momento seguía siendo la casa encantada de las Tierras del Norte, oculta tras un camino vallado y una verja cerrada con llave.

Cat no quería que la pillaran. Había aparcado en la calle donde estaba emplazado el edificio y había recorrido a pie la larga cuesta de entrada;

cuando la edificación quedó ante su vista, se agazapó entre los árboles. No detectó indicios de que ese día hubiera vigilancia. Si veías una furgoneta aparcada, sabías que era mejor no acercarse. Desde fuera, el edificio de cuatro pisos de ladrillo amarillo parecía un viejo hotel en ruinas: solo al acercarte descubrías las ventanas rotas y las cortinas raídas que ondeaban al viento.

Cat corrió sobre la hierba mojada. Sabía cómo colarse dentro. Algunas de las ventanas del último piso estaban abiertas para equiparar la temperatura interior con la exterior y evitar el moho. Encontró un abedul inclinado hacia el edificio y trepó por el tronco hasta meterse en la copa. Una de las ramas, apenas lo bastante resistente para soportar su peso, daba a una ventana abierta, así que se deslizó por ella hasta que esta se dobló y la dejó en el alféizar. Cat se escurrió con agilidad hasta el interior de uno de los dormitorios del antiguo sanatorio.

El suelo estaba cubierto de polvo de yeso y de los agujeros del techo donde antes había tejas colgaban cables eléctricos. Prendidos de una barra rota, los jirones de una fina y ligera cortina bailaban en el viento. La lluvia formaba charcos a los pies de Cat. Era una habitación pequeña y cálida; un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en la cantidad de personas que habían ocupado una cama allí, mientras agonizaban lenta y espantosamente.

Se dirigió a un pasillo que recorría el edificio de un extremo a otro. La pintura de las paredes estaba desconchada de arriba abajo, creando la impresión de que sobresalían cientos de alas de gaviotas. En el pasillo se alternaban la luz y la sombra, y el suelo era un campo de minas de escombros y restos. Las barandillas de madera estaban cubiertas de polvo. El ambiente era húmedo.

Cat aguzó el oído, pero no detectó señales de vida.

Miró en el interior de todas las habitaciones vacías a medida que pasaba por delante de ellas y de las salidas de emergencia abiertas, de extremo a extremo del edificio. No había nadie. Encontró una escalera y subió al piso siguiente, aplastando los fragmentos de pintura seca con los zapatos.

Al llegar arriba, llamó en voz baja:

–¿Eagle? –E insistió–. ¿Eagle? Soy Cat.

Nadie contestó, pero tuvo que reprimir un grito cuando algo se movió por el tejado, justo encima de ella. Miró por el agujero que habían dejado varias tejas caídas y la cara de bandido de un mapache le devolvió la mirada. Era enorme; estaba sentado sobre sus patas traseras y no parecía tener ningún

miedo de ella. Cat retrocedió para alejarse del animal, se dio la vuelta y echó a correr. El suelo estaba mojado, y Cat resbaló y se cayó; una nube de polvo se le metió en los ojos, se le rasgaron los tejanos y algo afilado le rozó la rodilla. Cuando recuperó la visión, se encontró contemplando una de las habitaciones.

Eagle estaba ahí.

Tendido cuan largo era sobre un saco de dormir morado, de espaldas a ella, con la cabeza apoyada en una almohada. No llevaba zapatos, solo unos calcetines agujereados en los talones. A su lado había dos botellas de vodka de plástico vacías tiradas sobre el suelo, junto con una bolsa de aperitivos de cocina Jack Link y una lata abierta de sopa de tortilla.

–Eagle –lo llamó Cat–. Eh, soy Cat. Tengo que hablar contigo.

Dio un paso hacia él y en ese momento percibió el olor. También se percató de que en la pared hacia la que miraba Eagle había una salpicadura que parecía una mezcla de pus y flema.

–¿Eagle?

Se agachó a su lado y lo cogió por el hombro. El cuerpo del hombre cayó de espaldas.

Esta vez, Cat no pudo evitar gritar.

Eagle no tenía rostro. Alguien se lo había destrozado de un tiro.

–Tranquilízate, colega –le dijo Wade Ralston a Travis–. Ahora tienes que mantener la calma.

Ambos hombres se hallaban en el extenso y descuidado jardín de la granja de Wade en Five Corners Road. La lluvia caía con fuerza, pero Wade no pensaba permitir que Travis dejara un rastro que llevase a su casa. El chico apestaba a la gasolina que empapaba su ropa, y tenía la piel casi completamente negra.

El hospital le había dado el alta hacía una hora, y al no poder contactar con Travis Wade había pedido un coche de Uber para que le llevara a casa. Cuando vio la furgoneta de Cazabichos aparcada de cualquier manera delante de su garaje, pidió al conductor que lo dejara en el camino desierto que llevaba a la granja en lugar de acercarlo a la vivienda. Tras esperar a que el coche de Uber se marchara, caminó entre los enormes abetos y encontró a Travis dormido en el asiento delantero de la camioneta. A Wade le bastó con abrir la puerta y oler el interior para saber con exactitud qué había hecho el chico. ¡Y el muy idiota había utilizado la furgoneta de la empresa! A veces Travis parecía un espermatozoide con un cerebro que solo daba para soltar palabrotas, beber y engañar.

–¿Que me tranquilice? –exclamó Travis–. ¿Me tomas el pelo? ¿Cómo voy a tranquilizarme?

–Solo digo que estás metido en un buen lío, así que es mejor que no te dejes llevar por el pánico.

Travis miró hacia el camino de tierra por enésima vez para asegurarse de que estaban solos.

–Tío, tienes que creerme, ¡no sabía que había alguien dentro! Lo comprobé, y el lugar estaba vacío. ¿Cómo iba a saber que había gente arriba?

–¿Crees que a la poli le va a importar? –preguntó Wade.

–¡Lo sé! Joder, no me lo puedo creer. He matado a esas personas, tío. Los he quemado. Me van a encerrar.

Eso era cierto.

Wade sabía que Travis se enfrentaba a veinticinco años entre rejas, tal vez más. Quizás incluso lo acusaran de terrorismo, le endosaran una condena

por asesinato en primer grado y le cayera la perpetua. Wade era incapaz de imaginárselo. Preferiría morir que pasar un año tras otro contemplando las paredes de una pequeña celda.

–¿Te ha visto alguien? –preguntó.

–No lo sé. Creo que no.

–Maldita sea, ¿en qué estabas pensando? ¿Has perdido el juicio?

–Estaba muy cabreado –se justificó Travis–. Al ver cómo ha quedado Shelly y pensando en Joni... Quería hacer algo. Como tú me dijiste. Dios me salvó para que pudiera devolverles el golpe.

–Ni se te ocurra decir que fui yo quien te metió esta idea en la cabeza, Travis –le espetó Wade–. Todo esto es cosa tuya.

–Sí, pero tú me dijiste... –Travis se interrumpió y meneó la cabeza–. No, lo pillo, tío. Yo soy el responsable, no voy a arrastrarte conmigo. Solo dime, ¿qué coño hago ahora?

Wade pensó en ello. Que Travis fuera capaz de cometer una estupidez no le venía de nuevas, pero ¿tan gorda? Aun así, no quería que quedaran pruebas que lo involucraran. Por lo que parecía, Travis había tenido suerte, porque si alguien hubiera visto a los Cazabichos en una furgoneta alejándose a toda velocidad del incendio provocado, la policía estaría ya llamando a su puerta. Pero estaban solos, y no se oían sirenas. Todavía. Les quedaba algo de tiempo.

–¿Qué hago, Wade? –volvió a preguntar Travis.

–Lo primero, airear la furgoneta. Huele como una gasolinera de Texaco. Abre las puertas y las ventanas, y rocía el interior con desinfectante Lysol. Límpiala también por fuera. ¿Qué has hecho con los bidones de gasolina?

–Aún los llevo detrás. Pensaba volver a dejarlos en el garaje.

–¿Has usado mis bidones? –preguntó Wade–. Joder, Travis, ¿lo dices en serio?

–Lo siento, tío. Vi los bidones y pensé: «Sí, eso es. Eso es lo que tengo que hacer. Prender fuego a un edificio musulmán. Ojo por ojo».

–Los bidones estaban vacíos; ¿dónde los has llenado?

–Me he parado en muchos sitios distintos. Ya sabes, pensé que si los llenaba todos en el mismo lugar alguien se daría cuenta, ¿no?

–No me digas.

Wade pensó en todas las pruebas que podían vincular aquel asunto con Travis y, en consecuencia, con él mismo. No estaba seguro de que la policía pudiera comparar la gasolina del incendio con la que quedaba en los bidones,

pero no pensaba arriesgarse. Sus huellas dactilares estaban en esos bidones. Y a los federales les encantaban las conspiraciones.

–Llévatelos al bosque y quémalos. Luego cubre toda la zona con hojas, ramas y agujas de pino. ¿Me has entendido? Será mejor que no sea posible ir allí y detectar el lugar.

–Vale. Vale, lo pillo, tío. ¿Y luego?

–Luego te desnudas detrás de la casa y te lavas con la manguera. Todo: el pelo, las cejas, la nariz, las uñas de las manos, de los pies... Todo.

–¿Y qué hago con la ropa? –preguntó Travis.

–Quémala. ¿Tienes ropa de repuesto en mi casa?

–Sí, creo que sí. Joni metió algunas cosas en la lavadora cuando me quedé atrapado con la última tormenta.

–Vale, iré a por ella –contestó Wade frunciendo el ceño–. No pongas el pie dentro de mi casa, ¿lo entiendes?

–Sí, sí, entendido. Gracias, tío.

–Esta noche no te acerques a casa de Shelly –le ordenó Wade–. Esconde la furgoneta en alguna parte y no llames la atención. Si la policía te persigue, en su apartamento serás un blanco fácil, y no quiero que te quedes cerca de aquí.

–Vale, sin problemas –accedió Travis–. ¿Crees que descubrirán que he sido yo?

«Claro que lo descubrirán, tonto del culo.»

–No tengo ni idea –contestó Wade–. Si lo hacen, tú y yo nunca hemos hablado, ¿vale?

–Vale.

–Muy bien. Coge la pala y ponte en marcha.

Travis se quedó plantado, conteniendo las lágrimas.

–Yo no quería que pasara esto, Wade. De verdad. Ni de coña quería matar a nadie. Y aún menos a un niño.

–Es demasiado tarde para lamentarse –observó Wade.

–Shelly se va a enfadar un montón.

Wade agitó un dedo frente a la cara del joven.

–Ni se te ocurra contárselo a Shelly.

–Se enterará –repuso Travis–. Siempre se da cuenta cuando hago algo malo.

–Entonces no vayas a verla hasta que seas capaz de disimular.

–No, tengo que verla. Le dije que esta noche volvería al hospital. No

quiero que esté sola.

–Iré yo –decidió Wade–. Tú intenta pasar desapercibido hasta que averigüemos si los polis van por ti.

Travis negó con la cabeza.

–Tío, te digo que Shelly descubrirá la verdad. Siempre lo hace. Y con todo ese rollo suyo de Dios, me dirá que voy a ir al infierno.

Wade extendió el brazo para agarrar a Travis de la camisa, pero enseguida la retiró y aplacó la ira que sentía. Sentía deseos de coger la pala del garaje, clavársela al chico en la cabeza y enterrarlo entre los árboles junto con los bidones. No quería volver a ver la cara de Travis nunca más. Ojalá no lo hubiera conocido nunca. Ojalá Shelly nunca hubiera traído a su hermano a las oficinas de Exterminios Ralston y Joni no lo hubiera presionado para contratar al chaval.

–Quizá vayas al infierno –dijo–. No sé cómo funcionan estas cosas, Travis. Lo cierto es que has cruzado una línea. Eres un asesino. Lo único que puedes hacer es acostumbrarte a la idea, porque no hay forma de deshacer lo ocurrido.

Michael Malville estaba sentado en el porche delantero de su casa en Cloquet, con una copia de la fotografía de Khan Rashid en la mano. La había analizado miles de veces, hasta el punto de que era capaz de reproducirla con los ojos cerrados. La cara del hombre. Su expresión. Su torso, girado al mirar atrás por encima del hombro, esperando a que explotara la bomba. La expectación. El nerviosismo. La culpa.

Era el mismo rostro que había visto en Superior Street. El mismo, colmado de odio. Era él.

Michael desechó sus remordimientos por lo que había hecho. Khan Rashid era culpable. Era el terrorista. Y, sin embargo, ahora el mundo de Michael estaba lleno de dudas. Desde que había oído en las noticias lo del incendio en la galería y la muerte de los Rashid, no había hecho otra cosa que reproducir mentalmente los últimos días. Se preguntaba si, de haber podido retroceder en el tiempo, habría vuelto a pulsar la tecla y colgado en Twitter la foto de Khan Rashid, sabiendo lo que ocurriría después. Sabiendo que dos personas morirían.

Alison estaba a su lado, en silencio. Llevaba todo el día callada. A través de las ventanas abiertas, Michael oía a Evan jugar dentro, librando una batalla irreal contra monstruos imaginarios. Frente a ellos, la leve llovizna empapaba

la hierba y despertaba sonidos musicales al caer sobre los canalones metálicos.

–¿Me vas a contar qué te pasa? –preguntó él, aunque ya lo sabía.

Alison estaba sentada en una silla Adirondack, con una pierna doblada debajo del cuerpo y el otro pie en el suelo. No se había lavado su mata de pelo rubio.

–No es nada.

–Oh, vamos, no hace falta que juguemos a estos jueguecitos –replicó Michael.

–De acuerdo. Pero no quiero que te enfades. Hoy no.

Michael se conocía lo bastante para saber que los temores de su mujer estaban fundados. Se enfadaba con facilidad y demasiado a menudo.

–Intentaré no hcerlo... Es lo único que puedo decir.

–Vale. Estoy preocupada. No paro de pensar en cómo murieron esa mujer y su hijo. Es terrible.

–Y ¿crees que es culpa mía? –preguntó Michael, incapaz de disimular el rencor que destilaba su tono de voz.

–Yo no he dicho eso. Si te lo vas a tomar así, cambio de tema.

–Tienes razón. Lo siento.

–Tuvo que ser aterrador, y doloroso. Y para una madre... saber que su hijo iba a morir en sus brazos...

–Intenta no pensar en ello –le dijo él.

–Lo sé, pero es que no puedo pensar en otra cosa. –Alargó la mano y cogió la de él–. No creo que sea culpa tuya, Michael.

–Gracias.

–Pero sí de Dawn Basch –continuó Alison–. Te lo dije el mismo día que llegó a la ciudad: esa mujer siempre me ha inquietado, y esta es la razón. No tenía por qué colgar esas fotos en Twitter, a menos que quisiera incitar a la gente.

Michael tardó mucho rato en contestar.

–Sigue siendo libertad de expresión. No va contra la ley.

–Tal vez, pero los dos sabemos que está mal.

–Ella no podía saber lo que pasaría –señaló él.

–Sí, claro que podía. No seas ingenuo.

–Vamos, Alison.

–Lo digo en serio. Han muerto personas inocentes por su culpa. Sabía perfectamente que podía ocurrir algo así.

–No sabemos con seguridad si la mujer era inocente –adujo Michael–. No pretendo justificar lo que ha pasado, solo digo que ella podría haber sido cómplice de la conspiración.

–¿Y el niño?

Michael vaciló.

–Eso ha sido espantoso, sin duda.

–Quiero pedirte algo. –El tono de voz de Alison era amable pero firme.

–Vale.

–No quiero que vuelvas a relacionarte con Dawn Basch ni con su grupo de Sin Excepciones. Nada de mítines. Nada de libros. Tira las chapas y los sombreros. No los quiero en nuestra casa. No quiero que Evan se entere de ninguna de esas cosas.

Michael se dispuso a protestar, pero tenía que tomar una decisión y decidió tomar partido por su mujer.

–Vale. Si es lo que quieres, renunciaré a ello.

–Gracias a Dios. –Ella cerró los ojos, aliviada

–¿Sabes? No apoyo lo que hizo. Se pasó de la raya.

–Sí, así es.

Michael volvió a contemplar la foto que sostenía en la mano.

–¿Estás siendo sincera conmigo? ¿O crees que en parte también soy culpable?

–¿Tú qué crees? –preguntó Alison.

–Creo que lancé una piedra colina abajo y que no tenía ni idea de que llegaría tan lejos.

Ella se puso en pie, se arrodilló a su lado y le acarició la cara.

–Te sientes culpable, ¿verdad?

–Un poco.

–Bueno, a diferencia de Dawn Basch, tú no podías prever nada de esto –respondió Alison–. Te conozco, Michael. A veces tu impulsividad supera tu prudencia, pero nunca lo haces con malicia. Eres un buen hombre y tienes un buen corazón.

–Pero piensas que ojalá nunca me hubiera involucrado –repuso Michael.

–Eso sí. Me gustaría que hubieras podido alejarte, aunque sabía que no podías. Me preocupa el dolor que esto te producirá durante el resto de tu vida. No lo soporto.

–Sí, pero yo sé lo que vi. Tenía que decir algo.

Alison lo besó antes de que él pudiera autojustificarse.

–Sé lo que crees que viste, pero es fácil convencerse a uno mismo de cosas que no son verdad. A mí me pasó, ¿te acuerdas? Hace dos años pensé que mi marido, el amor de mi vida, era capaz de haber matado a alguien. No podría haberme equivocado más ni de una forma más terrible y espantosa. Aún vivo con esa culpa. Eso es lo que me asusta, Michael. ¿Y si también tú te equivocas? ¿Y si has cometido un error?

–Una única herida de bala en la parte posterior de la cabeza –dijo Stride mientras contemplaba el cuerpo de Eagle, tendido entre los escombros del sanatorio Nopeming. Por la ventana soplaba un aire caliente y húmedo.

Serena estaba en el quicio de la puerta.

–Por la cantidad de alcohol que ingirió aquí, lo más probable es que Eagle hubiera perdido el conocimiento. Habrá sido fácil acercarse a él sin que se enterara. Un tipo entra a hurtadillas, dispara y luego huye.

–¿Alguien oyó algo? –preguntó Stride.

–No, que sepamos. En la otra punta del complejo hay un apartamento para el vigilante, pero por lo visto lleva semanas vacío. Por lo demás, estamos en medio de la nada, así que si lo que quieres es pegarle un tiro a alguien, este es un buen lugar.

Stride se reunió con ella en el pasillo, un naufragio de agua encharcada, tejas caídas y cristales rotos. Vio cientos de pequeños perdigonazos en la pintura amarilla, vestigio de las batallas libradas en los juegos de guerra dentro de las ruinas. Entre los escombros había también una cabeza de gallina y el cráneo astado de un carnero, rodeado de velas. Hasta los satánicos conseguían entrar en Nopeming.

–Buena suerte a los forenses con este sitio –murmuró Stride.

–Ya.

–Suponiendo que nadie oyera el disparo, ¿qué sabemos de la hora de la muerte?

–El forense cree que se produjo entre tres o cuatro días atrás. Puede que la autopsia nos diga más cosas, pero el calor y la humedad no ayudarán a concretar. Según Cat, Curt Dickes dijo que alguien había visto a Eagle en las vías del tren cerca de Becks Road el viernes. Se dirigía hacia aquí.

Stride estudió el pasillo.

–Dijiste que Eagle era difícil de encontrar –recordó Stride–. Entonces ¿cómo lo localizó quien ha hecho esto?

–Puede que hubieran quedado. O tal vez nuestro hombre consiguió ponerle un rastreador GPS a Eagle para seguirlo. Todo lo que veo me dice que estamos ante un asesinato premeditado. Ese tipo vino aquí

específicamente a matarlo. También se llevó las botas de Eagle. No llevaba zapatos; eso es importante.

–¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

–Curt vio a Eagle con unas botas nuevas de la Duluth Outdoor Company. Eso fue el miércoles pasado, el día después del incidente en la tienda. Las botas no están aquí, lo que significa que el asesino se las llevó.

–Bueno, es posible que el asesino quisiera quedárselas –repuso Stride–. No sería la primera vez que un vagabundo mata a otro por algo así.

–Tienes razón, es una posibilidad. Pero quizás el asesino no quería que lo relacionásemos con la tienda, porque eso lo habría relacionado con la explosión de la maratón.

–¿Estás convencida de que el crimen de Eagle guarda relación con la explosión?

–Sí. La coincidencia temporal es demasiado obvia para pensar otra cosa. Eagle estuvo en la tienda de la Duluth Outdoor Company para montar un número justo días antes de que estallara la bomba en la maratón. Y ahora aparece con una bala en la cabeza. El que lo hizo intentaba atar los cabos sueltos.

Stride asintió. Esta vez había demasiadas coincidencias. Pensó que Serena estaba en lo cierto.

–¿Dónde está Cat? –preguntó.

–Fuera. Está bastante afectada.

Ambos se dirigieron a la planta baja del complejo. La llovizna tamborileaba sobre la hierba verde. El edificio de ladrillo amarillo se erguía sobre ellos. Stride divisó a Cat apoyada en un árbol, a unos treinta metros. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba hacia el cielo.

–Entonces ¿qué hacía en realidad Eagle en la tienda la semana pasada? –le preguntó Stride a Serena.

–Tengo una teoría –contestó ella–, pero ni al FBI ni a ti os va a gustar.

–Cuéntamela.

–Durkin cree que Eagle fue a la tienda para desviar la atención. Tenía que ponerse histérico y distraer al personal. Según ella, formaba parte de un plan para robar, y sí, debo admitir que es posible que sea así. Pero no puedo creerme que alguien matara a Eagle por un par de botas.

–Entonces ¿cuál era la intención del movimiento de distracción? –preguntó Stride.

–Colocar la bomba –contestó Serena.

Stride la miró.

–¿Crees que la bomba se pasó varios días en el suelo de la tienda sin que nadie se diera cuenta?

–En el suelo no –replicó Serena–. Quien lo hizo pudo ponerla en el escaparate. Podría haber estado ahí junto con decenas de mochilas más y nadie le habría prestado atención. Pero, para eso, necesitaba distraer la atención del personal durante unos segundos. Eagle fue quien se los proporcionó.

Stride meneó la cabeza.

–¿Estás convencida de lo que dices?

–Igual es una locura, Jonny, pero creo que todos hemos seguido el rastro equivocado desde el principio. La bomba ya estaba en la tienda mucho antes del día de la maratón.

–El tipo que lo hizo asumía un riesgo enorme –observó Stride–. Podría haber estallado en cualquier momento.

–Sí, pero de esta forma no tenía que introducir la bomba en la tienda el día de la maratón, con todo Canal Park plagado de seguridad. Lo único que tenía que hacer era activarla por control remoto. Con la información de la que disponemos, es posible que el terrorista ni siquiera estuviese en la maratón. Podría haber marcado un número de teléfono para accionar la bomba.

–Sí es así, la lista de sospechosos acaba de ampliarse bastante –señaló Stride.

–También significa que no tenemos ninguna razón real para sospechar de Khan Rashid –añadió Serena.

–Aparte del asesinato de Dennis Kenzie.

–Lo sé. No digo que sea completamente inocente. Pero si la bomba estaba en la tienda antes incluso de que comenzase la maratón, el hecho de que llevara una mochila no es relevante.

Stride trató de rebobinar sus pensamientos. Llevaba tres días enfocando el atentado desde un punto de vista y de pronto tenía que dar marcha atrás y empezar de nuevo. Si Serena estaba en lo cierto, había que comenzar la investigación de cero. Habían estado buscando una aguja en el pajar equivocado.

–¿Cómo encontramos al socio de Eagle? –preguntó Stride–. Eagle formaba parte de la comunidad de vagabundos, pero es imposible que alguno de ellos disponga de recursos o sepa cómo fabricar una bomba de ese tipo. Así pues, ¿cómo se cruzaron los caminos de Eagle y el terrorista?

–No lo sé –admitió Serena–. Cat dice que Eagle pasa la noche en sitios de toda la ciudad, así que podrían haberse cruzado en cualquier parte. No obstante, si mi teoría es correcta, ambos estaban en Canal Park hace una semana. Eagle entró en la tienda de la Duluth Outdoor Company el martes por la tarde y el terrorista también. Nuestro hombre estaba allí. Y el equipo de la maratón tiene una cámara de alta definición en el tejado de su edificio que toma fotos de toda la calle. A lo mejor aparece en las cintas de esa tarde.

–Vale, si no fuera porque la cámara es visible desde la calle. Todo el mundo sabe que está ahí. ¿Por qué no usar la puerta trasera de la tienda? ¿Por qué arriesgarse a entrar por Canal Park? En el callejón no hay ninguna cámara.

Serena asintió.

–Cierto, pero aun así apuesto a que entró por la puerta principal.

–¿Por qué?

–Si yo llevara una bomba de siete kilos colgada del hombro, lo último que querría sería tener que atravesar la tienda, a la vista de todo el personal. Preferiría quedarme fuera hasta que Eagle montara su número. Luego me colaría dentro, colocaría la bomba y me escabulliría. Veinte o treinta segundos como máximo.

Stride se metió en la cabeza del terrorista.

Cuanto menos tiempo pasara dentro de la tienda, mejor.

–Muy bien, investigalo –le dijo a Serena–. Yo hablaré con Durkin; tú habla con los organizadores de la maratón. Veamos quién aparece en su cámara el martes a última hora.

De camino a su Mustang, Serena se paró a ver cómo se encontraba Cat. La chica estaba apoyada en un árbol y se mordía las uñas con la cara bañada en lágrimas. Serena no dijo nada, tan solo se limitó a acercarse a ella, rodearla y abrazarla con fuerza.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Me siento como el niño ese de *El sexto sentido* –murmuró Cat.

–¿Qué quieres decir?

–Vaya a donde vaya, veo muertos.

Serena sonrió. Que Cat pudiera bromear al respecto, aunque fuera un poco, era buena señal.

–Sí, te entiendo. Has visto más de los que te tocaban.

–¿Sabes? No entiendo cómo lo gestionáis Stride y tú.

–No se vuelve más fácil con el tiempo –le dijo Serena.

–¿Tenéis alguna idea de quién mató a Eagle?

–Todavía no.

–Era un buen tipo –dijo Cat–. Tenía problemas, pero no era malo.

–Lo sé. –Serena vaciló y a continuación añadió–: Me habría gustado que me llamaras en lugar de meterte ahí sola. Este sitio no es seguro. También es propiedad privada y no deberías entrar.

–Ya había venido antes.

–Puede ser, pero estamos en medio de una situación peligrosa. No quiero que te hagan daño.

Serena no quería reprenderla, pero le preocupaba que el comportamiento impulsivo de Cat le trajera consecuencias tarde o temprano.

–También quiero saber por qué Curt te llamó a ti y no a mí –añadió.

La chica bajó la vista.

–Ya conoces a Curt.

–Sí, lo conozco. Eso es lo que me preocupa. ¿Qué quería de ti?

–¿Qué significa eso?

–Significa: ¿qué quería Curt que hicieras por él a cambio de la información sobre Eagle?

Cat se encogió de hombros.

–Nada.

Serena cogió a la chica por la barbilla con suavidad y se la alzó hasta que sus miradas se encontraron.

–Eh, soy yo. No mientas.

–Quiere que vaya a una fiesta esta noche con unos ricachones, en Congdon –admitió Cat–. Es mucho dinero.

–¿Curt te va a pagar por ir a una fiesta? –preguntó Serena.

–No tengo que hacer nada. Ni sexo ni mierdas de esas. Solo ponerme guapa y pasarme por ahí.

Una fiesta privada. A cambio de dinero. Cat hablaba de ello como si no fuera gran cosa. Serena respiró hondo para reprimir las ganas que tenía de gritarle. Se dio cuenta de que era una de esas cosas propias de una madre, y aún no se había acostumbrado a serlo. Podía decirle a Cat que no fuera y esperar que ella le obedeciera, pero la chica no solía cumplir las órdenes. Si alguien le decía lo que tenía que hacer, hacía justamente lo contrario.

Serena decidió probar algo distinto. De madre a hija.

Decidió confiar en ella.

–Muy bien. Puedes ir o no ir –dijo–. Tú decides.

La chica la miró. Era lo último que esperaba oír de Serena.

–¿Qué? ¿Qué quieres decir?

–Decídelo tú misma.

–Venga, ya sé que no quieres que vaya –repuso Cat.

–No importa lo que yo quiera. Tienes diecisiete años. Eres más lista que el hambre. Sabes lo que está bien y lo que está mal, así que no finjas que te hace falta que Stride yo te digamos lo que tienes que hacer. Se acabó. La decisión es solo tuya, Cat.

Serena le dio un beso en la frente y se alejó sin decir una palabra más.

Esperaba no haber cometido un terrible error.

Khan golpeó el suelo de madera con los puños y lloró, pero nada le devolvió a su familia.

Durante horas había gimoteado y se había lamentado con Alá, buscando respuestas allí donde no las había. Malik se había pasado el rato intentando calmarlo; tenía miedo de que los vecinos lo oyeran. A Khan no le importaba. «Que venga la policía –pensaba–. Que me apunten con sus pistolas y me maten.» Su vida ya estaba acabada. Pensó en ponerse el terrible chaleco que había fabricado Malik. Acabar con todo con un brillante estallido de luz, en lugar de enfrentarse a todos los años de soledad y vacío que se abrían ante él. Aun así, era incapaz de hacerlo. Se quedó sentado en una esquina de la casa deshabitada, rodeado de polvo y oscuridad, sin saber cómo continuar.

Khan estaba destrozado, pero Malik estaba enfadado.

–¿Lo entiendes ahora? –le preguntó su amigo con la cara roja, indignado–. ¿Ves ahora lo que llevo meses diciéndote? Este país nos odia. Nos asesinarían simplemente por lo que somos. Tú solo hablas de paz y ¿qué has conseguido? Creías que podrías esconderte en tu pequeña ciudad, tu pequeño vecindario, tu pequeña casa. Pero no puedes.

Khan no tenía nada que decir, pero esta vez sabía que Malik tenía razón. No había lugar donde esconderse. Había huido de Pakistán. Había huido de Chicago. No le había pedido nada a la vida aparte de vivir tranquilamente con su mujer, su hijo y su Dios. Pero no, era imposible huir siempre. Antes o después, el monstruo siempre te encontraba.

–¿Ves la verdad ahora? –continuó Malik–. Llevas «musulmán» tatuado en la frente, Khan. Es lo único que ven. Nunca formarás parte de su mundo; solo puedes formar parte del nuestro.

Khan miró a su amigo con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

–¿Qué quieres decir con «el nuestro»?

–El de los que luchamos y morimos por Alá –contestó Malik.

Khan meneó la cabeza con gesto cansado.

–¿De qué sirve la violencia? La violencia no soluciona nada.

–¿Qué pasa, te da miedo que te llamen terrorista? Lo harán de todos modos. Mientras tanto, los verdaderos terroristas están justo aquí. Los

terroristas son los que asesinaron a Ahdia y a Pak anoche.

–No te atrevas a pronunciar sus nombres –dijo Khan.

Malik respiró hondo, deslizó la espalda por la pared y se sentó junto a Khan.

–Lo sé. Lamento mucho tu pérdida. Ningún hombre tendría que soportar una tragedia así.

–La herida no se cerrará nunca –contestó Khan–. Nunca. No paro de pensar en lo que vivieron. Siento el fuego en mi propia piel, me asfixio con humo negro. Debería haberlos salvado, Malik. Debería haberme sacrificado y en lugar de eso me comporté como un cobarde.

–Qué tontería.

–No fui lo bastante fuerte –murmuró Khan, principalmente para sí mismo–. El fuego me hacía retroceder. Debería haber sido más fuerte.

–Aunque hubieras conseguido atravesarlo, habríais muerto los tres. No había forma de salir.

–Pues ojalá hubiéramos muerto todos juntos.

Malik lo agarró de la mano.

–Sé que estás sufriendo, pero también tienes que pensar en lo que viene ahora. No puedes permitirte el lujo de llorarlos en paz. No tienes tiempo.

–No me importa lo que venga ahora.

–Entonces ¿qué? ¿Vas a salir fuera y dejar que la policía te acribille a balazos? Tal vez en este momento te parezca lo mejor, pero ¿es eso lo que hubiera querido Ahdia? ¿Que te rindieras?

Khan sintió que las lágrimas lo inundaban de nuevo y miró hacia el techo con un gesto de resignación.

–¿Qué quieres de mí, Malik?

–Quiero que te enfades. La cólera hierve por debajo de tu pena. ¡Era tu mujer! ¡Tu hijo! Esta gente te los ha robado. Los ha asesinado. Si te rindes, ellos ganan.

–Dentro de mí no hierve nada –replicó Khan–. No siento cólera. No siento nada. ¿No te das cuenta? Estoy muerto por dentro. Voy a salir por la puerta con las manos en alto. Si me disparan, que me disparen.

Malik apretó la mano de Khan hasta que a este le dolieron los dedos.

–No. No te dejaré hacerlo. Voy a sacarte de aquí.

–¿Cómo? Hay un coche de policía a menos de cincuenta metros y dos agentes vigilando la calle.

–Esperaremos a que oscurezca, como anoche –dijo Malik.

–Nos iluminarán las farolas. No somos invisibles.

–Conseguiré alejar a la policía de alguna forma. En cuanto se marchen, podrás escapar.

–¿Y luego qué? ¿Adónde voy? Tú mismo lo has dicho: no hay lugar donde esconderse. Antes o después me encontrarán.

Malik se puso en pie. Se hallaban en la salita, ocultos entre las sombras. Fuera, al otro lado del cristal de la ventana, Khan oía el trino de un cardenal. Aquellos pájaros rojos de cresta copetuda eran los favoritos de Ahdia. Había instalado un comedero y compraba comida para atraerlos, pero era como si a los cardenales no les tentaran los regalos fáciles. Mantenían las distancias, incluso mientras cantaban entre los árboles; se dejaban ver tan solo en raras ocasiones, para honrar a los humanos con su presencia. Eso hacía que cada vez que los veías se convirtiera en una ocasión especial.

Se preguntó si Ahdia le había mandado el cardenal y qué mensaje querría transmitirle.

«¿Qué me pedirías tú que hiciera, amor mío?»

–Te organizaré una huida clandestina –decidió Malik.

–¿Qué quieres decir?

–Me pondré en contacto con mis amigos de Minneapolis. Ellos nos darán un punto de encuentro y una casa segura. Desde allí alguien te llevará en coche fuera del estado. Puedes refugiarte en otra ciudad. Chicago. Nueva York. Los Ángeles. Si al final hace falta, pueden encontrar la manera de sacarte del país.

–Este es mi hogar –contestó Khan.

–Este era tu hogar. Ahora ya no lo es, ¿no te das cuenta?

Khan respiró hondo. Malik hacía que marcharse pareciera sencillo. A él le resultaba difícil imaginar un mundo fuera de Duluth, donde siempre había supuesto que pasaría el resto de su vida. Aunque Malik tenía razón en algo: aquella ciudad no era su hogar. Su mujer y su hijo habían sido su hogar, y ahora ya no estaban. No importaba adónde fuera: no dejaba nada atrás.

–Suponiendo que me marchara –dijo–, ¿cómo lo haríamos? ¿Cómo llegaríamos a Minneapolis? En cuanto intentemos escapar nos descubrirán.

–Nos desplazaremos por carreteras secundarias y evitaremos las autopistas.

–¿No crees que ya habrán pensado en ello? Las carreteras estarán bloqueadas. Toda la ciudad está sellada. Mientras la búsqueda continúe, estamos en el punto de mira.

Malik asintió, pensativo. Parecía un ingeniero contemplando el fallo en un diseño imposible de solucionar.

–Es verdad. Tienes razón.

–Entonces ¿qué hacemos?

Su amigo meneó la cabeza.

–Me ocuparé luego de la logística. Ahora tengo que cerciorarme de que el coche que usaba aún es seguro. No está registrado a mi nombre, pero cualquier coche aparcado durante un tiempo en el mismo sitio puede haber llamado la atención de la policía. Si lo han encontrado y lo están investigando, tendré que buscar otro medio.

–¿Cómo te acercarás al coche sin que te vean?

–Con cuidado –contestó Malik con una sonrisa–. No te preocupes, puedo arrastrarme sobre la barriga si hace falta. Cuando llegue al coche, suponiendo que sea seguro, podré trazar una ruta en el mapa y organizar la bienvenida de mis amigos de Minneapolis.

–Y ¿qué hago mientras tanto? ¿Quedarme aquí sentado?

Malik se agachó frente a él.

–Por ahora, sí. Duerme un poco si puedes.

–No creo que pueda volver a dormir nunca más.

–Bueno, al menos intenta descansar. Va a ser una noche larga. Y escúchame, Khan. Pase lo que pase, no hagas ninguna tontería. Esta gente te meterá una bala entre los ojos en el acto. Para ellos, eres un asesino de polis. ¿Lo entiendes?

–No entiendo nada –contestó Khan–. Nada tiene sentido.

–Bueno, no puedo irme si no me das tu palabra de que no te moverás de aquí. No salgas por esa puerta. Puede que creas que estás solo, pero yo estoy aquí para ayudarte, y hay otras personas que harán lo mismo.

Khan miró la casa cerrada, que ya sentía como una cárcel. Los dos días que había pasado allí le habían parecido una eternidad. Una condena a cadena perpetua. Dentro o fuera, era un hombre inocente encarcelado.

–¿Y qué hago si no vuelves? –preguntó.

–Volveré.

Khan cogió la cara de Malik con ambas manos.

–No si estás muerto, amigo.

–Vale, si pasa la noche y no he vuelto, asume que estoy muerto o me han detenido. Hay un plan alternativo: un fontanero llamado Abdul que vive en Chester Park. Llámale, dile que se te ha inundado el sótano y dale esta

dirección. Cuéntale que hay agua por todas partes y que te ha parecido oír a Noé con su hijo suplicar para no quedarse con los No Creyentes.

Khan entornó los ojos.

–¿Qué?

–Es un código; Abdul lo entenderá. Sabrá que es una emergencia y encontrará la forma de sacarte de aquí.

–Malik, esto es una locura.

–El mundo está loco. Te dejaré otro teléfono, pero no lo uses a menos que tengas que ponerte en contacto con Abdul. Esa es la única llamada que puedes hacer. Y da por hecho que en alguna parte habrá un agente federal escuchando. Habla con naturalidad y no des tu nombre ni el mío. Tan solo es una llamada por un sótano inundado. ¿Lo has entendido?

Khan estaba abrumado.

–Sí.

–Una cosa más –añadió Malik.

Se levantó y cogió una mochila pequeña del otro extremo de la habitación. Metió la mano, rebuscó y encontró un teléfono plateado con tapa, que le tendió a Khan. A continuación, extrajo otro objeto y lo sostuvo en la palma de su mano. Era un arma. Una pistola con el cañón negro y la culata de madera.

Khan hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No.

–Yo tengo una pistola –dijo Malik–. Y tú también necesitas una.

–No he disparado un arma en mi vida. Ni siquiera sé cómo se hace.

–Te lo enseñaré.

–No. Nada de armas. Si tengo una, me convertiré exactamente en lo que dicen que soy, ¿no te das cuenta?

Malik reaccionó como si Khan no hubiera dicho nada. Cogió la pistola y le mostró cómo prepararla: sacar y meter el cargador, hacer rodar el tambor e introducir la munición. Cómo apuntar. Cómo disparar. Luego realizó el mismo proceso a la inversa y vació el arma. Lo hizo dos veces y se aseguró de que Khan le mirase todo el rato.

–¿Ves? No tienes que hacer nada más.

–No pienso disparar nunca un arma, bajo ningún concepto –repuso Khan–. Llévatela.

Malik lo ignoró. Las protestas de Khan le resbalaban. Dejó el arma en el suelo junto a su amigo y se echó la mochila al hombro.

–Esperemos que no te haga falta, pero te la dejaré de todas formas. ¿Has entendido el plan?

Khan asintió sin responder.

–Bien –dijo Malik–. Volveré en cuanto pueda con la manera de sacarte de Duluth. Confía en mí, amigo.

Malik se marchó, pero Khan apenas lo oyó.

Lo único que hizo fue observar fijamente la pistola que había en el suelo.

Maggie se sopló el flequillo para apartárselo de los ojos.

–Definitivamente, Minnesota no es un estado de donuts –le dijo a Guppo, al tiempo que pausaba el vídeo–. ¿De qué va todo esto, además?

–¿Qué dices? –contestó Guppo–. Me encantan los donuts. Me puedo zampar doce de chocolate de una sola sentada.

Ambos estaban sentados a una mesa de reuniones, cada uno con una pantalla de ordenador enfrente. Llevaban ya varias horas revisando vídeos de gente poniendo gasolina en Duluth, en un radio de ocho kilómetros alrededor del enclave de la galería incendiada. Observar secuencias idénticas de coches y camiones que llegaban y luego se alejaban de los surtidores los había dejado aturridos.

–Sí, vale, pero ¿dónde compras tú los donuts? –preguntó Maggie.

–No lo sé. A veces en el supermercado Super One. O en Holiday o SA, si lleno el depósito.

–¿Ves? A eso me refiero. En los sùpers y las gasolineras no es donde se venden los donuts. Los donuts se venden en tiendas especializadas en donuts. Ve a cualquier otro lugar del país y lo verás: tiendas de donuts que venden donuts. Duluth es un erial de los donuts. Todo el estado lo es.

Guppo, cuyo propio cuerpo recordaba a un enorme donut relleno, se reclinó en la silla, que emitió un chirrido precario bajo su peso.

–Sí. Aún echo de menos la Casa de los Donuts. Qué días aquellos.

–Stride, tú y la Casa de los Donuts –dijo Maggie con un suspiro–. ¿Cuántas décadas hace? En fin, por lo menos al final han abierto un Dunkin' en la ciudad. Es un avance. Y no me hagas hablar de las tortitas. Cuando Troy y yo fuimos a Chicago en primavera, había un local de tortitas en casi cada manzana. ¿Aquí arriba? Nada. Vaya, me encanta el Duluth Grill, pero también quiero un local que venda tortitas suecas y tortitas *silver dollar* y tortitas de trigo. Y quiero que el logo sea una tortita con una cara sonriente encima. Eso es una Casa de Tortitas.

–Te veo muy gruñona –observó Guppo.

–Estoy harta de mirar a gente comprando gasolina.

–Bueno, aquí hay otro tipo llenando un bidón para llevar –le dijo

Guppo—. Lunes por la tarde, 15.45, en la gasolinera Spur de Central Entrance.

—¿Solo un bidón?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene?

—Unos ochenta años —contestó Guppo—. Lleva una camisa de cuadros de manga corta, bermudas y zapatillas deportivas con calcetines negros.

—Apostaría a que nuestro pirómano no es un bisabuelo, pero imprímela, etiquétala y añádela al montón.

—Hecho.

Maggie volvió a poner en marcha el vídeo de su portátil y siguió revisando las imágenes de una gasolinera Holiday en Arrowhead Road. Cada establecimiento tenía varias cámaras; cada cámara, varias horas de grabaciones desde el sábado por la mañana. Era un trabajo lento. Habían encontrado docenas de personas que llenaban bidones y habían registrado cada compra, pero hasta el momento no habían identificado a nadie cuyo comportamiento resultara sospechoso.

Maggie sabía que al final tendrían que localizar e interrogar personalmente a cada comprador para poder tachar su nombre de la lista de sospechosos. También sabía que era probable que Max y ella se hubieran metido en un callejón sin salida. Alguien que planeara provocar un incendio debía de ser lo bastante listo como para acudir a gasolineras de fuera de la ciudad, donde era menos probable que lo vieran. O tal vez tuviera ya bidones almacenados en su garaje para el cortacésped o la quitanieves. Aun así, por ahora aquella era su mejor opción para encontrar una pista. Si el asaltante estaba lo bastante enfadado y alterado para arremeter con violencia dejándose llevar por un impulso momentáneo, tal vez no hubiera sido demasiado meticuloso ocultando sus huellas.

Pasaron otra media hora estudiando los vídeos en silencio. El único sonido que se oía eran los eructos de Guppo y el zumbido esporádico de la impresora cuando encontraban una imagen en la que alguien llenaba un bidón. Cuando Maggie tenía que pasar mucho tiempo revisando vídeos sola, solía poner Aerosmith: el subidón de adrenalina la mantenía despierta hasta bien entrada la noche. Pero a Guppo, como a Stride y Serena, le gustaba la música *country*, y Maggie se negaba categóricamente a escuchar *country*. Así que habían llegado a un acuerdo cuando trabajaban juntos: nada de música.

—Bueno, y ¿qué tal os va a Troy y a ti? —preguntó Guppo mientras

sumergía una patata ondulada en un bote de salsa de cebolla Dean—. ¿Vais en serio?

—¿Te ha pedido Stride que me saques información? ¿O Serena?

—Los dos.

Maggie se echó a reír.

—Troy y yo vamos poco a poco.

—Mira, si coméis donuts y tortitas juntos, parece bastante serio para alguien como tú.

—Ya, pero él se niega a probar las McRib. No sé qué le pasa con ellas. Es posible que Troy tenga un grave fallo de carácter.

—Eh, Maggie —dijo Guppo.

—No digo que no pensara que todo el rollo de meter cebolla y pepinillos en las costillas fuera raro —continuó ella como si Guppo no hubiera dicho nada—, pero hay que tener confianza en el McDonald's. Es bueno.

—¿Maggie? —insistió Guppo.

Ella percibió el cambio en el tono de su voz.

—¿Qué pasa?

—Mira esto.

Maggie se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta quedar junto a Guppo, que pausó el vídeo y lo rebobinó. Maggie contempló la parte trasera de una furgoneta blanca con las puertas abiertas. Un hombre alto le daba la espalda a la cámara mientras llenaba sobre el suelo un bidón de gasolina de plástico rojo. Llevaba pantalones de chándal, una camiseta roja y una gorra con la visera hacia atrás.

—¿Qué estoy viendo? —quiso saber Maggie.

Guppo congeló la imagen mientras el hombre colgaba la manguera en el surtidor. Intentó ampliar la imagen, pero la resolución era mala y se veía borroso.

—Mira dentro de la furgoneta —le indicó Guppo—. Sé que no se ve muy bien, pero ¿crees que eso que hay detrás de la puerta es el borde de otra lata de gasolina?

Maggie aguzó la vista.

—Es difícil decirlo.

Guppo avanzó el vídeo con varios clics.

—¿Y ahora?

—Tal vez.

—La forma coincide —señaló él—. Yo creo que es otro bidón de gasolina.

Maggie observó cómo el hombre introducía el bidón lleno en la parte trasera de la furgoneta y la cerraba de un portazo.

–¿Solo ha llenado ese depósito?

–Sí.

–¿Se le ve la cara? –preguntó ella.

–De perfil, y solo un momento. El resto de la furgoneta queda tapada por un monovolumen cuando el tipo se marcha. Comprobaré la matrícula a ver qué encontramos.

–¿Qué hora aparece en las imágenes del vídeo?

–Las 19.03.

–¿Esta sigue siendo la gasolinera Spur de Central Entrance?

Guppo asintió.

–Bueno, si es nuestro hombre, parece que va llenando los bidones de uno en uno para no despertar sospechas –observó Maggie–. Así que a lo mejor de ahí se fue directo a otra gasolinera para llenar otro. O a lo mejor llegó a Spur procedente de otra. Busquemos las dos más cercanas a ver si lo encontramos.

Maggie halló los lápices de memoria que se habían llevado de la gasolinera SuperAmerica de Miller Hill. Reprodujo el vídeo grabado por la tarde y avanzó hasta que en la parte baja de la pantalla aparecieron las 18.30. Le dio al avance rápido, buscando la furgoneta blanca. Al llegar a las 19.10, exclamó:

–Bingo. Lo tengo.

Guppo levantó su enorme mole de la silla y se acercó lentamente a ella. Al inclinarse, Maggie aspiró el olor a salsa de cebolla que desprendía su aliento.

–Sí, es él. Y está llenando otro bidón de gasolina. ¿Crees que es nuestro hombre?

Maggie estudió el rostro del tipo. A diferencia de la otra imagen, en esta se le veía con claridad. Llevaba el pelo castaño largo y un *piercing* en el labio inferior. Era alto, atractivo en plan chico malo y estaba fuerte como un toro, con ambos brazos cubiertos de tatuajes.

Maggie también pudo ver el logo de la furgoneta.

Los Cazabichos.

–Sí, creo que es nuestro hombre, y sé de quién se trata.

–¿Serena cree que colocaron la bomba cuatro días antes de la maratón? –

preguntó Durkin.

–Esa es su teoría –contestó Stride.

Ambos se hallaban frente a las ruinas de la Duluth Outdoor Company, en Canal Park. La tienda estaba precintada por la policía y las ventanas rotas se habían cubierto con madera contrachapada. El resto de la calle volvía a estar abierto, pero los turistas no acababan de decidirse a volver. Todo el mundo sabía que el terrorista seguía suelto. Nadie se sentía a gusto en las calles de la ciudad.

Durkin observó los grandes huecos en la pared de ladrillo donde antes había ventanas.

–Imposible. Alguien la hubiera visto.

–No forzosamente. He llamado a Drew Olson, el dueño de la tienda, y me ha explicado que los escaparates se reorganizan cada varias semanas. Las mochilas que se exponen suelen estar llenas de papel arrugado para que tengan volumen, así que una mochila más, esta con una bomba, no llamaría la atención.

–¿De verdad la crees? –preguntó Durkin.

–No la creía hasta que encontramos el cuerpo de Eagle. Ahora pienso que es posible que Serena haya dado con algo. Está con los organizadores de la maratón, revisando las fotos tomadas de la calle el martes a última hora de la tarde, para ver si es posible identificar a Eagle y su compinche.

Durkin no se esforzó por ocultar su escepticismo. Hundió las manos en los bolsillos y cruzó la calle, seguida por Stride. Avanzaron entre los dos hoteles y fueron hacia el paseo con tablones de madera que había frente al lago. Durkin se sentó en un banco y Stride se acomodó a su lado. Oyeron la bocina del puente levadizo y vieron un gigantesco carguero rojo que se dirigía al estrecho canal navegable de camino al puerto.

–Echo de menos esto –comentó Durkin–. Aunque creo que lo que más echo de menos es ser una niña aquí.

–Sigue siendo un gran sitio para crecer –comentó Stride.

–¿Nunca has tenido ganas de irte?

–No. Cuando me he marchado las cosas no han salido bien, así que siempre vuelvo. Duluth me mantiene con los pies en la tierra. Tengo un sitio que puedo considerar un hogar. Sé que soy afortunado.

–Lo eres –convino Durkin–. Y además, tienes una mujer preciosa.

–Gracias.

–Aunque vivir y trabajar juntos debe de ser difícil, ¿no? ¿Estáis casados

entre vosotros o con el trabajo?

–Entre nosotros, aunque algunos días no lo parece. Ni siquiera hemos disfrutado de una verdadera luna de miel. De momento, al menos. A lo mejor este verano podemos irnos de viaje.

–Mi trabajo también es mi vida –dijo Durkin–, así que te entiendo. No se puede hacer nada.

Lo dijo con absoluta naturalidad, sin atisbo de queja, pero la agente Durkin desprendía un aura de soledad, más allá de la intensidad que mostraba frente al mundo. Stride también sabía que la cultura del FBI no era fácil para las mujeres que trabajaban allí.

–Lo sentí mucho cuando me enteré de lo de Ahdia y su hijo –continuó Durkin–. Detesto ver cómo se extiende la violencia. No apoyo a los vigilantes.

–Nunca he dicho que lo hicieras –señaló él.

–Pero eso no quiere decir que no esté enfadada. Lo estoy –indicó ella.

–Todos lo estamos, Durkin.

La agente del FBI vaciló.

–Para ser completamente sincera, siempre he sentido cierta simpatía por las cosas que dice Basch. Y no solo por Ron.

–Esa mujer sabe muy qué teclas pulsar –reconoció Stride–. Por eso es tan peligrosa. Si no hubiera algo de verdad en lo que dice, nadie la escucharía. Aun así, no te creas sus exageraciones. Dawn Basch no es una mártir: es una narcisista que adora que le presten atención, y está empeorando una situación ya de por sí delicada. Me temo que, si no resolvemos pronto este caso, Basch conseguirá lo que quiere.

–Que es...

–Una guerra –contestó Stride.

Serena subió las escaleras que llevaban a la sede de los organizadores de la maratón de Duluth en Canal Park. Dentro, un humor sombrío reinaba entre el personal que se encargaba del operativo de la carrera. Los días posteriores a la maratón solían ser de celebración, pero aquel año la tragedia había empañado esa alegría. Aun así, en una actitud muy típica de los habitantes de Duluth, el grupo ya había puesto sus miras en el futuro. En la abarrotada oficina principal, alguien había garabateado en enormes letras sobre la pizarra de tiza:

VOLVEREMOS
MÁS y MEJOR

Serena no lo había dudado ni un instante: no había nada que pudiera someter la voluntad de Duluth y de sus habitantes. Si eran capaces de sobrevivir a los inviernos, podían sobrevivir a cualquier cosa. Esa era una de las cosas que le encantaban del carácter de su ciudad de adopción.

La mayoría de los policías conocía al personal de la maratón, pues trabajaban codo con codo cada año durante la carrera. Serena no había visto lágrimas en sus rostros, tan solo una fiera determinación, y lo mismo podía decir de los corredores. La directora de la carrera, Lorena Baylor, le había contado que las peticiones de información para participar en la maratón del año siguiente se habían incrementado un treinta por ciento.

En la sala de reuniones situada en la parte de atrás, Serena encontró al hombre que andaba buscando: Troy Grange. El novio de Maggie.

Durante el día, Troy trabajaba a jornada completa como encargado de higiene y seguridad en el puerto de Duluth, pero llevaba años coordinando los aspectos de seguridad de la maratón como voluntario. Al igual que Stride, era originario de Duluth, uno de esos hombres fuertes y decentes que hacían funcionar la ciudad. Troy se levantó para estrecharle la mano. Con los tacones, Serena era más alta que él. Troy tenía una reluciente calva, unos pómulos que parecían pelotas de golf rosas y una complexión engañosamente corpulenta. Era tan voluminoso como Max Guppo, pero Troy era un musculitos capaz de levantar pesas de ciento cincuenta kilos sin derramar una

gota de sudor.

–Detective Stride –la saludó él con formalidad, aunque eran amigos, y añadió con una sonrisa–: Me gusta llamarte Stride, ¿sabes? Te pega.

–A mí me gusta oírlo –contestó Serena–. Maggie casi se muere cuando le conté que me iba a cambiar el apellido, pero nunca me he sentido muy unida a Dial. Venía con demasiado equipaje.

–Te entiendo. Siéntate. ¿Quieres un café?

–Me encantaría.

Troy le sirvió café de un termo plateado que había en el estante de al lado de la ventana. Desde donde estaba, Serena veía el aparcamiento del callejón trasero que bordeaba el edificio de la maratón. El café estaba tibio y no muy bueno, pero se lo bebió de todos modos.

–Hablando de Maggie, últimamente su sarcasmo no es tan agresivo –comentó Serena–. ¿Es a ti a quien tenemos que dar las gracias?

Troy se rio. Su risa era como la de un gran Papá Noel.

–Bueno, yo intento hacerla sonreír, pero a ella le va más desahogarse. No veas cuando se enfada conmigo. Es como un ninja, menuda lengua tiene.

–He tenido el placer de experimentarlo –dijo Serena con una sonrisa.

–Aunque tendrías que verla con mis hijas. Es extraordinaria. No te lo creerías.

–Pues me lo creo –repuso Serena.

Troy se inclinó sobre la mesa de reuniones con las grandes manos entrelazadas y el ceño fruncido.

–Y bien, ¿qué novedades hay? ¿En qué puedo ayudarte?

Serena puso a Troy en antecedentes sobre el asesinato de Eagle y le explicó su teoría sobre la colocación de la bomba. Al oírla, Troy se recostó en la silla y se acarició sus múltiples papadas.

–¿Crees que la bomba ya estaba ahí antes de que empezara la carrera? –murmuró–. Es una idea interesante. Eso explicaría muchas cosas. De verdad, no alcanzaba a comprender cómo podían haber colado una bomba entre los perros.

–Yo tampoco.

–Así que supongo que quieres revisar nuestros archivos fotográficos del martes por la tarde –dedujo Troy–. Para intentar identificar al tipo con el que trabajaba Eagle.

Serena sonrió. Troy era listo.

–Exacto. Y si localizamos a Eagle, apuesto a que nuestro terrorista no

andaré lejos. Aunque fuera disfrazado de alguna manera, nos sería de gran ayuda poder verle.

–¿Cuándo sucedió exactamente?

–Según la llamada a Emergencias, el incidente tuvo lugar a las 20.35 del martes de la semana pasada. Menos de media hora antes de que la tienda cerrara. Parte del personal ya se había marchado, y no me creo que fuera casualidad. El tipo debía de haber vigilado la tienda durante mucho tiempo para elegir el momento adecuado en que dejar la mochila.

Troy se levantó con ímpetu de la silla. Pese a su peso, era un hombre ágil.

–Muy bien. Vamos a comprobar nuestras imágenes. Las fotos están archivadas en un ordenador de la oficina principal. Por supuesto, el FBI ya dispone de copias de todas, entre el viernes y el sábado.

–La cámara está montada en el tejado, ¿verdad? –preguntó Serena.

–Así es.

Troy se abrió paso por la oficina y Serena lo siguió. Andaba con los pies levemente abiertos, como un pato, y con rigidez, con zancadas contundentes. Al llegar a un cubículo vacío cerca de la puerta de la oficina, se acomodó con dificultad en el taburete de tres patas, frente al ordenador. Sus dedos rollizos volaron sobre el teclado con profesionalidad.

–Esta es de hace treinta segundos –comentó mientras le enseñaba a Serena una foto en la que se veía el camino de madera que había detrás del hotel, en el lago Superior–. La cámara saca una foto cada pocos segundos, cambia de orientación y vuelve a dispararse. Disponemos de una cobertura de ciento ochenta grados de todo Canal Park Drive. La cámara está siempre encendida.

–¿Qué resolución tiene? –preguntó Serena.

Troy activó el zum con el ratón del ordenador y amplió la foto, centrándose en una ranchera Chevy del aparcamiento del hotel del otro lado de la calle, hasta que la imagen reveló con claridad y nitidez el número de la matrícula.

–Una resolución del quince –contestó Troy con una sonrisa.

Serena experimentó un subidón de adrenalina. Quería ver la cara del responsable de la explosión.

–Recupera las del martes pasado.

–Ahora mismo.

Troy buscó los archivos en un subdirectorio y se desplazó por la pantalla

buscando los archivos de las fotos del martes por la tarde. Mientras lo hacía, Serena vio cómo su rostro se ensombrecía. Troy repasó tres veces la lista y luego abrió la carpeta de archivos eliminados. No encontró nada. Se apartó del escritorio y se dio un golpe en la barbilla con el puño derecho.

–¿Qué pasa? –preguntó Serena.

–Los archivos del martes por la tarde han desaparecido.

–¿Desaparecido? ¿Los han borrado?

–No lo parece. Sencillamente no existen. Tenemos fotos hasta primera hora de la tarde del martes, y no hay nada más hasta el jueves por la mañana.

–¿Cómo ha podido pasar? –quiso saber ella.

–Eso es lo que vamos a averiguar. ¡Eh, Decker! –llamó en un tono atronador—. ¿Estás aquí? ¿Dónde andas?

Un joven que no podía tener más de veinte años asomó la cabeza por el hueco del cubículo. Tenía una tupida mata de pelo rubio y una barba igual de densa.

–¿Qué pasa, Troy?

–Serena, te presento a Arlin Decker. Es nuestro becario de relaciones públicas y *marketing*. Arlin, Serena forma parte del cuerpo de policía de Duluth.

–Encantado –respondió Decker. Llevaba una camiseta de la maratón y tejanos cortos, y se apoyó en la pared del cubículo—. ¿Qué necesitas, Troy?

–No encuentro los archivos fotográficos del martes a última hora de la tarde –dijo este.

A Decker se le mudó la expresión.

–Ah, sí; mierda. Lo siento, quería decírtelo, pero se me pasó. Lo solucionamos antes del día de la carrera, así que me imaginé que tampoco pasaba nada.

–¿Qué es lo que solucionasteis?

–El suministro de imágenes se interrumpió el martes pasado, pero nadie se dio cuenta hasta el jueves, cuando empezamos a probarlo todo. Ya sabes cómo son los días previos a la carrera, todo el mundo va de cabeza. En cuanto nos dimos cuenta de que la cámara no funcionaba, llamamos a los técnicos para que la revisaran y la arreglaran.

–¿Cuál era el problema? –preguntó Serena.

–El cable estaba desenchufado. Qué tontería, ¿eh? Se soltó de este ordenador y alguien debió de pisarlo, porque las puntas del enchufe estaban dobladas. Tuvimos que pedir uno nuevo a la compañía. La cámara

funcionaba bien, pero perdimos todos los datos.

Serena miró a Troy, que le indicó a Decker con un gesto que se marchara. Una vez solos, ella murmuró:

–Alguien sabotó el cable.

–Eso parece –convino Troy.

–¿Hay forma de elaborar una lista de las personas que estaban en la oficina el martes por la tarde? Tengo que localizarlas a todas.

Troy soltó un gruñido.

–¿Cuatro días antes de la carrera? Aquí no para de entrar y salir gente.

–¿Como quién?

–Buf. A esas alturas el caos dura casi veinticuatro horas. ¿Quieres los primeros ejemplos que me vienen a la cabeza? Mantuvimos reuniones con los equipos de los grupos que iban a tocar el viernes y el sábado por la noche. Hubo una degustación VIP de la cena de espaguetis, y créeme, nadie se la pierde. Terminamos los trámites para el transporte y el alojamiento de los corredores de élite y para varios grupos de corredores con necesidades especiales, de algunas organizaciones benéficas y religiosas. Los representantes de la mutua sanitaria que patrocina la exposición de *fitness* entraron en barrena debido a la ubicación de los stands, porque dos de los participantes se retiraron en el último minuto. En el despacho de Lorena apareció un ratón y ella se volvió loca. El director ejecutivo de la empresa de autocares nos advirtió de la posibilidad de una huelga de conductores, que nunca llegó a producirse. ¿Quieres que siga? Porque esto es solo el principio, Serena.

–No hace falta, lo pillo. Esto era un zoo.

–Siempre lo es.

–Lo siento, pero aun así necesito esa lista –insistió ella–. Lo más completa posible. Que los miembros del personal escriban el nombre de todas las personas que recuerden haber visto en la oficina el martes. También quiero copias de la agenda de todos para ese día, y el registro de los correos electrónicos y las llamadas entrantes y salientes. Tengo que revisarlo todo. Alguien desenchufó el cable de la cámara. Alguien que estuvo aquí, en la oficina de la maratón. O bien fue el propio terrorista o bien alguien a quien pagaron para hacerlo.

Troy le dedicó un saludo militar.

–Vale. Estoy aquí para ayudar. Te lo mandaré todo a última hora.

–Gracias.

–¿Te importa que te acompañe fuera? –añadió Troy.

Por la expresión de su rostro, Serena supo que tenía que contarle algo más que no quería decir delante del resto de la gente de la oficina.

Bajaron las escaleras hasta la puerta que daba a Canal Park Drive. A un lado había una zona de almacenamiento donde el personal guardaba de todo, desde botellas de agua hasta camisetas y cintas para colgar acreditaciones. Aunque no había luz y estaba oscuro, Troy abrió la puerta y le indicó por señas a Serena que entrara. Luego cerró la puerta y ambos se quedaron solos en la cálida estancia.

–¿Querías contarme algo? –preguntó Serena.

A Troy se lo veía triste.

–Mira, tú me conoces. Sabes que no tengo prejuicios.

–Lo sé.

–El caso es que estaba pensando en los grupos que vinieron el martes.

–Vale –dijo Serena.

Troy vaciló. Luego meneó la cabeza, como si estuviera enfadado consigo mismo.

–Dime lo que te pasa por la cabeza –lo animó ella.

–Bueno, una parte de nuestra estrategia de *marketing* consiste en diversificar. Este año, algunos miembros de la mezquita local se pusieron en contacto con nosotros para promover la participación de corredores musulmanes. Fue todo un éxito. Se inscribieron más de cuarenta nuevos participantes, y trabajamos con los patrocinadores locales para asegurarnos de que disponían de alojamiento y nos informamos de los aspectos religiosos y alimentarios que debíamos atender.

–¿Y el martes? –preguntó Serena.

–Tuvimos una reunión con varios miembros de la mezquita para una comprobación final de que las necesidades de los corredores musulmanes estaban cubiertas –explicó Troy–. Estuvieron todos en las oficinas de la maratón, arriba.

Maggie encontró a Shelly Baker en su cama del hospital. Wade Ralston estaba sentado en una silla a su lado. Maggie no solía tener reparos para hablar con los testigos, pero aquella vez tuvo que armarse de valor para entrar. Sabía que Shelly había sufrido graves heridas debido a la explosión de la maratón, y lo último que quería era añadir más peso a su carga contándole que su hermano, Travis, era el sospechoso de un doble homicidio.

Se aclaró la garganta desde el umbral y los dos alzaron la vista. Para Maggie, era en la primera milésima de segundo cuando todo quedaba al descubierto. El rostro de Shelly estaba desprovisto de emoción, pero Wade Ralston miraba de un lado a otro, nervioso, con ojos brillantes e inquietos. Eso valía tanto como una confesión.

Sabía perfectamente qué hacía Maggie ahí.

–Señor Ralston, me alegra ver que ya se ha recuperado –dijo–. Señora Baker, me llamo Maggie Bei. Soy sargento de la policía de Duluth. Siento molestarla en plena convalecencia.

La mujer de la cama tenía aspecto de haberse quedado sin energía.

–¿Qué quiere?

–Estoy intentando encontrar a su hermano, Travis. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

–¿Travis? Probablemente en mi casa. Tengo un apartamento en Central Hillside y por lo general pasa la noche allí. No tiene casa propia.

–No, no está allí. Ya lo he comprobado. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

–Ayer por la tarde –contestó Shelly–. ¿A qué viene esto, sargento? ¿Por qué buscan a Travis?

–Solo necesito hacerle algunas preguntas. ¿Se le ocurre algún sitio donde pueda estar su hermano?

–Supongo que en casa de Wade –dijo Shelly, y se volvió hacia Ralston con una expresión rara–. ¿Has hablado hoy con Travis, Wade?

De repente, la cara de Ralston se quedó tan vacía de expresión como una hoja en blanco.

–No.

–Travis trabaja en su empresa, ¿verdad, señor Ralston? –preguntó Maggie.

–Así es.

–¿Alguna vez utiliza su furgoneta blanca?

–Sí, a veces. Tiene un gran logo de los Cazabichos en un lateral. Termitas, cucarachas, hormigas, roedores, avispas, abejas asiáticas: si tiene problemas con los bichos, solo tiene que llamarnos. Los mataremos a todos; garantizado –dijo él con una gran sonrisa, como si recitara el guion de un anuncio de televisión.

–¿Cuándo vio a Travis por última vez? –le preguntó Maggie.

–Ayer por la tarde, como Shelly. Aquí, en el hospital.

–¿Ha hablado hoy con él?

Maggie interpretó la mirada de Ralston y tomó nota de cómo fruncía la boca, y supo que estaba a punto de mentir.

–No, hoy no.

–¿Está seguro?

–Completamente –repuso Ralston.

–¿Puede ser que haya cogido la furgoneta de la empresa?

–Es probable. Me gusta que vaya por ahí con ella. Nos da publicidad.

–¿Tenía previsto algún trabajo para hoy? –preguntó Maggie.

–No, a menos que haya llamado alguien por una emergencia. Hoy era el primer día que pasaba fuera del hospital, así que cancelé todas las citas. Aunque estoy seguro de que mañana estaremos de vuelta en el trabajo, arrastrándonos por los sótanos del centro. Es un trabajo glamuroso, pero alguien tiene que hacerlo. –Su boca se curvó en una sonrisa sarcástica.

–Me pregunto... ¿le importaría llamar a Travis? –le pidió Maggie–. A lo mejor si le llama usted contesta.

–Claro, si es lo que quiere.

Se sacó el móvil del bolsillo, lo encendió y marcó un número, pero colgó enseguida.

–Ha saltado el buzón de voz –explicó–. Lo siento. ¿Quiere que vuelva a llamar y deje un mensaje?

–No, no hace falta. ¿Dónde está ubicado su negocio, señor Ralston?

–Lo llevo desde mi casa en Five Corners Road. Shelly es nuestra contable y administrativa. Travis y yo nos encargamos del trabajo sucio.

–¿Ha estado usted hoy en su casa?

–Sí. Al salir del hospital esta mañana me fui directo allí. Me eché una

siesta. Estaba rendido; han pasado tantas cosas...

–Sí, lamento mucho la pérdida de su esposa. ¿Ha visto a Travis mientras ha estado ahí? ¿Se ha presentado en su casa?

–Ya le he dicho que no –repuso Ralston–. A menos que se pasara cuando yo dormía.

–Dígame una cosa; me temo que no sé mucho sobre el negocio de los exterminadores. ¿Necesitan almacenar gasolina para llevar a cabo su trabajo?

La cara de Ralston se quedó petrificada.

–¿Gasolina? No, no matamos bichos con gasolina.

–Estas preguntas me parecen muy extrañas –interrumpió Shelly Baker–. ¿Sospecha que Travis ha hecho algo malo, sargento?

–Bueno, como le he dicho, tan solo nos gustaría hablar con él –contestó Maggie–. ¿Se le ocurre otro sitio al que pudiera ir, aparte de su apartamento o la casa del señor Ralston?

–Tiene muchos amigos –respondió Shelly.

–En su mayoría mujeres –añadió Ralston–. No conozco a nadie más salido que Travis. Le encanta beber y salir de fiesta, y su cuerpo es todo músculos y tatuajes. A las chicas les van esas cosas, supongo. Lo que está claro es que no es precisamente su cerebro lo que las atrae.

Shelly le lanzó a Ralston una mirada impenetrable y él le dedicó una sonrisa sin rastro de cordialidad.

–¿Tiene alguna amiga en concreto en cuya casa se haya podido quedar a dormir? –preguntó Maggie.

–No, se va a casa con cualquiera que acabe en el Curly por la noche –contestó Ralston.

–Señora Baker, cuando ayer habló con su hermano, ¿le comentó si tenía algún plan?

–¿Qué quiere decir?

–¿Le contó lo que iba a hacer ayer por la noche?

–No.

–¿Estaba enfadado por lo que le había pasado a usted?

–Sí, estaba muy disgustado. ¿No lo estaría usted?

–Por supuesto. ¿Y usted, señor Ralston? ¿Le contó Travis sus planes?

–Travis no es mucho de hacer planes –contestó él–. Vive al día y hace lo primero que se le ocurre. ¿Estaba enfadado? Sí, estaba enfadado. Todos lo estamos. También estamos bastante frustrados; por lo que parece, la policía no ha avanzado mucho en sus pesquisas para atrapar al terrorista.

–En cuanto sepamos algo, se lo comunicaremos a todas las víctimas y sus familiares –dijo Maggie–. Mientras tanto, si ven a Travis o se pone en contacto con cualquiera de los dos, por favor pídanle que llame de inmediato a la policía.

–Lo haremos –contestó Ralston.

Maggie se volvió y abandonó la habitación de hospital antes de que pudieran preguntarle nada más; la estancia le provocaba claustrofobia. Se dirigió hacia el extremo del pasillo, donde había una sala para pacientes con ventanas que daban al lago. Casi había anochecido. Comprobó su móvil para leer las últimas novedades de Guppo, pero todavía no habían encontrado la furgoneta.

Travis estaba ahí fuera, en alguna parte, probablemente escondido para pasar la noche.

Maggie sabía que era el culpable de las muertes de Ahdia y Pak Rashid y del incendio de la galería de arte. Y Wade Ralston también lo sabía.

El silencio cayó sobre la habitación de hospital como una almohada opresiva. Wade no dijo nada, pero notaba que Shelly lo miraba y esperaba que él le devolviera la mirada. Se puso en pie y estiró el cuerpo. La incisión quirúrgica seguía doliéndole. Encendió el televisor sin volumen y se quedó mirándolo, de espaldas a la cama.

–¿Wade? –lo llamó Shelly–. ¿De qué iba todo eso?

–Que me aspen si lo sé –murmuró él.

–Pues yo creo que lo sabes. Lo veo en tu cara. ¿Qué ocurre?

Wade frunció el ceño y se dio la vuelta.

–Nada.

–¿Dónde está Travis? –preguntó Shelly.

–No tengo ni idea.

Wade le había pedido al chico que no llamara la atención, y visto lo visto había sido un buen consejo. No le sorprendía que la policía lo hubiera identificado ya. Travis dejaba siempre un rastro de kilómetros cuando cometía alguna estupidez.

–¿Por qué buscan a Travis? –insistió Shelly.

Wade se acercó de nuevo a la silla y se sentó a su lado.

–No te preocupes. Seguramente no sea nada.

–Es mi hermano, claro que me preocupo. Ya sabes cómo es Travis. No piensa antes de hacer las cosas.

Wade contraatacó, sin importarle ya lo que decía:

–Si de vez en cuando le echaras la bronca por sus gilipolleces, en lugar de buscar excusas y decirle que Dios le quiere pese a todo, no se habría metido en este lío.

El hombre vio acelerarse el ritmo del corazón de Shelly en el monitor.

–Wade, por favor, cuéntame qué ha pasado –le pidió ella.

Él no dijo nada.

Shelly comenzó a protestar, pero entonces abrió los ojos como platos al ver la pantalla del televisor. Él volvió la cabeza y vio un vídeo de la CNN del incendio de la galería de Woodland. Maldijo por lo bajo. No hizo ninguna falta que le explicara nada; Shelly ató cabos ella sola.

–Gasolina –murmuró–. La policía ha hecho preguntas sobre gasolina.

–Sí, así es.

–¡Creen que Travis es el responsable de esto! –continuó ella–. Wade, ¿lo ha hecho él? ¿Ha incendiado ese edificio y ha matado a esas personas?

–No deberíamos hablar de esto, Shelly.

–Oh, Dios mío. Oh, Travis, ¿qué has hecho? Wade, ¿fuiste tú quien le metió esta terrible idea en la cabeza? ¿Fuiste tú? Es imposible que a él solo se le haya ocurrido un plan como este. Travis hace todo lo que tú le dices.

Shelly hablaba cada vez más alto y Wade le siseó que no gritara. Luego se puso en pie y cerró la puerta de la habitación.

–Cierra la maldita boca, Shelly. Yo no tengo nada que ver, ¿me oyes? Nada. Esto es cosa de tu hermano. Él solo se ha metido en esta mierda, y ahora ya es demasiado tarde.

Las lágrimas rodaban por el pálido rostro de Shelly.

–Solo lo ha hecho para vengarse por lo que nos pasó a Joni y a mí. Lo sabes. Si lo atrapan, se pasará el resto de su vida en la cárcel. ¿Eso es lo que quieres?

Wade no pudo evitar que su voz sonara dura.

–No, no es lo que quiero. Nunca he dicho que quiera que vaya a la cárcel.

–Los verdaderos criminales son los terroristas, no Travis. Ellos me hicieron esto. Ellos mataron a tu mujer.

–Eso no cambia nada –repuso Wade–. A la policía no le importa.

Shelly cerró los ojos y él la oyó rezar en murmullos, hablando con Jesús como si este estuviera en la habitación contigua y pudiera pasarse para elaborar un plan. La gente religiosa era tan ingenua. No vivían en el mundo

real.

–Rezar no te servirá de nada –observó–. Te estás engañando. Ahora ya ni siquiera Dios puede ayudar a Travis, es demasiado tarde.

Shelly abrió los ojos.

–Entonces tendrás que ayudarlo tú, Wade.

Malik regresó a la casa al caer la noche. Se deslizó silenciosamente por la puerta trasera y luego apoyó la espalda en ella, jadeando. Se le veía alterado y nervioso, y le sangraba la cara.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Khan señalando la sangre–. ¿Estás herido?
Su amigo se enjugó la mejilla con la manga.

–No es nada. He venido a través del bosque para que no me vieran. Son arañazos.

Malik entró en la salita y se puso a caminar arriba y abajo. Parecía incapaz de quedarse quieto. Se le contraían los músculos y no paraba de frotarse las manos. Se acercó varias veces a las cortinas y miró hacia fuera, pese a sus propias advertencias de que no era seguro hacerlo.

–¿Estás bien? –preguntó Khan.

–No te preocupes por mí.

Khan dejó que su amigo fuera de pared a pared como la bola de una máquina del millón hasta que no pudo soportarlo más; entonces lo detuvo apoyando con firmeza las manos en los hombros de Malik.

–Estás hiperventilando. Para un momento y tranquilízate.

Malik cerró los ojos, respiró hondo y su pecho se hinchó.

–Sí, tienes razón.

–Algo va mal –dijo Khan–. ¿Qué es?

–Nada va mal. Estoy bien, sé lo que me hago. Tengo un plan.

–Vale, muy bien. ¿Qué pasa fuera? ¿Podemos escapar?

Malik se rio, una reacción extraña e inoportuna, como contar un chiste en un cementerio.

–No. Ahora mismo es imposible escapar.

–¿La policía?

–Está por todas partes. Las calles están llenas de coches patrulla. No sé si el alcalde ha decretado el toque de queda o si es solo que la gente está asustada, pero es como si todos los vecinos se hubieran refugiado. He tenido suerte de que no me viera nadie mientras volvía. Uno de los coches de la policía tiene un foco que barre el bosque, y me agaché justo a tiempo para que no me iluminara.

–Y aun así, tienes un plan –señaló Khan en un tono de voz dubitativo.

–Sí, confía en mí. La buena noticia es que el coche parece seguro. Nadie lo está vigilando.

Malik buscó en el bolsillo, sacó un manojito de llaves y se lo plantó a Khan en la mano.

–¿Para qué me das esto? –preguntó Khan.

Malik lo ignoró y se puso a caminar de nuevo.

–Creo que lo mejor será que te vayas a medianoche. A esa hora no debería haber peligro, pero si lo hay lo notarás. Lo sabrás. El coche es un Taurus granate; está aparcado en el bosque que hay al final de Gordon Street, al otro lado del campo de golf. No se puede ver a menos que te metas entre los árboles. Hay una casa cerca, pero por lo que parece los dueños no están, así que nadie debería verte.

–No lo entiendo –dijo Khan.

–¡Pues escucha! ¡Presta atención! Es importante. En la guantera del coche hay un navegador GPS. Mantente alejado de la autopista. Mi consejo es que te dirijas hacia el oeste, a la ciudad de McGregor, y luego hacia el sur por la autopista 65. Esa zona no estará vigilada. Desde allí dirígete a Minneapolis. No hace falta que hagas todo el trayecto del tirón; si quieres descansar un par de horas en algún parque, no hay problema. Mañana será un día largo.

Khan miró los ojos oscuros de su amigo.

–¿Y tú?

Malik meneó la cabeza.

–Este es tu viaje, Khan. No puedo ir contigo.

–¿Me mandas ahí solo?

–Es la única forma de hacerlo. Presta atención, porque no tenemos mucho tiempo. Aunque te marches de Duluth, es posible que te reconozcan; tu foto ha salido en todas partes. Te he encontrado una gorra vieja, no te la quites para nada. Si ves alguna tienda pequeña que te parezca segura, cómprate una maquinilla y espuma de afeitar, y alguna cosa más para no despertar sospechas, y afeítate la barba. Compra también unas gafas de sol para el día.

–¿Adónde voy?

–Conduce hasta la alameda de West River en Minneapolis y ve a un lugar llamado Mill Ruins Park, cerca del Misisipí. Aparca ahí a las diez de la mañana y espera. Se acercará un hombre. Ve con él y deja allí el Taurus y las llaves. Otra persona se ocupará del coche. A partir de entonces estarás en sus

manos. Este es el comienzo de tu nueva vida, Khan.

Khan entrelazó los dedos en lo alto de la cabeza. Notaba cómo el sudor fruto de su propia angustia se acumulaba sobre su piel.

–No sé si podré hacerlo.

–Sí que podrás.

–Sin ti, no –repuso Khan.

–Tiene que ser así.

Khan se dirigió a la ventana delantera y, al desplazar un par de centímetros la cortina, vio que Malik tenía razón. Las luces estroboscópicas de un coche de policía aparcado en el extremo de la calle, cerca del campo de golf, iluminaban la noche. Otro coche patrulla pasó por delante de la casa mientras Khan miraba. Estaban atrapados. Volvió a dejar la cortina en su sitio y negó con la cabeza.

–No lo conseguiré –dijo–. Me pillarán en cuanto salga.

–Deja que yo me ocupe de eso. Te lo he dicho: tengo un plan.

–¿Y cuál es?

Malik no contestó. Atravesó la habitación y abrazó con fuerza a Khan. Luego le cogió la cara con las manos.

–Sé que nunca quisiste encontrarte en esta situación. En este momento parece que el dolor no desaparecerá nunca, pero algún día será más llevadero.

–Lo dudo.

–Piensa en los vientos que arrastran –le dijo Malik, citando el Corán–. Son capaces de levantar y transportar grandes pesos.

–Me gustaría sentir esos vientos. En estos momentos, el peso resulta imposible de cargar. Estoy perdido.

–Bueno, ya tendrás tiempo de encontrarte después de mañana. No olvides lo que te he dicho. Espera a medianoche. A esas alturas debería ser seguro ir hasta el coche para tu huida.

–Pero ¿cómo?

–Te he dicho que confíes en mí. Y no te olvides de llevarte la pistola.

Khan frunció el ceño. Lo último que quería era sostener un arma en la mano. No podía ni imaginárselo. Nunca sería capaz de apuntar a otro ser humano con ella. El mero pensamiento era inmoral.

–Nada de pistolas –insistió.

Malik soltó un suspiro largo y profundo, como si Khan, que era varios años mayor que él, fuera tan insensato como un niño.

–Muy bien, entonces devuélvemela. Solo espero que no llegues a

necesitarla.

El arma estaba exactamente en el mismo sitio en el que Malik la había dejado horas atrás, en el suelo, cerca de una esquina de la polvorienta habitación. Khan se acercó a ella mientras Malik le seguía de cerca como una sombra. Khan se agachó a cogerla, aunque era reacio incluso a tocarla. El arma era un artefacto horrible. A su espalda, oía la respiración acelerada y nerviosa de Malik y el crujido de su ropa.

–Lo siento mucho, amigo mío –le susurró Malik al oído.

Más que oírla, Khan sintió una ráfaga de aire por encima de su cabeza.

Entonces, algo duro le golpeó el cráneo, que le estalló como una bomba de dolor y luz. La mandíbula se le cerró de golpe y se mordió la lengua. Le ardía el cuero cabelludo. La habitación empezó a dar vueltas ante sus ojos. Duró tan solo un instante. No notó cómo caía en el abismo. Cuando su cuerpo se desplomó en el suelo, ya estaba inconsciente.

Gayle Durkin trató de interpretar la expresión del rostro del agente Maloney mientras este se sentaba tras su mesa. Era su trabajo: interpretar actitudes. Sabía cuándo alguien ocultaba algo. Sabía cuándo mentían. Por lo general, su intuición le daba ventaja cuando se encontraba cara a cara con alguien. La mayoría de la gente era incapaz de ocultarle nada, pero Maloney era uno de los pocos que lo conseguía. Los detalles que en otros resultaban tan reveladores: la mirada, la boca, la inclinación de la cabeza, la postura de las manos, en su caso no le proporcionaban ninguna pista.

La había convocado a una reunión privada. Solo ellos dos. La orden había sido que dejara lo que estuviera haciendo y volviera al centro de convenciones. Durkin no tenía ni idea de qué esperar, y eso la ponía nerviosa.

–Gracias por venir, agente Durkin –dijo Maloney en el mismo tono impasible que empleaba siempre.

Frente a él, el escritorio estaba vacío salvo por una fina carpeta.

–Por supuesto, señor.

–Me gustaría que repasara conmigo los acontecimientos del domingo por la noche que llevaron a la muerte del agente Kenzie –indicó Maloney.

Durkin se quedó desconcertada.

–Por supuesto, señor. Redacté un informe completo al respecto ayer mismo.

–Lo sé. Lo he leído.

Maloney cruzó las manos y esperó sin decir nada más.

Durkin empezó a balbucear, algo que no era propio de ella.

–Bien, me crucé con el vehículo de Rashid mientras respondía a los avisos del supermercado Woodland. Di media vuelta y lo seguí hasta una carretera que bordea el cementerio de Park Hill, donde encontré su taxi estrellado. A partir de ahí lo perseguí a pie a través del cementerio. Llegué al camino que separa Park Hill de Forest Hill y, en ese punto, vi a Rashid al otro lado de la valla. Los refuerzos llegaban desde todas direcciones, y oí la voz del agente Kenzie ordenándole a Rashid que se detuviera.

–¿Dónde se encontraba el agente Kenzie respecto a usted? –quiso saber Maloney.

–Por la dirección desde la que me llegó su voz, creo que estaba a unos treinta metros justo enfrente de mí. También fue ahí donde hallaron su cuerpo.

–¿Y Rashid?

–Rashid se encontraba en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a mí, unos veinticinco metros más allá de la valla.

–¿Qué ocurrió a continuación? –preguntó Maloney.

Gayle buscó algo en la cara y el tono de Maloney que le diera alguna pista acerca del propósito de aquel interrogatorio. No encontró nada. Aun así, con cada pregunta su inquietud aumentaba.

–Bueno, un relámpago iluminó el cielo y vi un arma en la mano de Rashid, así que le advertí a gritos.

–¿Está segura de que vio el arma?

–Si estoy... Bueno, estaba oscuro y llovía, y todo pasó muy rápido, pero sí, estoy segura. Y el agente Kenzie está muerto, así que obviamente...

Maloney la interrumpió.

–¿Cuántas veces disparó usted?

–Dos.

–¿Las unidades de apoyo realizaron algún disparo?

–No, señor.

–¿Y el agente Kenzie? ¿Cuántas veces disparó?

–No estoy segura. Se oyeron al menos dos tiros al otro lado de la valla antes de que yo abriera fuego, pero no sé cuántos eran del agente Kenzie y cuántos de Rashid.

–Gracias, agente Durkin. –Maloney abrió la carpeta que tenía frente a él–. Me temo que tengo noticias desagradables para usted.

Gayle casi podía oír el rugido de la sangre palpitando en su cabeza.

–¿Qué noticias, señor?

–Este es el informe de balística de Quantico –la informó Maloney, señalando la carpeta–. Han conseguido emparejar la bala extraída del cuerpo del agente Kenzie con el arma que la disparó.

–¿Cómo es posible? No encontramos la pistola de Rashid en el escenario.

–Lo lamento, agente Durkin. La bala que mató al agente Kenzie no salió del arma de Rashid. Salió de la suya.

Gayle parpadeó.

–¿Qué? Eso es imposible.

–Me temo que no hay margen de error. Les pedí que repitieran las pruebas para estar cien por cien seguro.

Ella se levantó de golpe, pero se agarró a la mesa para no caerse. Tenía la sensación de que un tornado giraba delante de su cara, amenazando con succionarla.

–Señor, yo disparé a Rashid. Estaba en diagonal respecto a mí. El agente Kenzie no estaba ni de lejos en mi línea de fuego. Es imposible que lo alcanzara.

–Comprendo. Basándose en los residuos de piedra encontrados en la bala, el equipo de balística cree que es probable que rebotara en una lápida del cementerio y luego alcanzara al agente Kenzie.

–Dios mío.

–Fue un desafortunado accidente –dijo Maloney–. No fue culpa suya.

Gayle intentó encontrar las palabras, pero no tenía ninguna. Volvía a sentir la lluvia sobre su piel. Recordó el peso del revólver en su mano. El rayo la deslumbró. Oyó su propia voz, gritando. Notó el retroceso al disparar. Su arma.

Había matado a un agente de policía.

–¿Qué... qué ocurrirá ahora, señor? –preguntó.

–Habrá una investigación a fondo, que debería completarse en dos semanas. Dado su propio informe y las conclusiones de balística, no creo que pueda atribuírsele a usted ninguna responsabilidad.

–Gracias, señor –contestó Gayle intentando que no le temblara la voz.

–Por lo general animamos a los agentes que se han visto envueltos en un tiroteo a que se tomen cinco días de baja administrativa. Si es lo que desea, debería hacerlo, y pondremos a su disposición nuestros servicios de apoyo de salud mental.

–¿Estoy obligada a coger la baja, señor? –quiso saber ella–. Porque con el terrorista todavía suelto, preferiría quedarme.

–No, en la agencia es opcional, y si prefiere usted seguir trabajando, a mí también me gustaría que lo hiciera, porque la necesito en esta investigación. Pero si veo el más mínimo indicio de que esta situación afecta a su trabajo, la suspenderé de inmediato. ¿Entendido?

–Sí, señor.

–Eso es todo, Durkin.

–Gracias, señor.

Gayle se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del despacho. Se esforzó

por colocar un pie delante de otro, para que Maloney no detectara ningún tipo de vacilación en su andar. Irguió los hombros y mantuvo el rostro inexpresivo por si cualquiera de los demás agentes miraba hacia ella. Una vez fuera, se dirigió a los baños del extremo del pasillo y se aseguró de que estaba sola antes de meterse en un cubículo y correr el pestillo.

Entonces cayó de rodillas y vomitó.

Cerró los ojos y se aseguró de que había terminado antes de ponerse en pie con dificultad y salir del cubículo.

Se enjuagó la boca y se lavó la cara en la pila. Tenía la tez pálida, pero siempre lo estaba. Otra agente entró en el baño. No se conocían. Gayle la saludó con un gesto de la cabeza y la otra se lo devolvió sin mostrar un interés especial en ella. Gayle se lo agradeció.

Abandonó el centro de convenciones y se adentró en la oscuridad de la noche de Duluth. Al otro lado de la calle, una franja de camino y hierba bordeaba las tranquilas aguas del puerto. Sus ojos se cerraron con fuerza. Su respiración se aceleró. Un dolor de cabeza salvaje le atenazaba la frente. Sentía deseos de gritar, de encontrar una pared y golpearla con los puños.

Gayle oyó pasos. Alguien se acercaba. Se secó rápidamente los ojos, ahogados en lágrimas, adoptó una expresión de tranquilidad y se dio la vuelta. Stride estaba ahí plantado, a menos de dos metros.

—¿Te has enterado? —preguntó ella.

—Sí, Maloney me lo ha contado.

—¿Has venido a censurarme?

—He venido a asegurarme de que estás bien.

Gayle no contestó. Se volvió hacia el puerto al sentir que la cara empezaba a arderle; sabía que estaba a punto de llorar otra vez. No podía permitir que él la viera así. No podía arriesgarse a que la apartaran del caso. Aunque sus lágrimas eran silenciosas, él se acercó a ella por la espalda y le puso una mano en el hombro.

—No fue culpa tuya, Durkin —le dijo—. ¿Un rebote? Hay una posibilidad entre un millón, es solo mala suerte.

Ella permaneció en silencio, porque sabía cómo sonaría su voz.

—No te censuro —continuó Stride—. Ni yo ni nadie de mi equipo. Y la familia del agente Kenzie lo entenderá cuando se lo expliquemos. Es una tragedia, pero no fue culpa tuya.

Gayle contempló las estrellas del cielo nocturno. Finalmente se dio la vuelta y sus ojos vidriosos y llenos de lágrimas se enfrentaron a la mirada de

Stride, que la contemplaba de cerca.

–Vamos, Stride. Maloney ya me lo ha preguntado. Tú también puedes preguntármelo. Sé lo que quieres.

–Vale –dijo él en voz baja–. ¿Sigues estando absolutamente segura de que Rashid tenía un arma?

Ella volvió a verlo.

El destello plateado en la mano de Rashid.

–Stride, he revivido ese momento mentalmente una y otra vez. Todo pasó muy rápido. Caía un aguacero. El rayo centelleó y desapareció con un fogonazo. Te digo que vi un arma. Vi como Rashid alzaba el brazo y apuntaba hacia el agente Kenzie. Si me pidieras que lo jurase sobre un montón de Biblias, lo haría. Si no fuese porque he hablado con suficientes testigos oculares para saber que se equivocan todo el tiempo con mierdas como esta.

–Así es –convino Stride.

–O sea que, ¿estoy segura? No. Ya no. Y sí, sé que es importante, porque si Rashid no mató a Kenzie, no tenemos pruebas de que sea culpable de nada. Tal vez solo estaba en el sitio y el momento equivocados. Por mi vida que no lo sé. Si es inocente, ya ha pagado un precio terrible por mi error.

Durkin miró a Stride, como si él pudiera darle respuestas; sin embargo, sabía que no era así. Sintió que podía abrirle su corazón, aunque pareciera una tontería. Él no le debía nada. Su equipo la detestaba. Si Stride quería que la echaran de la investigación, seguramente lo conseguiría. Aun así, aquel hombre le inspiraba confianza, y ella no solía confiar en nadie.

–Por lo que sé, en el formulario de solicitud de empleo para el FBI hay una casilla sobre la necesidad de ser perfecto –bromeó Stride–. ¿Se te olvidó marcarla?

Gayle le dedicó una risa triste.

–Supongo que sí.

–Mira, si yo veo lo que me parece que es un arma, intervengo –le dijo Stride–. La alternativa es que muera gente. Y sí, a veces los seres humanos cometemos errores y los resultados pueden ser trágicos, pero si mi criterio me dice que es un arma, no puedo sino intervenir. Si yo hubiera estado en tu piel, habría hecho exactamente lo mismo.

–Gracias.

El teléfono de Stride empezó a sonar, y este se alejó y contestó la llamada. No dijo gran cosa mientras escuchaba. Gayle reprodujo de nuevo

mentalmente el momento del cementerio. Sabía que durante mucho tiempo no haría otra cosa. Lo vería de día y lo vería en sueños.

Stride colgó y le hizo un gesto.

–Venga, Durkin, vamos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella.

–Alguien acaba de llamar a Emergencias –le explicó Stride–. Han visto a Rashid en Kolstad Avenue, en el barrio de Woodland. Estamos rodeando la zona.

Malik se desplazaba por los patios traseros como un fantasma. En la oscuridad, resultaba casi invisible. Llevaba una sudadera extragrande negra con la capucha sobre la cabeza, tejanos oscuros y zapatillas negras. A pesar de que era de noche, llevaba también gafas de sol. No quería que nadie viera su rostro con demasiada nitidez. Si la policía o los vecinos se percataban de su presencia, se darían cuenta de que el fugado no era Khan Rashid. Y entonces su plan fracasaría.

Se mantenía oculto, a excepción de cuando cruzaba de una calle a la siguiente como un gato. Allí los solares eran planos y amplios, salpicados de altos árboles. Nadie tenía vallas. Al no haber luz se veía obligado a avanzar lentamente, agachándose detrás de los garajes y los columpios, y abriéndose camino a través de terrenos llenos de árboles y arbustos. De vez en cuando, un perro encadenado ladraba y gruñía, pero nadie salió a investigar. Cerca de una casa, tuvo que esperar a que un hombre acabara un cigarrillo en un porche de madera y volviera dentro antes de poder escabullirse por el patio.

Cuando estuvo a diez manzanas de distancia, a casi dos kilómetros de la casa donde se escondía Khan, realizó la llamada. Tenía un teléfono de prepago y buscó un lugar tranquilo para llamar a Emergencias. Estaba nervioso, pero eso era bueno. Cualquiera que realizara aquella llamada estaría al borde de un ataque de nervios, así que, si la policía detectaba el miedo en su voz, mejor.

«Al salir de Woodland con el coche para ir a casa he visto a un hombre que cruzaba corriendo la calle justo delante de mí. Me ha mirado de frente y lo he reconocido; es ese hombre que está buscando la policía. ¿El terrorista? ¿El que se llama Rashid? Yo me dirigía al este por Mankato Street, hacia Woodland Avenue, y el hombre se fue corriendo hacia el sur por Kolstad Avenue, en dirección a Hartley Park. Llevaba una sudadera negra con capucha y tejanos.»

Malik colgó y volvió a ponerse en marcha.

Aguzó el oído a la espera de oír sirenas y no se vio decepcionado: apenas transcurrió un minuto antes de que comenzaran a sonar. Estaban lejos pero no tardaron en acercarse desde todas direcciones, como insectos atraídos

por la luz. Enseguida estarían allí. Todos: la policía, el FBI, el grupo del cuerpo especial de intervención. Mandarían helicópteros. Traerían sus fusiles de asalto y sus robots. Abandonarían sus otros puestos y dejarían vía libre a Khan para escapar hasta el campo de golf y huir de la ciudad hacia el sur.

Malik no pisaba la calle, pero avanzaba en paralelo a Kolstad Avenue, en dirección sur por un camino con vegetación densa a través de los árboles. Lo había recorrido muchas veces, así que conocía bien la zona. El camino terminaba cerca de Wabasha Street, donde había dos pequeñas casas blancas. Una farola le impedía permanecer en la oscuridad. Corrió hasta la esquina, donde se apoyó en un grueso olmo para recuperar el aliento protegido por las sombras. Las calles aún estaban vacías, pero la policía se hallaba cerca. A medida que el sonido de las sirenas se convertía en un chillido estridente aparecieron siluetas en las ventanas de la casa y los vecinos se dieron cuenta de que algo raro pasaba justo al otro lado de su puerta.

Pronto, todo el mundo lo sabría.

El terrorista estaba allí.

Malik salió al descubierto y cruzó la calle. Había elegido un mal momento: unos faros cobraron vida a menos de media manzana, las luces de un coche de policía que se deslizaba silenciosamente en punto muerto por la calle. En cuanto el conductor lo vio, aceleró con un chirrido de neumáticos y el sonido de un megáfono inundó el aire.

—«¡Alto! ¡Quédese quieto!»

Malik corrió por el centro de Ewing Avenue al tiempo que se sacaba la pistola del cinturón. A su espalda, los neumáticos volvieron a chirriar cuando el coche patrulla dio un coletazo en la esquina. Malik se detuvo, cargó el arma, se dio la vuelta y disparó al parabrisas del vehículo. Una, dos, tres veces. Se oyó el ruido agudo de los frenos y el vehículo se detuvo. El cristal había quedado hecho añicos. Malik vio abrirse la puerta del conductor, cambió de dirección y echó a correr de nuevo.

Las balas lo siguieron.

El agente de policía disparó una y otra vez. El juego había empezado. «Aquí estoy. Persígueme.»

Cruzó la calle en diagonal hasta el patio más cercano, donde el edificio de la casa lo ocultaba de la vista del policía. Ahora el ruido ya no le preocupaba. Se agachó entre una camioneta roja y un garaje abierto, y luego se abrió camino a través de una hilera de lilas. Oyó pasos de botas a su espalda, pero ya no hubo más tiros. Saltó por encima de una cadena baja que

hacía las veces de verja y avanzó zigzagueando de casa en casa, pegado a las paredes. En un momento dado se detuvo a escuchar y oyó sirenas por todas partes, casi encima de él. Aspiró con fuerza y se lanzó por un estrecho camino de acceso que daba a Anoka Street.

Allí había otro coche patrulla, con las luces apagadas. Y otro agente, escudado tras la puerta abierta del vehículo.

—¡Alto! ¡Manos arriba!

Malik disparó. Una bala alcanzó la puerta del coche patrulla y otra se desvió hacia arriba. El policía se agachó, pero luego se apartó del coche y disparó múltiples veces, levantando una nube de tierra y grava alrededor de Malik, que de un salto buscó la protección del árbol más cercano, pero llegó tarde. Una bala le alcanzó en la pierna y le astilló el hueso, y Malik cayó al suelo a peso. Rodó para quedar boca arriba, con la pistola todavía en la mano.

El policía estaba de pie.

Error.

Ambos se apuntaron mutuamente y volvieron a disparar, una y otra vez, una lluvia de balas. La corteza del árbol salió despedida en pedazos. Se levantó una nube de polvo. El policía no debería haber fallado, pero por alguna razón lo había hecho. Malik, mareado por el dolor, disparó a ciegas, un disparo que no debería haber alcanzado nada, pero de algún modo la bala atravesó la garganta del poli y la sangre brotó rociándolo todo. El arma del policía cayó al suelo y el agente se llevó las manos al cuello. Malik se incorporó rápidamente. Tenía que arrastrar la pierna derecha como si fuera un peso muerto. La calle estaba a oscuras y el poli no le había visto la cara, así que no perdió el tiempo disparándole de nuevo. Tenía que escapar, de modo que pasó por delante del coche patrulla y se perdió en el laberinto de árboles y jardines.

Avanzó lo más rápido que pudo a pesar de su cojera. En cuestión de segundos la zona se inundaría de policías. Había dejado tras de sí un rastro de sangre, que se deslizaba en un reguero cálido por su piel y dibujaba un camino por si alguien quería seguirlo. Pasó frente a un porche trasero y encontró una camiseta tendida sobre la barandilla de madera. La cogió y se la ató alrededor de la pierna para que absorbiera la sangre, y luego se adentró entre los árboles para ocultar sus huellas.

Avanzó sin detenerse. Las luces de los coches patrulla eran lo bastante brillantes y estaban lo bastante cerca para iluminar el cielo por encima de los árboles, como fuegos artificiales. Malik oía sus radios y sus gritos no muy

lejos. Los policías estaban en el bosque. Los perros aullaban. Cerca, ventanas y puertas se cerraban de golpe. A medida que corría la voz, los vecinos se encerraban en casa. Malik estaba perdido y mareado. No sentía nada en la pierna y no dejaba de sangrar pese al torniquete. El dolor latía al ritmo de su corazón, como si lo quemaran con un hierro candente de forma acompasada en el orificio de bala.

Sabía que no podía llegar mucho más lejos.

Cruzó otra calle tambaleándose, aunque no sabía cuál era. Frente a él se abría una franja de césped, entre una hilera de árboles y una casa beis de dos pisos con un porche con mosquitera en la parte de atrás. Más allá de la casa, vio un cobertizo de aluminio sin ventanas con la puerta roja.

Malik cruzó el césped. Ya no podía soportar su propio peso. Cayó de rodillas y avanzó a rastras. Había luces encendidas dentro de la casa, pero nadie se acercó a las ventanas a mirar fuera. Reptó por un huerto vallado lleno de tomateras hasta llegar a la puerta del cobertizo. Se abría hacia arriba con guías, así que Malik la empujó y rodó sobre sí mismo para entrar. La puerta se cerró a su espalda con un golpe. En el interior olía a tierra y fertilizante. Aunque no veía nada en la oscuridad, sí oyó un zumbido de abejas, a las que había molestado y que habían salido de su colmena en las vigas del techo.

«Y el Señor les dijo a las abejas: construid vuestros hogares en las colinas y los árboles y en las estructuras levantadas por los hombres.»

Malik cayó de espaldas, con el cuerpo pegado a la puerta de metal. Escuchó las abejas furiosas y esperó el final.

Los vecinos de Northfield Street solo le habían puesto a Ethan una norma para quedarse en la casa en su ausencia: no dejar salir al gato.

Se habían ido dos semanas de vacaciones de ecoturismo a algún lugar de las montañas de Costa Rica. Para Ethan, que tenía dieciséis años y vivía a una manzana, aquella era la mejor aventura veraniega de su vida. Sus vecinos, los Carlson, habían dejado la nevera a rebosar de botellas de refresco Mountain Dew, masa casera para hacer galletas y pizzas Heggies congeladas. Podía pasarse toda la noche jugando a Minecraft. Pegarse una maratón de *Juego de Tronos* en el televisor de sesenta pulgadas y volver a poner las escenas con desnudos tantas veces como quisiera.

Era un curro fácil. Regar las plantas. Vaciar la caja de arena. Cortar el césped. Y, sobre todo, sobre todo, no dejar salir al gato.

La había cagado hasta el fondo.

Al oír las sirenas, Ethan se había acercado a la ventana que daba a la calle y había visto lo que parecía una película de Jason Bourne. Los coches de policía pasaban en ambos sentidos, rugiendo. Los focos peinaban los bosques y los jardines. Su madre había llamado por teléfono para decirle: «Quédate dentro de casa y asegúrate de que está todo cerrado con llave». Ethan había seguido sus instrucciones, pero al ver a tres agentes de policía con uniforme militar avanzando hombro contra hombro por la calle con fusiles en las manos, no había podido evitarlo. Había entreabierto la puerta principal y había chillado:

–¡Eh! ¿Qué está pasando, tíos?

–Vuelve a meterte en casa –gritó uno de los polis–, cierra con llave ¡y no salgas!

Ethan hizo lo que le decía, pero ya era demasiado tarde. Tan solo había abierto unos centímetros, pero eso era todo lo que necesitaba *Fuzzball*. Como un relámpago naranja, el gato paso corriendo junto a él y desapareció.

–¡Mierda!

Bajó los escalones hasta el camino de acceso para perseguir al gato. Al verlo, al policía casi le dio un ataque.

–Hijo, te he dicho que te metas en casa, ¡ahora!

Ethan empezó a explicarle que había perdido el gato, pero cuando uno de los policías con fusil enfiló el camino de entrada y se dirigió hacia él, dio media vuelta, se metió corriendo en casa y cerró con llave. Todo eso había pasado hacía media hora. Ethan seguía dentro, los policías seguían fuera y *Fuzzball* también. No se atrevía a abrir otra vez la puerta principal.

Ethan bajó al sótano reformado. Salió por las puertas exteriores al porche con mosquitera que lindaba con el jardín, el cobertizo de aluminio y el bosque que quedaba detrás de la casa. La noche era cálida, húmeda y oscura. Un mosquito le zumbó en la oreja y Ethan lo apartó de un manotazo. Se dirigió a la puerta mosquitera que llevaba al exterior y escudriñó la oscuridad.

– ¡*Fuzzball!* –siseó–. ¡*Fuzzball*, ven!

Pero *Fuzzball* era un gato, así que nunca venía cuando lo llamaban.

Ethan regresó al interior, cogió una linterna, se acercó de nuevo a la mosquitera e iluminó el jardín. Comprobó el huerto. Ni rastro del gato. Iluminó la zona de césped. Ni rastro del gato.

– ¡*Fuzzball!*

Ethan quitó el gancho que cerraba la puerta y salió. Aquel lugar no era

visible desde la calle, así que imaginó que los polis no lo verían. Dejó apagada la luz del porche para no atraer mosquitos, aunque estos se lanzaron sobre él de todos modos, como si se hubiera bañado en agua azucarada. Se dirigió a la valla metálica rodeando el huerto y enfocó la linterna hacia las hileras de tomateras. A pesar de las vallas, algunos conejos conseguían colarse a veces; Ethan se preguntó si el olor a conejo era lo que había animado al gato a salir disparado de la casa.

Pero *Fuzzball* no estaba en el huerto.

Iluminó el manzano salvaje y los arbustos de espirea que crecían pegados a los cimientos de la casa. Ni rastro del gato. Entonces se adentró más en el patio y pasó junto al viejo cobertizo metálico barriendo el césped con el haz de luz. Estaba corto: lo había segado aquella tarde.

Ahí estaba *Fuzzball*, junto al cobertizo, lamiendo agua de un charco que la lluvia había dejado cerca de la puerta.

–Eh, colega, aquí estás –dijo Ethan en voz baja; no quería que el gato saliera corriendo hacia el bosque. Si lo hacía, no volvería a verlo nunca–. ¿Sabes? Si tenías sed, dentro de casa hay agua.

Se acercó poco a poco y con cuidado, pero *Fuzzball* no le prestaba ninguna atención. El gato dejó que Ethan se acercara a él, y este se agachó y lo cogió por la barriga.

–¡Te tengo! –dijo con un suspiro de alivio.

Fuzzball se revolvió, pero Ethan lo tenía muy bien agarrado.

El gato tenía las almohadillas de los pies mojadas. Empapadas. Ethan enfocó la linterna hacia sí mismo para iluminar su camiseta blanca, y se quedó atónito al ver huellas de gato rojas por todo su pecho. El pelo de toda la parte inferior del gato estaba rojo. Y las manos de Ethan también.

Volvió a iluminar el suelo con el haz y vio un charco. Un reguero de líquido lo alimentaba por debajo de la puerta del cobertizo de metal, pero no era agua. Era un líquido rojo oscuro, como el vino. Ethan se olió los dedos y supo lo que era.

Sangre.

Observó el cobertizo y vio que había sangre por todas partes: en el suelo, en el césped, en la puerta. Era como un lago de sangre que se hacía cada vez más grande. Desde dentro del cobertizo, alguien gimió y sacudió el marco de la puerta.

Con *Fuzzball* aún entre sus brazos, Ethan dio media vuelta, gritó y corrió hacia la calle.

–«¡Khan Rashid! ¡Abra la puerta y salga con las manos en alto!»

La voz del negociador retumbó a través del altavoz de la sala de reuniones del centro de convenciones que se utilizaba como centro de mando. No hubo respuesta desde el cobertizo de metal de Northfield Street. Llevaban una hora así.

Mientras escuchaba los mensajes que el FBI, la policía y los equipos de intervención se intercambiaban entre Woodland y el centro de convenciones, Stride se puso a garabatear en la libreta que tenía delante.

«Rashid disparó a un policía», escribió.

Luego lo cambió.

«¿Rashid disparó a un policía?»

La agente especial Durkin, sentada a su lado, echó un vistazo a la libreta y le susurró al oído:

–¿Qué es eso? ¿En qué piensas?

Stride pensaba que nada de aquello tenía sentido.

–No lo sé. Me sorprendí al recibir la noticia de que había fallecido un agente. Sé que Rashid estaba huyendo, pero no creo que se mostrara violento. Creo sinceramente que no es nuestro hombre.

–«¡Khan Rashid! Estás sangrando. Necesitas atención médica. Abre la puerta y mantén las manos separadas del cuerpo.»

Una vez más, no hubo respuesta.

–¿Hay alguna posibilidad de abrir la puerta del cobertizo? –preguntó el agente Maloney al responsable táctico de la operación.

–Hemos mandado un robot, pero no hemos conseguido desatascarla –contestó este–. O bien el sospechoso la ha cerrado por dentro o bien la ha bloqueado. Eso significa que por ahora estamos ciegos. Lo único que podemos hacer es escuchar.

–¿Qué estamos escuchando? –quiso saber Maloney.

–Parece que el sospechoso no se mueve. Creemos que está tendido en el suelo. De vez en cuando oímos un gemido, pero podría estar fingiéndolo para despistarnos. Lo que está claro es que ha perdido mucha sangre y esta no deja de salir por debajo de la puerta. En algún momento su situación será crítica,

si no lo es ya.

Maloney se volvió hacia las personas que había en el centro de mando.

–¿Ideas?

–Si muere, perderemos la oportunidad de interrogarlo y averiguar si forma parte de una red –señaló Durkin–. Deberíamos entrar.

–Sí, a mí me gustaría cogerlo vivo, si es posible –convino Maloney. Luego se volvió hacia Stride–. ¿Y los agentes que han podido verlo? ¿Qué pueden contarnos sobre la magnitud de la amenaza?

–Les disparó –contestó Stride–, así que sabemos que tiene por lo menos una pistola. Aparte de eso, estaba demasiado oscuro para asegurar si tenía más armas o munición adicional.

–¿Hemos encontrado algún vehículo en el barrio que nadie haya reclamado? ¿Sabemos si llegó en coche o a pie?

–Nada aún –repuso Stride.

Maloney se puso a golpear rítmicamente la mesa de la sala de reuniones con la goma del extremo de un lápiz. La punta estaba perfectamente afilada. La cara del agente era una máscara mientras valoraba qué decisión tomar. Qué hacer a continuación. Entrar o esperar.

Stride se había encontrado en la situación de Maloney en más de una ocasión. No había soluciones sencillas cuando un sospechoso estaba herido y atrapado. Podías asaltar el refugio y arriesgar la vida de tus agentes. Podías esperar y arriesgarte a quedarte sin la verdad. Stride sabía lo que haría él si pudiera tomar esa decisión: esperaría. Dejaría morir a Rashid si era necesario antes que arriesgar la vida de más hombres. Esperaba que Maloney, que era un tipo cauto, hiciera lo mismo.

Sin embargo, había algo que seguía sin encajar.

Le costaba mucho conciliar la imagen del Khan Rashid que había conocido en las escaleras de la casa cerca de la UMD con la de un hombre capaz de meterle una bala en la garganta a un agente de policía. Estaba convencido de que se habían equivocado con Rashid, y de todos modos ahí estaban, con un policía en el hospital y Khan Rashid desangrándose en un cobertizo. Stride se había equivocado respecto a un sospechoso muchas veces en su vida, pero sinceramente, le sorprendía que le hubiera pasado con este.

El agente Maloney habló a través del micrófono.

–Comandante, dígame que lance su arma.

Hubo un momento de silencio desde Woodland y luego una voz retumbó por el altavoz.

–«¡Rashid! ¡Sube un poco la puerta y lanza el arma! Intentamos salvarte la vida.»

El silencio se adueñó del canal. Stride no oía nada desde las radios. Deseaba oír el ruido metálico de la puerta del cobertizo al deslizarse hacia arriba por la guía, pero no lo oyó. El robot que había junto al cobertizo transmitió un leve sonido que parecía la respiración entrecortada de Rashid.

–¿Algún movimiento? –preguntó Maloney.

–Negativo.

Entonces todos los presentes en la sala dieron un respingo, sorprendidos. Una ráfaga de disparos resonó por el altavoz, uno tras otro en rápida sucesión; disparos ahogados desde el interior del cobertizo. Era Rashid quien disparaba, y lo repentino del ruido desató la respuesta del equipo táctico, que ya tenía los dedos dispuestos sobre el gatillo. Alguien disparó desde el exterior del cobertizo, y luego alguien más, y de pronto toda la escena se convirtió en una lluvia de disparos contra la pared metálica. Durante quince segundos el caos se adueñó de la habitación, antes de que el comandante recuperara el control y silenciara las armas.

–¿Qué coño ha sido eso? –preguntó Maloney.

–El sospechoso ha abierto fuego, señor.

–¿Hay algún herido?

–No, señor.

Maloney apoyó las palmas sobre la mesa.

–Supongo que ya tenemos la respuesta de Rashid.

La habitación se quedó en silencio, pero la agente Durkin señaló:

–No necesariamente, señor.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que ponerse a disparar no tiene ningún sentido. Rashid no puede ver nada desde dentro del cobertizo; a lo mejor estaba vaciando su arma. Le pedimos que abriera la puerta y la lanzara. Si no tiene la fuerza necesaria para hacerlo, podría estar intentando demostrarnos que ya no supone una amenaza. Ha disparado hasta quedarse sin munición.

Maloney frunció el ceño.

–¿Stride?

–O tal vez lo que quiere es tendernos una trampa.

Maloney abrió la boca para contestar, pero lo interrumpió una voz que provenía del transmisor que llevaba el robot, por lo que resultaba casi imposible entender lo que decía.

–Comandante, ¿qué ha sido eso? ¿Era Rashid?

–Creo que sí, señor. –Y añadió a través del megáfono–: «Rashid, repite tu última comunicación».

Esta vez todos lo oyeron.

–«Me rindo.»

Khan se despertó sobre el suelo de la casa de Redwing Road. Sentía un dolor terrible, como si le hubieran partido la cabeza en dos. Al tocarse la coronilla, el levísimo roce de sus dedos desató una tormenta de relámpagos. Se puso de rodillas, mareado. Al levantarse, cayó contra una pared. Apenas era capaz de mantenerse en pie.

Estaba solo.

–¿Malik? –llamó, aunque sabía que su amigo se había ido.

La pistola que le había dejado seguía en el suelo, a sus pies. A su lado había una hoja de papel blanco doblada. Khan se agachó para cogerla mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Intentó leerla, pero la oscuridad era tan cerrada que tuvo que acercarse a la ventana delantera, donde el resplandor de una farola cercana se colaba en el interior.

Lo siento, amigo. Esta era la única manera de liberarte. Márchate siguiendo las instrucciones que te he dado y no mires atrás.

Khan se preguntó qué hora sería. ¿Era ya medianoche? Malik le había dicho que cuando fuera seguro salir, él lo sabría, pero Khan no tenía ni idea de qué quería decir con eso. Y entonces, al mirar hacia la calle, se dio cuenta de que algo había cambiado.

La policía ya no estaba.

No había faros. Ni coches patrulla aparcados. Ni agentes uniformados yendo de casa en casa. Estaba solo. Malik había conseguido alejarlos de algún modo, tal y como le había prometido.

No sabía dónde estaba la policía, pero el barrio no permanecería vacío mucho rato. Disponía de poco tiempo para aprovechar la oportunidad de huir. Khan se dio cuenta de que Malik tenía razón: era hora de marcharse. Había pensado que sería difícil –imposible– dejar atrás su vida en Duluth, pero ahora que se enfrentaba a ese momento, se dio cuenta que no podía hacer otra cosa que irse. Su mujer estaba muerta. Su hijo estaba muerto. Lo único que le quedaba eran recuerdos, y eso podía llevárselo consigo.

Allí de pie en la casa, Khan notó algo desagradable en el pecho. Se dio

cuenta de que se llevaba algo más consigo.

Odio.

Rabia.

No le gustaban esas emociones. Le eran ajenas. Deseó poder ahuyentarlas, sin embargo se aferraban a él como garrapatas que se le hubieran metido por debajo de la piel y se alimentaran de su sangre.

Khan se acercó a la pistola que había en el suelo, la cogió y se la metió por dentro del cinturón. No tenía nada más que llevarse. Le palpitaba la cabeza y le costaba caminar, pero no podía esperar más.

Abrió la puerta principal. Esperaba encontrarse luces y fusiles y gritos airados, pero fue la oscuridad quien le dio la bienvenida. Los grillos cantaban y las ranas croaban a coro desde alguna ciénaga del bosque. Los árboles que quedaban frente al campo de golf estaban a su izquierda. Lo único que tenía que hacer era atajar por la calle ondulada del campo al abrigo de la noche y encontrar el Taurus granate que le había dejado Malik. Subirse al coche. Conducir. Escapar. Dejar atrás su vida.

Empezar de nuevo.

Intentó emprender la marcha, pero allí, en el umbral de la puerta, vaciló. No podía dejar de pensar en Malik. ¿Dónde estaba? ¿Qué había hecho?

¿Cuál era su plan?

«A esas alturas debería ser seguro.»

«¿Pero cómo?»

«Te he dicho que confíes en mí.»

Con aquel dolor de cabeza, a Khan le costaba pensar. Entender. Averiguar la solución del acertijo. No tenía sentido que Malik atrajera a la policía para dejarle vía libre; en cuanto le capturaran, verían que a quien tenían era a Malik, no a Khan. La búsqueda volvería a empezar. Khan no estaría a salvo, ni allí, ni en la carretera ni en Minneapolis. No podía huir a ninguna parte.

«Un día más. Eso te dará tiempo.»

¿Un día para qué?

«Piensa, Khan.»

Y entonces lo vio. El horror se extendió por todo su cuerpo, desde las plantas de los pies hasta la espalda, como una serpiente. Le costaba respirar. Dio media vuelta con tanto ímpetu que perdió el equilibrio. Volvió a entrar en la casa, dejando la puerta abierta, y se apoyó en una pared. La oscuridad y el mareo lo siguieron. Apenas veía nada. Avanzó como si estuviera ciego y se

dio cuenta de que, junto con el terrible dolor de cabeza, habían empezado a caerle lágrimas de los ojos, tan gruesas como gotas de lluvia. Buscó a tientas la puerta del sótano; sabía que estaba ahí. La abrió. Descender las escaleras le resultó casi imposible, como si se estuviera introduciendo en una cueva. Solo consiguió bajar dos tercios de los escalones antes de tropezar y caerse, y de que su hombro se estampara contra el suelo de cemento.

Al levantarse, hizo una mueca de dolor. A través del hueco de las ventanas se colaba una luz tenue. Khan dejó que sus ojos la absorbieran y que la estancia dejara poco a poco de dar vueltas a su alrededor. Avanzó a pequeños pasos sobre un suelo cubierto de restos. Tenía ganas de gritar. Las lágrimas que le anegaban la vista convirtieron el sótano en un sueño borroso.

Khan sabía lo que encontraría ahí abajo.

Nada.

La silla de madera estaba vacía. El chaleco suicida fabricado por Malik había desaparecido.

«Me rindo.»

Malik sabía que eso era lo que querían de él.

Que renunciara a luchar. Que no se sacrificara. Era imposible no hacerlo. Él iba a morir y, cuando muriera, no lo haría solo. Se llevaría consigo tantos No Creyentes como pudiera con un simple estallido de luz. Era algo glorioso, entrar con la cabeza bien alta en el Más Allá.

¿Y los demás?

«Experimentad el castigo del fuego abrasador.»

Pasarían días antes de que pudieran hacer análisis de sangre y tejidos, y se dieran cuenta de que los habían engañado. Para cuando supieran quién había muerto ahí esa noche, Khan habría iniciado una nueva vida con otra identidad.

Malik se tendió de espaldas y miró hacia arriba sin ver nada. Su corazón seguía palpitando y derramando sangre sobre el suelo, y eso lo sumía en una especie de delirio eufórico. Era profundamente consciente de todo cuanto lo rodeaba. En medio de los salvajes zumbidos, era capaz de distinguir el batir de alas de cada abeja que volaba sobre su cara. Podía identificar cada pata de cada abeja que le atravesaba la piel. De algún lugar cercano llegaba el olor de rosas y miel, cuya fragancia se imponía a la del abono del cobertizo.

Empezaba a costarle respirar. Al intentar mover las piernas, se dio cuenta de que ya no obedecían al cerebro. En lugar de sentir dolor, tenía el

cuerpo dormido. No le quedaba mucho tiempo. No importaba; no tenía miedo ni remordimientos. El detonador plano de plástico estaba ya en su mano; el más leve roce de un dedo y podría dar por cumplido su objetivo. Una chispa que recorrería los cables y explotaría, destripando carne y hueso en mil pedazos. Por internet, sus amigos le habían asegurado que no sentiría nada. En un milisegundo pasaría de estar ahí, en medio de la suciedad y la oscuridad, a caminar por los Jardines del Paraíso.

–«Rashid, vamos a entrar.»

«Sí, sí, venid», susurró en silencio para sí mismo. Cuantos más mejor. Mientras, con suerte, Khan ya se habría marchado hacia la libertad.

–«Cuando abramos la puerta, no te muevas. Si lo haces, dispararemos.»

«Y entonces moriremos todos.»

Malik esperó. Deseó poder rezar en voz alta, pero sabía que sus oraciones les harían sospechar. Movía los labios, pero ningún sonido salía de su boca. Recitaba los versos mentalmente. Podía oírlos con tanta nitidez como si sus hermanos estuvieran allí con él, recitándolos al unísono.

Por la Gloriosa Luz de la Mañana,
y por la Noche cuando es tranquila.
El Señor tu Guardián no te ha abandonado ni está disgustado
y en verdad que el Más Allá será mejor para ti que el presente
y pronto el Señor tu Guardián te dará cuanto plazcas.

En el exterior, se oyó una estampida de botas que chapoteaban al avanzar. Malik no sabía cuántos eran. Avanzaron con cautela hacia él, centímetro a centímetro, y le gritaron, y su armadura y sus armas llenaron el aire de ruidos a medida que se acercaban.

Estaban tan cerca.

Tan, tan cerca.

–Van a entrar –dijo el agente Maloney.

Tres descomunales monitores retransmitían los progresos del equipo de intervención a los presentes en la sala de reuniones. Stride vio el jardín de Woodland iluminado como si fuera de día por los potentes focos de la calle. Desde el techo de la furgoneta negra del equipo táctico, una cámara mostraba una imagen panorámica de la escena. Tres grupos de hombres uniformados convergieron en el cobertizo desde tres direcciones distintas. El oficial al mando llevaba una cámara montada en el casco que se movía al desplazarse, proporcionándoles una perspectiva del asalto en tiempo real.

Stride vio cómo se juntaban. En el centro de mando reinaba un silencio sepulcral. Se dio cuenta de que, a su lado, la agente Durkin contenía la respiración.

En ese momento, su móvil se puso a vibrar en el bolsillo. Aunque su intención era rechazar la llamada, al sacarlo vio que era del servicio de Emergencias. Se levantó de la silla y buscó el rincón más alejado de la habitación para contestar.

–Stride –murmuró.

–Teniente. –Stride reconoció la voz del supervisor del servicio de llamadas a Emergencias del condado de Saint Louis–. Siento molestarle, señor, pero tenemos una persona al teléfono que insiste en que la pasemos con usted. Asegura que es muy urgente y dice que no hablará con nadie más.

–¿Cómo se llama?

–No quiere darnos un nombre, pero dice que es amigo de Khan Rashid. Esa es la única razón por la que he pensado que debía llamarlo.

Stride tenía los ojos clavados en el monitor.

–Pásemelo.

–Sí, señor.

Oyó un chasquido en la línea y luego el sonido de una respiración frenética.

–Aquí Stride –susurró.

Aparte de la respiración, no se oía nada más por la línea telefónica.

En los monitores, Stride vio al equipo de intervención a diez metros del cobertizo. Entre ellos había hombres a los que conocía desde hacía años. Confiaba en ellos y en su entrenamiento. Entrar, abrir la puerta, inmovilizar al sospechoso.

–¿Quién es? –preguntó Stride–. ¿Qué quiere?

El hombre habló por fin.

–Es una trampa.

–¿Qué?

–Es una trampa. Lleva un chaleco. ¡Que sus hombres no se acerquen!

Stride lanzó el teléfono al suelo y chilló.

–¡Que se retiren! ¡Que se retiren! ¡Que se retiren!

Pero era demasiado tarde.

Una luz blanca inundó los monitores y los dejó ciegos. Un momento después, el ruido de la explosión atronó por los altavoces, seguido de caos y gritos. Cuando regresó la imagen lo único que se veía era humo, pero a

medida que este se despejó, todos distinguieron cuerpos de hombres buenos yaciendo en el suelo.

Desde donde estaba sentada, Serena observó la puerta cerrada del cuarto de Cat. No había llamado. No había entrado ni escuchado a través de la puerta. Ya era casi medianoche y deseaba con todas sus fuerzas saber si la chica seguía allí. Había dos posibilidades: que Cat estuviera dormida en la cama o que se hubiera escapado por la ventana para ir a la fiesta de Curt.

Si Serena se levantaba y abría la puerta, era como admitir que en realidad nunca había confiado en que hiciera lo correcto.

Estaba sentada a la mesa del comedor, con un montón de papeles diseminados a su alrededor. Registros de llamadas. Fotocopias de páginas de agenda. Correos electrónicos. Llevaba cuatro horas allí, desentrañando pasito a pasito la cadena de acontecimientos del martes anterior en la sede de la maratón. En medio de todas aquellas personas que habían entrado y salido del edificio estaba la que había desconectado la cámara. Horas después, alguien había colocado una bomba dentro de la tienda de la Duluth Outdoor Company.

Tras todas las pesquisas y las llamadas que había hecho, tenía que admitir que estaba tan lejos como antes de encontrar una pista. No había nada que le hubiera llamado la atención. La gran cantidad de gente que había pasado por la sede de la maratón ese día hacía que resultara casi imposible identificar a un posible sospechoso. Lo único que podía hacer era comprobar la lista nombre por nombre y número por número.

Su móvil, que estaba sobre la mesa, empezó a vibrar. Lo cogió y vio que era Jonny.

Su marido.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su boca, pero al contestar y escuchar lo que había pasado, se le desvaneció. Serena cerró los ojos y un gemido ahogado de angustia escapó por su garganta.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Dos muertos y ocho heridos —contestó él.

—¿Quieres que vaya?

—No. Volveré a casa cuando pueda.

Serena percibió el agotamiento en su voz y deseó poder ayudarlo y

sostenerlo. No se trataba solo de los días sin dormir. Era el peso de la violencia. Era la impotencia de un hombre intentando detener un glaciar.

–Te quiero –murmuró ella.

–Y yo a ti.

Después, Serena volvió a quedarse sola en el silencio de la casa. Ya no podía trabajar. Se levantó de la mesa del comedor, entró en la sala, se sentó en el sillón de cuero rojo junto a la chimenea y se quedó allí con la mirada perdida. La iluminación era tenue. La habitación estaba cálida. Una parte de ella quería dormir, pero no podía. Una parte de ella quería beber, pero tampoco podía. Una parte de ella quería creer en Dios, pero a juzgar por todas las pruebas que veía a su alrededor, Dios se había largado.

Serena se había quedado sin ira. Estaba anestesiada, y eso era lo que más la asustaba.

Las personas nunca cambiaban.

En ese momento se abrió la puerta del dormitorio de Cat, que quedaba en una esquina de la casa. Cat, la adolescente más hermosa que Serena había visto nunca, entró descalza en la sala. Llevaba el pelo castaño avellana despeinado y tenía cara de sueño; iba sin maquillaje, aunque no es que le hiciera ninguna falta. Iba con su habitual pijama holgado rosa, con un lema impreso por delante: «Prisionera del amor».

–Hola –dijo Cat–. ¿Aún estás despierta?

–Sí.

Serena no pudo contenerse y comenzó a sollozar. Nunca había sido una persona de llanto fácil, pero lloró de todos modos. Cat, asustada, cruzó corriendo la habitación y se sentó en la alfombra delante de ella.

–Serena, ¿algo va mal?

Ella negó con la cabeza. Podría haber dicho que sí, que todo iba mal. No había absolutamente nada en el mundo que funcionara. Pero no sería cierto. No sabía cómo explicar que no lloraba porque estuviera triste. Estaba contenta. No tenía ningún sentido, pero en medio de todo aquello, en ese momento, era feliz. Cat seguía en casa. No había salido.

–¿Sabes lo que me gustaría ahora? –preguntó Serena.

–Déjame adivinar; ¿chocolate?

–Exacto.

Cat sonrió, se puso en pie y desapareció en dirección a la cocina. Pero cuando un momento después Serena alzó la vista, Cat estaba en la puerta del comedor, con la cabeza apoyada en el marco. Su expresión era seria.

–Creías que iría a la fiesta de Curt, ¿verdad? –preguntó.

Serena sonrió. Cat siempre iba un paso por delante de ella. A veces daba miedo.

–¿Sinceramente? No tenía ni idea de qué ibas a hacer.

–Sinceramente, yo tampoco lo sabía –contestó Cat.

–Y ¿por qué no has ido? ¿Porque pensabas que yo no quería que fueras?

–No. –La chica sonrió–. Ya sabes que eso no me habría detenido.

–Entonces ¿por qué?

Cat se encogió de hombros.

–Porque ahora soy otra persona; he decidido que me gusta más quién soy ahora.

Giró sobre sus talones haciendo ondear su melena castaña y fue hacia la cocina, donde guardaban el chocolate. Serena oyó canturrear a la chica por lo bajo, aunque no reconoció la canción.

MIÉRCOLES

Khan se despertó al amanecer en el aparcamiento del Grand Casino Mille Lacs.

Siguiendo las instrucciones de Malik, había salido de Duluth en dirección oeste en medio de la oscuridad y había conducido por carreteras secundarias hasta llegar a McGregor. Su plan era dirigirse hacia el sur a partir de ahí, pero al ver un coche de la patrulla de autopistas cerca del cruce, había seguido por la A-169 veinticinco kilómetros más. Luego condujo hacia el sur hasta que llegó a la ciudad de Onamia, en la orilla del lago Mille Lacs.

A pesar de lo tarde que era, en el aparcamiento del casino había docenas de coches. Khan había decidido que era más seguro ocultarse en sitios llenos. Aparcó entre un monovolumen y un Cadillac de época, y cerró los ojos. La incomodidad del espacio hacía que resultara difícil dormir, y cuando por fin consiguió conciliar el sueño a ratos, soñó con Malik. Era un sueño agradable, de los viejos tiempos, pero cuando se despertó por la mañana recordó que su amigo estaba muerto. Pese a estar a más de un kilómetro de distancia, había oído la explosión y había notado la sacudida del suelo bajo sus pies. Sabía que Malik había fallecido.

A Khan no le quedaba otra opción que huir.

Era un nuevo día. El sol aún no había salido; era la hora del *fajr*. Si entraba a rezar al casino suscitaba una atención no deseada, así que puso en marcha el Taurus y retrocedió unos ochocientos metros hacia el norte hasta llegar a una zona de descanso junto al lago. Estaba desierta. Aparcó y encontró un lugar con hierba cerca del muelle, donde realizó su ritual matutino como lo había hecho cada día de su vida desde la adolescencia. Por lo general le proporcionaba paz, pero ese día no fue así. Nunca se había sentido tan solo ni tan alejado de Alá. Los horrores de los últimos tres días le habían sustraído incluso el consuelo que le proporcionaban las oraciones.

Aún era pronto. Tenía que estar en Minneapolis a las diez y la ciudad quedaba a solo dos horas de distancia hacia el sur. Lo más seguro era permanecer ahí, junto al agua, así que bajó la ventanilla y esperó. El tiempo transcurría lentamente, como si cada segundo fuera una especie de tortura. Se preguntó si seguirían buscándolo. No sabía cuánto tardarían en darse cuenta

de que aún seguía con vida. No importaba. Por lo que respectaba a Khan, ya estaba muerto.

A las siete, decidió que era hora de marcharse.

Antes tenía que hacer algo, así que regresó al casino y aparcó cerca de la entrada. Era consciente de que estaba todo lleno de cámaras y personal de seguridad, así que se caló bien la gorra, y mantuvo la cabeza baja y las manos en los bolsillos al entrar. Nadie le prestó atención. Avanzó entre las máquinas tragaperras, consternado al ver a tanta gente malgastando su fondo de pensiones en una especie de trance teñido de aburrimiento. La garganta se le cerró al atravesar las nubes de humo de tabaco.

Encontró una tienda en la que compró una maquinilla, espuma de afeitar y varios artículos más; luego fue con la bolsa al baño y se cerró dentro del lavabo para minusválidos, que tenía espejo y pila. Dejó correr el agua caliente y aspiró el vapor.

Khan contempló su reflejo. Había llevado barba desde que tenía dieciséis años. A Ahdia siempre le había encantado su barba y lo bien cuidada que la mantenía. Pak le preguntaba con cuántos años podría dejarse crecer él la suya. Khan contuvo el llanto, se cubrió la cara con espuma y fue pasando lentamente la maquinilla para afeitarse, hasta que le quedó la barbilla suave. Solo se hizo un corte. Se lavó la cara y luego utilizó unas tijeras para cortarse el pelo y dejarse la frente más despejada. Al terminar, ni siquiera él se reconoció en el espejo.

Era un desconocido. Un hombre nuevo para una vida nueva.

Mientras abandonaba el baño, Khan se dio cuenta de que tenía hambre, y no sabía cuándo podría volver a comer. Ahora que había cambiado su aspecto, se sentía menos incómodo rodeado de gente. El bufé de desayuno del casino estaba abierto; escogió una mesa y llenó hasta los bordes un plato con huevos, patatas picantes y fruta cortada. Sin embargo, cuando finalmente tuvo la comida delante, descubrió que su apetito era un espejismo. Dio unos cuantos bocados sin hambre y luego dejó el tenedor en el plato. Se bebió medio vaso de zumo de naranja, pero la acidez le revolvió el estómago.

En el restaurante había un televisor. Khan fue incapaz de despegar la mirada de las noticias matinales. Él era la estrella del espectáculo, y estaba muerto. En la pantalla apareció la horrible foto de su permiso de conducir y al verla bajó la vista, convencido de que en el restaurante alguien lo estaría mirando. Pero no era así. Nadie lo reconoció. Al mirar de nuevo el televisor, contempló las consecuencias de lo que había ocurrido en Woodland. La

hierba chamuscada. Ventanas rotas. Restos metálicos retorcidos. Vio las fotos de los agentes de policía a los que Malik había asesinado.

Se sintió asqueado.

Dos mesas más allá, oyó murmurar a un anciano:

–Siempre son los musulmanes.

Khan sintió deseos de chillar. Ojalá pudiera acercarse al hombre y gritarle: «Sí, Malik ha hecho algo terrible, ¡y lo odio por ello! Sí, ha deshonrado la religión que amo. Pero ¿qué pasa con mi mujer y mi hijo? ¿Quién los llora a ellos? ¿Quién reclama justicia para ellos? Nunca le he hecho nada a nadie y ahora me han robado toda mi vida, todo lo que amo. ¿Quién me lo va a devolver? ¿A quién le importa, siquiera?».

Se quedó sentado en la silla mirando la comida fría y no dijo nada. El viejo se levantó y se marchó. Sin duda regresaba a su tragaperras de la suerte. Khan se preguntó si tendría una esposa y si estaría viva. Trató de liberarse del resentimiento. Antes o después, todos acabamos solos.

El rostro de un amigo ocupó la pantalla del televisor. Era Haq Al-Masri, dando una entrevista en directo. Haq tenía la ingrata tarea de lamentar la pérdida de vidas inocentes al tiempo que desvinculaba el islam de la violencia desatada por Malik en su nombre. Nadie escuchaba; a nadie le importaba. Khan pensó en la última vez que había hablado con Haq, el día que compartieron su preocupación por Malik. Habían trazado un plan: separarlo de sus amigos de Minneapolis, mantenerlo alejado de los reclutadores que campaban por internet e intentar curar la enfermedad de su corazón. Khan sabía lo que diría la gente: deberíais haberlo entregado a las autoridades. Pero no era tan sencillo. Malik era su amigo, prácticamente un miembro de su familia. Y resultaba imposible distinguir entre su palabrería y lo que era un plan real que acabaría con policías muertos sobre la hierba quemada.

Oyó que el reportero le preguntaba a Haq:

–«¿Conocía usted a Khan Rashid?»

En el televisor, la expresión de Haq era de genuina tristeza.

–«Sí, así es. El hombre al que conocía jamás habría cometido esta atrocidad. Khan no. Si de verdad ha sido él, estamos ante el acto de alguien que lo ha perdido todo. Si llevas a un hombre inocente más allá de sus propios límites, en ocasiones se rompe.»

Khan no pudo seguir escuchando. Estaba harto de su vida. Pagó la cuenta y se levantó para marcharse, para dirigirse en coche hacia el sur, reunirse con los amigos de Malik en Mill Ruins Park y que lo llevaron a

escondidas a un sitio nuevo, pero de pronto todo cambió para él. Mientras se volvía para darle la espalda al televisor, oyó otra voz. Una voz que reconoció. Una voz que era como el rugido de un tren en su cabeza.

Se dio la vuelta, se acercó al televisor y contempló el rostro que salía en la pantalla.

Dawn Basch.

En ese momento, toda su ira y su dolor encontraron un objetivo. Dawn Basch llegaba a Duluth y se dedicaba a esparcir veneno, y ahora ese veneno se lo había quitado todo. Si no fuera por ella, Malik seguiría con vida. Si no fuera por ella, los agentes de policía de Woodland y el del cementerio de Forest Hill estarían vivos. Si no fuera por ella, Ahdia y Pak estarían vivos, y la vida de Khan seguiría siendo igual que antes. Inocente. Perfecta.

Ella era la responsable.

Ella lo había desatado todo.

Ella era Satán .

Khan sintió un impulso asesino; jamás en su vida había experimentado una emoción tan intensa. La transformación lo atravesó con la fuerza de una marea. El viejo Khan había desaparecido; el hombre del espejo era otra persona. Khan había muerto, pero ahora había renacido con un objetivo. Todo el mundo necesita un objetivo.

«Ahdia y Pak están muertos. ¿Quién los llora? ¿Quién les hace justicia?»

«Yo.»

Abandonó el restaurante, inquieto. Oía su propia respiración en los oídos, tan alta que ahogaba cualquier otro sonido. Notaba el peso de la pistola que seguía metida por dentro de su cinturón. Ahora no le parecía raro ni le daba miedo sostener una pistola. Apuntar con ella. Apretar el gatillo y sembrar el caos.

Khan se subió al Taurus e hizo rugir el motor como si fuera el bufido de un toro.

Al sur estaba Minneapolis, la libertad y una nueva vida.

Al norte estaba Duluth y Dawn Basch.

Khan giró hacia el norte y aceleró.

El miércoles por la mañana, encontraron la furgoneta de los Cazabichos.

Maggie se subió a la acera para aparcar el Avalanche frente a un escaparate de First Street cegado con tablones. Salió del coche y saltó sobre el suelo adoquinado y con manchas de grasa. No soplaban viento y la humedad del ambiente había cubierto su piel de una pátina de sudor. Cruzó la calle hacia la rampa del aparcamiento de cuatro pisos del US Bank que ocupaba la mayor parte de la manzana. Subió a paso ligero las escaleras hasta el piso superior, donde encontró a Guppo esperándola junto a la furgoneta. Uno de sus agentes uniformados había identificado el vehículo hacía una hora.

–Buenos días, Max –murmuró Maggie sacándose las gafas de sol.

Comprobó que el número de matrícula coincidía con el de la furgoneta de la foto de la gasolinera SuperAmerica y confirmó que era la misma que había utilizado Travis Baker para llenar varios bidones de gasolina.

–Buenos días –contestó Guppo. Estaba comiendo un bollo de albaricoque que le había dejado un reguero de migas en el bigote.

Ambos estaban de un humor sombrío. Había sido una mala noche y llevaban ya una racha de días malos. Maggie apoyó las manos en las caderas, echó un vistazo al lago Superior a través de la calima y frunció los labios.

–¿Sabemos cuánto tiempo lleva aquí la furgoneta? –preguntó.

–He revisado las cámaras de las rampas con el personal de seguridad. La furgoneta entró ayer a última hora de la tarde, sobre las ocho.

–¿La conducía Travis Baker?

–Sí. Y parecía muerto de miedo.

–¿Había alguien más en el vehículo?

–No, estaba solo. Dos minutos después de subir por la rampa, las cámaras lo captaron fuera, en la acera. Se dirigía hacia el sur a pie por First Street. He añadido la descripción de la ropa que llevaba a la orden de búsqueda y captura.

Maggie inspeccionó la furgoneta.

–Está limpia. No hay ni una mota de tierra. Travis se ha esforzado por borrar sus huellas.

–Sí, pero echa un vistazo a la pintura cerca de la rueda trasera del lado

del conductor –señaló Guppo.

Tras agacharse y examinar la parte del chasis que quedaba entre la rueda trasera izquierda y el tubo de escape, Maggie vio lo que había visto Guppo: un trozo de un par de centímetros de pintura blanca hinchado y ennegrecido, como si se hubiera chamuscado.

–Travis prendió el fuego demasiado cerca de la furgoneta –dedujo Maggie–. Y las llamas alcanzaron la pintura.

–Eso parece.

–El chico ha tenido suerte de no acabar quemado.

Maggie se acercó a la parte trasera del vehículo, ladeó la cabeza y lo analizó. Algo no iba bien.

–¿A ti te parece que está ladeada?

Guppo se puso a su lado.

–Un poco, sí.

–La rueda trasera derecha está deshinchada –observó Maggie.

Sacó una linterna de un bolsillo, se inclinó y enfocó la luz hacia las rodaduras dentadas del neumático. Soltó un silbido. Fue comprobando todas las ruedas e hizo lo mismo. Allí donde mirara, veía el brillo reluciente de algo que parecían diamantes.

–¿Qué has encontrado? –preguntó Guppo.

–Cristales. Hay esquirlas de cristal clavadas en las rodaduras de todos los neumáticos. Una de ellas habrá atravesado lo bastante el caucho como para que la rueda se vaya deshinchando poco a poco. La galería estalló, las ventanas se hicieron añicos y Travis atravesó un campo de cristales rotos mientras huía con la furgoneta. Se llevó consigo todas las pruebas.

–Qué gusto da cuando los delincuentes son tontos –comentó Guppo.

Maggie hizo un gesto hacia las puertas traseras de la furgoneta.

–Echemos un vistazo al interior a ver qué nos ha dejado.

–Claro.

El rollizo detective se terminó el bollo de un bocado, se dirigió con sus andares de pato a su Oldsmobile marrón de 1998 y abrió el maletero. Sacó una vara fina de aluminio terminada en forma de gancho y la deslizó con habilidad en el hueco de la ventanilla de la puerta del conductor de la furgoneta. En unos segundos había desactivado el seguro. Con la mano enguantada, abrió la puerta y pulsó un botón del interior para desactivar el seguro del resto de las puertas.

Maggie abrió de par en par las dos de atrás. A lado y lado del interior de

la furgoneta había estanterías metálicas; vio varias jaulas para animales, guantes de goma, máscaras antigás y latas de plástico con una etiqueta en la que se leía: «VENENO». También vio una gran bolsa de plástico traslúcido en el estante más cercano, y al mirar más de cerca, se dio cuenta de que estaba llena de los cadáveres de al menos treinta ratas. Había también un cubo naranja caído y cientos de cucarachas muertas se habían derramado sobre el suelo forrado de caucho.

–Me cago en todo, esto parece una novela de Stephen King –exclamó.

Guppo frunció el bigote en un gesto de desagrado mientras inspeccionaba la furgoneta.

–Pero no hay bidones de gasolina –observó.

–No. Debió de deshacerse de ellos. Pero espera un momento.

Maggie se inclinó hacia delante hasta que su nariz quedó a la altura del suelo de la furgoneta. El intenso hedor procedente de la alfombra la hizo echarse atrás, y vio manchas de gotas de un líquido oscuro.

–Se le derramó –le indicó a Guppo–. Se le cayó de los bidones mientras los metía y los sacaba. El suelo apesta a gasolina.

–Entonces lo tenemos –dijo Guppo.

Maggie asintió.

–Sí, lo tenemos. Ahora solo hay que encontrarlo.

Travis se quedó paralizado en el momento en que estaba a punto de empujar la puerta de cristal que daba al piso superior del aparcamiento. Allí cerca, vio las puertas de atrás de su furgoneta abiertas. Reconoció a la policía china del hospital y todo el cuerpo se le convulsionó por el miedo. Lo habían encontrado. Sabían lo que había hecho.

La agente giró la cabeza en su dirección y Travis se apartó como pudo antes de que ella lo viera. Con zancadas pesadas y torpes, bajó las escaleras a la carrera y se detuvo antes de llegar al nivel de la calle, en la entrada del paso elevado del segundo piso, que cruzaba por encima de Lake Avenue. En la calle, cualquier policía podía aparecer con su coche por una esquina y pillarlo. En los pasos elevados, Travis podía mezclarse entre la multitud de un día laborable.

Se metió las manos en los bolsillos y cruzó tranquilamente Lake Avenue por el túnel elevado de cristal. Trató de disimular la ansiedad que atormentaba su mente.

Los túneles elevados constituían una red de varios kilómetros que

conectaba los edificios del centro, y de ese modo los habitantes de Duluth podían evitar las temperaturas bajo cero de enero y desplazarse por la ciudad sin necesidad de salir al exterior. Los corredores eran largos y oscuros, con olor a cerrado. La moqueta estaba llena de palomitas. Se oía el zumbido del aire acondicionado. Mientras Travis se apresuraba de edificio en edificio, se cruzó con otros peatones, pero nadie le prestó la menor atención. Miró hacia atrás por encima del hombro, por si los policías del aparcamiento lo seguían, pero por ahora los había esquivado. Aun así, había policías por todas partes. Al pasar por encima de Second Avenue, vio dos coches patrulla haciendo rugir el motor en el cruce, y se volvió para asegurarse de que no le vieran la cara a través del cristal.

Travis sabía que lo estaban buscando. Se metió en una cafetería en el Holiday Center y pidió un café solo. Presa de los nervios, contempló a los hombres y mujeres de negocios que pasaban por su lado. Se sentó cerca de los grandes ventanales que daban a la calle, lejos del trajín de los pasos elevados, y sacó el móvil de su bolsillo. Se preguntó si la policía ya lo estaría rastreando, pero lo encendió de todos modos y marcó el número de Wade. El teléfono sonó y sonó, hasta que saltó el buzón de voz.

–Wade –murmuró Travis–. Eh, tío, soy yo. Llámame.

Travis tomó un sorbo de café. La adrenalina se sumó a su nerviosismo. Allí sentado, la realidad de su situación le alcanzó de golpe. Cuando la policía lo encontrara, lo detendrían. Iría a juicio y el jurado le miraría a la cara con expresión severa y diría: «Culpable». Travis Baker, asesino. Lo meterían en chirona y eso sería todo. Fin de la historia.

La idea de estar atrapado en una cárcel durante el resto de su vida lo sobrepasó. Apretó el vaso de café con tanta fuerza que lo rompió y el líquido se derramó como una fuente sobre su ropa y sobre la mesa. También le quemó la mano. Ahora todo el mundo lo miraba. Una de las empleadas de la cafetería se acercó corriendo con un trapo y lo miró a la cara. Más adelante lo recordaría. Al ver su foto en las noticias, diría: «Es él. Ese es el hombre que derramó el café».

–¿Se encuentra bien, señor?

–Estoy bien, estoy bien.

–Déjeme que le sirva otro café.

–No, no pasa nada, no se moleste.

Travis se puso en pie y derribó la silla. Se secó la mano en la camiseta y se abrió camino entre las mesas de regreso al túnel elevado, sin mirar hacia

atrás. Le ardía la cara.

No podía quedarse allí.

Atravesó a toda prisa la zona de restaurantes y estaba a punto de cruzar por encima de Superior Street cuando vio a un guardia de seguridad que se dirigía hacia él. Dio media vuelta y salió del edificio a un callejón que quedaba tras el hotel. Esperó allí hasta estar seguro de que el guardia no lo seguía, y luego cruzó a la carrera Third Avenue. Tan solo había pasado un momento y ya se sentía inseguro. La intensa luz del sol le hizo sudar. La calle estaba circundada de coches aparcados. Al echar un vistazo pendiente abajo, vio el sitio perfecto para esconderse.

A media manzana de distancia, en la acera, había una pequeña barandilla de hierro atornillada a la fachada, con una verja que daba acceso a un tramo de escaleras sucias que llevaba al subsótano del edificio. Seguramente Wade y él pasaban más tiempo que nadie en ese edificio. Habían compartido muchas horas allí, solos, poniendo música y jugando a cartas sin que una sola alma los molestara, aparte de alguna rata esporádica.

Travis se apresuró calle abajo. Nadie miraba en su dirección. Abrió la valla y se pegó a la fachada de los cimientos del edificio hasta llegar abajo; el espacio era tan angosto que apenas podía pasar. Al final de las escaleras encontró una puerta de metal cerrada con llave por debajo de la cual se filtraba la humedad. Desde la acera de arriba la gente había tirado allí su basura, y Travis la apartó de una patada con la bota. Retrocedió hasta quedar fuera del alcance de la vista desde la calle y volvió a marcar el número de Wade.

Esta vez, su jefe contestó al primer timbre.

—¿Qué quieres, Travis? ¿Por qué me llamas?

—Estoy metido en un lío, tío; necesito ayuda. La poli me está buscando, saben que fui yo.

Oyó que Wade soltaba un resoplido.

—Sí, la agente esa vino al hospital y habló con Shelly y conmigo. Nos hizo un montón de preguntas sobre ti. ¿Tienen alguna prueba?

—Han encontrado la furgoneta. Intenté limpiarla a fondo, como me dijiste, pero seguro que lo descubren. Saben que fui yo, colega.

Wade se quedó callado un buen rato.

—¿Qué quieres de mí, Travis?

—Necesito ayuda. Tengo que largarme de la ciudad.

—¿Vas a huir?

–¿Qué otra opción tengo? Me cogerán y me encerrarán, lo sabes tan bien como yo. Necesito un coche y algo de dinero. En cuanto me establezca, te lo devolveré.

Wade se rio.

–Sí, ya, seguro.

–Lo digo en serio. Ah, y Wade, seguramente también necesitaré una pistola. ¿Tienes alguna que pueda llevarme?

–Siempre voy armado, Travis, ya lo sabes. Pero ¿adónde tienes pensado ir?

–No lo sé, hacia el sur.

–¿Dónde estás ahora?

–Me voy a meter en el subsótano del edificio de Third Street. Ya sabes, al que vamos a veces. Supongo que durante un tiempo estaré a salvo.

–Sí, ya sé cuál es –confirmó Wade–. Muy bien; aguanta, Travis. Busca un sitio desde donde no puedan verte y quédate ahí. Llegaré dentro de media hora.

Stride encontró a Michael y Alison Malville esperándole en la sala de interrogatorios de la comisaría.

Los recordaba a los dos de la investigación de dos años atrás. Desde entonces, Alison había cambiado su larga melena pelirroja por un pelo corto y rubio con un corte pijo, y llevaba una ropa informal que nunca se habría puesto cuando vivía en su megamansión de Duluth. Michael no había cambiado tanto como su mujer: seguía tenso y enfadado. Ambos constituían el ejemplo más palmario de que el hecho de disponer de todo el dinero del mundo no da la felicidad.

Stride se sentó frente a ellos, al otro lado de la mesa. Se dio cuenta de que Alison alargaba la mano y cogía la de su marido; se alegraba de que todavía estuvieran juntos. En su momento, había tenido sus dudas de que su matrimonio pudiera sobrevivir.

–Hola, señor y señora Malville –los saludó–. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Alison miró a su marido, pero Michael bajó la vista hacia la mesa. Tenía la cara y la calva rojas como un tomate.

–Sentimos mucho la muerte de sus agentes –dijo ella.

–Gracias.

–¿Puede decirnos si Khan Rashid fue el hombre que se voló por los aires ayer por la noche? –preguntó Alison.

Stride no contestó de inmediato. Intentó deducir los derroteros de la conversación, pero lo único que vio fue una caldera de emociones hirviendo bajo la piel de Michael Malville, aunque el hombre no dijera nada.

–El FBI realizará un análisis de ADN para estar seguros –contestó al fin–. Hasta entonces, no podemos confirmar la identificación.

Michael habló por primera vez:

–¿Sabe si Rashid era culpable? ¿Fue él quien puso la bomba en la maratón?

–Aún no estamos seguros. ¿Por qué quieren saberlo?

Alison miró a Michael y él la miró a ella. Cada uno esperó a que el otro hablara. Finalmente, Alison dijo en voz baja:

–Eso no cambia nada, Michael. Aunque Rashid fuera culpable, tienen que saber la verdad.

Michael frunció el ceño. No quería hablar. Estaba claro que se había dejado arrastrar allí por Alison.

–Mi marido tiene algo que contarle –anunció ella sin dejarle otra opción.

–¿Y qué es, señor Malville? –preguntó Stride.

Michael le devolvió la mirada sin pestañear, como si no quisiera darle a Stride la satisfacción de no mirarlo a los ojos.

–Cometí un error –declaró.

–¿Un error?

–Cuando vi la fotografía de Khan Rashid en Canal Park, estaba convencido de que era el hombre que había chocado conmigo en Superior Street. El hombre de la mochila. Tiene que entenderlo, teniente; estaba seguro de que era él. No tenía la más mínima duda.

–¿Y ahora ya no está seguro? –preguntó Stride.

–Ahora me he dado cuenta de que me equivocaba. No era él.

A Stride no le sorprendió en absoluto. Los testigos oculares se equivocaban muy a menudo. Aun así, tuvo que esforzarse para ocultar su enfado ante el hombre que tenía delante, porque aquel error en concreto había provocado una reacción en cadena de desastres violentos. Dennis Kenzie estaba muerto. Ahdia Rashid estaba muerta. Pak Rashid estaba muerto. Y dos agentes de policía más, además del hombre que suponían que era Khan Rashid.

Todas esas muertes habían comenzado con el tuit de Michael Malville.

Y Michael Malville se había equivocado.

–¿No le dijo a la sargento Bei que estaba seguro al cien por cien de que el hombre que había visto con la mochila era Rashid? –preguntó Stride.

–Sí, eso fue lo que le dije, pero...

–Y ahora está seguro al cien por cien de que no era él –lo interrumpió Stride.

–Así es.

Stride dejó que el silencio se alargara.

–Muy bien. Bueno, gracias por venir, señor Malville. Le pediré a un agente que los acompañe a la puerta.

Michael se inclinó sobre la mesa.

–¿Ya está? ¿No quiere saber a quién vi realmente?

–No.

–¿Por qué demonios no quiere saberlo? –inquirió.

Alison frunció el ceño y le lanzó una mirada en la que se leía: «Cálmate».

Stride se pasó ambas manos por el pelo ondulado. Su rostro era una máscara de piedra.

–Señor Malville, en este momento, los recuerdos sobre lo que vio o dejó de ver no tienen ninguna credibilidad para mí. Ya he escuchado lo que tenía que decir y mi consejo es que tampoco comparta en las redes sociales cualquier información que crea tener.

Se levantó para marcharse, pero Alison lo detuvo. A su lado, Michael era la viva imagen del rencor.

–Teniente, espere –le pidió ella–. Los dos lo sentimos mucho. Sé que no sirve de nada, pero es verdad. Lo que hizo Michael no tiene justificación, pero le aseguro que lo único que cometió fue un error sincero. No colgó esa foto con malicia.

–Tiene razón, señora Malville. Eso no sirve de nada.

–Por lo menos mírela –intervino Michael, y empujó una hoja blanca de papel sobre el escritorio–. Sé perfectamente que la cagué. Me equivoqué con Rashid y tendré que vivir con eso. La razón por la que me equivoqué es que nunca vi al hombre de verdad en ninguna de las fotografías colgadas en internet. Si lo hubiera visto, lo habría reconocido de inmediato. No lo he visto hasta hoy, y ha sido verlo y saberlo.

Stride se acercó la hoja de papel con un dedo.

–¿Dónde lo ha visto?

–En televisión; lo estaban entrevistando. He hecho una captura rápida de la página de la CNN y la he impreso. Este es el hombre, teniente. Llevaba una mochila y chocó conmigo en Superior Street. Ya sé lo que dije, pero esta vez es verdad.

Stride cogió la hoja y le dio la vuelta. La foto del vídeo estaba borrosa, pero conocía aquella cara.

Era la de Haq Al-Masri.

Stride encontró a Serena esperándolo en su despacho. Su mujer le tendió una lata de Coca-Cola.

–Los Malville no te caen muy bien, ¿verdad? –le preguntó ella.

Él se sentó a su lado y le dio un trago a la lata de refresco.

–No mucho. Para ser justos, ellos también tienen un montón de razones

para que yo tampoco les caiga bien. El caso de los asesinatos en serie casi acaba con su matrimonio.

Stride fue consciente del silencio de Serena y supo a qué se debía. Ella no había participado en aquella investigación, pues la habían llevado a cabo hacía dos años, durante los meses de invierno, en la época en que Stride y ella habían roto. Fue en esos escasos días en los que Maggie y él se habían acostado, antes de darse cuenta del terrible error que habían cometido. El caso no era un mal recuerdo solo para los Malville. Para él también constituía su propia época oscura.

–En fin –murmuró. El pasado era el pasado, y no podía cambiarlo.

Dejó la foto de Haq Al-Masri sobre el escritorio, entre ellos.

–¿Crees que esta vez Malville está en lo cierto? –preguntó Serena–. ¿Sabes si Haq fue a la maratón?

–A estas alturas no confío mucho en nada de lo que diga Malville. Sus recuerdos están demasiado alterados por todo lo ocurrido. Sí que creo que se equivocó respecto a Khan Rashid. Malville y Dawn Basch destruyeron la vida de un hombre que no había hecho absolutamente nada.

–¿Y lo de anoche en Woodland? –preguntó Serena.

–Buena pregunta. Durkin cree que Khan se sintió tan presionado que al final decidió contraatacar. La teoría con la que trabaja el FBI es que Malik Noon le dio a Rashid un chaleco suicida.

–¿Y tú no lo crees?

–No.

–¿Qué otra explicación hay?

–Que quien murió ayer por la noche no fuera Rashid –contestó Stride–. La voz que me habló por teléfono me resultaba familiar. Creo que fue Rashid quien me llamó para avisarme. Además, la llamada original a Emergencias que lo ubicaba en el barrio de Woodland procedía de un teléfono de prepago. Fue imposible rastrearla. Alguien quería atraernos hasta allí haciéndonos creer que Rashid era el hombre del cobertizo.

–¿Por qué?

–Si estábamos convencidos de que Khan había muerto, dejaríamos de buscarlo y él podría escapar.

–¿Has hablado con Maloney o Durkin de tus sospechas?

–No. No tengo pruebas, es solo un presentimiento. Esperaremos a conocer los resultados de los análisis de ADN. –Vaciló y luego añadió–: En caso de que Rashid esté vivo, no estoy seguro de que sea tan malo que

consiga escapar. Él también es una víctima, como todos los demás.

Serena se reclinó en la silla con una expresión curiosa en el rostro.

–¿Sabes, Jonny? A veces me sorprendes.

–¿Qué? ¿Crees que me estoy ablandando?

–Quizás un poco.

Él sonrió.

–A veces tienes que saber a quién detener y a quién dejar suelto.

–Y ¿qué pasa con Haq? ¿Vas a hablar con él?

–¿Por lo que ha dicho Michael Malville? No. Conozco a Haq. Él no es el terrorista de la maratón.

Serena frunció el ceño.

–No es que no confíe en tu instinto, Jonny...

–¿Pero?

–Pero creo realmente que deberías hablar con Haq.

Ahora fue él quien frunció el ceño.

–¿Porque chocó con Malville en la maratón? ¿Porque llevaba una mochila? Tú misma me has dicho que seguramente pusieron la bomba en el lugar donde explotó días antes de la carrera.

–Sí, pero hay algo más.

–¿Qué?

–Aún sigo revisando el desfile de personas que pasaron por las oficinas de la maratón ese martes –le explicó ella–. La lista incluye a algunos representantes de la mezquita local para organizar la estancia de un grupo de corredores musulmanes con necesidades especiales. Haq acudió a esa reunión, Jonny. Estaba en las oficinas de la maratón el día que desconectaron el cable de la cámara.

Haq corrió con todas sus fuerzas, impulsado por la ira. Salió por la parte de atrás de su casa para dar esquinazo a los periodistas que pudiera haber esperándolo y se dirigió a College Street, donde torció al oeste bordeando la universidad. Poco a poco empezó a coger el ritmo. El aire era pesado y su cuerpo rezumaba sudor, pero cada vez que el cansancio le tentaba a reducir el paso, él corría más rápido.

Recorrió College Street hasta el final y siguió hacia el sur. El trayecto era cuesta abajo, con el viento de espaldas; corrió por una ruta que en su mayor parte discurría entre los árboles hasta llegar a Skyline Parkway, por el que comenzó a subir la colina en un trayecto panorámico que lo llevó muy por encima del lago, donde la pendiente era tan pronunciada que convertía cada paso en una lucha. Apenas era consciente de las vistas; estaba demasiado sumergido en sus propios pensamientos.

Skyline Parkway ascendía trazando curvas, hasta que al final Haq llegó al puente que cruzaba por encima de la cascada de Chester Creek. El sábado por la noche se había reunido allí con Stride. Aunque habían pasado solo cuatro días de aquel encuentro, parecía una vida entera; entonces, la violencia y la discordia acababan de instalarse en la ciudad.

Subió una última cuesta y se encontró una vez más en los extensos terrenos que había cerca de la residencia Aftenro, un centro para ancianos que quedaba a tan solo una manzana de distancia de la UMD. Se dobló apoyando las manos en las rodillas y recuperó el aliento. Sacó una botella de su cinturón y se echó un chorro de agua caliente en la boca. A la sombra de los abetos se estaba más fresco; Haq deslizó la espalda por el tronco de uno cercano y se sentó con los ojos cerrados. Se desató los cordones de las zapatillas. Igual echaba una cabezada.

– *Salam Aleikum* , Haq.

Este abrió los ojos de golpe al oír el saludo, pronunciado en voz muy baja. Escrutó las sombras y vio a un hombre entre las ramas de los abetos. Al principio no lo reconoció, pero al ver quién era se puso en pie de un salto.

–¡Khan!

Se abrazaron, pero fue un abrazo triste. Allí de pie, con los brazos

entrelazados, Haq se dio cuenta de que Khan era un hombre distinto. No solo había cambiado su aspecto físico. Khan siempre había emanado una especie de paz interior, pero ahora esta había desaparecido y había sido sustituida por la dureza.

–Dijeron que habías muerto –le explicó Haq–, pero yo no lo creí.

–No estoy muerto, pero tampoco sé si estoy vivo. Mi corazón todavía late; es todo cuanto puedo decir.

Haq echó un vistazo a la amplia extensión de hierba para asegurarse de que estaban solos.

–¿Era Malik?

Khan asintió.

–Traté de detenerlo, pero llegué demasiado tarde.

–Nadie podía salvar a Malik –repuso Haq–. No es culpa tuya.

–¿La policía cree que estoy muerto?

–De momento, sí, pero no tardarán en averiguar la verdad. Supongo que eres consciente de que aquí no estás a salvo. Alguien podría reconocerte y, lo quisieras o no, Malik te proporcionó una vía de escape para huir de la ciudad. Mi consejo es que la aceptes, Rashid.

–Solo los culpables huyen –replicó Khan.

–Los inteligentes también.

Ambos volvieron la cabeza al oír el rugido del motor de un coche en el camino de acceso a la casa más cercana. Instintivamente, Haq se refugió de nuevo entre las sombras y Khan le siguió. Desde detrás de un seto vivo, un monovolumen salió dando marcha atrás del camino de entrada y bajó por un espolón en dirección a Skyline Parkway. Era imposible que el conductor los hubiera visto, pero esperaron a que el coche desapareciera antes de hablar de nuevo.

–No somos mejores que el resto –comentó Haq con una sonrisa irónica.

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué es una conspiración? Dos musulmanes hablando.

–No tiene ninguna gracia –repuso Khan frunciendo el ceño.

–No, porque el resto del mundo cree que es verdad.

Khan se quedó callado y luego dijo:

–Malik me aseguró que él no había puesto la bomba de la maratón.

–¿Y le crees?

–Me lo juró.

–No estoy seguro de que la opinión de un terrorista suicida tenga mucho

valor, Khan –contestó Haq–. ¿Malik sabía quién era el verdadero responsable?

–Me dijo que no, pero es posible que estuviera protegiendo a sus amigos de Minneapolis. ¿Por qué? ¿Sabes quién lo hizo?

–Tú también das por hecho que fue uno de los nuestros.

–Supongo que sí –admitió Khan.

Haq se agachó y se ató de nuevo los cordones de las zapatillas. Estaba cansado. Tenía ganas de volver a su casa y poner música egipcia y purgar su alma de toda ira. Cada vez que esta se acumulaba, Haq necesitaba liberarla. Apoyó una mano firme sobre el hombro de Khan.

–Escucha, amigo. Tengo que pedirte perdón.

–¿Por qué?

–Intenté salvar a Ahdia y a Pak. Fui yo quien fue a tu casa y le dije a Ahdia que tenía que marcharse. Los escondí en la galería de Goleen porque pensé que allí estarían a salvo. Y acabaron muriendo. Por mi culpa.

–No, no ha sido culpa tuya.

–No debería haber intervenido.

–Lo hiciste pensando que era lo mejor para ellos. ¿Cómo ibas a prever lo que pasaría? Además, los dos sabemos quién es el verdadero responsable de su asesinato, ¿verdad?

Haq entornó los ojos. No le gustaba lo que percibía en el tono de Khan.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que *Iblis* camina entre nosotros. El Demonio está justo aquí, en Duluth. Ya sabes de quién hablo.

Así era. Haq sabía exactamente a quién se refería.

–Y como dice el Corán, ¿te propones enfrentarte a los amigos de Satán?
–preguntó.

–Sí.

Haq meneó la cabeza.

–No, Khan. Es mejor que te marches. Vete. Comienza una nueva vida. Olvida todas las tragedias que han ocurrido aquí.

–No puedo hacerlo.

–¿Por qué no? ¿Por qué quieres implicarte en esta lucha?

–Porque Alá me ha metido en medio de este torbellino por alguna razón
–contestó Khan–. Los últimos cuatro días me han traído hasta aquí.

Khan se levantó la camiseta y Haq vio la pistola oculta debajo del cinturón de su amigo. Sintió deseos de gritar. Era un círculo vicioso: el odio

desembocaba en violencia y la violencia desembocaba en odio. Ojalá hubiera una forma de detener aquella repugnante noria durante el tiempo suficiente para que todo el mundo se bajara de ella.

–No puedo ayudarte –dijo–. No voy a ayudarte. No para algo así.

–Lo único que quiero es información. Nada más. Si de verdad crees que necesitas mi perdón por Ahdia y Pak, este es el precio. Este es mi viaje, no el tuyo.

Haq experimentó una fatiga que no desaparecía nunca.

–Muy bien. ¿Qué quieres saber?

–Solo tengo una pregunta –dijo Khan–. ¿Dónde está Dawn Basch en este momento?

Wade se metió en las entrañas del edificio de Third Avenue.

Conocía cada centímetro del laberinto de túneles que serpenteaba bajo las calles. La gente corriente se desplazaba a través de los túneles elevados; él prefería los subterráneos. Las goteras, el olor, el zumbido de las máquinas, las ásperas paredes de ladrillo: eran todos viejos amigos suyos. El calendario de la pared más cercana lo había traído él. Los artículos de los estantes y las trampas del suelo, también. Aparte de Travis, ahí no bajaba casi nadie; podía pasarse horas solo en aquel lugar. Solía decir en broma que era como su despacho en Florida, en medio de la humedad y las cucarachas gigantes.

Avanzó por el pasillo con la luz de la linterna, en lugar de encender el fluorescente del techo. El suelo estaba sembrado de trocitos de argamasa y polvo de yeso. El techo, una red de tuberías y cables, era bajo. Si en el exterior estaban a veinticinco grados, allí abajo la temperatura alcanzaba casi los cuarenta y el aire estaba absolutamente inmóvil. A pesar del sudor, a Wade no le molestaba el calor.

Key West. Ahí era adonde tenía que ir. Romper con el pasado, dejar atrás el invierno y vivir en Villa Margarita borracho para siempre, como en la canción de Jimmy Buffett. Siempre había dicho que algún día se marcharía al cálido sur. Y por fin había llegado el momento de hacerlo.

Llegó a otro túnel oscuro. Avanzó esquivando pilares de acero y palés tapados con plástico. Allí los ladrillos estaban cubiertos de moho verde. Torció en una esquina y encontró un interruptor; la luz iluminó una de las habitaciones subterráneas. Detrás de las paredes de madera contrachapada había trasteros para los inquilinos del edificio, pero la mayoría de las puertas estaban abiertas; las cajas se amontonaban hasta las tuberías del techo y había

archivadores a rebosar de papeleo de contratos que se remontaba a décadas atrás. Wade se imaginaba que de un modo u otro ahí abajo estaban enterrados todos los secretos de Duluth.

No muy lejos, oyó música. Algo moderno y ruidoso. Tenía que ser Travis. El chico era tan tonto que era incapaz de no hacer ruido. Lo encontró sentado detrás de un viejo escritorio, junto a un radiocasete por el que sonaba un tema de Van Halen. Wade se había pasado horas trabajando en ese escritorio, escuchando cintas de los ochenta. Guardaba su colección en latas de pintura encima de los polvorientos archivadores. La luz del fluorescente se apagaba intermitentemente; le quedaba poco de vida. El rostro de Travis aparecía y desaparecía en la oscuridad.

–Gracias por venir, colega –dijo este.

Wade se encogió de hombros.

–No pasa nada.

–¿Se lo has contado a Shelly?

–No. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

–Es verdad, tienes razón.

–¿Adónde tienes pensado ir, Travis? –preguntó Wade.

–No lo sé. A Arkansas, tal vez. Una vez estuve en Little Rock. Puedo instalarme con un nuevo nombre y quizá Shelly pueda venir a vivir conmigo. Va a necesitar ayuda.

–Ni que lo digas.

–Se lo dirás, ¿verdad? ¿Que mandaré a alguien a buscarla en cuanto pueda?

–Sí, claro que sí.

Wade sabía que todo aquello era una quimera. Travis no era lo bastante listo para ocultarse o vivir con un nombre falso sin descubrirse. Duraría un mes. Tal vez dos. Y entonces alguien averiguaría quién era y la policía iría a buscarlo y arrastrarían su patético culo de vuelta a Minnesota.

Miró la cara de Travis. El sudor le resbalaba en cascada desde la línea del pelo. Oh, sí, duraría mucho en Arkansas.

–Nos lo hemos pasado bien, ¿eh? –comentó Travis.

Wade se echó a reír. Vio una rata muerta bajo el escritorio. Había media docena de cucarachas atrapadas en una trampa de cola.

–Sí, matar esta mierda es lo más, Travis.

–¿Crees que debería irme ya o espero a que se haga de noche?

–Toda la ciudad te está buscando. Espera a que sea de noche.

–Me sabe muy mal pedirte, tío, pero necesito pasta. Unos cientos.

–Tengo dinero para ti –repuso Wade–, pero si alguna vez te preguntan, yo nunca te he ayudado, ¿vale? No te he dado nada.

–Sí, sí, vale. ¿Y un coche?

–Conozco a un tipo en Mora; lo llamaré. Seguro que te consigue una cafetera por doscientos pavos sin hacer preguntas. Puedes usarlo para salir del estado y luego deshacerte de él y conseguir otra cosa.

–Eres el mejor, tío. No sé qué haría sin ti.

–Sí. Claro. Subiré a la calle y haré esa llamada; aquí abajo no hay cobertura. Además, no quiero que los polis se fijen en los túneles. Con un poco de suerte, esta noche tendremos un coche para ti.

Wade giró sobre sus talones, pero Travis lo llamó.

–Oye, Wade.

–¿Sí?

–Lo siento, colega. Solo quería que lo supieras.

Wade cruzó los brazos sobre su escuálido pecho y observó al atractivo joven.

–¡Ah!, ¿sí? ¿Qué es lo que sientes, Travis? Cuéntamelo.

–Ya sabes, todo. Vaya, que las cosas no hayan salido como yo esperaba.

–Y ¿cómo esperabas que salieran? –preguntó Wade.

–Así no, eso seguro.

–Bueno, no te muevas y no te preocupes –dijo Wade–. Yo me ocupo de todo. Créeme, Travis, no existe problema que no pueda resolver.

Wade no mentía.

Travis tenía un problema, y él sabía exactamente cómo solucionarlo.

Desanduvo su camino a través de los túneles y salió por la puerta metálica a la escalera que quedaba por debajo de Third Avenue. Se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la tarjeta que sostenía en la mano. Se imaginó que ella contestaría de inmediato, y así fue.

–Sargento Bei, soy Wade Ralston –dijo–. Tengo que hablar con usted sobre Travis Baker. ¿Podemos vernos ahora mismo?

Stride llamó a la puerta de Haq, que abrió enseguida pero no pareció muy feliz al verlo en el porche. Haq había envejecido en esos cuatro días. Las arrugas de su ceño eran más pronunciadas, y tenía el rostro colorado. Comprobó la calle y le hizo a un gesto a Stride para que entrara sin saludarlo siquiera.

Luego lo llevó a la sala delantera de la casa. Unas pesadas cortinas mantenían la estancia a oscuras. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías, y la mayoría de los libros eran ejemplares en árabe encuadernados en cuero. En la pared de enfrente había una chimenea de ladrillo. Haq se sentó en una butaca y le indicó a Stride que se acomodara en el sofá amarillo.

–¿Qué quieres, Jonathan? –preguntó al fin–. Creía haberte dejado bien claro que tú y yo ya no tenemos absolutamente nada de que hablar.

–Así fue.

–Entonces me imagino que esta conversación será breve.

–Quizás –repuso Stride–. Quería compartir contigo algunas novedades.

Haq no dijo nada y arqueó las cejas en un gesto de impaciencia.

–La identificación original de Khan Rashid era un error –le informó Stride–. El hombre que dijo que Rashid había chocado con él en Superior Street ha confesado que se equivocó.

–Qué sorpresa. Te dije desde el principio que Khan no tenía nada que ver. Deberías haberme escuchado.

–Es verdad, pero tampoco fuiste completamente sincero, ¿verdad? No me contaste lo más importante.

El rostro de Haq se ensombreció.

–¿Qué quieres decir?

–Tú sabías que Rashid no había chocado con Michael Malville en Superior Street. Sabías a ciencia cierta que esa identificación era errónea... porque el hombre de la mochila de Superior Street eras tú.

Haq se quedó callado y Stride lo vio sopesar su respuesta. Preguntarse si tenía alguna prueba real. Debatirse entre negarlo o reconocer lo que ambos sabían. Finalmente, una sonrisa arrogante curvó sus labios.

–Vale, sí, escuché a un hombre blanco de zona residencial hablando de

Sin Excepciones. Explicándole a su hijo que los estadounidenses tienen derecho a decir lo que quieran. La típica tontería de los ilusos: disfrazar el racismo con los ropajes de la Libertad. Lo admito, me enfadé, así que choqué «accidentalmente» con él. Con fuerza.

–Deberías habérmelo contado –dijo Stride–. Si lo hubieras admitido, podríamos haber declarado de manera oficial que la identificación de Twitter era un error. Que Khan Rashid no era sospechoso. Las cosas podrían haber ido de otra forma.

–¿Estás diciendo que es culpa mía? –preguntó Haq.

–No, no digo eso, pero me da que pensar. ¿Por qué no me contaste que eras tú?

Haq se atusó la barba con gesto pensativo. Sus miradas se cruzaron en la habitación oscura. Poco a poco, el hombre se dio cuenta de lo que quería decir Stride.

–Me consideras sospechoso del atentado. A mí.

–Mentiste –observó Stride.

–No dije nada que no fuera verdad.

–No importa cómo lo llames. Fue una mentira por omisión, Haq. Hace que me pregunte qué era lo que ocultabas.

Haq se puso en pie, abriendo y cerrando los puños.

–Así pues, ¿debería haberme entregado en bandeja como sospechoso? ¿Cuando sabía que no había hecho nada malo? ¡Mira lo que le pasó a Khan! ¿Me estás diciendo que debería haberme presentado voluntario para que me trataran igual? ¿Para que los vigilantes reclamaran mi sangre? Choqué con ese hombre en la calle, Jonathan. Eso es todo. No hay nada más. Ese día hice exactamente lo mismo que Khan: buscar a Malik. Intentar proteger la maratón.

–Según Malville, tu mochila pesaba mucho –señaló Stride.

–Porque soy profesor y llevaba libros dentro, como suelo hacer.

–¿Dónde está la mochila? –preguntó Stride–. ¿Aún la tienes?

Haq soltó una risa amarga y meneó la cabeza.

–¿Quieres que te la enseñe? ¿A eso hemos llegado? ¿De verdad necesitas una prueba física de que no soy un terrorista?

Stride no dijo nada. Esperó.

Haq le dedicó una mirada de incredulidad y a continuación abandonó la sala a pasos rápidos e impacientes. Al cabo de unos segundos volvió con una abultada mochila azul marino que lanzó a los pies de Stride. La cremallera

estaba medio abierta y dentro se apiñaban libros de texto con manchas de café.

–Aquí la tienes. ¿Contento?

–Lo siento, Haq. Tenía que preguntártelo. También necesito más información sobre una reunión que mantuviste en las oficinas de la maratón el martes pasado.

–¿Qué pasa con eso?

–¿De qué iba la reunión? –preguntó Stride–. ¿Quién participó en ella?

–Media docena de miembros de la mezquita nos reunimos con los organizadores de la maratón para tratar el tema de los corredores musulmanes que habíamos reclutado para la carrera. ¿Qué importancia tiene?

–Alguien desconectó el cable de la cámara de la maratón ese día –explicó Stride–. Ocurrió dentro de las oficinas de la maratón.

–Y crees que fue uno de nosotros. –Por la manera en que lo dijo Haq, sonó más como una afirmación que como una pregunta.

–¿Cabe esa posibilidad?

–No.

–Pareces bastante seguro –comentó Stride.

–Lo estoy. Entramos en grupo, nos reunimos en una sala y nos marchamos juntos. Creo que me acordaría si alguien se hubiera arrastrado por el suelo desenchufando cables. En fin, ¿es todo? Porque ahora me gustaría que te fueras de mi casa, Jonathan.

–Tengo una pregunta más –repuso Stride, que no hizo ningún gesto para levantarse.

–¿Qué?

–¿Khan Rashid está muerto?

Stride detectó una fisura en la compostura de Haq.

–Tú eres el que dispone de forenses expertos. Habla con ellos, no conmigo. En cualquier caso, ¿qué te hace pensar que Khan pueda seguir con vida?

–Tú –contestó Stride.

–¿Yo? Yo no he dicho nada.

–La primera vez que me llamaste para hablarme de Khan, dijiste que era un buen hombre. Me fío de tu criterio sobre las personas. Si Khan es un buen hombre, no me lo imagino atrayendo a agentes de policía para matarlos con un chaleco suicida.

Haq respiró hondo y su pecho se hinchó.

–Bueno, hasta los hombres buenos tienen sus límites.

–¿Como para cometer un asesinato?

–Quizás.

Stride se levantó y se acercó a Haq hasta que quedaron frente a frente.

–Dime la verdad. El hombre del cobertizo, ¿era Malik Noon?

Vio reflejada en el rostro de Haq la batalla que este libraba en su interior. Su amigo había comenzado a verlo como un enemigo, y uno no les tiende la mano a sus enemigos. Aun así, ambos habían compartido muchas cosas.

Sin decir nada, Haq asintió.

–¿Khan está vivo? –preguntó Stride.

Un nuevo asentimiento silencioso.

–¿Ha huido? ¿Dónde está? Quiero protegerlo.

La boca de Haq se curvó en una sonrisa forzada.

–Había huido, pero ha vuelto. Ha venido a verme.

–¿Por qué? ¿Qué quería?

–Te lo he dicho, Jonathan: hasta los hombres buenos tienen sus límites.

Su tono de voz puso en alerta todas las alarmas de Stride.

–Haq, ¿qué está haciendo Khan?

–Quiere vengarse. He intentado disuadirlo, pero no me ha escuchado.

–¿Vengarse de quién? –quiso saber Stride, aunque ya conocía la respuesta–. ¿Dawn Basch? ¿Ha ido a por Dawn Basch?

–Tiene una pistola –le dijo Haq–. Va a matarla.

Stride le puso una mano en el hombro.

–Gracias, amigo.

Se dirigió a la puerta con el móvil en la mano, pero Haq lo llamó:

–Jonathan.

Stride se detuvo.

–¿Qué pasa?

Haq se acercó a la entrada.

–Quiero que recuerdes una cosa. Esto no ha sido fácil para mí, después de todo lo que ha ocurrido. Pero me has dicho que confías en mi criterio y yo confío en el tuyo. Así que, por favor, haz lo correcto. Mantén a Khan a salvo.

Stride asintió.

–Haré todo lo que pueda. Tú también deberías recordar algo.

–¿Qué?

–Construir una relación de confianza entre nosotros no es una carrera de

velocidad –dijo Stride–. Es una maratón.

Dentro del espacio cerrado del Taurus, Khan sudaba copiosamente. Tenía una sensación de vértigo en la boca del estómago, porque no sabía si tendría valor para lo que venía a continuación. Estaba aterrorizado y lleno de dudas. Al mirar la pistola que descansaba en el asiento del pasajero, se preguntó si de verdad podría volver a cogerla.

Había aparcado en una zona de estacionamiento cerca del área de carga y descarga del hotel Radisson. La torre cilíndrica del edificio se erguía sobre él. Había entrado marcha atrás en un sitio que quedaba a la sombra de un muro de contención de cemento. En la zona de descarga, vio contenedores de basura verdes y carros de lavandería vacíos. El ruido de las instalaciones rugía a través de los respiraderos de la pared de ladrillo. Cada pocos minutos, un empleado salía por la puerta metálica para fumar un cigarrillo y a Khan le llegaba el olor del tabaco.

Cada vez que veía a alguien, se hundía detrás del volante. En Duluth todo el mundo había visto su cara y, a pesar de los cambios en su aspecto, temía que lo reconocieran. Con un oído no dejaba de escuchar la calle, esperando oír sirenas que se acercaran. Comprobó el reloj del salpicadero y vio que el hombre con el que se suponía que debía reunirse llegaba tarde. A lo mejor no se presentaba. Khan no podía recriminarle que no quisiera verse envuelto en todo aquello.

Pasaron cuatro minutos sofocantes e interminables.

Cerca del área de carga y descarga, la puerta metálica volvió a abrirse y salió otro empleado del hotel, que parecía nervioso. Era alto, con la piel muy oscura y el pelo hirsuto muy corto. Llevaba pantalones negros y una camisa de vestir blanca almidonada, y cargaba con una bolsa de ropa de la lavandería. Lanzó una mirada al aparcamiento y su mirada se detuvo en el Taurus granate.

Khan le hizo luces y colocó la pistola en el asiento del conductor, entre sus piernas. El otro hombre se apresuró a acercarse, volviendo la cabeza a ambos lados para asegurarse de que nadie los miraba. Khan percibió la impaciencia del hombre, las ganas que tenía de acabar cuanto antes con su misión.

Este se sentó en el asiento del acompañante y estudió a Khan, intentando relacionar su cara con la foto que había visto por todas partes.

–¿Sabes quién soy? –preguntó Khan.

El hombre asintió. No le dijo cómo se llamaba él y Khan no se lo preguntó.

Con el teléfono de prepago, llamó al número para urgencias que le había dado Malik. Se había puesto en contacto con el fontanero llamado Abdul y había pronunciado la frase con el código sobre Noé y los No Creyentes para que el tipo supiera que necesitaba ayuda. Abdul le devolvió la llamada casi de inmediato con un teléfono que le dijo que era seguro, y Khan le contó lo que quería.

Alguien que pudiera colarlo en el hotel Radisson.

El hombre del coche le tendió la bolsa de la lavandería.

–Ponte este uniforme, creo que es de tu talla. Si sales con vida de esto, di que lo robaste, ¿vale? Yo no te he dado nada. Tú y yo no nos conocemos. ¿Está claro?

–Sí –contestó Khan.

–Tengo familia –dijo el hombre.

–Lo entiendo, no te implicaré. ¿La mujer se encuentra en el hotel?

–Acaba de llegar al Astor, el restaurante giratorio del último piso. Está en un reservado junto a la ventana, pero tendrás que rodear el local para encontrarla. Usa el ascensor del servicio y cruza la cocina. Actúa como si trabajaras aquí y nadie te dirá nada. Haz lo que tengas que hacer y márchate.

–¿Y la seguridad?

–Sus guardaespaldas no están con ella. Ahora que se supone que estás muerto debe de sentirse segura.

–Vale. Bien.

–No sé si lo conseguirás, pero sabes que lo más probable es que mueras, ¿no? –le dijo el hombre–. Antes o después la policía te matará. ¿Estás preparado para eso?

–Si muero, podré volver a ver a mi mujer y a mi hijo –repuso Khan–. Sería una bendición.

– *Al·lahu-àkbar* .

El hombre comprobó que el aparcamiento estaba vacío, salió del coche y se apresuró a entrar de nuevo en el hotel. Habían pasado menos de un minuto juntos. Khan se quedó a solas con la pistola, el uniforme de camarero y un plan. Se inclinó por encima del volante y miró hacia las paredes de cristal del restaurante del último piso del hotel.

Dawn Basch se encontraba ahí arriba.

Sus destinos estaban a punto de colisionar.

–¿Shelly Baker? –preguntó Serena.

La mujer tumbada en la cama del hospital apartó la mirada de la ventana y volvió el rostro hacia la puerta. Era rechoncha, con el pelo castaño y rizado desparramado sobre la almohada como un globo pinchado. Sin maquillaje parecía mayor de lo que era; en opinión de Serena, tendría unos treinta y cinco años. Su nariz era ancha y chata, y tenía los ojos enrojecidos.

–¿Qué quiere?

–Me llamo Serena Stride. Soy agente de la policía de Duluth.

–Ya hablé con otra policía, una mujer china –repuso Shelly en un tono que dejaba claro que no quería que la molestaran.

–Sí, lo sé. Lo siento, será solo un momento.

Serena se había pasado un día entero revisando la lista de contactos de la maratón del martes por la mañana. Shelly Baker era tan solo un nombre más entre docenas de llamadas telefónicas, pero también era una víctima de la explosión, y esa conexión bastaba para que Serena quisiera investigar. No era que sospechara que Shelly tuviera algo que ver; lo que quería era plantearle algunas preguntas, tacharla de la lista y pasar a otra cosa.

–¿Es por mi hermano? –quiso saber Shelly, que se incorporó a medias en el colchón, lo que le ocasionó una descarga de dolor que le dibujó una mueca en la cara—. ¿Le ha sucedido algo a Travis?

–No. La sargento Bei sigue buscándolo –le explicó Serena.

–Tienen que entenderlo. Travis comete estupideces a veces, pero no es porque sea mala persona. Piense en todo lo que le ha pasado estos últimos días. Su hermana se ha quedado inválida y Joni está muerta. Travis pensó que él también debería estar muerto. Se sentía culpable de que Dios lo hubiera salvado a él y no a nosotras. Ni siquiera es capaz de mirarme.

Serena tomó asiento en una silla junto a la cama.

–Siento mucho lo que le ha pasado, señora Baker.

–No lo haga. Es inútil buscar sentido al plan de Dios. Yo pongo mi fe en Jesús; siempre lo he hecho.

Serena no dijo nada. Ella había renunciado a Dios muchos años antes, de niña, a manos del camello de su madre. Resultaba difícil confiar en Dios

después de algo así. Si Shelly Baker podía seguir creyendo que Jesús cuidaba de ella, después de todo lo que había pasado, Serena admiraba su fe.

–Sabe lo que hizo Travis, ¿verdad? –preguntó–. Prendió fuego a una galería. Una madre y su hijo murieron en el incendio.

Shelly parpadeó varias veces y apretó los labios en una fina línea de descontento.

–¿Por eso ha venido? ¿Para que la ayude a meter a mi hermano pequeño en la cárcel? Lo siento, pero no voy a hacerlo. No diré nada.

–No, no he venido por eso –le aclaró Serena.

–Si Travis hizo algo, fue un accidente. No me malinterprete; me parece espantoso lo que les pasó a esa pobre mujer y a su hijo, pero estoy segura de que nadie quería hacerles daño. No como a mí. No como a Joni. La persona que puso la bomba en la maratón sabía que moriría gente; fue un acto intencionado. Un asesinato. Nosotros tres estábamos ahí por casualidad. En medio de su camino.

–Sí, fue espantoso –dijo Serena.

Shelly cerró los ojos y se quedó callada. Su presión sanguínea estaba aumentando.

–Le pido disculpas por molestarla –continuó Serena–. La razón por la que estoy aquí no tiene nada que ver con Travis. Solo necesito comprobar un dato con usted y luego me marcharé y la dejaré descansar.

–¿De qué se trata? –preguntó Shelly.

–Estoy revisando una lista de llamadas efectuadas por el personal de la maratón el martes antes de la carrera. Es pura rutina. Ese martes por la mañana, alguien de la maratón llamó a su número de móvil. ¿Recuerda a qué se debió la llamada?

Shelly abrió mucho los ojos con expresión de desconcierto.

–¿Qué? ¿Qué importancia tiene eso?

–Como le he dicho, tan solo es un seguimiento rutinario. ¿Se acuerda de la llamada?

–¿El martes?

–Sí.

–Ah, vale, sí. Un REC.

–¿Qué es eso?

–Lo llamamos así, REC: Ratones En Casa. Lorena, de la organización de la maratón, llamó para decir que había una plaga de ratones en las oficinas. Ya habían visto tres o cuatro, y me pidió que mandara a alguien para

encargarse de ellos. Nos dedicamos a eso. Soy la administrativa de Exterminios Ralston.

–¿Sabe por qué Lorena los llamó a ustedes y no a otros?

–Sí. Hace años que la organización es clienta nuestra. A medida que se acerca el día de la carrera acumulan muchos artículos perecederos, y no pueden permitirse que los bichos o los ratones o algo parecido se cuelen entre sus provisiones.

–¿Notó algo extraño en la llamada?

–No. Bueno, Lorena estaba molesta con nosotros, dijo que nos pagaba para evitar ese tipo de cosas. Sonaba estresada, así que me disculpé y le aseguré que nos ocuparíamos de inmediato. Y eso fue lo que hicimos.

Serena asintió.

–De acuerdo, muchas gracias por aclarármelo, Shelly.

–De nada.

Serena se levantó. Había terminado, tenía todas las respuestas que necesitaba. Era hora de marcharse. Y, sin embargo, se quedó ahí de pie en la habitación de hospital. Era incapaz de moverse. Había algo de la conversación que no le cuadraba. Era la clase de sensación que disparaba las alarmas de su cerebro. En aquel momento, su mente gritaba tan fuerte y tan rápido que Serena apenas podía aislar sus pensamientos.

«La persona que puso la bomba en la maratón sabía que moriría gente; fue un acto intencionado. Un asesinato. Nosotros tres estábamos ahí por casualidad. En medio de su camino.»

Serena volvió a sentarse junto la cama. Notaba el latido desbocado de su corazón. Le costó pronunciar las palabras.

–Lo lamento, Shelly, pero tengo que hacerle un par de preguntas más. ¿Quién es exactamente Joni?

Ella la miró, extrañada.

–¿Qué?

–Ha mencionado a Joni. Es una de las personas a las que mataron en la maratón, ¿verdad? ¿La conocía?

–Sí, claro que la conocía. Joni era la mujer de Wade.

–¿Wade?

–Wade Ralston. Es el dueño del negocio. Travis y yo trabajamos para él.

–Y ¿dónde se encontraba Joni en el momento en que explotó la bomba?

–Estaba justo a mi lado –explicó Shelly–. Travis, Joni y yo estábamos los tres juntos.

Serena trató de poner en orden todas sus ideas y explorarlas de una en una.

–Siento volver sobre el tema, pero ha dicho usted que Lorena estaba molesta cuando la llamó. ¿A qué se debía?

–Tienen un contrato con nosotros para evitar ese tipo de cosas. Ponemos trampas en el sótano. Veneno. Eso no los mantiene alejados, pero si entran, no duran mucho.

–Y cuatro días antes de la carrera, encontraron ratones en las oficinas y tuvieron que llamarles.

–Sí, así es.

–Esta no es una época en que los ratones suelen colarse en los edificios, ¿verdad? –preguntó Serena–. ¿No es más habitual que lo hagan cuando fuera hace frío?

–A veces pasa, pero sí, tiene usted razón, no es muy común.

–¿Quién se encargó de la llamada?

–¿Qué?

–¿Quién fue a las oficinas de la maratón para ocuparse de los ratones?

–Wade –contestó Shelly.

–¿Wade es el marido de Joni?

–Sí, se lo he dicho antes.

–¿Dónde estaba Wade durante la maratón? –preguntó Serena.

–¿Qué quiere decir? Estaba ahí. Corriéndola.

–¿Wade corrió la maratón? ¿Sabe dónde se encontraba cuando explotó la bomba?

–No sé, ¿a unos veinte metros? Estaba al otro lado de la calle, delante de nosotros. Algunos trozos de metralla le alcanzaron.

Serena se levantó de nuevo, le dio la espalda a Shelly y se acercó a la ventana. Los pensamientos rebotaban en su cabeza como átomos. Trató de aislar cada hecho, porque individualmente, no tenían ningún sentido. Pero al unirlos todos...

Las imágenes de la cámara dejaron de grabarse el martes. Wade Ralston estaba en las oficinas de la maratón el martes. Casualidad.

La mujer de Wade era una de las víctimas del atentado. Casualidad.

Wade estaba a veinte metros del lugar de la explosión. Casualidad.

Si lo juntaba todo, no era una casualidad.

Serena se volvió.

–¿Por qué estaban ahí? ¿Por qué estaban Joni, Travis y usted delante de

la Duluth Outdoor Company, justo en ese lugar?

–Queríamos ver a Wade terminar la carrera –explicó Shelly.

–¿Sabía él que estarían allí?

–Claro. Nos dijo dónde debíamos ponernos. Quería que lo viéramos cruzar la línea de meta.

Serena se sacó el móvil del bolsillo y fue pasando sus fotos con el dedo hasta encontrar la que buscaba.

–Esta pregunta le parecerá extraña –advirtió a Shelly–, pero ¿conoce a este hombre?

Serena percibió la sorpresa en la cara de Shelly. Una sorpresa que aún no se había convertido en sospecha. La mujer examinó la foto del teléfono de Serena y, al hablar, todas las piezas comenzaron a encajar.

–Claro, es Eagle. ¿Qué pasa con él?

–¿De qué conoce a Eagle? –le preguntó Serena casi a gritos.

Ahora Shelly parecía asustada. Desconcertada y asustada.

–Es un vagabundo. Wade y Travis se lo encuentran en todas partes. Se dedican a exterminar debajo de los edificios del centro. En el subsuelo. Allí hace calor, así que los vagabundos se cuelan en invierno y Wade y Travis son quienes los tienen que echar.

–¿Así que Wade conocía a Eagle?

–Claro. Wade se lo encontraba siempre escondido en los túneles. Pero ¿de qué va todo esto?

Serena no contestó. Ya había echado a correr hacia la puerta.

Acababa de caer en la cuenta: si la bomba estaba colocada desde el martes en la tienda de la Duluth Outdoor Company, cualquiera podría haberla detonado.

Cualquiera.

Incluso un corredor.

Maggie bajó detrás de Wade Ralston los escalones del edificio de Third Avenue hasta la puerta metálica que llevaba al subsótano.

–Ha hecho lo correcto al llamarme, señor Ralston –dijo ella.

–Lo único que quiero es que no le pase nada a Travis –contestó Wade–. Él la conoce. La escuchará.

Ralston abrió la puerta y le cedió el paso a Maggie, que lo rozó al cruzarla y luego bajó otro tramo de escaleras hasta el subsótano. En ese momento su teléfono vibró y, al sacarlo del bolsillo, vio que era Serena. Contestó la llamada, pero era demasiado tarde. Donde ella se encontraba no había cobertura.

–¿Dónde está? –preguntó Maggie.

–Me está esperando en una de las habitaciones interiores. Le he dicho que iba a conseguirle un coche para que pudiera huir de la ciudad.

Maggie encendió una linterna. Las tuberías recorrían el techo justo por encima de sus cabezas. Las paredes de ladrillo recordaban al interior de una cripta. Vio trampas de cola en el suelo de cemento mojado, con docenas de cucarachas muertas pegadas al adhesivo. Solo eran bichos, y ella era la primera en admitir que ni una sola araña había logrado salir con vida de su casa, pero lo cierto era que el trabajo de los exterminadores le daba grima. Al verlo tan de cerca parecía un asesinato en masa.

–¿Pasa usted mucho tiempo aquí abajo? –preguntó ella.

–Es mi vida. –Ralston tenía una sonrisa dibujada en el rostro, que le confería el aspecto de un esqueleto inquietante a la luz de la linterna–. A la gente no le gusta pensar en cómo llega la carne a esas bandejas del supermercado. Tampoco le gusta saber cómo mantenemos alejados a los bichos de sus cálidos hogares. Matadlos a todos, pero no nos expliquéis cómo.

–Supongo que es verdad –contestó Maggie con una punzada de incomodidad.

Ralston no se movió.

–Así que el musulmán ese, el tal Rashid, se voló por los aires, ¿eh? No voy a derramar una sola lágrima por él. Al menos así nos ahorra a los

contribuyentes el coste del juicio. Aunque sí que lo siento por sus compañeros, sargento.

Maggie no contestó.

–Le diré una cosa –continuó Wade–; no justifico lo que hizo Travis, pero sé de dónde sale. La gente está enfadada con esos terroristas islámicos y quieren devolverles el golpe, ¿sabe? Sobre todo cuando lo único que reciben de Washington son gilipolleces políticamente correctas.

–Vamos a acabar con esto, ¿le parece bien, señor Ralston?

–Sí. Vale. Por aquí.

Wade abrió el camino a través del calor y la oscuridad. Estar allí abajo, entre las paredes de ladrillo, era como hacer un viaje al pasado. Al nivel de la calle, el mundo había cambiado, pero ahí abajo las décadas quedaban a la vista. Hombres fallecidos mucho tiempo atrás habían colocado hilera tras hilera de argamasa y ladrillos en un profundo agujero horadado en la tierra.

Un poco más adelante, Maggie vio luz y oyó música *heavy* con una deficiente calidad de sonido. Siguieron avanzando hasta llegar a una estancia iluminada por un fluorescente parpadeante y las paredes cubiertas de estanterías metálicas, archivadores y cajoneras para guardar documentos. El suelo estaba cubierto por una capa de suciedad que lo volvía resbaladizo. El calor era sofocante. Maggie notaba la pistola en la cartuchera y estaba lista para sacarla si era necesario.

–¡Eh, Travis! ¿Estás ahí? –lo llamó Ralston.

–Sí, menos mal que has vuelto, tío. ¿Se puede saber por qué has tardado tanto?

Maggie dejó que Ralston caminara frente a ella. Desde detrás de un montón de cajas apiladas hasta el techo, vio aparecer en su campo de visión a Travis Baker. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba al descubierto unos sudorosos músculos cubiertos de tatuajes, y el largo pelo castaño, grasiento y suelto.

Travis vio a Maggie y su cara se retorció en un gesto de furia.

–¿Qué coño has hecho, tío? –le gritó a Ralston–. ¿En serio, joder? ¿Le has dicho a la poli dónde estaba y la has traído aquí?

–Intento que no te maten, chico.

Travis se puso tenso, parecía estar a punto de echar a correr. Al verlo tan alterado, Maggie se preguntó si había tomado alguna droga mientras estaba allí abajo. El joven miró más allá de Maggie, al túnel oscuro que tenía esta a su espalda y que llevaba de vuelta al mundo. Maggie se interponía entre

Travis y la libertad, y ambos lo sabían.

–Señor Baker, dese la vuelta, arrodílese y ponga las manos en la cabeza –le ordenó ella.

Travis no se movió y focalizó su enojo en Ralston.

–Creía que éramos amigos, tío.

Ralston se apoyó con aire indiferente en el cajón superior abierto de uno de los archivadores alineados contra la pared. Encima del mueble había latas de pintura viejas con churretones amarillos. Apenas diez metros separaban a los dos hombres, y a Maggie le preocupaba que Travis se lanzara sobre el más pequeño. Se dio cuenta de que Ralston tampoco apartaba la mirada recelosa de Travis, por la misma razón.

–Te equivocabas –respondió Wade–. Eres mi empleado, Travis, trabajas para mí. En eso consiste nuestra relación, chico. Tal vez si no se te hubiera olvidado, las cosas ahora serían distintas.

Travis señaló a Ralston con el dedo y le gritó a Maggie:

–¡Todo fue idea suya! Me dijo que Dios me había salvado por una razón. ¡Dios quería que lo hiciera!

–Sí, claro, como si Dios y yo fuéramos íntimos –contestó Ralston con una risita.

–Señor Baker, arrodílese –repitió Maggie–. Ahora.

Bajo la máscara de su bravuconería, Travis estaba acostumbrado a obedecer órdenes. Hizo lo que le decían: se arrodilló en el suelo sucio y puso las manos en la cabeza. Maggie lo rodeó y se colocó a su espalda con las esposas en la mano. Cogió una de las muñecas de Travis, la guio a la espalda de un tirón, la rodeó con las esposas y las ciñó. Luego hizo lo mismo con la otra muñeca.

–De pie –ordenó.

Travis se levantó con dificultad mientras ella lo sujetaba del cinturón de los tejanos. En aquel espacio cerrado hacía tanto calor que parecía un horno. Maggie vio que Ralston no se había movido de donde estaba, junto a uno de los archivadores. Había algo inquietante en él. Los contemplaba a Travis y a ella con una extraña mirada de satisfacción. El fluorescente moribundo hacía aparecer y desaparecer su rostro en la oscuridad.

El pelo de Travis le caía por la cara.

–Wade ¿esto es por lo de Joni? Lo sabías, ¿verdad?

Ralston no dijo nada, pero Maggie vio cómo adoptaba una expresión de odio que no se esforzó en disimular.

–Vamos, Travis –dijo Maggie, pero tratar de mover a aquel tipo desde atrás era como empujar el tronco de un árbol. En efecto, no se movió.

–¡Dilo, Wade! –le instó Travis, que a medida que le escupía palabras a la cara hablaba cada vez más alto–. Sabías que me follaba a Joni, ¿verdad?

Maggie percibió el peligro en la habitación. El silencio entre ambos hombres era un campo de electricidad estática. Cuando al fin Ralston habló, lo hizo en voz baja y ponzoñosa, como si fuera sulfuro brotando de una fuente termal.

–Me cago en la puta, claro que lo sabía.

Travis rugió como un guerrero y atacó. Se liberó de la mano de Maggie y avanzó hacia Ralston por el espacio oscuro. Era rápido. A Ralston no le dio tiempo a reaccionar, y a Maggie tampoco. Travis cruzó la habitación en dos zancadas y cargó con todo el peso de su cuerpo contra el hombre menudo, apartándolo del archivador y tumbándolo de espaldas. El archivador cayó al suelo, diseminando cajones y papeles. Las latas de pintura también cayeron, se balancearon, perdieron la tapa y se alejaron rodando.

Travis apoyó todo su peso en un pie y lanzó una patada brutal contra la cabeza de Ralston. Al ver acercarse el golpe, Ralston rodó por el suelo y Travis se desequilibró y resbaló, perdió pie, se golpeó la cabeza contra la pared de roca y se tambaleó como un borracho. Se había mordido la lengua y la sangre empezó a brotar de su boca.

–¡Basta! –les gritó Maggie a ambos. Luego cogió a Travis de la camiseta con las dos manos y lo colocó de cara a la pared–. No compliques más las cosas, Travis.

Luego le dio la vuelta y lo empujó hacia la salida.

–Los dos, ¡vamos!

Ralston se había puesto de pie y la miraba de cerca. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y entre Maggie y él descansaba el archivador caído. Dos de los cajones se habían abierto y el mueble parecía una boca abierta. El suelo de cemento estaba cubierto de restos de pintura. La luz parpadeaba encima de sus cabezas, como si estuvieran en una discoteca.

Debido al efecto óptico, el cerebro de Maggie tardó un momento en registrar lo que veían sus ojos.

El suelo de piedra estaba alfombrado de rodamientos y clavos. Pequeñas bolas plateadas, del tamaño de canicas. Clavos afilados de un par de centímetros.

Metralla.

De una de las latas se había derramado un polvo fino y negro que parecía café.

Pero no lo era.

Uno de los cajones del archivador se había volcado, desparramando su contenido a sus pies. Maggie vio rollo de cable de cobre. Cartuchos de fuegos artificiales y petardos. Placas de circuito. Media docena de pulseras de monitorización para hacer deporte, abiertas con un corte para extraer los componentes electrónicos. Todo lo necesario para que un terrorista fabricara una bomba y un detonador por control remoto se encontraba en el suelo, frente a ella.

En menos de un segundo tomó conciencia de lo que era aquel lugar. En un gesto mecánico, se llevó la mano a la pistolera, pero no llegó a tiempo. Cuando levantó la vista, vio a Wade Ralston apuntándole a la cabeza con una pistola.

Dawn Basch dio un sorbo al agua fría mientras contemplaba las vistas de Duluth a través de los ventanales del restaurante. Aunque el movimiento del suelo giratorio resultaba casi imperceptible, ella sentía una leve náusea. En aquel momento, la ventana estaba enfocada hacia el nordeste, donde la tierra acunaba el enorme lago en su camino a la punta de flecha que terminaba en la frontera canadiense.

Tenía el menú ante ella, cerrado, mientras redactaba su último tuit. Encajar perlas de sabiduría en ciento cuarenta caracteres siempre le resultaba una tarea estimulante. Era como ir cambiando el mundo mordisquito a mordisquito.

Le costaba escribir en el teclado del móvil con aquellas uñas tan largas.

@dawnbasch tuiteó:

Otro terrorista suicida musulmán. Qué sorpresa.

¿Cuándo afrontaremos la verdad sobre la Religión de la Paz?

#elislammata

#sinexcepciones

Dawn dejó el teléfono con la pantalla hacia arriba sobre la mesa. Unos segundos después empezó a vibrar una y otra vez. Retuits. Sus labios rojos se curvaron en una leve sonrisa. La noticia se estaba difundiendo. Más muertes implicaban más ira, pero la ira era esencial si querían cambiar algo.

Dawn lamentaba las muertes de inocentes. Los espectadores de la

maratón. Los policías. Sin embargo, los sacrificios permitían que la gente entendiera lo que realmente estaba en juego. La injusticia llevaba a la gente a tomar las armas.

–¿Qué querrá la señora?

Dawn alzó la vista y vio a una camarera sonriente junto a su reservado. Era joven, de poco más de veinte años, seguramente estudiante universitaria en la UMD. Una chica bonita. Piel y ojos oscuros, cejas pobladas. El pelo negro le dibujaba una V en la frente. Llevaba el uniforme del restaurante, pero también un pañuelo alrededor de la cabeza atado en la nuca.

Dawn le devolvió la sonrisa.

–¿Disculpe?

–Le he preguntado que qué querrá, señora –repitió la camarera.

Dawn miró el teléfono de la mesa. En ese momento le entraba una llamada, y en la pantalla vio de quién se trataba: el teniente Stride. Otro policía incapaz de ver la amenaza que tenía delante de las narices. Otra marioneta del gobierno que invariablemente elegía la paz por encima de la libertad. No tenía ningún interés en hablar con él.

Con la yema del dedo, rechazó la llamada. El teléfono siguió vibrando. Más retuits. Más patriotas.

–¿Qué querré? –le dijo a la joven musulmana–. Bueno, para empezar, querida, lo que quiero es otra camarera.

Maggie miró a Wade Ralston a los ojos y supo la verdad. Aquello nunca había tenido nada que ver con el terrorismo. Era un asesinato, maldad pura y dura.

Alzó poco a poco las manos en el aire mientras calculaba la distancia que la separaba de Ralston, valorando las posibilidades de que él consiguiera un disparo certero o de que ella lo derribara antes de que pudiera apretar el gatillo. La luz del fluorescente le proporcionaba un segundo de oscuridad de cada dos; no era mucho.

A su lado, Travis se había quedado lívido. Aún no lo había entendido.

–¿Qué pasa, tío? ¿Qué haces con una pistola? ¿De qué va todo esto?

–Creo que va de que Wade quería matar a su mujer y su amante –dijo Maggie sin apartar los ojos de Ralston–. Intentó haceros volar por los aires, Travis. ¿Es así, Wade? ¿Ese era el plan?

Ralston parpadeó a través del sudor.

–Sí. Ese era el plan.

Travis los miró alternativamente.

–¿Qué? ¿De qué está hablando? ¿Qué está diciendo, Wade?

–Dice que yo fui el que puso la bomba de la maratón, gilipollas –le espetó Ralston.

Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad. Cuando el fluorescente titilante volvió a apagarse, Maggie dio un paso silencioso.

Travis meneó la cabeza con incredulidad.

–No. No, tío, no puede ser. ¿Tú mataste a Joni? ¿Cómo has podido hacerlo, hijo de puta? ¿Y Shelly? Nunca volverá a caminar. ¿Y todo por tu culpa?

–A lo mejor deberías haber pensado en eso mientras metías la polla entre las piernas de mi mujer –le escupió Ralston–. Os comportabais como si yo no me diera cuenta de nada. Os regodeabais en mi cara. ¿De verdad creías que no habría ninguna represalia?

–Querías matarme a mí también –murmuró Travis con los ojos muy abiertos.

–No te quepa ninguna duda. La idea era que la bomba os destripara a los

dos. Los dos desapareceríais y yo me largaría a Key West con el medio millón de dólares del seguro. Cuando me desperté y te vi ahí sin apenas un rasguño, no me lo podía creer. Te lo dije, Travis, eres un hombre con suerte, pero tu suerte está a punto de acabarse para siempre.

Oscuridad.

Otro paso adelante.

–¿Fabricaste la bomba aquí? –preguntó Maggie tratando de ganar tiempo para acercarse lo suficiente para dar un salto y coger la pistola.

Ralston sonrió. Estaba orgulloso de sí mismo.

–Sí. Si un adolescente de Boston había podido fabricar una, me dije que no podía ser tan difícil. Y, además, nadie sospecharía de un corredor. Lo único que tenía que hacer era recablear la pulsera para enviar la señal. En cuanto me acerqué, en cuanto vi a Joni y Travis, pulsé el detonador. Quería ver sus caras justo antes del final. ¡Bum!

–¡Estás enfermo, colega! –gritó Travis–. ¡Eres un cabrón enfermo!

–¿Te crees que tú eres inocente, Travis? Prendiste fuego a ese edificio. Mataste a esas personas.

–¡Tú dijiste que tenía que hacer algo!

Ralston se rio.

–Sí, sabía que si te presionaba harías alguna tontería. Tonto es tu segundo nombre, Travis. Me imaginaba que enviarte a pudrirte en la cárcel durante el resto de tu vida, apretando el culo, me serviría. Pero no, no es suficiente. Fallé una vez con la bomba. No volveré a fallar.

Destello. Oscuridad. Destello. Maggie avanzó unos centímetros más.

–¿Y qué pasa con Eagle? –preguntó–. ¿Cómo se vio envuelto en todo esto?

–¿Sabe lo de Eagle? –Ralston arqueó las cejas sorprendido–. Pensé que nadie prestaría atención a un vagabundo loco que apareciera con la cabeza volada.

–Lo mandaste a la tienda y le pagaste para que distrajera al personal. Fue entonces cuando colocaste la bomba.

Ralston ladeó la cabeza.

–Sí. Sabía que podía detonar la bomba en plena carrera, pero también sabía que yo no podía colocarla. Tenía que estar preparada antes de la maratón. Incluso un pobre borracho como él habría sido capaz de sumar dos más dos después de que la bomba estallara.

–¿Y la cámara de la maratón? –preguntó Maggie.

La luz se apagó. Esta vez tardó una fracción de segundo más en volver a encenderse. Calculó la distancia. Hasta dónde llegaría de un salto.

Ralston se encogió de hombros.

—A los de la organización les gusta fardar de cámara. Hace años que sabía cómo funcionaba, desde que empezamos a trabajar para ellos. Primero pensé en disfrazarme de algún modo el martes para colocar la bomba, pero no quería despertar la curiosidad de alguien y que se dedicara a examinar las fotos más a fondo. Lo mejor era asegurarse de que la cámara no transmitía imágenes, así que me pasé por las oficinas de la maratón el lunes por la noche y dejé un regalito. Ratones. Sabía que, al día siguiente, en cuanto uno de los animalitos atravesara el escritorio de alguien, nos llamarían. Y lo hicieron. Así que me pasé la tarde del martes arrastrándome por el suelo de la oficina. Fue bastante fácil desenchufar el cable de la cámara.

Maggie meneó la cabeza.

—¿Y no te importaba matar a desconocidos cuando explotara la bomba?

—Daños colaterales —contestó Ralston—, pero necesarios. Si contratas un buen seguro de vida para la infiel de tu mujer, y ella y su amante son los únicos que mueren, la policía y la compañía de seguros rastrean hasta debajo de las alfombras. Pero ¿un ataque terrorista? Te firman el cheque sin más.

Se rio por lo bajo, como si no pudiera evitar admirar la perfección de su plan.

—Bueno, y ¿qué vas a hacer ahora, Wade? —bramó Travis—. ¿Vas a dispararme? ¿Eso es lo que tienes pensado?

—No, aquí la sargento se ocupará de ello. Qué lástima para ella que antes de caer al suelo aún te queden fuerzas para plantarle un tiro entre los ojos. Por supuesto, nadie sabrá que en realidad ella fue la primera en recibir la bala en el cerebro.

Maggie sabía que su tiempo se estaba acabando.

Ralston la miró con los ojos entornados y el brazo que sostenía el arma se tensó. El cañón apuntaba a la cabeza de Maggie. No fallaría el tiro.

Luz encendida. Luz apagada.

Maggie se agachó y saltó. El disparo resonó por encima de su cabeza, ensordecedor dentro del espacio cerrado. Maggie notó el roce abrasador de la bala en su pelo. Alcanzó a Ralston por los muslos y ambos cayeron al suelo. El hombre volvió a disparar y la bala rebotó contra una tubería metálica. Algunos fragmentos salieron volando y alcanzaron el fluorescente, sumiendo el subsótano en una oscuridad absoluta.

Maggie oyó a Ralston ponerse en pie. Ella se alejó a rastras justo a tiempo, mientras él disparaba a ciegas. Una vez. Y otra. Y otra, barriendo el subterráneo. Cerca de ella Maggie oyó el jadeo de Travis, semejante a un gimoteo de sorpresa. El chico se desplomó como un peso muerto y no volvió a emitir sonido alguno. Maggie se arrastró con mayor rapidez. Los clavos del suelo le laceraban las manos. Tenía la cara cubierta de polvo y suciedad. Chocó contra algo pesado y metálico, y se dio cuenta de que era uno de los viejos archivadores. Se ocultó detrás con la espalda apoyada en la pared de roca, y extrajo la pistola de la cartuchera.

El mundo era de color negro.

Oyó pasos. Botas que crujían en el suelo.

Ralston iba a por ella.

Mientras salía del ascensor de servicio y cruzaba la cocina del JJ Astor, Khan estaba seguro de que todo el mundo lo miraba. Los cocineros. Los lavaplatos. Los camareros. Alguien del personal del hotel se daría cuenta de que se había colado, comenzarían a chillarle y le impedirían el paso. Lo mirarían a los ojos y lo reconocerían y lo tumbarían en el suelo.

En lugar de eso, en medio del tumulto del servicio del mediodía nadie le prestó atención. La gente gritaba los pedidos. La carne chisporroteaba en la plancha. Había ruido de platos. Atravesó la cocina y una puerta batiente, y entró en el vestíbulo curvado donde estaban el ascensor para huéspedes, el mostrador de la recepcionista y el bar. Las mesas del restaurante quedaban frente a él, dibujando un círculo alrededor del edificio con vistas a Duluth, el lago y las extensiones de naturaleza del norte. Buscó con la mirada a Dawn Basch, pero no la vio en el perímetro exterior de los reservados que eran visibles desde donde él se encontraba.

A su espalda, un camarero salió apresurado por las puertas batientes y estuvo a punto de chocar por detrás con una bandeja llena de comida.

—Eh, ¡aparta! ¡No te quedes ahí plantado! —susurró el hombre, molesto.

Khan murmuró una disculpa y lo dejó pasar. Divisó una jarra de agua en una bandeja, la cogió y avanzó lentamente por el perímetro, estudiando a las personas de cada mesa, buscando a Basch. Esbozó una sonrisa fingida y trató de contener el terror que sentía; estaba seguro de que iba dejando a su espalda un rastro de olor a sudor. Alguien le pidió agua. La mano le tembló al llenar la copa.

¿Dónde estaba Basch?

–¿Se encuentra bien, joven? –preguntó una anciana.

Estaba sentada a una mesa con una adolescente, y ambas comían ensalada de gambas. La mujer mayor tenía una sonrisa dulce de preocupación.

Khan parpadeó.

–¿Disculpe?

–Bueno, lleva un minuto ahí de pie, sin moverse. Quería asegurarme de que no pasaba nada.

–Ah. Ah, no, Lo siento. ¿Quiere agua, señora?

La mujer señaló su copa, que estaba llena hasta el borde, con el mantel de debajo mojado.

–Ya me ha servido.

–Sí, lo siento mucho.

La adolescente lo contemplaba como si fuera un espécimen bajo un microscopio. Sostenía el móvil en la mano. Levantó la vista de la pantalla para observar el rostro de Khan y luego volvió a mirar la pantalla. Khan notó que le empezaban a temblar las piernas. Dio un paso, tropezó y dio otro paso. Esperaba oír en cualquier momento el grito de la chica a su espalda: «¡Es él! ¡El terrorista! ¡Atrápenlo!».

La joven no dijo nada. Tal vez se hubiera salvado de esta.

Avanzó un poco más antes de arriesgarse a volverse por encima de su hombro. La chica seguía mirándolo. Le brillaban los ojos. Mientras la contemplaba, ella se inclinó hacia delante y le susurró algo a la anciana que tenía enfrente, que también se dio la vuelta, con el rostro pálido. Ahora las dos lo miraban.

Aceleró el paso, aunque sus piernas apenas podían soportar su peso. Estudió todas las mesas. Dawn Basch no estaba allí. A lo mejor se había marchado. El leve movimiento que notaba bajo sus pies le revolvía el estómago. El parloteo que llenaba el restaurante resonaba en sus oídos como un coro de mil pájaros irritantes. No pudo evitar parpadear. La pistola que llevaba bajo el cinturón se le clavaba como un destornillador en la columna.

–Oiga, ¿me sirve agua?

Khan bajó la mirada. Un hombre con traje le tendía su copa vacía con una mirada de impaciencia.

–Sí. Perdóneme.

Trató de llenar la copa, pero la mano le temblaba descontroladamente. El agua salió salpicada en todas direcciones. El hombre soltó una maldición y

Khan se disculpó, pero su mirada se vio arrastrada de nuevo a la mesa que quedaba a su espalda. La mujer mayor y la adolescente hablaban con un encargado y señalaban en una dirección. En la de Khan.

Este dejó la jarra sobre la mesa. El hombre protestó, airado, pero Khan se alejó a toda prisa. Notó las miradas clavadas en su nuca. Al volver la cabeza, vio al encargado, un hombre corpulento con camisa blanca y corbata, dirigiéndose hacia él. Sus miradas se cruzaron y el hombre gritó a través del restaurante:

–¡Disculpe!

Khan se dio la vuelta. Había recorrido medio círculo. El encargado alzó la voz a su espalda:

–¡Disculpe! ¡Usted!

Khan bajó la cabeza y salió disparado. En breve todo el mundo sabría quién era. Se lanzarían sobre él. Pasó junto a más mesas y más reservados. Más comidas. Más desconocidos. Vio la ciudad que se extendía al otro lado de las ventanas.

Y de repente, ahí estaba.

Dawn Basch.

Comía con la cabeza baja. Sus dedos, coronados por unas uñas rojas y largas, tecleaban en la pantalla de su móvil. Khan sabía lo que hacía: difundir odio, veneno. Hacer que mataran a gente. Al acercarse él, no levantó la vista. Para ella, él no significaba nada. Era transparente.

Lo único que Khan tenía que hacer era sacar la pistola y disparar. Encontrar el valor. Vengar los asesinatos de su mujer y su hijo. Después de eso, ya no le importaba nada. No le importaba lo que le pasara. Ojalá la policía lo matara también a él. Así sería libre.

Khan se llevó la mano a la espalda. Sus dedos se cerraron alrededor de la culata de la pistola.

Entonces oyó una voz de mujer.

La había oído ya antes, una vez, en el cementerio, en medio de la oscuridad, la lluvia y las balas.

–¡Rashid!

–Estoy en el restaurante –le dijo Gayle Durkin a Stride a través del transmisor Bluetooth–. ¿Dónde estás tú?

–En el ascensor –le contestó él–. Llegaré en veinte segundos. ¿Alguna señal de Basch o Rashid?

–Aún no.

–No he podido comunicarme con Basch. No es consciente de la amenaza.

–Entendido.

Gayle empezó a rodear el restaurante lentamente. Llevaba la mano metida en el bolso que le colgaba del hombro y, dentro del bolso, agarraba con fuerza su Glock. Sonreía al pasar junto a cada mesa. Nadie le resultaba familiar. Nadie parecía una amenaza.

Se cruzó con una camarera que iba en sentido contrario, hacia la cocina. Gayle la detuvo colocando con gesto amable la mano en su hombro, cogió su móvil y abrió la foto del carné de conducir de Rashid.

–¿Ha visto hoy a este hombre en el hotel?

La camarera, una guapa chica musulmana, negó con la cabeza.

–No, lo siento.

–¿Y a Dawn Basch?

La chica puso los ojos en blanco y frunció la boca.

–Oh, sí, está aquí. Un poco más allá, está en un reservado del otro lado.

–Gracias.

Gayle observó detenidamente las mesas que quedaban más allá de la curva. Todavía no veía a Basch. Siguió caminando. La torre oscilaba levemente. A través de la ventana vio la ciudad donde Ron y ella se habían criado. Años atrás, habían comido una vez en aquel restaurante. Los cuatro: su madre, su padre, Gayle y Ron. Era la primera vez que iban a un restaurante giratorio. Ron, que no debía de tener más de diez años, se mareó. Gayle no recordaba por qué habían ido o qué celebraban. Seguramente el cumpleaños de su madre. Era enero, y aún se acordaba de los copos de nieve que caían por detrás de los altos ventanales como una bandada de ángeles.

Ahora había vuelto.

No pudo evitar pensar en París. En otro restaurante. Otro terrorista. Cada paso que daba le recordaba las mesas de la terraza del café. Pensó en el mensaje de texto de Ron. En su foto. Con la Torre Eiffel detrás. A dos mesas de él había un chico sirio de veintiún años dispuesto a morir y llevarse por delante la vida del hermano de Gayle.

Otra vez no. Otra vez no.

Gayle agarró con más fuerza la pistola.

Esta vez no fallaría. Nada de disparos errados en medio de la lluvia y la oscuridad. Nada de balas rebotadas.

Siguió avanzando por el perímetro. Algo ocurría. Oyó voces, alguien que gritaba. Echó a correr y vio a una mujer con el pelo oscuro en el interior de un reservado; aunque estaba de espaldas supo que era Dawn Basch. De pie junto a su mesa había un camarero bien afeitado y, tras él, corriendo también, Gayle vio acercarse por el pasillo a un encargado, que gritó:

–¡Disculpe! ¡Usted!

Miró de nuevo al camarero. Había esperado encontrarse una barba, pero al eliminarla mentalmente, lo reconoció.

–¡Rashid!

El camarero se volvió hacia ella y sus miradas se cruzaron. Él tenía la mano en la espalda y al instante sostenía una pistola con el dedo sobre el gatillo. Se escurrió en el reservado de Dawn Basch, frente a ella, y le apuntó con el cañón a la cara.

Uno de los agentes de policía del centro divisó el coche de Maggie en Superior Street, cerca del Holiday Inn. Era imposible no ver el Avalanche amarillo, acribillado a abolladuras y rayones. Serena aparcó al girar la esquina, en Third Avenue, y marcó otra vez el número de Maggie mientras bajaba del coche. Saltó el buzón de voz, tal como había hecho durante la última media hora. Maggie estaba fuera de cobertura.

Vio un Cadillac azul marino aparcado junto al coche de Maggie; le llamó la atención por el muñeco de plástico que colgaba del espejo retrovisor: un mosquito gigante. Con una rápida llamada, comprobó la matrícula y confirmó el nombre del propietario del vehículo.

Wade Ralston.

Serena no sabía por dónde empezar a buscar. La calle. El hotel. Los túneles elevados. Entonces, plantada en la esquina, vio la barandilla de hierro y las escaleras que llevaban al subsótano del edificio de Third Avenue. Pensó en lo que había dicho Shelly.

Wade y Travis se pasaban la vida en los sótanos del centro.

Era el lugar perfecto para ocultarse. O el lugar perfecto para una emboscada.

Informó de su posición y cruzó la calle a la carrera. Al llegar a la barandilla y mirar hacia abajo, vio la puerta metálica entreabierta. Bajó los escalones mientras se desabrochaba la pistolera.

Pasada la puerta, otro tramo de escaleras se adentraba en la oscuridad. Siguió el haz de su linterna hasta un estrecho túnel con paredes de ladrillo. Dada su estatura, Serena casi rozaba las tuberías que corrían por encima de su cabeza. Aguzó el oído, pero solo oyó el zumbido de la maquinaria. Al final del túnel, el pasillo giraba en un ángulo abrupto. Vio lo que parecían ser trasteros, muchos de ellos abiertos, llenos de archivadores y artículos de oficina viejos. Comprobó cada armario a medida que avanzaba. Más adelante el túnel se ensanchaba, como si fuera la entrada de una cueva.

—¿Maggie? —llamó Serena.

Al instante, Maggie gritó desde el interior de la siguiente habitación:

—¡Serena, apaga la linterna! ¡Ralston tiene un arma!

Serena buscó refugio en uno de los trasteros y, mientras se lanzaba hacia allí, un disparo alcanzó la pared a centímetros de donde había estado ella escasos segundos antes. Apagó la linterna y dejó el sótano a oscuras. Sacó el revólver de la cartuchera. Al coger el teléfono para pedir ayuda, vio que no tenía cobertura.

Aguzó de nuevo el oído. Nadie se movía.

Se puso a gatas y avanzó agachada centímetro a centímetro, pegada a la pared de piedra, hacia la habitación grande, donde también hacía más calor. Intentó no hacer ruido al andar, pero los residuos crujían bajo sus pies en medio del silencio. No veía nada. En el interior estaba más oscuro que una noche nubosa.

Su pie chocó con algo metálico. Se inclinó y pasó su mano libre por la superficie lisa de un archivador caído. Al alargar el brazo encontró un cajón que se había abierto; el suelo estaba cubierto de papeles. Sorteó los obstáculos, pero no pudo evitar hacer ruido, y otro disparo a ciegas la obligó a tirarse al suelo. Las piedras y el cristal le arañaron las manos. Oyó moverse a alguien, pero no disparó. No sabía dónde se encontraba Maggie.

Serena se arrastró usando una mano para impulsarse y la otra para mantener el arma sujeta frente a ella. Apoyó los dedos en algo pegajoso y húmedo. Al extender el brazo, notó una piel cálida. Era el brazo de un hombre, pero quienquiera que estuviera tendido en el suelo no se movía. Palpó el brazo del hombre hasta la muñeca y no encontró pulso. Estaba muerto.

Pasó por encima del cuerpo, se detuvo y volvió a escuchar, y le pareció oír el leve sonido de alguien escondido cerca de ella. Se arriesgó y preguntó en un susurro apenas audible:

—¿Maggie?

Alguien la agarró de la muñeca. Serena intentó no gritar. Notó cómo tiraban de ella de lado y luego una boca en su oreja.

—Soy yo —dijo Maggie.

Serena le susurró a su vez:

—Ahí hay un cadáver.

—Es Travis Baker. Una de las balas de Wade lo alcanzó. Wade puso la bomba en la maratón.

Hablaban demasiado alto.

Otra bala rebotó contra el metal del archivador, cerca de sus cabezas.

—Su cargador debe de estar casi vacío —murmuró Maggie.

–Muy bien, espera.

Serena tanteó por el suelo hasta encontrar algo duro y redondo, como una canica. Lo lanzó hacia el otro extremo del sótano, donde chocó con un golpe seco contra la pared. El sonido desató los disparos de Ralston. Disparó dos veces hacia la pared y las balas rebotaron en la piedra y el metal.

Y entonces lo oyeron.

Clic.

–No te quedan más balas, Wade –gritó Maggie enseguida–. Ríndete.

Encendieron las linternas y barrieron el sótano. El lugar estaba lleno de escondites: detrás de los escombros y en los túneles y los trasteros. Los débiles rayos de luz apenas atravesaban la oscuridad. Ambas sostenían el arma en la mano y, con gestos, acordaron separarse y avanzar en sentidos opuestos. Serena volvió al túnel que llevaba a las escaleras exteriores, para asegurarse de que Ralston no se escabullía a sus espaldas.

–Manos arriba, Ralston, y ponte donde yo pueda verte –gritó Serena.

Ralston no contestó.

Lentamente, comprobaron el interior del sótano de delante hacia atrás. A veinte metros de distancia, Serena veía la luz de la linterna de Maggie barrer el suelo.

Y entonces oyó algo.

Como un chisporroteo.

–Maggie, ¿qué coño es eso? Suena cerca de ti. ¡Agáchate!

La advertencia llegó demasiado tarde. En ese momento estallaron unos fuegos artificiales con el mismo ruido que una bomba, y una carcasa diseñada para explotar en el cielo golpeó en su lugar el techo bajo y se deshizo en una lluvia multicolor de llamas. Serena vio cómo la onda expansiva alcanzaba a Maggie y la hacía volar por los aires, al tiempo que su linterna caía al suelo. Antes de que todo quedara de nuevo sumido en la oscuridad, vio a Wade Ralston saltando hacia delante con una pala en la mano, que sujetaba en alto para golpear con ella a Maggie, tendida en el suelo de piedra.

–¡Maggie! ¡Apártate!

Serena oyó la pala golpear con fuerza contra el suelo, aunque también oyó un chillido de dolor. La había alcanzado. Cargó contra Ralston, pero él ya estaba justo frente a ella, blandiendo la pala como si fuera un bate de béisbol contra su cabeza. Serena se agachó y disparó. La bala no lo alcanzó, pero la pala bateó la linterna, que salió volando y los dejó de nuevo a oscuras. Serena tenía metido en la nariz el olor a quemado del cohete. Oyó una ráfaga

de aire mientras él alzaba de nuevo la pala, y se tiró al suelo con fuerza y disparó hacia arriba. A la luz del estallido, vio por un instante a Ralston con ambas manos por encima de la cabeza para descargar la pala sobre ella como si fuera un hacha.

Disparó de nuevo.

Ralston gritó: la bala le había alcanzado en la pierna. La pala siguió bajando, pero no esquivó el techo, sino que se clavó en una de las cañerías de agua del edificio y la rompió rociando el rostro de Serena, que volvió a disparar apuntando al lugar donde hacía un momento se encontraba Ralston, pero este ya se había marchado. El agua salía a chorro de la cañería abierta, con un siseo, y empezaba a acumularse en el suelo.

Oyó pasos que se arrastraban. Alejándose hacia el exterior.

–¡Maggie! –gritó Serena, a la que aún le pitaban los oídos debido a los fuegos artificiales.

–Estoy aquí –le contestó Maggie a un par de metros.

Serena siguió el sonido apagado de su voz y encontró a Maggie tendida de espaldas sobre el suelo del sótano. Ambas estaban empapadas. El humo lo envolvía todo y las hacía toser.

–¿Estás herida? –preguntó Serena.

–Me rozó el hombro. Es como si me hubiera pisado un elefante. Venga, tenemos que irnos.

Serena ayudó a Maggie a ponerse en pie y dejó que se apoyara en ella. No veían nada, no podían parar de toser y se ahogaban. Sus zapatos se hundían en el agua encharcada. Serena se sacó el teléfono del bolsillo y la pantalla les proporcionó un leve resplandor. Avanzaron rodeadas de escombros hasta el túnel principal y, delante de ellas, vieron abrirse una rendija de luz en las escaleras que llevaban a Third Avenue.

–Corre –le dijo Maggie–. Ve.

Serena la dejó allí y se lanzó hacia las escaleras, que subió de dos en dos, primero las del subsótano y después las que terminaban en la barandilla de la calle. La luz del sol la obligó a parpadear. Corrió hasta la esquina de Superior Street siguiendo un rastro de sangre sobre el asfalto. Lo había alcanzado y estaba malherido, pero aun así había logrado huir. El Cadillac que antes estaba aparcado junto al Avalanche de Maggie ya no se encontraba ahí. Miró arriba y abajo por ambas calles, pero no vio el coche alejarse.

Ralston había huido y les llevaba ventaja.

Al regresar a las escaleras del sótano, Maggie ya estaba arriba, con una

mueca de dolor mientras se sujetaba el hombro apoyada contra la pared del edificio. Las dos tenían la cara llena de churretones de suciedad y ceniza, y el pelo pegado a la piel, además de la ropa empapada.

–Llama a Maloney –dijo Maggie–. Necesitamos que vuelvan los helicópteros y que corten de nuevo las carreteras. Ese hijo de puta no se nos va a escapar.

Khan vio el rostro de Dawn Basch en el otro extremo de su pistola. Tan solo tenía que apretar el gatillo y ella moriría. Y luego la agente del FBI apretaría el gatillo de su propia arma y él moriría también, y la pesadilla habría terminado. Era sencillo. Era lo único que podía hacer.

–Hola, señor Rashid –lo saludó ella en un tono pretendidamente cordial que le hizo pensar: «Sí, es el demonio».

Basch no pestañeó. No tembló. Khan no sabía si había esperado que se asustara, pero ella no tenía miedo. Se dio cuenta de que era como los mártires que le habían robado su propia religión: estaba dispuesta a morir por su causa.

–Adelante, apriete el gatillo –lo instó–. ¿No siente curiosidad por lo que viene después? ¿De verdad existe el cielo? ¿Y el infierno? Apriete el gatillo y en un milisegundo ambos averiguaremos la respuesta a ese misterio.

Khan trató de mantener el pulso firme. Quería hablar, decir algo, pero tenía la garganta seca.

–¡Baje el arma! –le gritó la agente del FBI.

Khan miró a la mujer que lo apuntaba con un gran revólver negro. ¿Dispararía primero? En ese instante, ¿le daría tiempo a él a disparar a Dawn Basch o ya estaría muerto?

¿Acaso importaba?

–Por su culpa, mi mujer y mi hijo están muertos –murmuró Khan.

–Yo no empecé esto, señor Rashid. Cuando la violencia comienza, nadie puede controlarla. Se difunde, se transforma, evoluciona. La onda expansiva no puede predecirse. Tiene vida propia y engulle tanto a amigos como a enemigos.

Khan notó el cansancio en el brazo que sujetaba la pistola. En realidad, el cansancio embargaba todo su cuerpo.

–Mi esposa era una buena mujer. Informática. Trabajadora. Madre. Americana. Mi hijo era inocente. Jugaba al fútbol. Le gustaba la pizza. No eran enemigos de nadie.

–Tal vez ahora no, pero antes o después, señor Rashid, todos tendremos que tomar una decisión. En esta guerra nadie es neutral. Piense en ello. Aquí

está, apuntándome con una pistola a la cabeza. Ha tomado una decisión. Es un terrorista.

–No lo soy.

–¿No? Sin embargo, aquí estamos los dos, dispuestos a sacrificarnos por aquello en lo que realmente creemos. Adelante, máteme. No me importa. Muéstrole al mundo quién es usted en realidad.

–Soy aquello en lo que me ha convertido –repuso Khan.

–Khan –gritó de nuevo la agente del FBI–, ¡baja el arma! Es tu última oportunidad. Baja el arma y levanta las manos.

Khan sabía que debía mantener su brazo inmóvil. Si se permitía ni que fuera una leve contracción, sería hombre muerto. Se preguntó si le daría tiempo a apretar el gatillo antes de que la agente viera como su dedo se movía y disparara a su vez.

Contempló a Dawn Basch, la fría expresión de su rostro. Al verla, al asomarse al vacío de sus ojos, se dio cuenta de que no quería ser como ella. Él era un hombre de paz. Matar a alguien iba en contra de todo lo que creía. Sin embargo, si él se iba, ella no recibiría castigo alguno. Nunca pagaría por lo que les había hecho a Ahdia y Pak. Sus llamas se extenderían por todos los rincones siguiendo un reguero de gasolina.

Alguien tenía que pararla.

No podía bajar el arma.

No podía traicionarlos.

Dirigió la mirada a la agente del FBI. La tristeza empañaba su alma.

–Lo siento –dijo–. Esta mujer es tóxica. Lo único bueno que puede salir de todo esto es acabar con ella. Si tiene que matarme, hágalo. Estoy dispuesto a morir, pero ella morirá antes.

La adrenalina corría por las venas de Gayle como un río desbordado.

Sus brazos permanecían firmes como una roca. Con la mano derecha agarraba la Glock y con la izquierda, su muñeca. Nada de errores. La frente de Khan estaba justo en la otra punta del cañón, en su línea de tiro. Se hallaba a menos de dos metros, con su propia pistola a centímetros de la cara de Dawn Basch. Gayle concentraba toda su atención en el dedo del gatillo. La más mínima contracción y le volaría la cabeza.

–Baja la pistola, déjala sobre la mesa y levanta las manos –le indicó a Rashid–. Ahora.

–No puedo.

–Mírame, Rashid. Dime la verdad. ¿De verdad quieres matar a esta mujer? ¿Eso es lo que quieres hacer? ¿Eres esa clase de persona?

Él le devolvió la mirada, como si quisiera contestar. Abrió y cerró la boca sin decir nada, pero ella no necesitaba palabras para entenderle. Aquel era su trabajo: interpretar a la gente. Sabía lo que les pasaba por la cabeza. Era la Detectora de Mentiras. Debería resultarle sencillo saber si iba en serio. Debería haber podido ver la verdad en su rostro, en su cuerpo, en su voz. O bien era capaz de asesinar o bien no. O bien iba a apretar el gatillo o bien no.

Pero su don le falló. No tenía ni idea. No podía leer sus pensamientos. Ese hombre era un libro cerrado. Gayle se sintió ciega. Sabía que en aquel momento debía mantener la mente despejada, pero no era así. Debía concentrarse en el momento, pero no era así. Su pasado estaba allí con ella, sentado en el reservado junto a Rashid.

El agente Kenzie estaba allí.

Ron estaba allí.

Ambos muertos.

Entonces se dio cuenta de algo que la abrumó. Quería apretar el gatillo. Si Khan le daba la menor excusa, lo haría. Dispararía, la bala le atravesaría el cerebro y ella obtendría ni que fuera una pequeña dosis de venganza. No importaba quién era Khan, lo que había o no había hecho. Él era el símbolo. De cada estúpido iluminado que había entrado en un café pensando que matar a personas inocentes era el billete al paraíso.

Su mandíbula se tensó.

Sus dedos se cernieron con más fuerza alrededor del arma. Podía hacerlo en ese mismo momento. Ya había esperado demasiado. Rashid no iba a rendirse. No iba a bajar el arma. Si esperaba, si él disparaba primero, Gayle habría fallado. Nadie la culparía o la juzgaría por disparar.

Nadie sabría lo que había pasado en realidad.

La verdad le gritaba, como un monstruo que reclamara sangre. Odiaba a aquel hombre. Lo odiaba, quería verlo muerto. Quería verlos a todos muertos. A todos y cada uno de los que habían matado a su hermano, que habían matado a cientos, a miles, que decapitaban a la gente, que la lanzaban de los edificios, que mandaban niños a la muerte.

Los odiaba.

Y aunque no pudiera matarlos a todos ella sola, podía empezar ahí, con ese hombre. Apretar el gatillo. Él moría. No era mucho, pero era algo. Ron jamás la perdonaría si no hacía nada. Si lo dejaba marchar sin vengarse. Si él

estaba en París convertido en un millón de granos de polvo y ella se limitaba a aceptarlo sin devolver el golpe.

¿No?

Eso era lo que Ron querría que hiciera.

–Durkin.

Oyó la voz a su lado, en un tono bajo y tranquilo. No apartó los ojos de Khan Rashid, pero sabía quién era.

Stride.

–Durkin, baja el arma. Yo me encargo.

Stride corrió por el restaurante, ahora vacío, con el arma en la mano. Sus agentes habían evacuado a los clientes y se habían apostado a ambos lados del semicírculo en el que tenía lugar el enfrentamiento. Los vio a los tres, dentro y al lado del reservado junto a la ventana. Dawn Basch, Khan Rashid y Gayle Durkin.

Al acercarse a ellos, aminoró la marcha. Un paso después de otro. Notaba la electricidad en el ambiente. Una palabra, un movimiento equivocado, y todos arderían. Su atención se centraba en Khan Rashid, con el brazo extendido y apuntando con una pistola a la cara de Dawn Basch. Rashid estaba destrozado y exhausto. No sabía si era capaz de apretar el gatillo, porque no había duda de que Rashid estaba fuera de sí.

Entonces, al ver a Gayle Durkin, Stride se dio cuenta de que tenía un problema más urgente.

La cara de Durkin era una máscara pétrea de asco. No veía a Rashid en el extremo de su cañón, sino otra cosa, y fuera lo que fuera, iba a matarla. Su brazo estaba tan rígido como una tubería de acero. Sus dedos cogían la Glock con tanta fuerza que podría haber aplastado la culata. Stride interpretó su expresión y supo que estaba a un milisegundo de apretar el gatillo.

–Durkin.

Stride apuntó a Rashid con su arma y, al acercarse a la agente del FBI, sintió el aura de violencia que desprendía su cuerpo, como una nube negra.

–Durkin, baja el arma. Yo me encargo.

–No. –Su tono de voz era robótico.

–Tengo a Rashid. Retírate y baja el arma.

–Va a disparar.

–Nadie va a disparar –repuso Stride.

–Es un terrorista.

–¿Este hombre? Es taxista. Él no puso la bomba en la maratón ni disparó a nuestros agentes. Es un hombre cuya mujer y cuyo hijo han sido asesinados, y el dolor le ha hecho perder la cabeza.

Quería que Durkin lo oyera, pero también Rashid.

–No va a bajar la pistola, Stride. Ya lo he intentado. Va a disparar.

–Rashid no va a disparar a nadie. –«¿Me oyes, Khan?»

–No puedes saberlo. Déjame hacer mi trabajo.

–Gayle. Escúchame. La muerte del agente Kenzie fue un accidente. Aprenderás a vivir con ello. Pero si aprietas ese gatillo, se acabó. No habrá vuelta atrás. Y si Ron estuviera aquí en este momento, te diría lo mismo. Lo sabes.

Stride tenía la mirada clavada en Rashid, pero percibió que Durkin volvía la cabeza hacia él. Había atravesado su muro. Ron lo había hecho.

–Vamos, Gayle –continuó–. Ayúdame. Habla con él.

La Glock de ella, que quedaba en la esquina del campo de visión de Stride, descendió hacia el suelo. Durkin se metió el arma en la cartuchera.

–Él tiene razón, Rashid –dijo Durkin. Su voz adoptó un tono de tranquila urgencia para suplicar, de ser humano a ser humano–. Tiene razón. Esta no es la respuesta. No escuches a Basch. No eres un terrorista. Baja el arma.

Stride vio lágrimas en los ojos de Rashid.

–No puedo –dijo este.

–Piensa en lo que le has contado sobre Ahdia –continuó Durkin, que se agachó junto a su mesa–. Tu esposa era una buena mujer. Una buena madre. Una americana. Ella te diría que bajaras la pistola. Tú no eres así. No eres así.

–Khan, el hombre que asesinó a tu familia está muerto –le contó Stride–. Mi equipo lo ha encontrado. No tienes que buscar justicia, ya la tienes.

Una sombra de vacilación cruzó el rostro de Rashid.

–¿Es eso cierto?

–Sí. He recibido la llamada mientras venía hacia aquí. Se llamaba Travis Baker. Él provocó el incendio. Y está muerto. También sabemos quién mató a la gente en la maratón. Ha huido, pero lo atraparemos. Todo ha terminado, Khan. Es una tragedia, pero no tienes por qué empeorarlo.

–Esta mujer... –murmuró Rashid.

–Esta mujer quiere que la mates, pero si lo haces, te convertirás exactamente en lo que ella dice que eres. Y yo te conozco. Haq me ha hablado de ti. Desde el principio, me dijo que era imposible que tú te hubieras radicalizado. Imposible. Por eso me llamaste para decirme lo de

Malik, ¿verdad? No querías que hiciera daño a nadie. Sabías que estaba mal.

Khan pestañeó y su cuerpo empezó a sacudirse.

–Pero Ahdia está muerta. Pak está muerto.

Stride no dejó de apuntar con el arma a la cabeza de Rashid, pero bajó la voz e intentó atraer su mirada. Hacer que volviera la cabeza hacia él.

–Lo sé. Se han ido. Igual que el hermano de esta agente. Igual que las buenas personas de la maratón y los buenos agentes de policía que eran amigos míos. Ya hemos perdido a demasiada gente, es hora de acabar con esto. Esto se acaba ahora, Khan, contigo. Deja la pistola en la mesa. Por favor.

El tiempo pareció detenerse.

El silencio era absoluto.

Stride notó bajo sus pies el movimiento del suelo giratorio, que se desplazaba lentamente en círculos.

No sabía qué haría Khan, pero estaba preparado para todo.

Las lágrimas rodaban por las mejillas del hombre, que sollozaba entre sacudidas. Dejó la pistola sobre la mesa y la empujó con la punta del dedo hacia Gayle Durkin, quien la recogió y la aseguró. Rashid alzó las manos en el aire. Stride sacó las esposas, lo ayudó a salir del reservado y lo esposó a la espalda. Rashid seguía llorando, como si sus lágrimas no tuvieran fin.

Antes de que Stride pudiera llevárselo, Rashid se inclinó y habló con Dawn Basch, cuyo rostro estaba tan lívido e inmóvil como el de una estatua.

–El infierno existe –le dijo en voz baja–. Existe y lo siento por usted, porque un día lo verá.

Wade Ralston oyó el batir de las palas del helicóptero.

Miró a través del parabrisas del Cadillac y lo vio volar sobre los abetos, a unos trescientos metros delante de él. Era un helicóptero del FBI, negro y con el logo pintado en enormes letras blancas en el flanco. Lo habían encontrado. No habían tardado mucho. La aeronave volaba lo bastante bajo para lanzarle un mensaje que resonó con estruendo a través de las ventanillas del coche.

—«Detenga el coche.»

Y una mierda. Eso no iba a pasar. Wade aceleró y puso el motor del Cadillac a más de ciento diez por hora. Estaba en la vieja carretera panorámica que formaba parte del recorrido de la maratón, a tres kilómetros al sur de Two Harbors, en dirección a los bosques de Boundary Waters. Las vías del tren corrían paralelas a la carretera, ambas en línea recta. Lago Superior estaba justo detrás de los árboles, pero Wade no lo veía.

Siempre llevaba un equipo de supervivencia en la furgoneta. Había planeado refugiarse en la naturaleza y entrar andando en Canadá. El problema era que no iba a sobrevivir. Lo sabía. Su pierna seguía sangrando por el orificio de bala. La sangre se acumulaba y empapaba el asiento delantero, y luego goteaba en el suelo. Cada vez era más oscura, y eso era mala señal. Ya no le dolía ni le ardía. No sentía nada.

Su respiración se había vuelto pesada, como si tuviera que extraer a la fuerza el aire de sus pulmones. Veía borroso. Aun así, aceleró hasta alcanzar los ciento treinta, como si pudiera huir de la policía y de la muerte al mismo tiempo.

No te queda mucho tiempo, Wade .

Miró hacia el asiento del acompañante y vio un fantasma. Travis estaba ahí sentado. Travis, que ya estaba muerto en el subsótano de Third Avenue, con un agujero de bala en el cráneo.

—Vete —murmuró Wade. La pérdida de sangre le jugaba malas pasadas—. Vete. No eres real.

Al mirar de nuevo, Travis había desaparecido. El asiento estaba vacío.

Se lanzó hacia el helicóptero que sobrevolaba la carretera, pero este se

elevó y lo siguió, manteniendo su misma velocidad sin problemas. No podía ir a ninguna parte. Miró por el retrovisor y vio las luces de los coches de policía a su espalda. Él iba rápido, pero ellos aún más. Se estaban acercando. En menos de un minuto, los tendría rugiendo alrededor del Cadillac y lo harían parar en la carretera.

Si lo cogían ahora seguramente podrían salvarlo. Hacerle un torniquete en la pierna. Meterlo en una ambulancia. Y ¿para qué? ¿Para así llevarlo a juicio, condenarlo y dejarlo pudrirse en un agujero durante el resto de su vida? ¿Para que el miembro de alguna banda pudiera sobornar a un guarda y clavarle un cuchillo en el estómago durante la hora diaria de patio que disfrutaban los presos?

Eso no era vida. Era una tortura.

El velocímetro marcaba ya ciento sesenta por hora, pero la policía seguía acercándose.

Sabes que nunca te quise, ¿verdad?

Wade miró al asiento del acompañante y ahí estaba Joni. Otro fantasma. Joni, con camiseta de tirantes y *shorts*, con su espléndido cuerpo y los tatuajes y los *piercings* y los enormes pechos que se suponía que nadie más que él podía tocar. Joni, que lo había humillado desde que se casaron.

Me quedé contigo por la pasta –dijo Joni–. Bueno, supongo que ya te habías dado cuenta, ¿no?

–Sí. Me había dado cuenta.

Luego también ella desapareció y Wade se quedó solo.

–«Detenga el coche» –ordenó de nuevo el FBI.

Miró hacia el norte. En sentido opuesto, por la misma carretera, se acercaba atronando un camión rojo de los grandes en dirección a la ciudad. Iba muy rápido, igual que Wade. En unos segundos se cruzarían. Wade notó la vibración que provocaba, que casi le hizo salirse de la carretera.

Pisó el freno.

Detrás de él, los policías también redujeron la velocidad. Habían visto sus luces de freno y habían supuesto que iba a parar en la carretera. En lugar de eso, Wade se desabrochó el cinturón de seguridad. El rugido del camión se acercó lo bastante para que le alcanzara la sacudida. Tenía que calcular muy bien el momento. Tenía que estar en el otro carril en el instante adecuado. No quería que el camión frenase; quería que impactara contra él a toda velocidad. Saldría disparado como una bala, tan rápido como un cohete, y moriría.

Travis volvía a estar sentado en el asiento del acompañante. El chico

cantó el estribillo de «Rocket man» y se echó a reír. Wade también se rio. *Rocket man* , «hombre bala». Era gracioso. Los dos rieron a carcajadas.

El helicóptero estaba justo delante de ellos, como un cuervo colgado del cielo. Los polis estaban detrás. Creían que lo habían atrapado. Que no podía huir. El camión circulaba por el otro carril y seguramente el conductor se preguntaba qué demonios pasaba.

Estaban tan cerca. A punto de cruzarse, coche y camión.

Justo.

«Ahora».

Wade giró el volante del Cadillac e invadió el carril contrario. El camión se abalanzó sobre él haciendo sonar la bocina.

Travis dejó de reír.

EPÍLOGO

Khan fue a abrir la puerta de su casa de Woodland con una foto de boda de Ahdia y él en la mano.

En los últimos días no había hecho mucho, aparte de mirar fotos familiares y hablar con sus abogados para llegar a un acuerdo que le permitiera quedar en libertad a pesar de haber apuntado con una pistola a la cara de Dawn Basch. A su alrededor, la casa seguía hecha un desastre después de que el FBI hubiera pasado por allí. No había tenido energía para ordenarla. Había dormido en el sofá, en lugar de hacerlo en su habitación. Al final tendría que tomar una decisión acerca de Duluth y aquella casa. Quedarse o irse. Pero Haq le había aconsejado que no se apresurara, y tenía razón.

Al abrir, no reconoció al hombre que había en su porche. Aparentaba tener cuarenta y tantos años, era musculoso y llevaba la cabeza afeitada. Al principio Khan supuso que sería un reportero, pero vestía traje y corbata, lo cual descartaba a la mayoría de los periodistas que había conocido últimamente. En la calle, cerca del bosque, Khan vio a una hermosa mujer rubia esperando en el coche del hombre. En el asiento de atrás iba un niño.

—¿Señor Rashid? —dijo el hombre.

—Sí.

—Me llamo Michael Malville.

Khan meneó la cabeza, desconcertado.

—Lo siento, pero no sé quién es usted. ¿Es reportero? ¿O abogado? Porque ya tengo unos cuantos de cada.

—No.

De pronto, el hombre del porche rompió a llorar. Resultaba extraño ver a un hombre fuerte derrumbarse de esa manera delante de él. Se dio cuenta de que miraba la foto que Khan llevaba en la mano.

Malville se secó la cara y trató de articular las palabras.

—Yo... yo soy el hombre que destrozó su vida.

—¿Qué? —preguntó Khan.

—Cometí un error. Creí... estaba seguro... que había chocado conmigo en Superior Street durante la maratón. Estaba cansado, enfadado, y me equivoqué. Y yo... se lo conté al mundo entero. Y ahora ha perdido a su mujer y a su hijo, y ha sufrido tanto, y todo por mi culpa. Así que tenía que venir aquí, para verle cara a cara. Tengo que pedirle perdón. Decirle que lo

siento muchísimo. Si hubiera sabido que...

Khan levantó una mano para interrumpirlo. Su rostro se ensombreció. Trató de encontrar algo que decir, pero no pudo. No tenía palabras. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caer.

–¿Fue usted? –preguntó al final.

–Sí.

Pensó en la noche en el supermercado de Woodland, la noche en que todo empezó. Alguien había blandido un móvil frente a su la cara. «¿Este es usted? Porque se le parece mucho.» Una fotografía había puesto su vida patas arriba. Una fotografía había destruido su familia. Una fotografía, que el hombre que tenía ante él había mandado al mundo entero.

–Puede hacer lo que le plazca –continuó Malville–. Gritarme. Pegarme. Demandarme.

–No quiero nada de usted, señor Malville –repuso Khan con brusquedad.

Y cerró la puerta con suavidad. Malville esperó en el porche, hasta que al cabo de unos segundos se alejó con la cabeza gacha. Khan se dio la vuelta y se apoyó en el cristal, y no tardó en echarse también a llorar. Por todo lo que había perdido. Por su hogar vacío. Ojalá pudiera echarle toda la culpa a Michael Malville. Quería sentir odio por aquel hombre, pero se dio cuenta de que no era así. No podía. El odio era lo que había matado a Ahdia y Pak. El odio no resolvía nada. Se había jurado a sí mismo que nunca más volvería a odiar.

Khan abrió la puerta.

–Espere –llamó.

Malville había recorrido la mitad del camino de acceso y se detuvo al oír la voz de Khan. Este se acercó en la cálida tarde de verano y vio la cara del hombre destrozada por las lágrimas y el dolor, como la suya.

–¿Por qué ha venido aquí, señor Malville? –preguntó Khan.

–Para decirle que lo siento.

–¿Quiere que le perdone? ¿Es eso lo que espera?

A Malville le costó encontrar las palabras.

–No espero nada. Créame, no le estoy pidiendo nada. Solo sentía la necesidad de decirle en persona que fui yo quien se equivocó y que lo siento.

Khan respiró hondo e hizo un gesto hacia el coche que esperaba en la calle.

–¿Es su mujer?

–Sí. Alison.

–¿Y su hijo?

–Evan.

–¿Cuántos años tiene?

–Doce –contestó Malville.

–¿Es travieso?

El comentario dibujó una sonrisa en el rostro de Malville.

–Oh, sí.

–Me imagino que son su vida –dijo Khan.

–Así es. Y no hace mucho, estuve a punto de perderlos. Por eso, el hecho de ser responsable de lo que le ha ocurrido a usted me resulta tan insoportable y...

Khan volvió a interrumpirlo.

–Ya se ha disculpado, señor Malville. No tiene que volver a hacerlo. Aunque me equivocaba. Sí que quiero algo de usted.

–¿El qué? Lo que sea.

–Me gustaría hablarles de Ahdia y Pak –dijo Khan–. Me gustaría que supieran quiénes eran. Todos ustedes. Su mujer y su hijo, también. ¿Haría eso por mí?

Malville irguió los hombros. Era un hombre grande y había recuperado su voz.

–Será un honor. Gracias.

Khan les hizo un gesto con las manos a las personas del coche para que se acercaran. Los vio bajar a los dos. Alison Malville sonreía con los ojos enrojecidos. Los de Evan estaban clavados en la pelota de fútbol del patio de delante. Los niños eran todos iguales.

–¿Alguna vez han estado en una casa musulmana, señor Malville? –preguntó Khan.

–No, nunca –contestó el otro.

–Pues pasen –los invitó Khan.

–¿Cómo está el conductor del camión? –susurró Cat al oído de Stride.

El ruido de la gente reunida en la cervecería casi ahogó su pregunta.

–No te preocupes, ha salido del hospital y está bien –le dijo Stride.

–Vaya, me alegro.

–Yo también.

Con un vaso de cerveza Derailed en la mano, Stride ocupaba la cabecera de la mesa, rodeado por Serena, Cat, Maggie, Troy Grange y Gayle Durkin.

Habló en voz alta para asegurarse de que todos lo oían.

–Que se sepa, para todos los que creéis que no soy capaz de cambiar, que estamos aquí en el Thrifty Pagan de Superior y no en el Sammy’s. No he protestado. No me he quejado. Estoy deseando reconocer que hay más pizzas en el mundo.

Durkin se rio. Iban por la tercera jarra de cerveza y casi se habían acabado la segunda pizza de masa gruesa.

–Sí, pero solo porque pidió pizzas de Sammy’s en el centro de convenciones todos los días que estuvimos allí.

–No oí quejarse a nadie –señaló Stride.

–No, no, ninguna queja.

Todos se echaron a reír. Era agradable reír. Una semana después de las tragedias de la maratón, la ciudad recuperaba paulatinamente la normalidad. Un nuevo fin de semana, un nuevo festival de verano, una nueva avalancha de turistas. Dawn Basch se había marchado; había cancelado su coloquio sobre la libertad de expresión después de que cientos de habitantes de Duluth devolvieran sus entradas. El FBI había abandonado el centro de convenciones y Gayle Durkin pasaba el fin de semana con sus padres para volver luego a Twin Cities. La velada en la cervecería Thirsty Pagan era su fiesta de despedida.

–Chicos, sois estupendos –les dijo Durkin–. De verdad. Duluth es afortunada por teneros.

–Tú tampoco estás tan mal, Gherkin –repuso Maggie, y se rio con tanta fuerza que estuvo a punto de ahogarse y caerse de la silla.

Estaba utilizando la cerveza como anestesia para el dolor de hombro, y parecía funcionar.

–Eres consciente de que se me va a quedar como mote el resto de mi vida, ¿verdad? –dijo Durkin.

–De nada –contestó Maggie–. Estoy muy orgullosa de él.

–En fin, esta noche significa mucho después de una semana muy larga, pero tengo que irme a casa –continuó Durkin–. Solo quería daros las gracias y deciros lo mucho que aprecia vuestra ayuda todo el mundo en el FBI. Sobre todo, yo.

–Bueno, al fin y al cabo eres de aquí –observó Stride–. Quien nace en Duluth siempre es de Duluth, Gayle.

–Lo recordaré. –Gayle y Stride intercambiaron una mirada con la que se transmitieron un mensaje secreto–. De verdad, gracias –añadió–. Por todo.

Stride levantó el vaso para brindar.

–Nosotros también nos vamos –anunció Maggie, que se acabó la cerveza de un trago y levantó a Troy de su silla–. Mañana tenemos que levantarnos pronto. Troy y yo tenemos que ir al hospital para llevar a Shelly Baker a su casa. Le queda mucha fisioterapia por delante, pero muestra buena actitud. Estamos ayudándola a encontrar un apartamento a nivel de calle con acceso para discapacitados, aunque de momento nuestra prioridad es que esté bien.

–¿Necesitáis ayuda? –preguntó Stride.

–Tarde o temprano, seguro, pero mañana nos apañaremos solos.

–Si nos necesitáis, llamadnos –intervino Serena.

Después de los abrazos y las despedidas, Durkin, Maggie y Troy se marcharon y los tres se quedaron sentados a la mesa. Cat echó un vistazo a la cerveza y Stride la miró a ella con un «no» en los ojos. Serena dio otro mordisco a la pizza. En el pequeño escenario de la abarrotada sala, un guitarrista folk se puso a tocar y una universitaria con el pelo lila entonó una melosa versión de un tema de Alison Krauss. Las conversaciones se apagaron a medida que la gente empezó a escuchar. Pronto, el único sonido que se oyó fue el de la voz de la chica y el tintineo de las jarras que llenaban en la barra.

–Yo también me marchó –murmuró Cat–. Suponiendo que os pueda dejar solos.

–¿Adónde vas? –le preguntó Stride–. ¿Has quedado con alguien?

–No, he llamado a Drew y Krista Olson para pasarme por su casa –contestó Cat bajando la vista para no enfrentar su mirada–. Ya sabéis, para ver cómo le va a Michael. Y si puedo ayudar en algo.

Stride y Serena esbozaron una sonrisa.

–Creo que les gustará –dijo Serena–. Y a Michael también.

–Sí. Eso dijo Drew.

–¿Quieres que te acompañemos? –se ofreció Stride.

–No, gracias. Puedo hacerlo sola.

Cat se marchó con el aspecto de una chica de diecisiete años a punto de cumplir treinta. Llena de errores y de promesas. Stride la siguió con la mirada hasta que la chica desapareció, y Serena hizo lo mismo. Así se comportaban los padres.

Serena acercó su silla a la de él y apoyó la cabeza en su hombro. Él la rodeó con el brazo y le cogió la mano. La cantante era buena. Tan solo se oía su voz y la guitarra y el tema de Alison Krauss «When You Say Nothing at All», uno de los preferidos de Stride. La cerveza se le había subido a la

cabeza y aspiró el adorable aroma del pelo de Serena.

La oscuridad estaba en todas partes menos allí. Menos en esa noche. A la mañana siguiente volvería, igual que el dolor, pero no hacía falta buscarlos.

–Entonces ¿qué? ¿Vas a correr la maratón el año que viene? –le susurró a Serena al oído.

–¿Lo dudas? El año que viene la va a correr todo el mundo.

–Será la mejor de todas.

–Exacto.

–¿Sabes? Últimamente no hemos pasado mucho tiempo a solas – comentó él.

–Es verdad.

–Lo siento. Eso va a cambiar.

–No te preocupes, no hace falta medir el tiempo, Jonny –contestó Serena–. Lo único que importa es este preciso instante.

Tenía razón. Aquel instante era perfecto. Stride no hubiera cambiado nada. La noche. La música. La comida y la bebida. Las personas de su vida. Lo bueno y lo malo, tal y como debían ser. Se bebió la cerveza, abrazó a su mujer, escuchó la canción y guardó silencio.

.

Nota del autor

Gracias por leer la nueva novela de Jonathan Stride. Si te ha gustado, echa un vistazo al resto de mis libros.

Puedes pulsar «Me Gusta» en mi página oficial de Facebook, www.facebook.com/bfreemanfans o seguirme en Twitter, Pinterest o Instagram con el *nick* bfreemanbooks. Para descubrir la faceta más divertida de la vida del autor, también puedes seguir a mi mujer Marcia en Facebook: www.facebook.com/theauthorswife .

Enviadme vuestras impresiones a brian@bfreemanbooks.com . Me encanta recibir correos electrónicos de lectores de todo el mundo, y sí, contesto personalmente. Entra en mi página www.bfreemanbooks.com para inscribirte en la lista de correo y descubre más cosas sobre mí y sobre todos mis libros.

Por último, si te gustan mis libros, por favor cuelga tu opinión en internet, en páginas como Goodreads, Amazon o BN, o en cualquier otra de amantes de la lectura... y cuéntaselo a tus amigos lectores. ¡Gracias!

Agradecimientos

En abril de 2013, el mundo fue testigo del horror de la explosión en la maratón de Boston. El trágico momento y sus consecuencias tuvieron un significado especial para los habitantes de Duluth, porque la maratón anual que se celebra allí es una de las tradiciones más arraigadas de la ciudad. Por ello, escribir este libro ha sido extremadamente difícil a título personal debido a la intensidad de las emociones que ha despertado, tanto en estas páginas como en la vida real. Estoy agradecido a muchas personas que me brindaron sus consejos y puntos de vista.

El exjefe de policía de Duluth, Scott Lyons, fue de gran ayuda para conocer de primera mano la estrategia policial ante una crisis grave y las relaciones de trabajo con el FBI. Darlene Marshall, del Duluth Greater Downtown Council, y Chuck Frederick, del *News Tribune* de Duluth, me organizaron un *tour* por los subsótanos del centro (y fueron lo bastante valientes para acompañarnos a Marcia y a mí). Kevin Schnorr, de Oneida Commercial Real Estate, fue un guía estupendo.

He tenido el honor de hablar sobre la vida, la cultura y la religión musulmanas con miembros de la Sociedad Islámica de Woodbury y East Metro, y el privilegio de acudir a su servicio religioso del viernes. Fueron sumamente amables y generosos compartiendo conmigo detalles de la vida cotidiana de los musulmanes y de la lucha contra el extremismo. Si en este libro he cometido algún error con respecto a la cultura islámica, únicamente es atribuible a mí.

Siempre me siento muy agradecido con mi equipo en el mundo editorial, entre el que se cuentan mi agente, Deborah Schneider, y mi editor en Quercus, Nathaniel Marunas, y con los muchos librereros y bibliotecarios que se aseguran de que sus lectores descubran mis libros. Entre las primeras lectoras de *Maratón* están Ann Sullivan y mi mujer, Marcia. Ellas dos mejoran cualquier novela con sus detallados análisis y consejos.

Por supuesto, Marcia hace que *todo* en mi vida sea mejor, solo por ser quien es. Le doy gracias cada día de mi vida.

Notas

[1](#) . Juego de palabras entre el apellido del personaje (Durkin) y el vocablo inglés *gherkin* , que significa «pepinillo en vinagre». (*N. de la T.*)

[1](#) . Masacre perpetrada en 2015 en un auditorio de San Bernardino, en California, uno de cuyos autores fue una mujer. *(N. de la T.)*

1 . Personaje de la serie *Al margen de la ley*. (N. de la T.)

Maratón

Brian Freeman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño

© Brian Freeman, 2018

© de la traducción, Begoña Prat Rojo, 2018

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2018

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): Noviembre de 2018

ISBN: 978-84-16826-35-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com